Guillermo Galván
EL CLUB DE LAS VIUDAS
HarperCollins
Policiaca

Guillermo Galván
EL CLUB DE LAS VIUDAS
HarperCollins
Policiaca

Guillermo Galván

EL CLUB DE LAS VIUDAS

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.

Avenida de Burgos, 8B - Planta 18

28036 Madrid

El club de las viudas

© Guillermo Galván, 2023

© 2023, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño e imágenes de cubierta: LookAtCia

ISBN: 9788491399629

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

Dedicatoria

Citas

El pudridero

Caballos y sotas

Sangre y serrín

Malas compañías

Tiempo de confesiones

Tiempo de despedidas

Nota del autor

Dramatis personae

A Almudena, in memoriam

A Alicia, Guillermo y Ana, siempre refugio

Y a quienes me acompañan en la nueva aventura de seguir vivo

¿Puede andar alguien sobre brasas

sin que se quemen sus pies?

Proverbios 6, 28 versión inclusiva

La Historia no se acaba nunca, pero mientras transcurre va dejando lecciones que deben ser leídas.

Leonardo Padura

El pudridero

Con paso inseguro cruza el portal hasta la escalera, y allí se ve obligado a sujetarse en la baranda para no resbalar y romperse la crisma con los primeros peldaños. Porque ha sido un día duro, le dice su lengua embotada por el alcohol; duro de cojones. Se estrenó la mañana con una redada de rojos. Cinco cayeron, como frutitas maduras. Luego, interminables interrogatorios hasta la hora de comer, y después, cuando un tío normal se está echando la siesta, los servidores del orden como él tienen que seguir haciendo preguntas y dando hostias hasta que el detenido se queda sin dientes o le desaparecen los ojos de la cara. No es faena fácil, porque la mayoría de esos cabronazos se resisten a cantar y hay que trabajarlos a fondo, como dicen los de la Gestapo. ¡Qué sabrán ellos del carácter español! Seguro que los rojos alemanes se rajan mucho antes. La verdad es que acabas baldado, coño.

Cubre los escalones con torpeza, sin tener muy claro por momentos si sube o si baja. Su mente neblinosa repasa una vez más la jornada, completada a la caída de la tarde con su ronda recaudatoria. Porque si los chulos tienen prostitutas, él tiene una red de vendedoras callejeras de alimentos de estraperlo; el acuerdo es muy claro para ellas: o la mitad de la recaudación o unos meses en chirona, una propuesta bastante razonable a la que es difícil resistirse. Y así, pesetita a pesetita, la bolsa engorda, que el sueldo oficial no te saca de pobre. Como colofón del día, una visita a los tugurios de la calle de la Luna para relajarse y tomar un par de copas, o un par de pares de ellas, lo que se tercie; y por fin un polvo con la primera golfa que te guste. Gratis, naturalmente, que ninguna se resiste cuando le pones la pistola entre las piernas. La verdad es que esta vez, entre el cansancio y la bebida, le ha costado consumar, pero al final ha cumplido como un hombre. Día redondo.

Cuando alcanza su rellano toma aire y aprovecha para celebrar que ser policía en estos tiempos es un chollo: chingas gratis, viajas

gratis, cobras comisiones sin esfuerzo, entras por la cara en los espectáculos y te salen trabajillos fáciles y bien remunerados. Eso sí, es una vida tan dura que algunas noches cuesta lo indecible llegar a casa. Entre estas y parecidas consideraciones, avanza tambaleante hacia la puerta rebuscando las llaves en el bolsillo y jurándose que se irá directamente a la cama, sin quitarse siquiera el sombrero o los zapatos. Ventajas de no tener mujer. En realidad, sí que la tiene, pero la muy puta decía que la maltrataba a pesar de que la mimaba como a una reina, y un día cogió a los críos y las maletas para no volver. Con su pan se lo coma, no merece ni denuncia. Mucho mejor solo que mal acompañado, dónde va a parar.

Tras varios intentos fallidos, por fin consigue introducir la llave en la cerradura. La gira con un gruñido de triunfo y a partir de ahí, en décimas de segundo, admite que se ha excedido bebiendo, porque la puerta, en lugar de abrirse, se arroja sobre él para estrellarle su quicio contra la cara al tiempo que un millar de diminutos aguijonazos se reparten por su cuerpo. Cuando la onda expansiva de la explosión lo lanza escaleras abajo, ya le da igual todo porque los muertos ni sienten ni padecen.

Lunes, 3 de mayo de 1943

Carlos Lombardi sopesa la placa en la palma de la mano. Es más voluminosa que la chapa del Cuerpo de Investigación y Vigilancia de la República. Comparte con aquella el rótulo de la Dirección General de Seguridad, pero ese es el único elemento que ambas tienen en común. Además del cambio de corona y la eliminación de la tricolor, el viejo lema sobre el Honor y la Justicia se ha sustituido por el eslogan de Una, Grande, Libre, y el pequeño escudo central ha sido devorado por el pollo de Franco, como se llama en voz baja al águila de san Juan representativa del Nuevo Estado, que domina casi toda su superficie.

Tiene dudas, muy razonables dudas, sobre el emblema que a partir de hoy llevará en el bolsillo de la americana o prendido tras la solapa. No es un objeto de afecto, precisamente, pero las cosas han

cambiado mucho en los últimos meses.

Desde finales del pasado año, los precios suben día a día y los salarios, para quienes tienen la fortuna de contar con uno, siguen por los suelos. Hiperinflación lo llamaría un economista académico, aunque la autarquía que pretende la dictadura huye de terminologías caducas y anuncia sin rubor un nuevo amanecer para la Patria. Un amanecer más que brumoso en todo caso, porque España está en los huesos, y a la miseria moral dominante hay que añadir la social. A la vista del panorama, la agencia Hermes decidió a primeros de marzo prescindir de uno de sus seis investigadores de plantilla para ajustar el precario balance que se augura. La salomónica decisión del jefe Ortega implicaba despedir al último en incorporarse, y ese no era otro que Andrés Torralba. Ante semejante tesitura, y para evitar que un amigo con familia engrosara la larga lista de desempleados, Carlos Lombardi renunció voluntariamente a su puesto, resignado a solicitar su reingreso en el hoy llamado Cuerpo General de Policía.

No ha sido un camino de rosas precisamente, y ha tenido que tragar sapos y culebras, amén de ajustarse el cinturón para compensar la ausencia de sueldo y complementos durante dos meses, pero finalmente el indulto obtenido tiempo atrás y los tres avales necesarios han permitido su reincorporación. De los avales profesionales se encargaron el primer comisario de la BIC, Fernando Fagoaga, y su antiguo jefe Balbino Ulloa, encantados ambos de que la oveja negra volviera al redil; el respaldo político corrió a cargo del procurador en Cortes Heriberto Escandell, que perdió el culo por intervenir en el asunto en cuanto se enteró de que su pretendido hijo natural aspiraba a un trabajo mucho más estable que el de investigador privado.

Podrían haberle dicho que nones, como a tantos otros depurados, pero tampoco se considera un privilegiado y no es el único caso de reposición; en Madrid, al menos, conoce a un jefe intermedio de la Policía Municipal, tan condenado como él, que ha sido reintegrado a su cargo tras el indulto y los correspondientes avales. Nada se mueve en la arcaica España de hoy sin avales, y esos papeles le han devuelto de momento a los despachos de la Dirección General de Seguridad; no a los que sus suelas desgastaron durante años en la

calle Víctor Hugo y que ya son solo un recuerdo, sino a un edificio que tras la guerra abandonó su pedigrí ministerial para adquirir siniestra fama como sede de la tortura.

—Todo correcto —admite el comisario jefe de personal, un tipo magro y estirado con aspecto de estar rozando la jubilación—. Reingresa usted con la misma categoría, inspector de primera, y con el sueldo correspondiente; aunque de su antigüedad hay que descontar el tiempo que sirvió al Gobierno rojo.

Lombardi está a punto de matizar que su trabajo fue para el Gobierno legalmente constituido, pero esa puntualización solo serviría para cabrear a un tipo que parece enfadado ya de nacimiento. Aunque puede que en realidad sea un hombre razonable y su rictus de asco se deba precisamente a la incómoda circunstancia de tenerlo a él delante.

—Congelada desde febrero del treinta seis —se limita a constatar.

—Yo no tomo esas decisiones —dice el otro, arrugando la nariz—. Es lo que exige la ley. Considérelo como un paréntesis.

—¡Qué remedio! ¿Me reincorporo entonces a la Criminal?

—Efectivamente. A un departamento especial, que podríamos denominar Asuntos Pendientes.

—¿Podríamos? —replica él con expresión admirativa—. ¿No tiene nombre oficial?

—No de momento, pero el nombre es lo de menos. Lleva todos los casos antiguos pendientes de resolución que no exigen una atención diaria.

Condenado al ostracismo más severo, concluye él. Aunque al menos podrá llevarse un sueldo a casa.

—Así que me mandan de archivero.

—Nada que ver con un archivo —desmiente el comisario—; se trata de un departamento plenamente operativo, aunque al margen del trasiego cotidiano.

—Apartado del mundo, en definitiva.

El comisario resopla: un método como cualquier otro para prorrogar durante unos segundos su limitada paciencia.

—A la vista de sus antecedentes —razona con medida calma—, no parece muy sensato incorporarlo por ahora al equipo habitual, pero dependerá directamente del comisario Amorós, que es como decir del comisario jefe Fagoaga. Coincidirá conmigo en que los despachos de la Brigada no serían, de momento, un lugar especialmente cómodo, ni para usted ni para sus compañeros. Me entiende, ¿verdad?

—Perfectamente. ¿Y en qué se supone que consiste mi trabajo?

—Seguro que no le falta. Revise usted los casos que tiene a su disposición y proponga a sus superiores el que vea más asequible para empezar a moverse. Naturalmente, y por razones obvias, queda al margen de sus competencias cuanto pueda estar relacionado con la Causa General.

La Causa General reúne todos los asesinatos cometidos durante la guerra en la retaguardia republicana; y las razones obvias son, ni más ni menos, que no van a encargar a un supuesto rojo, por redimido que parezca, investigaciones tan delicadas.

—Entendido.

—De todas formas, no creo que encuentre ninguno de esos casos en su archivo, porque los lleva directamente la Justicia Militar y nos movemos en función de sus necesidades y sugerencias.

—Claro como el agua.

—Me alegra oírlo. Bueno, ya tiene su documentación oficial y la placa. —El comisario le extiende una nota—. Pase con este papelito por la armería a recoger su pistola. Una Star del nueve corto cuyo coste se le descontará puntualmente de su nómina en pequeñas aportaciones mensuales. Como se hace con cada funcionario —matiza muy digno—, no vaya a pensar que le discriminamos.

—Lo sé, lo sé.

—Pues nada más. Espero que su carrera con nosotros sea tan exitosa como al parecer fue con el enemigo.

—¿Enemigo? En mis primeros ochos años de policía serví a la Monarquía. Luego, otros ocho, a la República. Siempre a los Gobiernos de la legalidad vigente, nunca a sus enemigos.

El fulano tuerce el gesto. Por fin ha conseguido enfadarlo un poco más de lo razonable.

—Haga lo propio con la legalidad vigente hoy y no se arrepentirá —replica con cara de mármol—. Y evite comentarios de ese cariz aquí dentro si aspira a seguir siendo policía.

Antes de recoger el arma, Lombardi decide visitar el departamento que le ha tocado en suerte. Está en la última planta, y durante su ascenso por la escalera tiene tiempo para reflexionar una vez más sobre una decisión largamente madurada. ¿Realmente es hora de pasar página?

Como quien se aparta de un tiñoso, el Régimen parece querer aflojar un poco su estrecha hermandad con el Eje, al menos en apariencia. La rendición del mariscal Paulus en Stalingrado y la casi simultánea purga interna del partido fascista italiano tienen la culpa de tan repentino desapego, amén del curso general de la guerra en casi todos los frentes. Ahora, la prensa es algo más permeable a las versiones de los aliados, y los discursos oficiales lanzan a menudo la idea de que el Movimiento Nacional nunca se ha definido como totalitario. Lo que los españoles han venido leyendo, escuchando y sufriendo en los últimos años es solo un espejismo, y Franco y sus acólitos jamás dijeron lo que dijeron ni hacen lo que hacen. Hipócrita postura que se desmiente con un simple repaso a los periódicos atrasados y un vistazo a la vida cotidiana.

¿Permite todo eso pensar que las cosas vayan a cambiar? ¿Merece la pena el esfuerzo de reintegrarse a un cuerpo de policía que, junto con el Ejército, son el soporte esencial de un sistema de alma fascista? Ser policía, solía decirse tiempo atrás, es merecer la confianza de los conciudadanos. Hoy, bien podría sustituirse la palabra «confianza» por «miedo» y la visión de la realidad sería más ajustada a los hechos. ¿Sabrá él capear los seguros temporales que

se avecinan o está esculpiendo su propia lápida mortuoria?

Todas esas preguntas, entre otras muchas, bullen en su cabeza cuando por fin encuentra el despacho donde habrá de perder el tiempo en las semanas y meses venideros. Es un pequeño espacio en la fachada que da a la Puerta del Sol, aunque sin luces al exterior, y al parecer tan solo se nutre de las que le llegan del corredor que cuelga sobre el doble patio interior a través de un par de cristaleras a la altura superior del muro. Cuando franquea la entrada confirma la lobreguez del lugar y, a su derecha, la única presencia humana tras una mesa.

La mujer se levanta presurosa para acudir a saludarlo. De estatura media, aparenta en torno a los cuarenta años, su pelo es rubio teñido, ayuda a sus ojos pardos con unas diminutas gafas y viste traje de chaqueta gris sobre la camisa falangista y tacones mediados; parece rellenita, pero se mueve con agilidad.

—Teresa Ochoa —se presenta con aire disciplinado—. Auxiliar de segunda del Cuerpo de Oficinas. O sea, secretaria.

El policía acepta la mano que se le ofrece y muestra su rostro más afable para responder.

—Mucho gusto. Inspector de primera Carlos Lombardi, su nueva compañía a partir de hoy.

—Mi nuevo jefe, quiere decir. Ya me habían informado de su incorporación. Pues bienvenido al Pudridero.

—¿Pudridero? —El inspector observa el entorno reprimiendo un gesto de espanto. Efectivamente, el lugar parece esquelético, casi un mausoleo: cuatro paredes desnudas sin el menor signo decorativo, ni siquiera un crucifijo y los obligados retratos oficiales, y cuya escasa luz natural se compensa con un par de apliques eléctricos en el techo y un flexo en cada mesa. Un panorama nada hospitalario, en definitiva, aunque es de agradecer la ausencia de imágenes molestas—. ¿Así nos llaman?

—No es por nosotros, claro, sino por los casos que nos tienen asignados. —La secretaria señala un rincón junto a su mesa,

ocupado por dos grandes archivadores metálicos—. Aquello es exactamente el Pudridero. ¿Quiere verlo?

Lombardi asiente curioso y acompaña a la mujer hasta los muebles. Con destreza profesional, ella le explica en un par de frases el contenido de ambos: un fichero nominal y una colección de carpetas ordenadas por fecha.

—¿Y estos colorines?

—Es un sistema que he inventado para facilitar la búsqueda. El color azul significa desaparición; el encarnado, homicidio o asesinato. Así, con mirar la ficha nominal ya se hace uno cierta idea del asunto antes de leer todo el expediente.

—Muy hábil —admite él, absorto ahora en el cajón de las carpetas —. ¿Y todo esto lo ha organizado usted?

—¡Y qué quiere! En tres años que llevo aquí metida algo había que hacer para no aburrirse.

—Menudo trabajo. Lo menos hay quinientos expedientes.

—Setecientos sesenta y ocho.

—Pero si son del año catapún —alega él al revisar la primera carpeta—. De mil novecientos nueve, nada menos.

—Los hay muy antiguos, sí; pero casi la mitad son del año veinticinco en adelante. El más reciente, de tres meses antes de acabar la guerra.

El inspector lanza un resoplido de asombro.

—Y, dígame, ¿qué habría de hacer si quisiera buscar un nombre entre ellos?

—Usted dirá.

—José del Castillo Sáenz de Tejada —apunta Lombardi sin pensárselo mucho.

La secretaria revisa el fichero nominal hasta dar con una cartulina.

—Aquí está. Color encarnado: homicidio o asesinato.

—Exactamente.

—Ahora solo hay que buscar la fecha que figura en la tarjetita —ronronea Ochoa mientras trastea entre carpetas—. Y aquí lo tenemos —dice ofreciendo una de ellas a su recién estrenado jefe.

Efectivamente, allí está el expediente sobre el atentado contra el teniente del Cuerpo de Asalto la noche del 12 de julio del treinta y seis. Él lo investigó con otros compañeros; sin resultado, porque la sublevación de los generales africanistas acabó con esa investigación como con tantas otras cosas. En represalia por aquella muerte, pocas horas después era secuestrado y a su vez asesinado el líder parlamentario fascista José Calvo Sotelo, aunque es de suponer que este expediente formará parte de las joyas de la corona de la Causa General, con la dictadura empeñada en demostrar que fue un crimen de Estado. La documentación sobre Castillo, sin embargo, está incompleta; faltan las pesquisas en busca de sospechosos y los nombres y declaraciones de estos, todos falangistas o carlistas. Lombardi opinaba que habían sido es-tos últimos, porque el teniente Castillo había herido gravemente a un joven militante tradicionalista al disolver una manifestación y los disparos que después le costaron la vida podían ser perfectamente una venganza por ese hecho.

Es un expediente expurgado, pero ahí está. Aunque si a todos se les ha sometido a esa censura política, poco valor van a tener como punto de partida de una posible investigación.

—El contenido de todos estos informes —pregunta, devolviendo la carpeta a la secretaria—, ¿lo ha seleccionado usted o le llegaron así?

—¿Yo? Líbreme Dios. Yo me limito a clasificarlos, pero no me atrevería a tocar su contenido.

—Comprendo. Y se supone que nuestro trabajo es investigarlos.

—El suyo, más exactamente.

—Sí, claro. Bastante ha hecho usted con poner orden… Dígame, ¿cuántos casos del Pudridero se han resuelto desde que existe?

—Todos los que se han investigado —afirma—. Cien por cien de efectividad. Exactamente, cero.

Lombardi celebra con una sonrisa el buen humor de su compañera. Al menos no es un cardo borriquero, y eso ya significa un alivio pensando en el futuro, en la cantidad de horas vacías que tendrán que compartir. Porque sospecha que cualquier expediente que elija está condenado al fracaso más rotundo.

—El día a día se come lo viejo —justifica ella con un mohín resignado.

—Es lógico. Veo tres mesas en el despacho. ¿Algún compañero más?

—Sí, la que está junto a la puerta es la de Pulido. Don Cayetano Pulido. Pero está de baja.

—¿Lleva mucho por aquí?

—Un par de años.

—¿Qué categoría tiene?

—Agente de tercera.

No deja de ser llamativo que el único policía destinado allí sea de la categoría más baja del escalafón. Desde luego, no parece el destino más adecuado para progresar profesionalmente.

—Será joven, entonces; o recién ingresado.

—Treinta y dos años. Ingresó en el cuarenta y uno. En esa fecha lo destinaron aquí.

De la leva política, entonces, concluye Lombardi. Uno de esos cientos de militares y falangistas que reclutó de urgencia la Dirección General de Seguridad para completar una plantilla

escuálida tras la guerra. Pero, si es así, hay algo que chirría.

—A riesgo de que me tome por un metomentodo —apunta—, no puedo evitar discurrir como policía. Y algo no me encaja en lo que dice. ¿Qué sentido tiene que releguen al Pudridero a un recién reclutado de las filas de excombatientes?

—El señor Pulido está enfermo.

—Sí, ya me ha dicho que está de baja. No le he preguntado eso.

Ella duda y se ajusta las gafas antes de responder.

—Bueno, tarde o temprano se va a enterar… El señor Pulido bebe.

—Bebe en exceso, quiere decir.

—Sí, señor.

—Y ya lo hacía desde el principio, si es que lo apartaron tan pronto.

Teresa Ochoa se toma unos segundos y deja en el aire un profundo suspiro antes de responder:

—A ver, no es que quiera disculpar lo que hace, pero el pobre señor Pulido ha sufrido experiencias muy duras y supongo que usa la bebida como refugio.

—Ese es el argumento de todo bebedor: beben para olvidar; y, una vez bebidos, se olvidan hasta de lo que tienen que olvidar. Disculpe el mal chiste, pero nunca he entendido esa justificación.

—En su caso, no le faltan motivos para querer olvidar —objeta ella tímidamente—. Escapó de Madrid para combatir en el frente, pero su mujer y su hija de pocos meses quedaron aquí. Tuvieron la mala fortuna de que un bombardeo aéreo las pilló en una clínica de puericultura.

Lombardi alza las cejas mientras sondea en el archivo de su memoria.

—Supongo que sería en la Gota de Leche de la calle de la Espada —

aventura—, a finales del treinta y seis. Una tragedia que conmocionó la ciudad, con muchas víctimas entre madres y lactantes que guardaban cola para recibir alimento.

—No sé los detalles, pero su mujer murió, y la niña quedó ciega y casi paralítica. Los abuelos maternos la acogieron hasta que, acabada la guerra, el señor Pulido pudo reunirse con ellos. A finales del cuarenta, con poco más de cuatro añitos, la niña falleció.

—Una tragedia, sí.

—Que no le deja vivir —redunda la secretaria—. Cuando bebe, alardea de su odio, y confiesa que se hizo policía para poder matar rojos.

—Ni que los rojos tuvieran la culpa de su drama —objeta él con aspereza—. Ni empezaron la guerra ni lanzaron las bombas que acabaron con su familia.

—Ya, bueno. De eso prefiero no hablar.

—Entonces, dejémoslo así.

—Dejado está —zanja ella—. Y espero que el señor Pulido no se entere de que le he contado todo esto.

—Descuide. La verdad es que la compadezco. Pasar dos años con un tipo semejante debe ser como para ganarse los altares.

—No tiene importancia —asegura Teresa Ochoa, sonriente—. Sé cómo llevarlo, y la verdad es que últimamente no aparece mucho por aquí.

—En ese caso, me quedaré con la mesa central —decide él—. Pero eso será después de comer, que ya va siendo hora.

—En la cantina no se come mal, y a muy buen precio para los funcionarios.

—¿La cantina? No, muchas gracias. Es muy pronto para pisar el infierno.

—Le comprendo —corrobora la auxiliar con un guiño cómplice; seguro que está al tanto de las peculiaridades de su nuevo jefe—. Bueno, ya verá como poco a poco…

—Comeré fuera. Tengo una cita.

—Sin prisas entonces. Aquí los muertos son mucho más pacientes que en el resto de los departamentos de la casa. Nos vemos luego.

—Tómese la tarde libre —sugiere Lombardi—. Es la mejor forma que se me ocurre de empezar a ejercer la jefatura del Pudridero.

—Pues no le digo yo que no. Que le aproveche, y sepa que me alegro mucho de tenerlo por aquí.

***

El restaurante, en la plaza de Jacinto Benavente, es modesto, recoleto y limpio, y desde sus ventanas se ve el teatro Calderón, cuyos cartelones anuncian una selección de ópera con Werther y Madama Butterfly y el estreno español de una cantante japonesa como artista principal: una peculiar mezcolanza italo-germano-nipona, muestrario de simpatías en la bien avenida familia del Eje. Es la primera vez que Lombardi entra allí, pero se ha fiado de la elección de Alicia Quirós. La auxiliar ya se ha instalado en una de las mesas; en realidad es la única ocupada a esas horas, de modo que podrán hablar sin el riesgo de oídos indiscretos al margen del camarero que acude solícito para recibir al recién llegado.

—Ya podemos celebrarlo, ¿no? —dice ella señalando dos copas y una botella de buen rioja dispuestas sobre el mantel—. Sirva usted, que es el homenajeado.

El policía agradece el recibimiento con ademán amable mientras contempla a su amiga. Y se le ocurre que, hablando de vino, ella, como los buenos caldos, gana con la edad. ¿Cuántos tiene, veintiséis? Solo hace año y pico que la conoce. Se la presentaron como secretaria y él ha querido hacer de ella algo parecido a una

policía, una figura impensable en las filas de la dictadura. El caso es que aquella muchachita flacucha, menuda, ojerosa y descuidada se está convirtiendo en una mujer realmente atractiva a la que ni siquiera desmerece la camisa falangista bajo la chaqueta gris. El pelo negro recogido en cola de caballo, discretos aros plateados en los lóbulos de la oreja y los labios de rojo suave ponen la guinda.

—La verdad —dice mientras escancia—, no sé si es muy adecuado celebrar un entierro.

—No exagere —replica Quirós con un movimiento de brindis al que él corresponde—. Un buen policía debe estar en la Dirección General, no en una agencia de chicha y nabo como Hermes.

—¿Exagerado, dice? ¿Conoce el Pudridero?

—Algo he oído.

—Pues le aseguro que es oscuro, apartado, quieto y silencioso como una tumba. El nombre le viene que ni pintado.

—Ya se encargará usted de animarlo —sonríe ella—. He pedido el plato del día para los dos. Acelgas y filete empanado. ¿Le parece bien?

—Perfecto.

La joven hace una seña al camarero y en un abrir y cerrar de ojos tienen el primer plato sobre la mesa.

—A la vista de mi exitoso reingreso —dice el inspector cuando quedan de nuevo a solas—, supongo que se habrá quitado de la cabeza la idea de pedir un traslado.

—¿Por qué voy a echarme atrás? Me encanta trabajar con usted, y ahora puedo intentarlo.

—Porque significaría acabar con su carrera, Quirós —explica él con medida calma—. ¿Le parece poco?

—La carrera de una secretaria no es muy distinta en un sitio o en otro. Trabajo secundario en cualquier caso.

—No diga tonterías. En el departamento de identificación tiene actividad, un futuro por delante. Conmigo se morirá de aburrimiento y verá cómo me consumo yo en la mesa de al lado. En identificación aprende cada día. Seguro que hoy mismo ha tenido que salir.

—Pues sí, y a un asunto bien curioso.

—Cuente.

—Esta mañana nos ha tocado ir a un mercado prefabricado del barrio de Usera, donde se estaba celebrando un mitin de la centuria local de Falange. En medio de los discursos, una viga ha caído del techo sobre la mesa presidencial y ha herido a cuatro de los ponentes; uno de ellos bastante grave. Los compañeros han tenido que dilucidar si se trata de accidente o atentado.

Lombardi alza las cejas. Cuando varios prebostes están a punto de morir descabezados por una viga mientras ensalzan las bondades del Régimen es que algo no va bien; cabe pensar si se trata de la industria de la construcción o del propio sistema, que ya en esencia incita al homicidio. Quizá la suma de ambas cosas.

—¿Y a qué conclusión han llegado?

—Aparentemente, no hay indicios de sabotaje —asegura ella negando con la cabeza para apoyar la frase—. Todo indica que cedió el cemento que sujetaba la viga. Demasiada arena en la mezcla. Y lleva construido poco más de un año.

—Pues se le va a caer el pelo al responsable.

—Depende de las agarraderas políticas del constructor, que es quien decide la calidad del cemento. Pagará el pato el más débil de la cadena, como de costumbre. Seguramente, los albañiles que se lo trabajaron.

—Es muy posible —reflexiona el policía, admirado del sentido crítico de Quirós, que parece crecer al mismo ritmo que su atractivo —. Bueno, ¿lo ve? Eso nunca lo tendrá en el Pudridero. Allí solo hay polvo viejo y telarañas, así que nada de dejar su puesto.

Además, cualquiera sabe lo que duro. Lo mismo me largo antes de un mes.

El camarero interrumpe el debate con la llegada de los filetes. Alicia Quirós rellena las copas.

—El problema es que ya tiene secretaria —espeta ella de repente.

—Sí. Con la misma categoría que usted, auxiliar de segunda. Teresa Ochoa, se llama. Una rubia dicharachera. Parece muy organizada y dispuesta.

—Lo que parece es que a usted le tiran las rubias, ¿no?

El policía responde con un sonriente gesto de reprobación. Naturalmente, Quirós se refiere a Erika, a quien tiene atravesada desde el momento en que apareció en la vida de Lombardi. En los últimos meses, sus encuentros con la funcionaria de la embajada alemana se han hecho más frecuentes. Encuentros marcados por el apetito erótico, desprovistos de cualquier otro sentimiento por su parte. A menos que ese fluido impalpable que circula entre ambos cada vez que se ven pueda llamarse de otra manera. Tampoco le importa, ni le preocupa, ponerle nombre. Si la felicidad consiste en un estado de ánimo pasajero, bien podría decirse que sus ocasionales citas con Erika son plenamente felices. Y tampoco va a negar que su ausencia desde hace un par de semanas por un imprevisto viaje a Alemania empieza a pesarle un poco.

—Begoña, mi exmujer, tenía el pelo castaño —responde al fin con una carcajada—. Y Ochoa es rubia de bote.

—Ya, ya.

—No, en serio —reitera con el primer envite al filete—. El sitio es espeluznante, porque todavía no le he hablado de Cayetano Pulido, el agente que completa la plantilla. Por lo visto, es un alcohólico irredento, amén de fanático antirrepublicano. Ahora está de baja, pero me temo que trabajar ahí va a ser más que complicado.

—Dicen las malas lenguas que están liados.

—¿Quién? ¿Ochoa y Pulido? Será en sus horas libres, porque él no

gasta la silla del despacho, según parece. No se sume usted a esas víboras maledicentes.

—Vaya —replica ella con un mohín—. ¿Y qué le hace pensar que son mujeres quienes lo dicen?

—No se me chamusque, Quirós, que víbora en este caso es sinónimo de persona; y esta palabra, a pesar de su género femenino, se aplica tanto a hombres como a mujeres.

La auxiliar asume el rapapolvo con una risita.

—¿Se imagina —dice— lo bien que lo pasaríamos usted y yo discutiendo a diario sobre lo divino y lo humano?

—Calle, calle —rechaza él con una carcajada—. Sería terrible.

—Pero tiene razón. Es un comentario cruel. Aunque fuera cierto. Solo quería ponerlo al tanto de lo que va a encontrarse. Teresa es viuda, ¿sabe? Sin hijos. Su marido era policía, en Gijón, creo. La maltrataba. Él murió en la guerra con los nacionales, y ella pidió el ingreso en el Cuerpo Auxiliar de Oficinas, lejos de su ciudad y de la familia de él, que también, al parecer, le hacía la vida imposible.

—No lo sabía. Gracias por la ficha.

—Puede ser que su relación con Pulido sea un tanto compasiva, protectora de un hombre que, por lo que se comenta, también ha pasado lo suyo.

—Lo de compasiva tiene sentido —especula Lombardi—. Y nada hay de censurable en que dos viudos se consuelen mutuamente; pero, de ser cierto, me complica más las cosas si cabe. Lo único que me faltaría es soportar asuntos sentimentales en ese mortuorio.

—Usted puede con todo, jefe.

El inspector hace una pausa reflexiva antes de subrayar su desacuerdo.

—Lo fui eventualmente hace año y medio —matiza—, pero no soy su jefe. Ni quiero serlo en estas circunstancias, que conste.

—Bueno, si me rechaza así, me pensaré lo del traslado —admite ella con un falso mohín de disgusto—. Pero prométame una cosa.

—Veremos si puedo.

—Seguro que sí. Echo de menos el triunvirato, el sanedrín de la calle Cañizares: usted, Torralba y yo. Si se le presenta algún caso, me gustaría seguir participando, aunque sea de forma extraoficial; y si Torralba no pudiera, nos quedamos en dúo, usted y yo, como al principio.

El policía, un tanto turbado, sostiene la mirada a la joven durante unos segundos antes de responder.

—Me emociona su apego…

—Profesional, que quede claro.

—Por supuesto, eso quería decir. Me emociona su apego profesional, y sería un placer para mí poder contar con su ayuda y la de Torralba, siempre que sus obligaciones se lo permitan. Y siempre que haya caso, que lo dudo.

—Pues brindo por eso. —Quirós ofrece de nuevo su copa, y Lombardi la hace sonar con un leve beso de la suya—. Torralba participará encantado si puede. Le está agradecidísimo por su gesto. Sabe que para usted es un sacrificio reingresar en el Cuerpo. Por sus convicciones, claro.

—Me lo ha dicho cien veces. Y me lo volverá a repetir esta tarde. He quedado con él.

Efectivamente, Andrés Torralba reitera su gratitud en cuanto ambos se encuentran frente a dos cañas de cerveza en una de las mesas de Barataria, la tasca de la calle Cervantes que ha sido testigo durante más de un año de sus encuentros gastronómicos y detectivescos. Tras las últimas semanas de incertidumbre laboral, el rostro del antiguo guardia de asalto ha recuperado la sonrisa socarrona que suaviza la severa cicatriz vertical de su pómulo derecho, regalo de una guerra perdida.

—La decisión de Ortega era una barbaridad —argumenta Lombardi una vez más, restándole importancia al asunto—. Y una injusticia. La suya es la primera sangre derramada en defensa de los intereses de Hermes, y todavía estaba casi convaleciente cuando a él se le metió entre ceja y ceja lo del despido.

—Presión de sus socios capitalistas, ya sabe… —justifica el detective con su marcado acento cordobés.

—Que les den a los socios. Excusas y miedo. Un tipo con los pantalones bien puestos se planta y santas pascuas.

—Como en Numancia.

—Eso es —ríe el policía—. Resistencia numantina ante el capital.

—Ya, pero si conservo el puesto es a costa de su sacrificio, y eso no podré olvidarlo nunca.

—Tonterías, Torralba. Yo tenía una posible salida; usted no. No vuelva a repetírmelo, que no hay nada que agradecer. Olvídelo, y cada mochuelo a su olivo.

—Lo que usted diga —acepta aquel—. Y hablando de mochuelos, ¿qué tal su nidito en la Puerta del Sol?

Lombardi duda antes de responder. Revelar la verdad respecto al Pudridero y sobre su propio estado de ánimo puede acrecentar el sentimiento de culpa de su compañero de fatigas, y no se lo puede permitir en este momento. Mejor maquillar un poco la realidad.

—Ya tengo mi arma oficial —responde, fingiendo orgullo y ahuecando la americana para mostrar la sobaquera—. Y mi placa, y mi carné.

—¿Y destino?

—También, también. En un departamento secundario. Operativo, eso sí, pero sin intervención directa en el día a día. Investigación de casos antiguos no resueltos, por resumir.

—Vaya, no parece muy prometedor.

—Tampoco esperaba otra cosa —asume el inspector—. Ya sabía que no me iban a hacer la vida fácil allí dentro. Al menos soy jefe teórico de mí mismo, con secretaria y todo. Aunque me temo que me voy a aburrir bastante. Y por Hermes, ¿qué tal?

—Parece que se anima un poco la cosa. Después de estar tres meses casi mano sobre mano, llevamos una semana y pico como locos con un asunto nuevo.

—Eso está bien.

—Ortega ha visto el cielo abierto y nos trae a todos de cabeza —abunda Torralba—. Y no es para menos, porque el premio es de aúpa.

—¿De qué se trata?

—La búsqueda de un desaparecido.

—Complicado —resopla el policía—. Como el caso Kramer, hace seis meses.

—No es exactamente igual. El fulano, en teoría, murió en la guerra con los nacionales, pero la que hasta hoy creía ser su viuda tiene razones para pensar que no fue así. Ha ofrecido veinticinco mil pesetas si la sacamos de dudas.

Lombardi suelta un silbido admirativo.

—Un dineral —subraya—. No me extraña que a Ortega se le caiga la baba. ¿Y por qué han tardado tanto en surgir esas dudas en la señora?

—Al parecer, un conocido le dijo recientemente que había visto vivo a su marido meses después de su presunta muerte. Ese es el motivo del retraso.

—Curioso, sí. Pero supongo que habrá un parte de defunción oficial, que en tal caso sería falso.

—Es todo muy confuso. La señora nunca recibió parte de defunción, ni el fulano aparece entre las bajas de la batalla.

—Entonces no es viuda, oficialmente hablando.

—Sí que lo es —corrige Torralba—. Hay un decreto del treinta y seis y una orden posterior que establecen que cinco años después de denunciada una desaparición durante la guerra, los afectados se pueden inscribir en el Registro Civil como fallecidos. Y sus esposas como viudas, con los derechos que les corresponden. Si son del bando nacional, claro; al resto que les den morcilla.

—Cinco años. O sea, que la desaparición fue en el treinta y ocho, más o menos.

—En agosto del treinta y siete —matiza el cordobés—. En Belchite.

Lombardi rememora las noticias de aquel remoto verano. El Ejército Popular lanzó una poderosa ofensiva en el estabilizado frente de Aragón con el objetivo de tomar Zaragoza. Sin embargo, las optimistas previsiones del proyecto quedaron frustradas por un empeño que muchos no entendieron. En sus maniobras envolventes sobre la ciudad, una de las columnas se topó con la sólida resistencia de la guarnición de Belchite. En lugar de sitiar la localidad y proteger así el flanco y los planes de avance previstos, el alto mando republicano se empeñó en tomarla al asalto, operación que exigió más desgaste y tiempo de lo previsto, de modo que Zaragoza pudo reforzarse. El pueblo asediado se ganó a un coste muy elevado, pero la ofensiva, muy mermada, quedó detenida ante la capital del Ebro.

—¿Belchite? —Cabecea pesaroso el inspector—. Aquello fue gordo, sí. Y una de las mayores meteduras de pata estratégicas de nuestro ejército, por cierto.

—Pues allí estaba destinado nuestro hombre. No figura en el parte de bajas, ni en el de prisioneros. Tampoco entre los aproximadamente seiscientos militares que se pasaron de bando. Ni entre el escaso centenar que consiguió romper el cerco y llegar a Zaragoza en las últimas horas de la batalla. He hablado con tanta gente que casi podría escribir un libro sobre aquellas dos semanas. En su versión facciosa, por supuesto.

—No todas las bajas quedaban registradas. Es imposible identificar

un cadáver calcinado si le falta la chapa colgada del cuello ni cualquier otro más presentable sin chapa, a menos que alguien lo reconozca.

—Desde luego. Y como muerto habría quedado el tipo si ese soplo reciente no hubiera hecho tambalear la seguridad de su supuesta viuda.

Hay quien sale de casa con el pretexto de ir a comprar tabaco y no vuelven a verle el pelo, se dice Lombardi. Utilizar la guerra como argumento tampoco es una mala excusa si hay pocas ganas de reunirse con la parienta.

—Si sobrevivió a la guerra y no se lo hizo saber a su mujer —deja caer como hipótesis—, podría pensarse que haya preferido rehacer su vida lejos de ella.

Torralba alza los ojos al techo y echa un trago de cerveza.

—Es muy probable —admite—. La versión recibida por la supuesta viuda se refiere a octubre del treinta y siete. Así que, de ser verosímil, solo podemos especular con que sobrevivió un mes y pico a la batalla, no a la guerra. Y en cuanto a las razones de su silencio, el único que podría contestar es el implicado; pero para preguntarle hay que encontrarlo.

—Por supuesto. ¿Han hablado con quien dice haberlo visto vivo?

—La señora quiere mantener la reserva en ese aspecto. Para no implicar a terceras personas, dice.

—Pues no lo pone fácil, precisamente. —Lombardi arruga los hombros como si quisiera retirarse de un asunto que no le compete, pero su curiosidad puede más—. ¿Se sabe al menos dónde se vio al desaparecido, o también es secreto del sumario?

—En Tudela, Navarra.

—¿En algún regimiento de retaguardia?

—Como civil, según parece.

—Una versión un tanto confusa. Tendrán que patearse ustedes la población foto en mano —vaticina—. No hay otra.

—Ya lo hemos hecho. Sin resultados.

—Como era de esperar, después de tanto tiempo y sin referencias más concretas.

—Al menos, me he ahorrado ese viajecito inútil. Nos hemos repartido el trabajo —explica el detective—. A mí me ha tocado la parte burocrática. Pero ni en el ministerio, ni en gobiernos militares ni en capitanías generales hay noticia alguna al respecto, más allá de confirmar que el sujeto se incorporó a la guarnición de Belchite avanzado el mes de julio como alférez sanitario de la primera compañía del Tercio de Almogávares.

—En el Requeté carlista. ¿Y antes dónde estuvo?

—Estaba destinado en Salamanca. La familia de la viuda es de alto copete, medio aristócrata. Tienen tierras de labor, dehesas, ganado y unas cuantas menudencias por el estilo en la provincia. Y en otras muchas, por lo visto.

—¿Viven allí?

—No, en Madrid. También él vivía aquí. Pero se desplazaron a Salamanca en julio del treinta y seis; precisamente para celebrar la boda, de modo que la guerra les pilló allí. El recién casado se alistó de inmediato, pero no fue al frente hasta un año después.

—Pues eligió un buen momento —ironiza Lombardi—. O se lo eligieron.

—Tampoco era tan mal sitio. Un frente estable y relativamente tranquilo hasta entonces. Imagino que no podía sospechar lo que se le venía encima.

El inspector apura su caña y ofrece un cigarro a su contertulio, que lo acepta de buen grado.

—Supongo —dice tras compartir fuego— que ya habrán cubierto sus antiguas relaciones en Madrid: amigos, familiares…

—Sí, claro. Su familia es gente humilde de un pueblo de Jaén que quedó del lado republicano del frente, pero habían perdido el contacto años antes, desde que él vino a Madrid a estudiar Medicina, y ni siquiera los invitó a su boda. También hemos hablado con ellos.

—Un desarraigado.

—Eso parece. Se las apañaba con algunos trabajillos para sobrevivir aquí mientras cursaba sus estudios. Tampoco los compañeros de facultad cuentan nada de particular excepto que era un tipo brillante y con iniciativa.

—Algo debía de tener, efectivamente —admite el policía—. No se explica de otro modo que, sin acabar la carrera ni patrimonio alguno que lo sustente, consiga una boda de tronío como esa. A menos que…

—¿Que fuera de penalti? No lo creo; la señora no tiene hijos.

—Pues no se me ocurren más teclas por tocar. Se enfrentan ustedes a un caso peliagudo, amigo Torralba.

—Y que lo diga.

—En fin, me voy a casa, que el primer día de trabajo en mi nuevo destino me ha dejado casi agotado de aburrimiento —bromea el inspector—. Salude a Lola de mi parte, y besos a los chicos.

—Gracias. Aunque, ya que lo comenta, se me ocurre que puedo servirle de ayuda contra ese aburrimiento. Y, de paso, me ayuda usted a mí.

Lombardi dedica una mirada de extrañeza al detective antes de responder.

—Dispare, Torralba.

—Digo yo que, si en su día la viuda presentó la correspondiente denuncia por la desaparición de su marido, es muy posible que figure entre esos asuntos viejos que le han asignado.

—Podría ser —acepta el policía tras unos segundos de reflexión—. A menos que esos casos se los hayan reservado también para la Causa General, que no creo.

—Pues me haría un favor si les echa un vistazo, a ver si hay algún dato que se nos escapa.

—Veré qué puedo hacer. Si hay algo, cuente con ello. Y si tiene relación con mi influyente departamento —agrega con un guiño zorruno—, incluso podría intervenir. ¿Nombre del fulano?

—Emilio Fuentes —responde el cordobés sin pestañear, para agregar como complemento—: Marta Zúñiga es su mujer, nuestra clienta.

En soledad, apoyado en el pretil del corredor, fuma su primer cigarro del día mientras observa las evoluciones de las palomas en el tejado y sobre el doble patio interior de la Dirección General de Seguridad. Para evitar encuentros incómodos camino de su despacho, ha decidido usar la entrada secundaria de la calle San Ricardo y esquivar las tres principales. Precisamente por una de estas, el acceso de vehículos de la calle Correo, acaba de entrar una camioneta de la Policía Armada seguida de un coche. Tres hombres cabizbajos descienden del furgón; van esposados y conducidos por guardias, formando una comitiva destino a los calabozos a la que se suman los ocupantes del automóvil, presumiblemente agentes de la Social porque tan estrecha custodia no parece propia de unos chorizos de tres al cuarto.

Comunistas, piensa Lombardi; o al menos así los ficharán, porque cualquier disidente recibe de antemano ese apelativo hasta que la investigación determine su verdadera o inventada filiación política. Tampoco es impensable que, efectivamente, lo sean. La presión sobre ellos no ha cesado desde el final de la guerra. Han caído cientos de dirigentes, militantes del montón y supuestos simpatizantes. Sin ir más lejos, el mes pasado un consejo de guerra dictó para diecisiete de ellos doce penas de muerte y cinco condenas de entre seis y treinta años por los delitos de intentar reorganizar el PCE y preparar actos de sabotaje y atentados, con el

agravante de excesiva peligrosidad. La prensa suele divulgar estas mascaradas judiciales a bombo y platillo para ejemplo de la ciudadanía y escarmiento anticipado de potenciales revoltosos.

Sea como sea, esos tipos lo van a pasar mal allí abajo, reflexiona el policía al empujar la puerta de su despacho. Y mientras ellos padecen, el Caudillo de gira triunfal en la Feria de Sevilla.

—Buenos días.

Solo una voz le responde. La mesa de la izquierda sigue vacía.

—Buenos días, inspector —replica la secretaria, incorporándose—. ¿Durmió usted bien?

—Perfectamente, Ochoa —miente él: la idea de tener que trabajar en aquel edificio le viene provocando pesadillas desde hace días, matizadas a peor tras conocer el Pudridero—. Y no es necesario que se levante para dirigirse a mí cada vez que entro. No estamos en el ejército ni en un aula de los escolapios.

—La costumbre, ya sabe. Como no suele haber visitas, las celebro de esta forma.

—Pues ya la puede ir cambiando por lo que a mí respecta, porque nos veremos a diario y no me gustaría que acabe su jornada con agujetas.

—Muy amable —acepta, regresando de nuevo a su silla ante una máquina de escribir huérfana de papel.

El policía deposita el arma en un cajón de su mesa, frente a la puerta, pero no se sienta. Aun así, tiene ocasión de reparar en el cenicero que hay dispuesto sobre ella y que la víspera no estaba. Otro ejemplo más de una efectividad secretarial que se dispone a poner a prueba.

—Dígame —comenta—, si yo quisiera comprobar si un nombre figura en nuestros archivos, debería consultar primero en el nominal, supongo. Como hizo usted ayer.

—Ese es el procedimiento correcto. Si me lo dice, yo misma se lo

compruebo.

—Emilio Fuentes.

Ambos se dirigen a los archivadores. Teresa Ochoa rebusca en la inicial correspondiente hasta que extrae una ficha con gesto triunfal.

—Aquí está: Emilio Fuentes Mina. Color azul, así que está desaparecido. Fecha: agosto-septiembre del treinta y siete.

—Es un período muy amplio. ¿La fecha se refiere a la desaparición o a la denuncia?

—Si es posible, reseño la fecha exacta de los hechos, aunque si no hay datos concretos al respecto me limito a la que figura en la denuncia. Este caso tiene toda la pinta de una desaparición durante la guerra, sin fecha concreta. En el expediente lo comprobaremos.

Ficha en mano, la secretaria cambia de archivador. En este caso, la clasificación es cronológica, de modo que busca directamente entre las carpetas de los meses correspondientes. Por fin, selecciona una de ellas, que entrega a su jefe.

—Todo lo que tenemos sobre ese hombre está aquí dentro.

—Gracias, Ochoa. A ver qué nos encontramos.

Lombardi vuelve a su mesa, enciende el flexo y se enfrasca en los documentos. En un par de folios se resume el caso. Nada nuevo respecto a los datos que Torralba comentó la víspera: Emilio Fuentes participó en la batalla de Belchite como alférez sanitario y desde entonces se desconoce su paradero. Su esposa, Marta Zúñiga, presentó la denuncia meses después de los hechos. El expediente se completa con los datos personales y una fotografía de busto del personaje con uniforme, probablemente extraída de su ficha militar.

—Aquí hay otros tres que coinciden en el mismo período —anuncia ella desde su archivador—. Lo mismo le interesan.

El policía asiente sin mucha convicción. Si la auxiliar mantiene su actitud colaboradora, puede llenarle la mesa de carpetas de

desaparecidos en la guerra. Por un momento, le viene a la memoria la hija menor de Heriberto Escandell, aquella que había prometido no quitarse el hábito de penitente hasta saber el paradero de su esposo. Elena, se llamaba su presunta medio hermana, una joven bonita, ajada por la pena y condenada por sí misma a vestir los colores morado y negro con cordón amarillo. Se le ocurre que tal vez podría interesarse por el caso, pero rechaza de inmediato el pensamiento: primero, porque el propio Escandell ya habrá empleado sin éxito sus eficacísimas influencias, y, segundo, porque no es momento de mezclar churras con merinas.

Los nuevos expedientes tienen en común con el de Fuentes el lugar de desaparición: Belchite. Y las fechas corresponden a las dos semanas que duró la batalla. Los tres participaron en la defensa de la plaza frente al ataque republicano y, como él, formaban parte del Tercio de Almogávares: Valerio Collazo era sargento de la primera compañía, la misma que Fuentes; los otros pertenecían a la segunda: el cabo José Irujo, y un tal Ángel Jiménez, soldado raso. Los tres eran casados y en sus documentos se adjuntan las correspondientes denuncias de sus esposas y sus respectivas fotografías.

—Todos estos casos ya no deberían formar parte del archivo —comenta en voz alta, sin despegar la vista de los papeles—. Después de casi seis años de su desaparición son oficialmente fallecidos.

—Mientras no haya un documento oficial que lo avale, para nosotros siguen siendo desaparecidos.

—Ya, la puñetera burocracia.

—Pues sí. No podemos cerrarlos hasta que la Jefatura Superior de Zaragoza mande esos papeles, una vez el juzgado se los haya mandado a ellos tras el correspondiente certificado del Registro Civil.

—¿Y este es todo el material del que disponemos sobre estos hombres? Habría que comprobar sus historiales judiciales o policiales.

—Si no figuran ahí es que no existen. Ya me encargué de gestionar ese detalle a medida que abría cada ficha.

Lombardi dedica un gesto laudatorio a la auxiliar y se reserva unos instantes de silencio, los estrictamente necesarios para tomar una decisión.

—Entonces, me parece que ya tenemos faena —concluye.

Las cejas de Teresa Ochoa se convierten en arcos de triunfo al escuchar la frase de su jefe.

—¿Vamos a trabajar? —pregunta incrédula—. ¿En esos casos?

—Por algo habrá que empezar, ¿no? Si es que me autorizan, claro.

No esperaba tener que enfrentarse tan pronto a su nueva realidad, pero si necesita una autorización no le queda otra que solicitarla, y el teléfono no parece el método más adecuado para ello.

—Ahora saldremos de dudas —dice con las cuatro carpetas en la mano, dispuesto a bajar a los despachos de la Criminal.

—Suerte —le desea la secretaria, aunque él va demasiado ensimismado para contestar.

El comisario de tercera Jaime Amorós, su mando más directo, no es precisamente un amigo. Es cierto que meses atrás le sacó de algún apuro, pero su último encuentro no fue precisamente halagüeño, y solo el manto protector del comisario Fagoaga le salvó de una situación delicada con él. Para llegar a su despacho es preciso cruzar buena parte del departamento, así que Lombardi hace de tripas corazón y se dirige a paso vivo hacia allí desentendiéndose del ambiente; aun así, cree notar cómo algunas miradas se clavan en él, la mayoría interpretables como de curiosidad, aunque no faltan las cargadas de inquina.

—¡Hombre, Lombardi! —exclama sorprendido el comisario al descubrirlo en el umbral—. Pase, pase. Siéntese. —El inspector obedece, un poco más calmada su incomodidad por lo que parece ser un recibimiento amable—. ¿Cómo le va por las alturas?

Enfrentarse a Amorós es un trago; no tanto por tratarse de un superior poco simpático y bastante más joven que él, que también, sino por el ligero estrabismo que sufre, de modo que hay que

intentar mirarle siempre al ojo bueno para evitar situaciones embarazosas. Lombardi cree recordar que es el derecho, y a él dirige su respuesta.

—Aterrizando. Y buscando el modo de no aburrirme —responde, al tiempo que muestra sus carpetas.

—Eso está bien. A ver qué se trae entre manos.

El inspector deposita los expedientes sobre la mesa. Amorós los ojea por encima, y durante este proceso su bigotillo se remueve inquieto, las cejas se balancean sobre su jeta aceitunada y los dedos de su mano izquierda juguetean con la corbata negra que adorna su camisa falangista.

—¿Y esto? —dice al fin, con los documentos desparramados ante él.

—El comisario jefe de personal me dijo que estoy en un departamento operativo y que eligiese algún caso para empezar.

—Y elige nada menos que cuatro desaparecidos en la guerra.

—Sus mujeres presentaron denuncia y, por lo que parece, están sin resolver.

—Sí, claro: cuatro miembros del club de las viudas.

Lombardi se sobrepone a su sorpresa inicial con una pregunta.

—¿Qué club es ese?

—Nada, hombre. Una forma de hablar, para entendernos entre nosotros. Sin carga alguna de burla, ni mucho menos; al fin y al cabo, se trata de patriotas caídos. Es un club muy numeroso, y sin esperanza: hay cientos de expedientes como estos que ha traído, centenares de viudas a la espera de una noticia, buena o mala, que nunca llegará. Todas merecerían una atención que, por desgracia, no podemos prestarles.

—Pues ahora hay ocasión de hacerlo. Al menos, en estos cuatro casos.

Amorós calla unos segundos, mientras recoge el material.

—¿Se da cuenta de lo que pretende? —rezonga al fin—. Estos hombres llevan muertos casi seis años. Belchite fue una carnicería.

—Es una buena hipótesis de trabajo la suya, pero hay que probarla. Desde que nacemos, todos estamos vivos hasta que se demuestra lo contrario.

—Vaya, hombre. —El comisario tuerce el gesto en tanto capta el sentido de la ironía—. No le creía tan gracioso.

—Filosofía barata, tiene usted razón. Lo que quería decir es que, por ahora, y mientras no haya un certificado de defunción que obligue a cerrar sus expedientes, solo son desaparecidos y, por lo tanto, objeto de investigación.

—Ya lo habrán investigado allí: la Jefatura Superior de Zaragoza, la Guardia Civil…

—Sin resultados, por lo que parece. Es posible que no se prestara esa merecida atención que antes reclamaba para su club de viudas.

Amorós cabecea, indeciso.

—¿Y qué demonios propone?

—Como primer paso, además de hablar con las respectivas esposas, me gustaría ir a Belchite y fisgar un poco por allí.

—¿A Belchite? —El comisario resopla—. ¿Y qué espera encontrar allí? ¿Huellas?

—Cuando era novato me enseñaron la conveniencia de pisar el escenario de los hechos.

—Sí, por supuesto. Pero ha pasado demasiado tiempo, y aquello es una ruina, por si no lo sabe. Y el Caudillo ha decidido que se mantenga así, como ejemplo de la barbarie roja. Como no interrogue a las lagartijas…

—Algo he oído al respecto. Pero también sé que hay un campo de

prisioneros que construye un nuevo pueblo. Y que todavía quedan viejos vecinos por allí. Puede que alguien ofrezca un rastro sobre esos hombres, algún hilo del que tirar.

—Ya. Y dígame: ¿hay algún motivo especial para haber seleccionado esos cuatro casos de entre centenares de expedientes, o los ha elegido al azar?

Claro que lo hay: la sospecha de que uno de ellos podría haber sobrevivido a la batalla, naturalmente; pero Lombardi prefiere guardar para sí este pequeño detalle, al menos de momento. Tiempo habrá de aclarar las cosas si la investigación avanza. En caso contrario, para qué implicar a nadie más.

—Surgió de un comentario de la auxiliar Ochoa cuando me explicaba el contenido de sus archivos. Un gran trabajo por su parte, si se me permite opinar.

—Sabemos de su competencia —se desentiende Amorós—. Vaya al grano.

—Pues eso, me dijo que había cuatro expedientes sobre Belchite y decidí revisarlos. Fue una batalla muy sonada. Simple curiosidad. Por algo había que empezar para ganarme el sueldo y no estar de brazos cruzados. Pero si tiene alguna otra sugerencia, por mí encantado.

El comisario encaja la bola con aparente credulidad. Se atusa el cogote y carraspea un poco antes de hablar.

—Mire, a mí me parece una pérdida de tiempo, pero no quiero que piense que le pongo la proa. Y mucho menos que lo piense el comisario Fagoaga, que le tiene a usted en palmitas por motivos que no alcanzo a entender.

Lombardi hace oídos sordos a la pulla y cocina el resto del guiso con mano izquierda.

—En ningún momento —responde muy serio— se me pasa por la cabeza que sus decisiones puedan basarse en otros criterios que los meramente policíacos. Usted manda, señor comisario.

—Presente por escrito la solicitud de la investigación y vaya adonde tenga que ir. Espero su primer informe en un par de días, y en función de ello decidimos. Eso sí: economice gastos y justifíquelos adecuadamente.

Para conectar con Balbino Ulloa no es preciso recorrer más despachos. Basta con pedir a la centralita que te ponga con la Jefatura Superior y lo tienes al otro lado de la línea en cuanto sus muchas ocupaciones se lo permiten. Otra cosa es charlar con él, y para eso nada mejor que buscar acomodo en horas del mediodía en una de las tascas que proliferan en los alrededores de la Puerta del Sol. Hasta entonces, Lombardi pone a trabajar a Teresa Ochoa, dictándole la argumentación que habrá de presentar a Amorós, encargándole varias copias de cada fotografía hallada en los expedientes, la redacción de un resumen de las denuncias y la confirmación de los horarios de tren a Zaragoza.

El rostro del comisario Ulloa rebosa satisfacción, y apenas consigue desdibujar la sonrisa a lo largo del encuentro ante el plato de morcilla frita que comparten y que les sirve de excusa para hablar de sus cosas con la necesaria privacidad.

—Digo yo que, una vez compañeros de nuevo, podrías volver a tutearme, ¿no?

La inesperada sugerencia retrotrae a Lombardi un año y pico atrás, a aquella fecha en que fue conducido desde Cuelgamuros a presencia de su antiguo jefe para escuchar de su boca una propuesta que finalmente le permitió abandonar el campo de trabajos forzados. En aquel momento, el papel de los viejos amigos había cambiado sustancialmente desde la última vez que se tutearon a primeros del treinta y nueve: él era un preso condenado por lealtad a la República, y Balbino Ulloa, secretario del director general de Seguridad. El policía represaliado frente a un delegado de la represión; difícilmente se puede recuperar un trato cercano en esas circunstancias. Uno es lo que es, pero también lo que ha sido, y Ulloa no deja de ser un traidor acomodaticio. Ahora, efectivamente, vuelven a ser colegas desde un punto de vista corporativo, pero ni el aire que se respira alrededor es parecido ni ellos mismos son

aquellos compañeros de antaño. Y no se trata de la diferencia de diez años que los separa, porque ya existía entonces; se trata de la vida, de ese territorio donde uno se mezcla con sus congéneres y con la Historia: tanto unos como la otra dejan huella en tu biografía, y la que ha quedado en la memoria de Lombardi se parece mucho a las malas películas cuyos horrores raramente olvidas.

—Se me hace muy cuesta arriba hacerlo con un superior —se escaquea él por evitar una respuesta más sincera y necesariamente más cruel.

—Pues mira, si ese es el problema, soluciónalo con un ascenso. ¿Cuántos tienes, cuarenta y uno? Hay comisarios de tercera más jóvenes que tú.

—Por supuesto. Amorós, sin ir más lejos. Pero hay una pequeña diferencia: él es de Falange.

—Cosas de la guerra —valora el comisario planeando con su palillo sobre la media docena de trozos de morcilla hasta que se decide a ensartar uno—. La necesidad obligó a reajustarlo todo con urgencia. Pero poco a poco se va normalizando. Llevas en la Escala Ejecutiva desde que ingresaste. Ya es hora de que asciendas a la Superior.

—Y ya me tocaría por antigüedad, pero me han birlado más de un trienio por decreto, amén del tiempo transcurrido desde el final de la guerra.

—Preséntate a las pruebas de ascenso.

—Claro. No creo que tenga problema para superar las físicas; tampoco debería haberlos en cuanto a mis méritos profesionales. Pero ese banco tiene tres patas, y la tercera exige un informe político y moral imposible de conseguir con mis antecedentes. He tenido dos meses en blanco para empaparme de todas esas minucias.

Ulloa ha dado un mordisquito a la morcilla y deja el resto de su captura al borde del plato: probablemente no se atreve a ofender a su úlcera de estómago con una porción entera. Lombardi aprovecha

para hacer los honores a la ración mientras su antiguo jefe se limpia el bigote e insiste en sus argumentos.

—Y tanto que son minucias, hombre. Hay muchos comisarios que superan los sesenta años, a los que no han permitido jubilarse de momento, por las circunstancias. La Escala de Mandos se va a renovar a fondo y es tu oportunidad. Al mismo Fagoaga no creo que le quede mucho para echar el cierre, así que aprovecha su influencia. Tanto él como yo te apoyaremos en la aventura, como lo hemos hecho hasta ahora.

—No tengo el ánimo para aventuras —sentencia el inspector tras un trago a su chato de tinto—. Solo aspiro a tomar tierra sin resbalones. Así que ese comisario Lombardi que me propone tendrá que esperar.

Cabecea Ulloa. De sus ojillos glaucos tras las gafas parece haber desaparecido aquella sonrisa inicial. Solo es un instante, en realidad; tal vez porque ya esperaba una respuesta en esa línea. Sabe que su deserción no es fácil de redimir y que su sincero apoyo al amigo agraviado es la única vía para recuperar al menos un poco de aquella vieja estima.

—En fin, tú verás —apunta para dar carpetazo al asunto—. ¿Cómo te va en tu aterrizaje?

—Me han destinado al Pudridero, como supongo que ya sabrá.

—No me gusta ese nombre. Prefiero Asuntos Pendientes.

—Llámelo como guste, pero el mote es más que merecido.

—Por algo se empieza, hombre —le anima el comisario—. Aunque toque aburrirse una temporada.

—Tampoco pienso hacerlo. Amorós me acaba de autorizar una investigación.

—¡Leche! Pues sí que te has movido rápido.

—No me atrae la idea de jubilarme sentado mirando a la pared. Esta noche viajo a Zaragoza.

—¿Zaragoza? Conozco a Facundo Valías, el jefe superior de allí. Si necesitas apoyo, solo tengo que descolgar el teléfono.

—Pues ya que lo dice, me vendría bien que me acercaran a Belchite. Una vez allí, ya me las apaño yo.

—¿Y qué demonios se te ha perdido en Belchite?

—Cuatro desaparecidos en la guerra.

El comisario se rasca la coronilla, un tanto desconcertado.

—Supongo que habrá casos menos espinosos —valora—. Con mayores posibilidades de éxito, quiero decir. ¿De dónde los has sacado?

—Del archivo que me han encargado custodiar. Son expedientes abiertos.

—Por supuesto, pero ¿por qué esos precisamente? Debe de haber centenares parecidos.

—Ser jefe del Pudridero te permite al menos elegir entre sus despojos —responde Lombardi, mientras se dispone a dar cuenta de la última porción sobre el plato.

—Venga, Carlos, no seas irónico conmigo, que te tengo calado desde hace mucho. ¿Por qué esos cuatro?

—Conozco superficialmente a una de las denunciantes —miente a medias—, la que fue esposa de uno de ellos. Un miembro del club de las viudas, como las llama Amorós.

—Ya. No es la primera vez que escucho ese título. Nada respetuoso, por cierto. ¿Y los otros?

—Al revisar el informe, mi secretaria descubrió otros tres casos en el mismo sitio y en circunstancias similares. Y si me meto en uno, por qué no en los cuatro.

—Entiendo —cavila Ulloa torciendo el gesto—. Poca chicha veo en ese asunto, sinceramente, pero si te sirve para entretenerte…

—Por lo menos hasta que a Amorós se le hinchen las narices; salvo que mi viaje ofrezca algún resultado. Y si no lo tuviera, aún me quedan un par de movimientos que podrían resultar.

—Pues nada, ya me contarás —acepta el comisario—. De forma extraoficial, claro, porque nosotros no tenemos jurisdicción en tierras aragonesas.

—Cuente con ello. Por cierto, ¿podría prestarme algo de dinero?

Ulloa se toma unos segundos para valorar el alcance de la pregunta.

—¿Así andas?

—Estoy tieso. Llevo dos meses sin ingresos y hasta primeros de junio no cobramos. No es que vaya a morirme de hambre, pero un viaje siempre significa gastos extra, y no me gustaría tener que sentarme en la puerta de la basílica del Pilar a pedir limosna y acabar en la trena.

—Exagerado.

—Puede ser, pero ya sabe lo que el Nuevo Estado hace con los mendigos. Lo mismo tiene que ir a sacarme de una de esas cárceles o campos especiales donde los encierran.

—No desaprovechas ocasión para criticar, coño —farfulla Ulloa—. ¿Por qué no has pedido un adelanto?

—Para pedir favores estoy en esa santa casa. Seguro que me lo niegan. El aburrimiento y el hambre son métodos infalibles para el asedio al enemigo. Es una vieja táctica militar que no dudarán en emplear conmigo.

—Déjate de sarcasmos, hombre. Al adelanto de dietas tienes derecho cuando viajas.

—No lo sabía, y ya no me queda tiempo para esa gestión.

El comisario se rasca los bolsillos y pone sobre la mesa varios billetes y algunas monedas. Después, indaga entre los pliegues de su cartera y completa el montoncito con nuevos billetes. Cuarenta y

tantas pesetas.

—Es todo lo que llevo encima.

—Con esto basta para completar mis fondos. El tren me sale gratis y soy frugal en mis necesidades alimenticias. Se lo devuelvo en cuanto regrese.

—Vale. Pero a esto invitas tú, que me has dejado seco.

Con el bolsillo moderadamente lleno y el estómago casi vacío, Lombardi regresa a su despacho para cerrar las gestiones pendientes. La más urgente de ellas es la firma del comisario Amorós, que Teresa Ochoa se encarga de obtener personalmente ahorrándole una nueva exposición pública en las dependencias de la Criminal. Durante las horas siguientes trabajan ambos en la preparación del material. Después, el policía tiene el tiempo justo de pasar por casa y preparar un maletín con lo imprescindible para estar fuera un par de días. Por fortuna, la estación de Atocha cae cerca y cubre andando la distancia hasta su cantina.

Andrés Torralba aguarda en una de las mesas con el diario Pueblo desplegado ante sus narices. La guerra en el norte de África atrae su atención hasta que el inspector se le sienta enfrente.

—¿Todavía aguantan en Túnez?

—Eso parece —subraya el detective—. Arrinconados, pero aguantan. Saben que el día que pierdan esas posiciones, los aliados tendrán Italia a tiro de piedra y caerán sobre ellos como fieras.

—Lástima que no lo hayan hecho ya en Andalucía —susurra él.

—Desengáñese, jefe, que ese milagro no lo verán nuestros ojos.

—Lo tengo claro, Torralba. De momento, conformémonos con creer en nuestro milagrito particular. —Lombardi deposita un sobre encima del vespertino—. Ahí tiene todo lo que le anuncié: fotos y datos personales de los cuatro desaparecidos y extracto de las denuncias de las supuestas viudas.

—Se ha movido rápido. Muchas gracias. Yo le he traído un juego de copias de la foto que nos dejó la señora.

El inspector echa un vistazo superficial a la entrega de Torralba: una foto de cuerpo entero de Fuentes, de paisano, tomada probablemente en fechas similares a la del documento militar.

—Tampoco las merece —dice—, porque no aporta nada nuevo respecto a lo que ustedes llevan investigado. Sin embargo, las otras tres viudas quizá puedan ofrecer algún punto de vista complementario. Si es que algunos de los desaparecidos eran amigos o conocidos.

—Nos pondremos en marcha de inmediato para comprobarlo.

—Hay una que vive en Madrid, otra en Segovia y una tercera en Valencia.

—Ya nos encargamos nosotros de hablar con ellas —subraya el detective.

—No tan deprisa, hombre. Dejen algo para mí. Las de Madrid y Segovia las tienen ustedes a mano. De la de Valencia me encargo yo cuando vuelva de Belchite.

—Se lo ha tomado en serio, ¿eh?

—Pues claro —asiente el policía—. A partir de hoy es una investigación oficial y, como me temo que no voy a sacar mucho de este viaje, necesito una justificación para seguir moviéndome. Hace tiempo que no visito Valencia, y además le ahorramos a Hermes un gasto de desplazamiento. Ahora viajo gratis.

—Por lo que a mí respecta, encantado.

—También me gustaría hablar con Marta Zúñiga, su clienta. ¿Es asequible?

Torralba se acaricia la cicatriz como preludio a la verbalización de sus dudas.

—Pues no puedo decirle, la verdad. Yo no la conozco. Con ella solo

habla Ortega.

—¿Y no han podido interrogarla?

—Ya lo hizo él, y quiere preservar su tranquilidad. O eso dice.

—Y si surge alguna duda durante la investigación, ¿la resolverá Ortega desde su despacho? Vaya formas de trabajar.

—Es lo que hay —asume el cordobés frunciendo los hombros.

—Bueno, ahora se ha abierto una nueva vía y me considero autorizado a obrar como me parezca. No le comente a Ortega mis intenciones. Tampoco quiero que me vea como competencia, como un obstáculo ante su jugoso premio.

—Al contrario. Debería estar contento por su colaboración. Seguro que se lo agradece. Siempre y cuando no resuelva el caso por su cuenta y deje a Hermes a dos velas.

—No es mi intención —ríe el policía—. El caso es suyo; y cuanto yo obtenga, lo tendrá la agencia. Aunque, seamos sinceros, no presenta buena pinta. Y ahora, amigo Torralba, voy a comprar mi cena y me subo al tren, que aún tengo que encontrar sitio.

El exprés a Barcelona sale a las ocho menos diez. Un viaje diurno tardaría algo más de siete horas en llegar a Zaragoza, pero dejar a los pasajeros a las tres y pico de la madrugada en la estación resultaría un castigo demasiado cruel, de modo que el convoy viaja con medida calma para completarlo en doce horas y justificar además el pago de una cama para quienes pueden hacerlo. Lombardi, gracias a su placa, viaja gratis, aunque tanto el cómodo lecho como las plazas de primera quedan fuera de su privilegio y está obligado a hacerlo en segunda, donde no hay reservas y cada cual se ubica según llega.

Elige ventana en un vagón corrido, sin compartimentos, sobre un asiento cuyos muelles ya eran viejos en los tiempos del general Primo de Rivera. Apenas están ocupadas la mitad de las plazas, aunque es de suponer que, a lo largo del trayecto, en sus numerosas paradas, crecerá la densidad de viajeros. De momento, puede estirar

un poco las piernas sin riesgo de manchar con sus suelas la sotana del añoso cura que tiene enfrente. A su lado, con un cortés hueco de separación, y por este orden, una señora muy seria con su presunta hija de edad indefinida entre los quince y dieciocho años. Enfrente, en el extremo opuesto del cura, junto al pasillo central, un hombre que bien podría ser marido y padre respectivo de ambas por la confianza con que las trata.

En cuanto el tren se pone marcha, el cura se santigua, extrae un rosario de algún rincón oculto de su hábito y comienza a musitar letanías. La jovencita abre un libro cuyo título es invisible desde la posición de Lombardi y se enfrasca en su lectura. El policía prefiere centrarse en el paisaje que le ofrece la ventanilla durante la escasa hora de luz antes del ocaso. Y con los paisajes, muchos de ellos aún devastados desde la guerra, llegan los pensamientos y las preguntas. La primera de ellas es por qué lo ha hecho, por qué está allí sentado, traqueteando en busca de un horizonte desconocido. Para ayudar a un amigo es su primera respuesta; pero no consigue engañarse: para eso bastaba con haber puesto a disposición de Torralba los datos obtenidos en la DGS y que los chicos de Hermes se las hubieran apañado. Sin embargo, ha decidido implicarse personalmente en una investigación que no augura mucho recorrido. ¿Por qué? Para escapar lo antes posible del Pudridero, naturalmente. Como cuando en el colegio se presentaba voluntario para salir al encerado y escabullirse del angosto y monótono cepo del pupitre. Aunque esa decisión le obligase a escribir ristras de quebrados, fórmulas físicas o conjugaciones verbales. En la pizarra, mientras cumpliera con lo dictado desde la mesa magistral, podía estirarse, ponerse en cuclillas o intercambiar disimuladas cucamonas con los compañeros sin riesgo de castigo. Y ahora es exactamente igual, todo un sentimiento de libertad; provisorio, pasajero, infantil en todo caso, pero con esa misma sensación de moverse al margen de la rutina establecida y lejos de un escenario que le repugna.

En todo caso, es su primer alejamiento más allá de ciento y pico kilómetros de Madrid desde que hace año y medio salió de Cuelgamuros, y no piensa desaprovechar la oportunidad de disfrutarlo; aunque su investigación sea un fiasco, aunque tenga que presentarse ante Amorós con las orejas gachas, habrá merecido la

pena.

—Si ustedes gustan…

La frase proviene del hombre de la fila de enfrente. Su mujer, ahora sí que puede asegurarse que son matrimonio, ha desplegado una gran servilleta sobre sus rodillas para sujetar una tartera metálica que contiene una troceada tortilla de patatas. La familia parece dispuesta a cenar.

—Buen provecho, muchas gracias —replica Lombardi, en tanto el cura hace una leve inclinación de cabeza que viene a significar algo parecido para no interrumpir su enésimo misterio del rosario.

La noche ha caído ya y la ventanilla solo refleja las pobres luces interiores. El policía saca del bolsillo de la gabardina plegada sobre el maletín el bocadillo de chorizo que ha comprado en Atocha y se desplaza con él en busca del vagón restaurante. No es que le incomode comer sobre su asiento, es que necesita al menos un poco de agua y aquel es el único lugar donde encontrarla. El aforo del restaurante está mediado y no tarda en ocupar un sitio libre. El joven mozo que atiende avinagra la cara cuando el recién llegado despliega su bocadillo sobre la mesa y le pide un vaso de agua.

—Disculpe, señor, pero aquí no se pueden traer comidas.

Lombardi comprende que el negocio es el negocio, y que apoderarse sin más de una de aquellas mesas significa atentar gravemente contra el libre mercado y contra el balance empresarial del concesionario al que RENFE haya cedido sus favores. Sin embargo, hay sitio de sobra y su presencia no impide a nadie consumir un menú que, sin duda, no está al alcance de la mayoría de los viajeros de segunda. Sin inmutarse, con medida calma, hurga en el bolsillo de la americana y con cierta displicencia coloca su placa bien visible junto al bocadillo.

—Beber sí que puedo, ¿verdad?

—Sí —balbucea el camarero tragando saliva—. Claro que sí, señor.

—Pues una copita de coñac con el agua, si es tan amable.

Devorado el bocadillo, degusta el licor entre volutas de humo. Si hay algo que le causa placer intelectual es doblarles el brazo a los poderosos. Cierto que el brazo del camarero es tan flojeras como el suyo, pero su gesto de rebeldía no ha ido contra él, sino contra un precepto empresarial que le resulta bastante insolidario. El mozo ha recibido su reacción chulesca como el recluta recibe el balazo en la trinchera en nombre del general que le manda al matadero. Cada puesto en la sociedad tiene sus bofetadas; en su caso, algunas veces son de plomo o acero, pero forman parte del menú profesional.

Cuando el camarero trae las vueltas por el pago de su consumición, intenta un acercamiento, romper al menos el muro de hielo que se ha instalado entre ambos desde el primer contacto. Las cosas no pueden quedar así con un tipo que exhibe semejantes credenciales: no resulta saludable.

—Siento el malentendido, señor —asegura en tono dócil—. Pero nos exigen vigilar el cumplimiento de las normas.

—Lo comprendo, joven; y usted no se lo tome como algo personal. Lástima que no todos puedan enseñar una placa como esta, ¿verdad?

De regreso a su lugar, comprueba que apenas ha habido nuevas incorporaciones al vagón en las paradas precedentes. Por lo que respecta a su fila de asientos, ninguna. La madre da cabezadas, verticalmente impertérrita, su hija ha vuelto a la lectura, aunque se le caen los párpados, y el padre de familia, repanchingado, fuma un purito, sin duda para no perder las costumbres hogareñas tras la cena. En cuanto al cura, ronca como un bendito con su rosario entre las manos y sin rastros de migas en su sotana; tal vez está de ayuno.

Lombardi sabe que no va a poder dormir; le cuesta trabajo coger el sueño en los viajes, y si lo hace, cuando despierte tendrá que enfrentarse a una tortícolis espantosa. Desventajas de ser tan alto, supone. Busca ayuda en su maletín y saca la carpeta de Ignacio Mora. El joven periodista está empeñado en escribir una novela sobre su primer caso tras acabar la guerra, aquel que lo sacó de prisión y al que en buena parte debe su actual libertad. El plumilla le ayudó en varias gestiones y él, agradecido, se explayó tiempo atrás con mil detalles del asunto para orientar al novel aspirante

literario. Hace unos días que le ha hecho llegar una copia de las primeras cuarenta y tantas páginas de su obra, y ahora parece un momento propicio para meterse de lleno en ellas.

La lectura le ocupa un par de horas, y cuando acaba cae en la cuenta de que lleva mucho tiempo con una tonta sonrisa en los labios frente a esa copia de calco azul que tiene entre las manos. Él, naturalmente, es el protagonista, aunque con nombre ficticio, pero le hace gracia la personalidad que Mora le ha construido, más cercana a la de un héroe mitológico que a la del ganso de carne y hueso que en realidad le corresponde. Le atribuye reflexiones íntimas que vienen a ser una mezcla de sus conversaciones y de la fabulación más explosiva. En cuanto a sus personajes secundarios, no dejan de ser sorprendentes, en especial ese trasunto de Alicia Quirós convertida en heroína femenina equiparable al protagonista; papel que, francamente, es todo un descubrimiento para lo que se lleva en el género, escrito o cinematográfico, donde las mujeres apenas alcanzan la categoría de víctimas o, a lo sumo, de femme fatale. Lo que le ha desconcertado es esa tensión sexual que se deja traslucir entre ambos a lo largo de cada uno de sus encuentros. ¿Es esta la imagen que transmiten a un observador imparcial, o un elemento novelístico más? ¡Por Dios!, se dice, ¡si le saco quince años! Y al hacerse esta observación acude como por ensalmo a su pensamiento Erika Baumgaertner. A ella le saca diez. Y hay que admitir que le tiene bien enganchado, y que añora su forzada ausencia. Por fortuna, Erika es una desconocida para Mora, y lo seguirá siendo por el bien de ambos si no quiere verla convertida en valkiria milagrosa o algo parecido.

En fin, concluye mientras devuelve los folios al maletín, son buenos argumentos literarios para una novela policíaca, y su pulso narrativo es muy aceptable; pero, por desgracia para su autor, y en el supuesto de que algún día consiga acabarla, nunca la podrá publicar. A menos que traslade la acción a un momento histórico en el que no existan generales golpistas, nazis, falangistas ni tantos otros elementos incompatibles con la libertad creativa y el resto de las necesarias libertades.

A su alrededor domina el sueño. Sus compañeros de viaje roncan con mayor o menor dignidad y, a la altura de Medinaceli, sin más

alicientes que aquel paisaje interior amodorrado, Lombardi decide cerrar los ojos a ver qué pasa.

La estación de Campo Sepulcro se convierte en un trasiego de gentes, vapor y carbonilla a eso de las ocho de la mañana. Los que descienden del tren sustituyen en el andén a los que pretenden seguir el trayecto hacia Barcelona. Libre de la obligación de buscar mozo de transporte para equipajes, Lombardi gana el exterior maletín en mano y con la gabardina al hombro.

Zaragoza le recibe con un cielo limpio de nubes y una temperatura amable. Aparcado frente al acceso principal hay un coche del Parque Móvil, con un guardia de la Policía Armada a su lado, en actitud expectante. Cuando se identifica ante él, este se cuadra con un heterodoxo saludo militar y abre la portezuela trasera con ademanes de portero de hotel de lujo. El policía se acomoda, y su rabadilla agradece de inmediato el cambio de asiento. Sin más palabras, el coche arranca y, tras zigzaguear por un par de calles, desemboca en un paseo ancho y recto que enfila a moderada velocidad.

—Vaya nombrecito que se han buscado ustedes para la estación —comenta, para ahuyentar un poco la somnolencia que lleva encima —. ¿Se construyó sobre un cementerio?

—A mí no me mire, que soy de Lugo —replica el aludido forzando su acento gallego. Ya ha cumplido los cincuenta y, a pesar de ser un poco panzón, parece sentirse a gusto dentro de su uniforme gris, bajo su gorra de plato—. Por lo visto, se hizo el siglo pasado, y la llamaron así porque los terrenos eran de una hermandad de caballeros de esas antiguas. Como los Templarios, ¿sabe usted?

—¿Los del Santo Sepulcro? —aventura él tras sondear unos segundos en su cultura medieval.

—Esos debían de ser, por el nombre…

Lombardi enciende un cigarrillo y contempla con ojos cansados el territorio urbano que se le ofrece.

—¿Por aquí se va a Belchite?

—¿A Belchite? No, no, señor. Por aquí vamos a la calle Ponzano, que es donde está la Jefatura Superior.

—Pero ¿no le han dicho que me lleve a Belchite?

—Mis órdenes son recogerlo en la estación y llevarlo hasta Jefatura. A lo mejor allí le espera otro coche, no lo sé.

El guardia contempla por el retrovisor el gesto contrariado de su viajero. La subordinación corporativa no aconseja tomarse familiaridades con los polis de paisano desconocidos, pero al fin y al cabo el tal Lombardi no parece un tío estirado y ha sido él quien ha iniciado la charla. Darle palique puede contribuir a aflojar un poco la cara de cabreo que se le ha puesto.

—¿Es la primera vez que viene a Zaragoza?

—Sí, nunca había estado. Y ahora solo será de paso.

—O sea, que ni siquiera irá al Pilar.

—Vengo a trabajar, no de turista.

—Ya, pero el Pilar merece verse. Si tiene un rato, no se lo pierda.

El inspector responde con un gruñido. Lo último que esperaba es tener que confraternizar con las altas jerarquías policiales aragonesas, comparecer ante su presencia para agradecerles en nombre de Ulloa la ayuda que le prestan. Agradecerles lo que solo es su puñetera obligación. Pleitesía y retrasos en los planes.

—Por lo menos —insiste el conductor, ajeno a sus pensamientos— puede ver usted uno de los monumentos históricos de la ciudad. Ahí tiene la Puerta del Carmen —apunta, frenando junto al bordillo.

A su izquierda, al otro lado de la calzada, se alza una ruina. Porque eso, y no otra cosa, es lo que le señala el improvisado cicerone. Un pórtico de piedra con arco central rectangular y otros dos laterales, notablemente más pequeños. Un remedo de arco de triunfo carcomido por las caricias de la metralla, las balas y el tiempo,

aislado en medio de la acera tras una minúscula verja. Está hecha un asquito, hace notar Lombardi. Desde la guerra de la Independencia, explica el guardia, porque era una de las entradas de la muralla de Zaragoza cuando la sitiaron los franceses.

—Aquí se la aprecia mucho porque recuerda aquella gesta.

—Pues nadie lo diría en vista de su estado —objeta el policía—. Le agradezco mucho su amabilidad; pero arranque, por favor, a ver si aclaramos cuanto antes lo de mi viaje.

En pocos minutos, el coche se detiene ante el portalón de un edificio de doble altura y grandes ventanales. Es la comisaría central de Zaragoza, que acoge, entre otras dependencias, la Jefatura Superior de Policía. El equivalente a la Puerta del Sol de Madrid, el cerebro de la Dirección General de Seguridad en tierras aragonesas.

—Aguarde usted aquí, que voy a preguntar si le llevo yo —se ofrece amablemente el guardia.

—De acuerdo, pero mejor le espero en aquel bar de enfrente, que estoy sin desayunar.

El policía se encamina en busca de un café, o de algún sucedáneo que le permita seguir en pie después de una noche casi en blanco. Se acomoda malamente en un taburete alto ante la barra y se decide por un café solo doble y pan tostado con mantequilla. Antes de que haya concluido su consumición, un segundo gris irrumpe en el local, oteando a un lado y otro, hasta que descubre el maletín posado a los pies del viajero.

—¿Inspector Lombardi? —dice, con cierta timidez. Apenas debe de tener los treinta y bien podría ser calificado como un novato en el Cuerpo, pero se cuadra con marcialidad cuando constata la identidad de su interlocutor—. Me han ordenado llevarlo hasta Belchite.

—Gracias, muy amable.

—Desayune tranquilo —dice, con un toque de índice en la visera—.

Le espero fuera.

Con gusto, el policía sigue la recomendación de su chófer. Enterarse de que no tiene que comparecer ante los mandamases de la Jefatura local le ha devuelto repentinamente el buen humor. Con parsimonia, degustando la tostada, se anima con un segundo café, abona la cuenta, guarda su recibo en el bolsillo y enciende un cigarrillo.

El viaje, de unos cincuenta kilómetros, llevará poco menos de una hora, según el conductor, así que Lombardi se acomoda en el asiento trasero y, sin muchas ganas de cháchara, se limita a contemplar pasivamente los parajes que atraviesan. Una vez fuera de la ciudad, a medida que se aleja del Ebro, el coche se desplaza por terrenos secos y pedregosos, y la solitaria y mal cuidada carretera discurre entre cerros y vaguadas con oasis verdosos. A pesar de los baches, que la pericia del conductor no consigue sortear del todo, los párpados del inspector pesan como plomo y llega el sueño.

La voz del joven guardia le saca abruptamente del sopor.

—Ya llegamos.

Le cuesta unos segundos ubicarse, regresar a la realidad. Cuando lo consigue, dejan a su derecha la roja estructura de madera del yugo y las flechas, omnipresente en cada municipio del país, junto a un cartel que anuncia la entrada en Belchite de Franco. El añadido de pertenencia le arranca una mueca involuntaria: aquel es uno de esos pueblos apadrinados por el dictador, bendecidos por la sombra protectora del Caudillo a causa de los méritos contraídos durante lo que la propaganda oficial denomina Cruzada de Liberación.

A juzgar por lo que se aprecia cuando el coche se detiene, el mérito de aquel enclave es haber sufrido una devastación difícilmente comparable a otros lugares. Hay barrios madrileños que presentaban similar aspecto cuando acabó la guerra; algunos todavía siguen así, pero la peculiaridad en este caso es que parece afectar a la mayor parte de los edificios.

—Pues ya estamos en Belchite. ¿Quiere ir a algún sitio en concreto?

—Ni idea, la verdad.

—Por aquí se entra al pueblo. Bueno, a lo que queda de él, y no se puede pasar con el coche. Lo llaman la Puerta de la Villa.

El guardia se refiere a una compacta torre de ladrillo visto de reminiscencias barrocas con un gran arco de medio punto. La estructura sigue en pie, aunque adornada de múltiples impactos de bala en su parte inferior. La única apertura en la construcción es la propia puerta, así que es de suponer que el destino de esos proyectiles sería algún parapeto defensivo a ras de tierra.

—¿Por dónde anda la Guardia Civil?

—Han organizado su cuartelillo en una casa de las afueras hasta que les construyan uno nuevo. Seis hombres con un sargento al mando.

—Pues vamos allá.

El coche bordea el pueblo para detenerse medio kilómetro más adelante, frente a una antigua casa de labranza de dos pisos milagrosamente intacta y rodeada de olivos y almendros. Sentadas en un poyete de piedra junto a la puerta, un par de mujeres de mediana edad charlan distendidamente con un joven guardia civil cuyo tricornio descansa sobre sus propias rodillas.

Lombardi se apea con su maletín y la gabardina colgada del antebrazo.

—Lo espero aquí —se ofrece el conductor.

—No, muchas gracias por traerme, ya me arreglo solo. ¿Sabe si hay transporte público hasta Zaragoza?

—Una camioneta al día, creo. Pero no sé el horario.

—Ya me informaré. Buen viaje.

El guardia se ha calzado su tricornio y acude al encuentro del forastero. Cuando el inspector se identifica en un protocolario intercambio de saludos, lo acompaña hasta un interior umbrío ante

la mirada curiosa de las contertulias. Al parecer, los arreglos necesarios para alojar a siete varones y sus posibles familias no han conseguido dotar al sitio de las comodidades imprescindibles. Cruzan un patio interior hasta llegar a una puerta de madera que necesita una buena mano de pintura. El guardia da tres toques de nudillo y una voz de trueno dice que adelante. La puerta gruñe de dolor cuando se abre, como si sus goznes exigieran un poco de aceite para cumplir dignamente con su obligación.

—A sus órdenes, mi sargento. Este señor viene de la Brigada Criminal de Madrid. Es el inspector… —Duda unos instantes—. ¿Cómo dijo?

—Lombardi —apunta él—. Inspector de primera Carlos Lombardi.

El sargento se alza de la silla que ocupa tras una mesa no menos desvencijada que el resto de la casa y acude al encuentro con la mano extendida. Es todo un personaje de barriga generosa y una casi absoluta calvicie que de inmediato oculta al calarse el acharolado tricornio que reposaba sobre la mesa; cercano a los cincuenta, si es que no los ha cumplido ya, su rostro abotargado le achica los ojos, y luce un gran mostacho grisáceo, con guías bien redondeadas que delatan el brillo del fijador. El policía tiene la impresión de hallarse frente a un individuo del siglo pasado.

Una vez el visitante expresa el motivo de su presencia, el anfitrión sugiere charlar fuera del edificio, porque en aquella sala sombría y apenas ventilada hace una temperatura tan insoportable que más que despacho parece una fresquera. La caricia del sol, por el contrario, aviva el ánimo del sargento.

—Me barrunto que ha hecho usted el viaje en balde —corrobora, pesaroso, manos cruzadas a la espalda, invitando a un paseo por los alrededores. El policía deja sus cosas sobre el poyete y se acomoda al paso cansino del sargento bajo la indiferente mirada de un rebaño de cabras que ramonea entre los árboles—. Yo no puedo ayudarle directamente, ni tampoco mis guardias. Todos llegamos aquí cuando acabó la guerra, así que no pudimos conocer personalmente a esos hombres que comenta. Ya se lo dije a su compañero.

—¿A qué compañero se refiere?

—Pues al policía que vino hace un par de años desde Madrid preguntando también por un tal Fuentes. Él solo preguntaba por uno, y usted trae cuatro, pero la respuesta es la misma.

—Desconocía ese hecho, disculpe. ¿Recuerda el nombre de ese compañero?

—Trillo, se llamaba. Es un apellido fácil de recordar para quien ha sido campesino como yo —subraya con un punto de orgullo, girando sobre sus talones para encarar de nuevo la casa: no parece aficionado a los paseos largos—. Y de nombre Santiago, como el patrón de España.

—Santiago Trillo —se repite en voz alta Lombardi—. No me suena.

—Creo que era de la Social.

—¿Y cuándo dice que fue?

—A finales del cuarenta, primeros del cuarenta y uno. La fecha exacta no la recuerdo, pero hacía un frío que pelaba.

El dato que ofrece el suboficial resulta un tanto confuso, porque la Brigada de Información Social no fue creada formalmente hasta finales de 1941, aunque ya funcionaba desde el año anterior bajo el estricto adiestramiento del kriminalkommissar de la Gestapo Paul Winzer, el hombre de Himmler en España. Como tantas cosas en la policía y en otros aspectos de la vida cotidiana, primero nace la criatura y después se la bautiza, de modo que el tal Trillo podría pertenecer, efectivamente, a la brigada política franquista.

—Intentaré hablar con él a mi vuelta, aunque no debió de tener éxito, porque el expediente de Fuentes sigue tan abierto como el de los otros tres. De momento, mi intención es preguntar a la gente que estaba aquí en el treinta y siete. Si es tan amable de sugerirme algunos nombres…

Belchite es un pueblo dividido, dice el sargento, mientras caminan de nuevo en dirección opuesta, sin alejarse nunca más de cincuenta pasos del edificio y de las cabras. Dividido social y físicamente,

interpreta Lombardi a raíz de sus posteriores explicaciones. De las tres mil quinientas personas que lo habitaban antes de la guerra ahora queda un millar, aproximadamente. Algo más de la mitad en el casco original, entre ruinas, en aquellas viviendas que aún se sostienen en pie; el resto, en el campamento penitenciario levantado en las proximidades del núcleo urbano. La mayoría de los habitantes de ese campo son presos, naturalmente, pero también viven allí familiares de estos o sospechosos izquierdistas separados de la población adicta al Régimen; su cometido es construir un nuevo Belchite, porque el Generalísimo ha decidido que el viejo se quede tal y como está.

—Aquello es una pequeña Rusia, para que me entienda —titula el suboficial a modo de colofón.

—Una Rusia entre rejas.

—¡Pues claro! No los vamos a dejar campando a sus anchas. Mejor nos habría ido de haberlos encerrado a tiempo.

Lombardi se ahorra expresar sus pensamientos. Morderse la lengua es un movimiento reflejo en los tiempos que corren, un preceptivo acto de autodefensa si no quieres acabar como esa pobre gente de la que habla el sargento, o directamente criando malvas.

—Quiere usted decir que puedo encontrar testigos tanto en uno como en otro lugar.

—Supongo que sí, pero para pasar al campo necesitará un permiso expreso de la autoridad penitenciaria. No se puede entrar sin salvoconducto.

—¿Tampoco para ver a los vecinos que viven allí? Mi interés en los presos es relativo, a menos que sean naturales de Belchite.

—Alguno de ellos hay, por lo que sé, pero todos están en la misma jaula —sentencia el uniformado—. Aunque separados, según sean presos o libres.

—¿Libres dentro de un campo de concentración? —ironiza él sin reparar esta vez en las consecuencias.

El sargento se detiene, repasa con una mirada de arriba abajo al forastero, se atusa una guía del mostacho y responde muy serio:

—Un campo de redención de penas por el trabajo, si me permite matizar. Y ya me entiende usted, hombre. Lo que quiero decir es que tampoco se mezclan con los condenados. Hay un montón de guardias que se encargan de esa separación y de que nadie circule por allí dentro sin permiso.

—Pues tendré que gestionar el dichoso pase. Supongo que mantiene usted relación con el director del campo.

—Llevan una temporada sin cubrir ese puesto, a la espera de un nombramiento que se retrasa. Pero conozco al funcionario encargado, que ni siquiera es director provisional.

—¿Le importaría acompañarme y presentarnos?

—Lo haría con mucho gusto, pero no disponemos de coche, y si hay que llevarlo hasta allí, yo no puedo ir con usted.

Ante el desconcierto del inspector, el sargento llama a gritos al guardia de la puerta y le ordena acercar al visitante hasta el campo. El subalterno se cuadra, desaparece durante unos instantes tras la casa y regresa al fin conduciendo una moto con sidecar.

—A mí no se me da nada bien llevar estos cacharros —se explica el bigotudo suboficial—, y solo admite un pasajero, así que aquí me quedo. Pregunte usted por el señor Batanero y le dice que va de mi parte. Yo le guardo su equipaje hasta que vuelva.

Entre petardeos, tufarada a gasóleo quemado e imprevisibles brincos sobre un irregular y polvoriento camino de tierra, dejan atrás un enorme edificio grisáceo que sugiere un queso de piedra agujereado por los obuses para tomar lo que se supone es una carretera. Enseguida tienen a la vista el campo, construido a poco más de un kilómetro al sureste de la vieja población, frente a una ermita al otro lado del río que el guardia dice llamarse Aguasvivas. La moto rodea buena parte de su alambrada hasta frenar en el acceso principal.

Tras la correspondiente identificación ante vigilantes armados con tercerolas, el inspector es conducido hasta el más próximo de los edificios, en apariencia dedicado a los funcionarios. Nueva identificación en la puerta e invitación a esperar en una sala luminosa cuya única decoración son los retratos de Franco y José Antonio Primo de Rivera, este último tachonado con un crespón en su ángulo superior izquierdo. Un gran plano del campo en la pared opuesta permite hacerse una idea aproximada de la instalación, básicamente tres estructuras idénticas formadas cada una por cuatro pabellones perpendiculares a un quinto de mayor extensión. Parecen tres tenedores sin mango junto a otros edificios complementarios de menor envergadura.

El tal Batanero ni siquiera le recibe en un despacho, sino que acude a su encuentro en aquel espacio. Es de edad parecida a la de Lombardi, unos cuarenta años, pero mucho más bajo que él y extremadamente delgado, aunque puede que el traje oscuro y la corbata negra contribuyan a ese aire casi enfermizo; el atuendo, y unas ojeras violáceas que ni siquiera sus gafas de concha consiguen disimular.

El funcionario le invita a tomar asiento en un banco corrido de madera con una protección de guata que apenas consigue atemperar su dureza. Recibe las intenciones del policía con leves muecas que revelan las dificultades del proyecto, las madura en silencio durante unos segundos y por fin presenta su primera objeción.

—Lo que me pide es técnicamente imposible. Tenemos más de mil prisioneros, y cerca de quinientas personas acogidas.

Lombardi vuelve a reprimir la puntualización que semejante frase le merece. Porque esas personas que dice no están acogidas sino encerradas, segregadas de sus vecinos por motivos ideológicos. El lenguaje es uno de los elementos que con más afán patrimonializan los autoritarismos, y la dictadura cambia en su provecho el sentido de palabras tan nítidas y nobles como «libertad». Pero cualquier comentario por su parte malograría el propósito que lo ha llevado hasta allí. Ya ha tragado con el sargento, y otro tanto debe hacer con el funcionario.

—Los presos no pueden ayudarme, a menos que sean originarios de Belchite o participaran desde dentro en la batalla —razona en busca de una solución—. Me interesan más los vecinos. Tampoco pretendo interrogarlos a todos, como comprenderá. Mi idea es distribuir entre ellos unas fotografías, a ver si alguien conoció a esos hombres y está dispuesto a hablar.

Batanero tuerce la nariz y se la rasca con falso disimulo antes de contestar.

—Presos de Belchite debe de haber un par de docenas, que habría que sumar a los vecinos. Demasiada gente. Y dejarle a usted moverse libremente por el campo se sale del protocolo. Lo mismo me meten un paquete si se enteran. Porque se enterarían, seguro. Usted depende del Ministerio de la Gobernación, pero yo pertenezco a Justicia, y sin una orden del director general de Prisiones…

—Alguna solución habrá. Llevo una investigación oficial, no se trata de un capricho. Para salvar su posición debería volver a Madrid, hacer la gestión con Prisiones y esperar; quizá varios meses: ya sabe cómo funcionan los trámites administrativos. Es demasiado tiempo, y no me gustaría haber hecho un viaje inútil. Puedo firmarle cualquier documento que le exima de toda responsabilidad.

Un funcionario preocupado por el futuro de su carrera suele ser un hueso duro de roer, y eso es precisamente Batanero, un hombre que asume provisionalmente funciones superiores a las de su categoría y no quiere arriesgarse a meter la pata. Pero ignorar a la Dirección General de Seguridad también sería un peligroso patinazo que no puede permitirse. Farfulla para sí unas frases, se frota las manos con expresión nerviosa y por fin formula una propuesta:

—No quiero que se vaya de aquí con la sensación de que nos negamos a colaborar con la Criminal —dice a modo de disculpa—. Se me ocurre que podríamos organizarle una reunión con los delegados de pabellón.

—Es muy buena idea, y se la agradezco.

Algo parecido a una sonrisa de alivio se dibuja en el rostro de Batanero por la aprobación del policía.

—Usted les explica el motivo de su visita —abunda—, reparte las fotos y a ver qué sale de todo eso.

—Perfecto. ¿Cuándo podría tener esa reunión?

—Al final de la jornada, una vez hayan vuelto los presos de su trabajo y todo esté bajo control antes de la cena. Así me da tiempo a organizarla. ¿Qué le parece a las siete de la tarde?

La entrada por la Puerta de la Villa ofrece un panorama desolador. Buena parte de la calle principal fue arrasada durante los combates y muchos de sus edificios parecen esqueletos de huesos rojizos, cuyos escombros ni siquiera han sido retirados salvo para abrir un estrecho senderillo que permite desplazarse a pie entre el estrago. Y, sin embargo, tras algunos de aquellos muros que amenazan venirse abajo con un soplido, vive gente, sobre todo en las casas más próximas a la entrada, que parecen las menos dañadas. Lombardi serpentea entre cascotes en busca de alojamiento. Según le han informado, el coche de línea a Zaragoza pasa por Belchite a la una y media de la tarde, así que tendrá que esperar al del día siguiente y hospedarse allí durante, al menos, una noche.

Con su sombra recortada entre la devastación, el policía se imagina caminar por las entrañas de una gran metáfora, de la alegoría de todo un país. Los vencidos, con sus familias, sus ideas, sus frustradas ilusiones, encerrados como leprosos; los supuestos vencedores, condenados por decreto a vivir entre ruinas y recuerdos destrozados, a la espera de un paraíso prometido que tarda en llegar más de lo anunciado. Una triste paradoja que bien podría ser reflejo de la propia Europa, víctima de una serie de sucesivas pesadillas: la Gran Guerra, una letal epidemia de gripe, un seísmo económico internacional y una nueva guerra mundial. Nunca en la historia se ha visto el continente tan globalmente zarandeado como en los últimos treinta años de este puñetero siglo, y España es como un diapasón que recoge gustoso las malas vibraciones exteriores para convertirlas en propias con su peculiar modo de afrontar los conflictos.

Junto a la puerta de una casa de doble altura y notables rasgos

mudéjares, un tosco letrero trazado a brocha con pintura negra sobre el ladrillo anuncia que hay camas; así, sin mayores alharacas publicitarias ni mención alguna al nombre del establecimiento. Porque en realidad solo es un domicilio particular donde los escasos viajeros pueden encontrar acomodo más o menos decoroso durante el tiempo necesario. Pertenece a un matrimonio, una pareja de septuagenarios. Tanto él como ella se muestran acogedores y hasta cierto punto sorprendidos de tener un huésped. La placa con la que se identifica el policía provoca en ellos la misma reacción que si les hubieran mostrado un escapulario: son gente que ha vivido demasiado tiempo y demasiadas cosas como para darle importancia a esos detalles. Ella es silenciosa, una sombra muda, y él tiene una voz cansada y rota que utiliza para explicar a su modo sus precarias condiciones de supervivencia.

Mientras le muestran su lugar de reposo, una sala del piso superior con jofaina, cántaro de agua y ventana a la calle principal, Lombardi aprovecha para anunciarles sus intenciones y solicitar su ayuda. Reaccionan ante las fotos con un anodino movimiento negativo de la cabeza.

—Nos evacuaron días antes de que entraran a degüello —se excusa el viejo—. A la retaguardia roja. Primero a Mediana de Aragón y después a algunos pueblos de Lérida. Solo volvimos cuando acabó la guerra.

—Estos hombres formaban parte de la guarnición. Llevaban meses aquí antes de que atacaran el pueblo. ¿Ninguno de ellos les suena?

—Había poco trato con los soldados. Nosotros, desde luego, no teníamos ninguno.

—Lo mismo Virgilio los conoce —apunta la anciana en un susurro para demostrar que tiene lengua.

—Puede ser —subraya su marido—. Luchó a su lado.

—¿Dónde puedo encontrar a ese Virgilio?

—En la tienda —informa el anciano—. Calle Mayor adelante. En la otra acera, casi llegando a la plaza.

El inspector echa un vistazo rápido a su reloj: todavía no es mediodía. Tenía intención de dar una cabezada antes de patearse el pueblo, pero la posibilidad de encontrar a un excombatiente del bando nacional posterga cualquier otra necesidad y regresa al exterior.

Lo que el anciano llama acera es solo un recuerdo de tiempos mejores. En ambos márgenes de la calle se acumulan montones de escombros y tan solo de vez en cuando, ante los edificios más o menos indemnes, aparece el zócalo que definía la calzada cuando Belchite podía ser considerado un pueblo como cualquier otro.

Un aroma espeso, a salazón, recibe a Lombardi cuando cruza el umbral del colmado. No es difícil descubrir su origen, porque un par de barriles de arenques secos dominan los espacios laterales del mostrador. Detrás, en las estanterías de la pared, latas de conserva, legumbres secas, tiras de bacalao, botellas, rollos de esparto, aperos de campesino o herramientas domésticas se apiñan sin orden ni concierto. Desde allí, agazapado entre aquel maremágnum de objetos, un hombre espigado y escaso de carnes le recibe con un saludo frío; tiene el rostro cetrino y densa cabellera negra repeinada hacia atrás, bigotín a la moda fascista y una desconfiada mirada de grafito que se clava en el visitante; debe de rondar los treinta y viste un mandil a rayas verticales verdes y negras decorado con lamparones de grasa.

—Buenos días. ¿Tiene usted cerveza?

—Tendrá que ser del tiempo, porque se me acabó el hielo.

—¡Qué se le va a hacer!

El tendero dispone sobre el mostrador una botella de un tercio y lo libera de su chapa.

—¿Quiere vaso?

—Si no es molestia.

El policía valora al tacto la temperatura del vidrio ambarino, se sirve medio botellín y apura de un trago el contenido.

—Estaba seco —se justifica mientras rellena de espuma el recipiente. Saca su cajetilla y ofrece tabaco, que el otro acepta, todavía dubitativo respecto a las intenciones del recién llegado. Enciende con calma ambos cigarros.

—Supongo que usted es Virgilio.

El aludido le dedica una mirada atravesada antes de responder.

—Así me llamo.

—Me han dicho que luchó usted en la batalla del treinta y siete.

—Y le han dicho bien —contesta, y en su rostro aparece ahora un relámpago que podría ser de orgullo.

—Un héroe de guerra, entonces. Creo que les concedieron la Laureada de San Fernando.

—Colectiva, a todos los defensores.

—Enhorabuena. Aunque tuvo que ser duro, ¿no?

—Bien jodido —admite encogiendo la nariz—, pero lo peor vino después.

—Sobrevivió usted —valora el inspector con un nuevo trago—. No me imagino nada peor que morirse.

Virgilio deja ir una media sonrisa que más parece una mueca sarcástica.

—Pues le juro que lo hay —asegura, para matizar tras una profunda calada—: Y si no lo cree es porque nunca ha sido prisionero de los rojos.

—En ese aspecto he tenido suerte, sí.

—Primero en Lérida, luego en el monasterio del Puig, en Valencia. Año y medio. Nos mataban de hambre los cabrones. Y de frío en invierno. Y quéjate, que, si protestabas, encima te molían a palos y te encerraban quince días en una celda de castigo. Porque yo estaba

sano, que otros ni lo contaron con la miseria que nos rodeaba. Muchos ni siquiera llegaron a prisión: se los cargaban por el camino. Más de una vez maldije mi suerte por no haberme quedado tieso entre estas ruinas. Créame que no hay nada peor en este mundo que ser preso de los rojos. Cuando volví aquí era un montón de huesos y pellejo.

De buscar polémica, cualquiera podría alegar que algo parecido sufrían los prisioneros en la otra retaguardia. Y que, aunque ya no existían cautivos del bando de Virgilio, sí que los había padeciendo semejantes penurias y maltrato en las cárceles y campos de trabajo franquistas cuatro años después de acabar la guerra; algunos, no muy lejos de su negocio. Pero Lombardi no ha entrado allí en busca de polémicas, de modo que se limita a mostrar su placa y presentarse como miembro de la Criminal.

—Aquí no hay nada de estraperlo, ¿eh? —balbucea el tendero cuando consigue recuperarse del asombro.

—Descuide, hombre, que no me dedico a eso. He pensado que, dada su experiencia, a lo mejor puede ayudarme.

—Si está en mi mano… —se ofrece, más tranquilo, aunque todavía desconfiado—. Usted dirá.

—Sigo la pista de cuatro hombres que participaron también en la defensa de Belchite. Oficialmente son desaparecidos, aunque es muy posible que murieran en la batalla.

Mientras se explica, el policía repite ante el comerciante la liturgia de las fotos estrenada en casa de los ancianos.

—Requetés —subraya Virgilio al reparar en las insignias de sus uniformes—. Del Tercio de Almogávares. Tenían su cuartel general en el seminario. Yo me había alistado en la Segunda Bandera de Falange de Aragón.

Lombardi se felicita por la locuacidad del tendero. Parece que su inicial actitud recelosa ha desaparecido y se muestra colaborador.

—¿Pero le suena alguno?

—Quiero creer que sí, que alguno de ellos me resulta vagamente familiar, aunque hasta que empezó el tomate no nos relacionábamos mucho falangistas y requetés… Ya sabe, cada cual tenía su puesto y sus obligaciones. Después, todo fue un caos, y compartí parapeto con varios de ellos, pero aquellas caras no se olvidan fácilmente, ¿sabe usted?, y no coincidí con ninguno de estos cuatro. Tampoco estaban entre los prisioneros, eso seguro.

—Este era alférez sanitario —insiste él con las dos fotos de Fuentes en la mano—. Quizá pudo verlo en el hospital.

—Por suerte no lo pisé en las dos semanas que duró el jaleo, y a los heridos que cayeron a mi lado los recogían camilleros. Supongo que estaría allí encerrado, porque trabajo no les faltaba.

—Lástima.

—Aguarde un momento —sugiere Virgilio, que se asoma a una puerta del fondo encajada entre las estanterías, y grita hacia el interior—: ¡¡Lucíaaaa!! —Una voz femenina responde desde lejos algún monosílabo indefinible—. ¡Ven acá, mujer! Es mi esposa. —Devuelve ahora su atención al inspector—. También estuvo en el pueblo hasta que la evacuaron. Los civiles se movían con más soltura y a lo mejor ella conoció a alguno.

Al poco aparece por la puerta la tal Lucía, que resulta ser una joven de rostro delicado, ojos grandes, pelo trigueño y signos de avanzado embarazo. Se seca las manos en un paño y saluda al cliente con un cabeceo silencioso.

—Buenos días, señora. Encantado.

—Aquí el señor es un policía de Madrid que viene buscando ayuda. A mí no me suena ninguno, pero a lo mejor a ti te dicen algo estos retratos de cuando la guerra. Por lo visto, estaban aquí cuando atacaron los rojos.

La mujer repasa minuciosamente las fotos dispuestas sobre el mostrador, hasta que un gesto empieza a dibujarse en sus labios; muy leve al principio, para convertirse después en abierta sonrisa.

—Sí —dice, señalando la foto de José Irujo—. A este lo conocí. No sé su nombre, pero es él.

—¿Está segura?

—Como para olvidarse. Era más pesado que las moscas.

—¿En qué sentido? —se interesa Lombardi.

—Pues ya sabe usted cómo son algunos, que disparan a toda falda que se mueve.

—¿Ese fulano te molestó? —salta el marido—. Me lo podías haber dicho, que entonces ya éramos novios.

—Pero si no era solo conmigo, Virgilio —aclara ella con un manotazo al aire, como si quisiera espantar cualquier recelo—. Les tiraba los tejos a todas las que pasaban delante de sus narices. Aunque nada serio: piropos, requiebros, tonterías… Para matar el aburrimiento, digo yo. Que yo sepa, no intentó acercarse a ninguna.

—Pues de haberlo sabido le habría puesto yo en su sitio a ese imbécil.

—Me temo que otros se encargaron de eso, Virgilio —interviene el policía para calmar el amago de tempestad conyugal—. Dígame, Lucía: ¿vio usted a ese hombre durante los combates, supo que lo hubieran herido o que se contara entre los muertos?

—¡Uy, no! Cuando empezaron a atacar pisábamos la calle lo menos posible. Vivíamos casi encerrados en las bodegas. Luego, a la mayoría de los que no combatíamos nos evacuaron, y yo solo volví por aquí para casarme; en junio hará tres años.

—¿Aquí se casaron?

—Claro, en la iglesia parroquial.

—¿Sigue en pie?

—Hecha una ruina —tercia Virgilio—, pero todavía hay culto. Hasta que acaben la del pueblo nuevo, y eso va para rato.

—¿Alguien aparte de mí ha venido interesándose por estos hombres?

—No, señor, que yo sepa.

Lombardi apura su cerveza y apaga el cigarrillo en el suelo, tal y como ha visto hacer al anfitrión hace un momento.

—Bueno, Lucía, así que esta cara es la única que le suena.

—Sí, señor, la única. Los otros no me dicen nada, la verdad.

Decepcionado, el policía recoge las fotos y las devuelve al bolsillo de la americana.

—En fin —concluye—, habrá que pensar en que no salieron vivos de aquí, aunque no figuren entre las bajas contabilizadas.

—O igual sí —apunta el tendero.

—¿Por qué dice eso?

—Porque más de quinientos prisioneros se pasaron a los rojos.

—Lo sé, pero tampoco están entre ellos.

—También pudieron escaparse.

—¿Romper el frente? —objeta Lombardi—. Un poco difícil, ¿no? Creo que algunos lo intentaron en las últimas horas del asedio y pocos llegaron vivos a Zaragoza.

Virgilio deja ir un carraspeo antes de soltar su hipótesis.

—Y algunos de los que llegaron —dice, marcando bien las palabras, como si le doliesen al atravesarle la garganta— seguramente no eran de ese grupo que resistió hasta el final, como resistí yo. Es posible que se hubieran marchado antes y aguardaran tranquilamente a ver de qué lado caía la moneda. Tuvieron la suerte de que perdimos Belchite y pudieron justificar su deserción con mentiras. De haber resistido nosotros, estarían todos fusilados.

—¿Tiene pruebas de esa acusación, algún nombre?

—No las tengo, pero es un rumor que sigue corriendo desde entonces, y cuando el río suena…

Lombardi sopesa el testimonio, fruto tal vez de la rabia ante la presunta cobardía de otros mientras el joven se jugaba el bigote para cumplir con su deber, y del dolor por un penoso cautiverio.

—No voy a negarle que pudo haber desertores —admite el policía —, pero de estar estos cuatro entre ellos figurarían en la lista de quienes consiguieron llegar a Zaragoza, y su expediente militar no se cerraría en Belchite. No, le aseguro que el rastro de estos hombres se pierde aquí.

—Pues siento no poder servirle de más ayuda.

—Bastante han hecho. Aunque quizá podrían darme algún nombre más de los actuales vecinos que formaron parte de la guarnición.

—Tres o cuatro quedan, pero también eran de la Bandera de Falange, sin mucho trato con el Tercio de Almogávares.

—Bueno, volveré por aquí si me decido a verlos. ¿Qué les debo de la cerveza?

—Nada. Convida la casa.

—Agradecido. —Lombardi ofrece su mano al tendero sobre el mostrador y se despide verbalmente de su mujer—: Un placer, señora, y que todo vaya bien cuando llegue la hora.

—Muchas gracias —responde ella—, y bienvenido a Belchite.

Antes de salir, ya casi en la puerta, el inspector gira sobre sus talones y desanda el camino que le separa de los tenderos.

—¿Venden ustedes tabaco?

—Claro —asevera ufano Virgilio—, aquí vendemos de todo, cuando lo hay.

—Pues deme una docena de cajetillas de Ideales —solicita, posando sobre el mostrador su cartilla de racionamiento.

El tendero tuerce el gesto ante el documento.

—Se le van a quedar temblando los cupones del mes de mayo —advierte.

***

Recuperado por una buena siesta después del humilde pero sabroso almuerzo, Lombardi recorre el polvoriento camino en dirección a su cita en el campo de presos políticos. No dispone de transporte, pero el paseo a lo largo del perímetro del pueblo resulta ilustrativo y le permite además hacer balance mental de lo conseguido hasta el momento. Prácticamente nada, en realidad. A tenor de los hechos, parece que la Dirección General de Seguridad investigó las desapariciones, al menos la de Fuentes, aunque el tal Trillo se limitó a cumplir el expediente con una consulta a la Guardia Civil. Si ni siquiera se preocupó de preguntar a los vecinos libres, menos lo haría con los reclusos. El único recuerdo obtenido sobre los desaparecidos es esa personalidad mujeriega del cabo Irujo que tampoco aporta nada a la investigación.

Deja atrás el último edificio del pueblo, el viejo seminario, esa mole agujereada a la que ahora puede poner nombre tras sus charlas con el tendero y con sus ancianos anfitriones: allí estaba el puesto de mando de los defensores y recibió un notable castigo por parte de la artillería republicana, tan nutrido que sería difícil su rehabilitación en el improbable caso de que el dictador levantara la sentencia que condena a los vecinos de Belchite a vivir allí dentro sin tocar una sola piedra.

El sol declinante levanta destellos cobrizos en los tejados de la pequeña Rusia. A través de las alambradas se distinguen varios camiones aparcados en el interior que no estaban allí por la mañana, presumiblemente el medio de transporte de los presos

hasta el nuevo pueblo que se construye al norte, en el lado opuesto de las ruinas. Tampoco hay rastro de vida humana más allá de los vigilantes instalados en sus puestos de guardia, los que rondan en parejas unos espacios entre edificios que difícilmente pueden llamarse calles o los apostados sobre una azotea del edificio principal.

Batanero lo recibe casi en la misma entrada, satisfecho por la puntualidad del visitante.

—He preparado la entrevista en la sacristía de la capilla, un sitio discreto —apunta, abriendo camino hacia el lugar señalado.

—Mejor así. Y para acentuar la discreción, sería conveniente que el encuentro se produzca sin testigos.

—Sin guardias presentes, quiere decir.

—Sin guardias ni funcionarios.

—¿Tampoco yo? —El hombre tuerce la boca en una mueca de disgusto—. Eso es bastante irregular, si me permite opinar.

—No se lo tome como cosa personal, pero la experiencia me dice que la gente se intimida y no suelta la lengua en presencia de caras conocidas, especialmente si representan a la autoridad. Por temor a posibles represalias. Yo me iré, pero ustedes siguen aquí con ellos.

—¿Qué represalias van a temer por colaborar con la Criminal en la identificación de unas fotos?

—Nunca se sabe, pero si queremos resultados es preferible hacerlo a mi modo, créame.

Batanero rezonga entre dientes mientras cruzan una explanada en cuyo centro un largo mástil sostiene una bandera franquista. Al fondo está la capilla, un edificio de ladrillo visto de imitación románica con una cruz en su arco lateral y un escudo de piedra de notable tamaño con el águila de san Juan esculpida en el frontis de la entrada.

—Va usted armado, supongo —dice por fin el funcionario antes de

franquear la puerta del recinto religioso, custodiada por dos guardias.

—Supone bien —responde él mostrando la sobaquera—. Es mi obligación.

—¿Y no teme encerrarse solo con esa gente? Suponga que le quitan la pistola. No lo iba a pasar bien. Y las consecuencias posteriores… No podría responsabilizarme de su seguridad.

—Vamos, hombre, que no son peligrosos delincuentes comunes. En todo caso, estoy acostumbrado a defenderme.

—Ya. Pero yo me quedaría más tranquilo si no entrase armado ahí dentro.

Como gesto de buena voluntad y en compensación a la flexibilidad mostrada hasta ahora por Batanero, el policía acepta la sugerencia un tanto suplicante de este y le entrega su Star.

—Cuídemela, que aún la estoy pagando.

—Desde luego. La sacristía está a la derecha, en la única puerta que hay.

El lugar está presidido por un gran crucifijo y las fotos de rigor del dictador y del Ausente, como lo llaman los falangistas nostálgicos. Huele a cera quemada y cinco hombres aguardan en el estrecho recinto, acodados en el mobiliario o apoyados en la pared. Solo hay una silla, y los presentes la han respetado, cediéndosela a ese desconocido que, según dicen, les trae unas fotos. Tras cerrar la puerta, Lombardi desdeña el asiento, da las buenas tardes y empieza a repartir las cajetillas de Ideales que guarda en la gabardina: dos para cada representante vecinal y las cuatro restantes al que dice asistir en nombre de los presos, un cuarentón rubicundo de rostro quemado por el sol. Antes de que los agasajados puedan mudar su reacción de asombro, el policía inicia un discurso largamente meditado que, sin embargo, pretende sonar espontáneo:

—Les agradezco que estén aquí. —Los presentes se entrecruzan

reojos entre irónicos y despectivos, como preguntándose si les quedaba otra opción—. Permítanme que me presente. Me llamo Carlos Lombardi y soy inspector de primera de la Brigada de Investigación Criminal de Madrid. Soy policía desde poco antes de la dictadura de Primo de Rivera, y he trabajado como tal hasta el final de la guerra.

El inspector hace un receso para ofrecer tabaco de su cajetilla. Tres de los vecinos aceptan, un tanto sorprendidos de que se tome esa libertad en un ámbito sagrado, aunque seguro que el capellán fuma en la sacristía porque sobre uno de los muebles hay un cenicero de hojalata, regalo publicitario de una conocida marca de vermú. Reparte fuego y se concede una primera calada antes de proseguir.

—Estuve en mi puesto en el Madrid sitiado hasta que cayó, y a mí me cayeron doce años de cárcel por supuesta rebeldía contra los rebeldes. Trabajé en los cimientos de lo que pronto será prisión de Carabanchel, y después en Cuelgamuros, en ese sitio que llaman Valle de los Caídos. Redención de penas por el trabajo. Supongo que les suena, ¿verdad? Bueno, hace poco me llegó el indulto y pude reincorporarme a mi viejo puesto en la Criminal. Ojalá a ustedes les suceda pronto algo parecido.

Durante unos segundos, el orador valora en silencio el efecto de sus palabras en los ojos de la audiencia. Incredulidad, sorpresa, desinterés: de todo hay.

—Si les digo todo esto es porque sé muy bien lo que es deslomarse de sol a sol sin salario, formar en el campo para asistir a misa cada domingo y fiesta de guardar y cantar brazo en alto el Cara al sol ante una bandera impuesta por las armas. Sé lo que es pasar hambre, sufrir maltratos o humillaciones, y ver morir a los compañeros. Aunque no tengo el atrevimiento de compararme con ustedes, porque a día de hoy puedo considerarme un privilegiado.

Ahora solo se ven rostros boquiabiertos o ceños fruncidos.

—Se preguntarán a qué viene este discurso. Y para qué. Muy sencillo: busco información sobre cuatro hombres, cuatro soldados que desaparecieron durante la primera batalla de Belchite, la del treinta y siete. No se trata de una investigación política; tampoco

criminal. Podríamos decir que es una investigación humanitaria. Todos pertenecían al Ejército Nacional, y sus mujeres aún se preguntan qué fue de ellos; como hacen también muchas de su bando. —Lombardi los mira uno a uno y puntualiza—: De nuestro bando, quiero decir. Ustedes, sus familias, vivieron aquellos momentos y quizá conozcan de vista a alguno de ellos.

—Y por qué vamos a preocuparnos de lo que pasan o dejar de pasar esas mujeres —replica de improviso el representante de los presos, el más arisco hasta ahora en sus reacciones faciales—. Las nuestras no tienen a nadie que se interese por sus maridos, hijos, padres o hermanos desaparecidos.

—Tiene toda la razón —admite él, comenzando a repartir los lotes de fotos, aunque se reserva el único ejemplar de Fuentes de paisano —. Y entenderé perfectamente que se niegue a participar en esta investigación. Pero si se encuentra usted preso hoy es porque antaño defendió ciertos valores, la idea de un mundo nuevo más igualitario, más humano. Aceptar esta petición de ayuda es una forma de demostrar una vez más a quienes nos someten que somos distintos a ellos. Y que el dolor del enemigo no alivia el propio.

El objetor ni afirma ni niega, pero recibe en su mano el juego de fotos.

—Sus nombres están escritos por detrás —explica Lombardi—. Cualquier información que puedan facilitarme quizá contribuya a paliar el sufrimiento de unas mujeres que esperan respuestas. Si son tan amables de mostrárselas a sus compañeros, ellas y yo se lo agradeceremos. Es posible que alguien los viera morir, y saberlo con seguridad permitiría a sus viudas llorarlos con conocimiento de causa y rehacer sus vidas. Volveremos a vernos mañana por la mañana, a las diez, porque la autoridad del campo no me ha concedido mucho más tiempo que este. Muchas gracias por su ayuda.

—Mañana a las diez llevaré ya tres horas deslomándome en el tajo —objeta el preso.

—Ya imagino. Si es tan amable de devolverle las fotos a alguno de los otros cuatro delegados aquí presentes y comentarle el resultado

de su pesquisa, ellos me lo harán saber.

—Así lo haré, si me dejan los guardias; aunque todavía no tengo claro, por su forma de hablar, si es usted cura o anarquista. Camuflado en ambos casos.

—Solo policía desde hace casi veinte años —responde él en tono amable—. Supongo que eso también imprime cierto carácter.

Antes de abandonar la sacristía, Lombardi ofrece su mano a cada uno de los presentes, que se la estrechan con mayor o menor convicción. Con un nudo en la garganta, les entrega su último mensaje:

—Mucha fuerza, y no pierdan la esperanza.

Batanero aguarda en el exterior de la capilla, paseando por los alrededores con las manos en los bolsillos, como un padre primerizo a la espera de noticias de la comadrona.

—¿Qué tal ha ido?

—Bien, como era de esperar. Han aceptado sin demasiadas objeciones. ¿Me devuelve mi pistola?

El funcionario hace una seña a uno de los guardias de la puerta, que cumple su encargo de entregar el arma a su dueño y recibe a continuación la orden de conducir a los cinco hombres a sus respectivos pabellones.

—Se aloja en el pueblo, supongo.

—Pues sí.

—Podemos acercarlo hasta allí.

—No se moleste. Me apetece pasear.

—Mire que el sol ya está cayendo —insiste Batanero—. En menos de media hora no se verá nada, y el pueblo no tiene muchas luces de referencia, que digamos.

—Gracias, pero no es necesario: carretera adelante no tiene pérdida. Nos vemos mañana a las diez.

La experiencia le ha revuelto el cuerpo. Mientras deja atrás el recinto no puede quitarse del pensamiento que en la escena vivida en la sacristía bien podría haber sido él uno de esos cinco hombres, y que solo determinadas coincidencias le permiten ahora hacer las preguntas en lugar de recibirlas. Le asaltan recuerdos de los casi tres años en presidio, los rostros de quienes allí siguen, y muy especialmente de los que quedaron por el camino víctimas del hambre, la tortura, la enfermedad o el paseo asesino. Por extraños que sean entre sí, suele forjarse una particular solidaridad entre compañeros de cautiverio, y acaba de experimentarla en carne propia. Se alegra de no haber perdido esa pulsión, ese sentimiento: ha querido ser sincero con aquellos hombres y mostrarse ante ellos como es, algo que no habría podido hacer con un par de guardias armados delante o con la mirada suspicaz de Batanero clavada en el cogote.

Sea cual sea el resultado profesional de este viaje, se dice, ha merecido la pena solo por estrechar aquellas manos y poder decirles a la cara que hay gente fuera que sigue pensando en ellos y creyendo en lo que defendieron.

Como le había advertido el funcionario, el ocaso empieza a tender su manto cuando llega a los primeros edificios del pueblo. El viejo seminario se alza todavía como una gran sombra amenazante que pronto desaparecerá tragada por la luna nueva, y Lombardi decide atajar por las calles en lugar de rodear el casco urbano hasta la Puerta de la Villa.

Mala decisión, se dice enseguida, porque la noche se cierra de repente como una garra sobre Belchite y no es fácil encontrar una calzada libre de escombros, de modo que avanzar casi a oscuras se convierte en un penoso juego de ensayo-error. Las pobres luces de algunas ventanas, repartidas aquí y allá, le sirven de momentáneos faros, pero más de una vez tropieza o se ve obligado a dar media vuelta para encontrar una senda practicable entre las ruinas. Durante su vagabundeo se acrecienta la impresión de estar hurgando impunemente en las tripas de un cadáver, y en ocasiones cree percibir más allá del profundo silencio que lo rodea una

respiración moribunda, algún lúgubre lamento que quiere atribuir al merodeo de las lechuzas. Decididamente, a pesar de los poderosos aromas campestres que ofrece la avanzada primavera, aquel fantasmagórico lugar huele a funeral y una tensión macabra late en el susurro del viento, en el canto de los grillos, en el esporádico ladrido de los perros.

Por fin, consigue hallar el camino correcto hasta su hogar transitorio. Apenas cena un vaso de leche caliente antes de retirarse a su cuarto, y cuando una hora después el parte de Radio Nacional suena lejano desde la planta baja, él sigue tumbado en la cama sin desvestirse.

A la luz del día, el paisaje pierde sus características espectrales para regresar a lo que realmente es: un dramático desastre. Aunque no toda la destrucción se debe al ataque del ejército republicano, porque la Legión Cóndor también bombardeó masivamente el pueblo durante la contraofensiva que devolvió Belchite a los facciosos en marzo del treinta y ocho, tal y como ha explicado a Lombardi su anciano anfitrión frente a un abundante desayuno que ha compensado la inapetencia nocturna de la víspera. De modo que esa postal sobre la violencia roja que Franco quiere vender al mundo tiene un buen porcentaje de violencia nazi, detalle que se escamotea en los panegíricos oficiales.

El policía llega al campo de reclusión con ánimo recuperado, aunque con escasas esperanzas de obtener fruto de su apresurada siembra. Los guardias le conducen a presencia de Batanero, que a su vez le acompaña de nuevo hasta la capilla con una frase de optimismo.

—Parece que va a tener usted suerte, después de todo. —Y añade ante el gesto de sorpresa del inspector—: Una señora dice que conoció a alguno de esos hombres que busca. Ya sabe cómo llegar a la sacristía.

En el lugar indicado se hallan dos personas: uno de los delegados vecinales que habían asistido a la primera reunión y una mujer, que ocupa la única silla y se levanta cuando Lombardi aparece.

—Siga sentada, por favor. Y gracias por venir.

—Bueno, yo les dejo solos para que hablen a gusto —dice el hombre, devolviendo al policía el montón de fotos distribuidas—. Entre los presos nadie los conoce, según parece.

Ya a solas, Lombardi se presenta y otro tanto hace la señora, que dice llamarse Gabriela Gotor. Ronda los sesenta, con dolorosos ojos pardos y el pelo aún castaño entre anuncios de canas recogido atrás en un moño; viste una humilde y vieja bata grisácea y un pañuelo negro anudado al cuello; sus zapatillas desgastadas y recosidas presentan agujeros que dejan entrever el color de sus medias claras. Se frota las manos con disimulo, en un intento de atenuar su nerviosismo.

—Tranquilícese, señora. Supongo que le habrán explicado quién soy y a lo que vengo. En todo caso, sepa que está con un amigo, no con un policía.

Ella asiente en silencio, la cabeza baja.

—¿Qué le parece —la anima el inspector— si empieza hablándome de usted, de cómo vivía en Belchite antes de la guerra?

—Pues malamente, aunque una se acostumbra a casi todo —confiesa con ese estoicismo particular de la gente del campo—. Viuda y con tres hijos desde los cuarenta, sin más pertenencias que una casucha que me dejó el marido. Trabajando en lo que sale para poder llevarse un poco de pan a la boca. Mis dos hijas y yo sirviendo, y el chico en la fábrica de aceite.

—¿Y cuando llegó la ofensiva republicana estaban los cuatro aquí?

—No, mi hijo escapó cuando el alzamiento. Temíamos que lo mataran.

—¿Era del Frente Popular?

—Ni por asomo —rechaza ella con un mohín—. No es que fuera de derechas, precisamente, como ninguna de nosotras; pero nunca se significó en contra o a favor de nadie.

—¿Entonces?

Gabriela Gotor duda y vuelve a frotarse los dedos. El policía enciende un cigarro como muestra de paciencia. Por fin, ella carraspea un poco antes de responder.

—Mariano Castillo, el alcalde, era primo mío —dice en un susurro, para que sus palabras no escapen del pequeño recinto—. Lo mataron los falangistas. También a su mujer y a otro hermano suyo.

—Ya entiendo. Lo siento.

—Mataron a muchos —abunda ella, liberada de un secreto que seguramente ha guardado desde entonces—. A uno de cada diez vecinos, o más. Allí los tiene, donde las tapias del cementerio, todos bajo tierra, más de trescientos. A muchos los llevaron andando descalzos hasta allí, con las manos atadas a la espalda. De no haber marchado a tiempo mi hijo, allí estaría su cuerpo, olvidado entre montones de cadáveres. Fue una carnicería. Fíjese usted que en La Puebla de Albortón, no lejos de aquí, los falangistas pusieron de alcalde a uno de los suyos, y como se opuso a que fusilaran a los de su pueblo, también lo asesinaron.

Una historia repetida en la retaguardia facciosa, no importa qué lugar elijas para preguntar: Aragón, Navarra, Castilla, Galicia… Aquellos territorios donde el golpe triunfó están sembrados de testimonios que muestran la sistemática eliminación de cualquiera que no se sumase a los facciosos, y en ocasiones de los propios golpistas que no aceptaban esa forma de actuar.

—Ya imagino que su vida en Belchite no debió de resultar cómoda a partir de entonces.

—Nosotras no sufrimos daño, a Dios gracias. Había gente que te miraba por encima del hombro, pero de esa siempre ha habido en todas partes.

—Las evacuaron durante la batalla, supongo.

—Como a todas las mujeres. Volví al acabar la guerra.

—Para encontrar un pueblo inhabitable y un destino que no

esperaba —sentencia el policía.

—Ya ve usted. Pero no me lo tomo tan a mal como otros. Al fin y al cabo, de mi casa no quedan ni las paredes, así que por lo menos tengo un techo.

—¿Sus hijas también están aquí?

—No, ellas andan libres. Una se casó y está en Barcelona; la otra vive con ella de momento.

Lombardi hace un gesto admirativo y se acerca al cenicero, todavía con las colillas de la víspera.

—Resulta sorprendente que haya elegido volver en estas condiciones —valora.

—Por mi hijo. Él sí que está aquí, entre los presos. Por lo menos está vivo y puedo verlo de vez en cuando. Y si él no estuviera, también habría vuelto. Quiero morirme en mi pueblo, que es donde nací y donde siempre he vivido.

—No diga eso, mujer, que todavía le queda tralla para rato. Bueno, ¿más tranquila?

Ella asiente con un cabeceo sin mucha convicción.

—Sí, señor —acepta al fin—. Me habían dicho que era usted de confianza, pero no estaba yo muy convencida.

—¿Ya lo está?

—Creo que sí.

—En ese caso, vamos a lo que nos ha reunido. Al parecer, conoció usted a alguno de los hombres de las fotos.

—A uno, seguro. Y es posible que a otro. Pero antes déjeme contarle cómo los conocí.

Lombardi acepta el método elegido por la mujer para sincerarse y apaga el cigarrillo.

—Adelante.

Cuando atacaron los republicanos, cuenta Gabriela, ella servía en casa de don Fermín Toledo, un magistrado jubilado que llevaba viviendo en Belchite desde hacía dos años y pico. Dos años y pico como vecino fijo, pero que pasaba allí los veranos desde hacía muchísimo tiempo, porque su esposa, doña Matilde, era natural del pueblo, y suya era la casa. Tampoco renunció a sus costumbres cuando quedó viudo, en el treinta y dos, porque sentía el pueblo como propio. Él era de algún lugar de Andalucía, pero decía que no había quien aguantara aquel calor en verano y que solo pisaba su tierra de tarde en tarde y con tiempo fresco.

—Seguro que era una excusa —ríe la mujer—, porque aquí el verano no es tontería, pero el hombre le tenía cariño a esta tierra, seguramente porque empezó de juez en Zaragoza y allí conoció a doña Matilde.

—Un hombre fiel a los recuerdos.

—Eso sería. El caso es que yo iba a diario a adecentar la casa y a hacerles las comidas cuando venía con su esposa. Ella, la pobre, estaba muy delicada, sobre todo en sus últimos siete u ocho años de vida. Y eso, para una viuda sin oficio ni beneficio como yo, era una bendición, porque eran muy generosos.

—Y el señor Toledo, don Fermín, ¿decidió seguir aquí a pesar de la guerra?

—No le daba mucha importancia a la guerra —explica Gabriela—. Era de derechas, ¿sabe usted? Aunque buena persona. Decía que en un par de meses los nacionales entrarían en Madrid y no merecía la pena molestarse en mudanzas.

—Pero pasó más de un año y llegó el Ejército Popular.

—Esto era tranquilo, y nadie se esperaba lo que vino. Bueno, a lo que vamos, que a través de don Fermín conocí a uno de esos hombres de las fotos. Aunque no sabía, hasta que lo he visto escrito por detrás, que se llamaba Emilio Fuentes.

Precisamente Fuentes, se dice Lombardi, animado por la noticia.

—¿Está segura?

—Claro. Era un chico inconfundible, un tallo, tan alto como usted. —Un metro ochenta y tres según la ficha policial, rememora el inspector: la señora tiene buen ojo y buena memoria—. De unos veintitantos.

—Entonces tenía veintiséis, exactamente. Era alférez sanitario.

—Yo de insignias no entiendo —confiesa ella—, pero iba siempre de uniforme.

Lombardi le muestra la foto de cuerpo entero de Fuentes.

—¿Está segura de que era este hombre?

—Sí, sí. Aquí se le ve mucho mejor, aunque vaya de paisano. Era él.

—Don Fermín se lo presentó, entonces.

—No, no. ¡Qué va! Nunca nos presentaron, pero si le digo que lo conocí gracias a él es porque don Fermín era muy aficionado a jugar al ajedrez. Se pasaba las horas muertas moviendo las fichas él solo mientras consultaba libros. Hasta que un buen día, al entrar en su casa, me lo encontré en el salón con ese militar sentado enfrente.

—Había encontrado un rival.

—Eso parece, porque desde entonces vino casi a diario. Cada vez que yo llegaba, ahí estaban los dos, tan encandilados que ni me saludaban al pasar; seguro que ni siquiera me veían.

—No me extrañaría que así fuera —valora Lombardi con un apunte de carcajada—; el ajedrez es un juego muy absorbente. ¿Diría usted que se conocían de antes?

—Durante los años que serví en su casa no recibía muchas visitas, y menos desde que don Fermín quedó viudo. Ese joven no me sonaba para nada.

—¿Recuerda cuándo fue esa primera vez que lo vio en casa de don Fermín?

Gabriela hace memoria durante unos segundos.

—Como un mes antes de la batalla. Muy avanzado julio —matiza—. Durante la segunda quincena, alrededor del día veinte, más o menos.

—Emilio Fuentes llegó destinado a Belchite el doce de julio —discurre en voz alta el policía—. Si tardó una semana en visitar a don Fermín es posible que fuera un encuentro casual con el ajedrez como argumento. Y esas visitas que dice, ¿se mantuvieron hasta el final?

—Hasta el día veinticuatro de agosto. El veinticinco empezaron a caer bombas, y cuando por la mañana fui a casa de don Fermín decían que los republicanos habían entrado en la estación de ferrocarril. Él estaba solo, y por primera vez lo vi asustado, aunque aparentaba valor y me animó a no tener miedo. Quedé en pasar más adelante por si necesitaba algo, y me dijo que me quedase en casa y que me preocupara de mis hijas.

—¿Y a Fuentes, volvió a verlo?

—Sí, calle que ya le cuento —dice ella apoyada en un gesto de la mano que demanda paciencia—. Como comprenderá, yo no hice caso de la recomendación de don Fermín, y a eso de las cinco de la tarde volví. Había mucho lío en el pueblo, con los soldados y algunos vecinos construyendo barricadas, y las bombas caían muy cerca. Cuando abrí la puerta de la casa, estaba ese Fuentes discutiendo a gritos con don Fermín y otros dos o tres militares revolvían el salón, poniendo patas arriba todo lo que encontraban.

—No me diga —exclama Lombardi alzando las cejas.

—Claro que le digo. ¡Menudo susto! Creo que no me vieron, porque solo había asomado la nariz por la puerta, pero me marché corriendo a mi casa y no se me pasó el temblor de piernas hasta mucho después.

—¿De qué hablaban, o qué se gritaban?

—Espere, que todavía hay más. Después de recuperarme, a eso de las seis y media, volví por allí; con más miedo que vergüenza como usted comprenderá, pero me preocupaba lo que podría haberle sucedido a don Fermín. Había vuelto la calma a la casa, pero el salón estaba destrozado, y él tumbado a los pies de la escalera que llevaba al piso de arriba. Tenía un charquito de sangre seca debajo de la cabeza y ¿sabe usted? ¡Estaba muerto!

—¿Está segura?

—Y tan segura —asevera ella con firmeza—. No tenía pulso y empezaba a ponerse frío, como se enfrían los muertos. Me marché pitando, y a tiempo porque ya tronaban los motores de la aviación republicana. Me encerré durante dos horas en una bodega aguantando el temblor de las bombas. Cuando todo acabó y pude salir, había varios incendios en el pueblo; una de las casas despanzurradas era la de don Fermín. Todo el mundo creyó que había muerto en el bombardeo.

—Pero usted sabe que no fue así —reflexiona el inspector—. ¿Por qué no lo denunció?

—¿Denunciarlo? —Gabriela abre los ojos con expresión espantada —. Ya me ve dónde estoy, aquí acompañando a mi hijo, que en aquel entonces luchaba en el otro bando; ya le he contado mi vida y milagros y de qué pie cojeamos. Si se me ocurre abrir la boca, igual me acusan del crimen. —Lombardi asiente silencioso—. Además, aquello era un desbarajuste. ¿Y a quién lo iba a denunciar? ¿Al comandante de Belchite, que era el falangista culpable de muchas de las tropelías cometidas en la comarca? ¿A él le iba a decir que a don Fermín no le habían matado los aviones rojos, sino alguno de los hombres bajo su mando?

—Hizo bien en callar —valora el inspector—. Y le estoy sumamente agradecido por la confianza que me demuestra al contármelo… Entonces, esa fue la última vez que vio a Fuentes.

—Sí, a Fuentes y me parece que a otro de los de las fotos. Uno rubio que por lo visto se llamaba José Irujo, según pone detrás. Creo que

era uno de los que estaban allí. Aunque no podría jurarlo.

—Así que Fuentes e Irujo, este con dudas, pudieron matar a don Fermín Toledo mientras desvalijaban su salón —resume él—. Por lo que usted cuenta que vio, probablemente buscando algo.

—Eso parecía.

—Es toda una sorpresa, la verdad. ¿Recuerda algo de la discusión de Fuentes con don Fermín? Sé que solo fueron unos segundos, pero quizá alguna frase, o parte de ella, pueda darnos una pista de sus intenciones.

—No podría decirle con seguridad —duda Gabriela—, pero, cuando asomé, Fuentes estaba gritando algo sobre los masones.

—¿Los masones?

—Sí, señor. Eso creí entender, pero a saber si decía masones o algo parecido, con lo nerviosa que yo estaba.

El policía baraja durante unos instantes los datos recibidos antes de animarse a expresar su siguiente pregunta:

—Por lo que usted le conocía, ¿diría que don Fermín podría ser masón?

—¡Masón don Fermín! Pero si era catoliquísimo. Últimamente no iba mucho a misa, porque al pobre le costaba horrores andar, pero era un hombre muy devoto. Ya le he dicho que era de derechas.

—Tampoco es incompatible ser todo eso y además masón.

—Ah, ¿no? —duda Gabriela, sorprendida—. Como dicen que los masones quieren acabar con la Iglesia…

—Eso dicen los fascistas, que quieren acabar con ellos. Pero, por lo poco que sé, es un club muy abierto a distintas formas de pensar. En fin, estamos elucubrando sin mucha base, porque ni siquiera está usted segura de lo que oyó.

—No, señor. Solo estoy segura de lo que vi.

—Una cosa más y terminamos. ¿Tenía familia directa don Fermín? Hijos, hermanos…

—De hermanos no sé nada. Pero sí que tenía dos hijos, los dos militares con los nacionales. Cuando vivía su madre pasaban de vez en cuando por el pueblo, pero bastante menos desde que don Fermín vino a vivir solo.

—Pues eso es todo. Le agradezco mucho que se haya sincerado conmigo.

—Con usted y con nadie más —advierte ella con firmeza—. Ya le aviso de que nunca repetiré ante nadie lo que le acabo de contar. Mi familia y yo seríamos los únicos perjudicados.

—Descuide, que será un secreto compartido. Y ahora tengo que irme.

Lombardi se acerca a la silla y toma a la mujer cariñosamente por los hombros, la alza y le planta un par de besos.

—Es usted una mujer admirable, doña Gabriela. Su hijo tiene motivos para estar orgulloso de su madre, y yo de haberla conocido. Les deseo a ambos toda la suerte que la vida les ha robado hasta hoy. Ojalá en ese futuro Belchite puedan vivir en paz muchos años, si tal es su deseo.

El regreso en tren hasta Madrid resulta bastante diferente al de ida. No porque sea más cómodo, ya que Lombardi vuelve a ocupar uno de los asientos libres en segunda, sino porque ahora viaja con un botín que jamás podría haber imaginado cuando decidió ayudar a Andrés Torralba.

Había llegado a la estación de Zaragoza con la lengua fuera: el coche de línea pasó por Belchite con casi media hora de retraso, y perder el tren de las tres habría significado tener que esperar hasta el nocturno y llegar a Madrid al día siguiente. Sudores y apuros aparte, se siente exultante y, desentendiéndose del ambiente, intenta trasladar a unas notas escritas los elementos esenciales de lo

que Gabriela Gotor le ha transmitido horas antes.

El caso ha tomado un giro inesperado, no tanto respecto a la localización de esos cuatro hombres como a la personalidad y relaciones de algunos de ellos, porque si Fuentes e Irujo participaron en el asalto a la casa del magistrado y en el posible homicidio de este, significa como mínimo que se conocían. Otra cosa es explicar el móvil de sus actos, pero en eso precisamente consiste una investigación, en ir uniendo los elementos del rompecabezas en busca de un aspecto final más o menos presentable. A veces resulta, y otras te quedas con las piezas en la mano y cara de idiota, sobre todo en casos tan antiguos como este; pero si no lo intentas seguro que fracasas. El testimonio de la vecina de Belchite ofrece además un fundamento sólido para seguir adelante frente a las posibles reticencias oficiales, llámense Amorós o Perico de los palotes, porque si la intervención de la Criminal en casos de dudosa desaparición podría ser discutible, su implicación en un presunto homicidio está plenamente justificada.

Son las diez y pico de la noche cuando afronta la cuesta arriba de la calle Atocha con paso acelerado, porque quiere llamar a Torralba antes de que el antiguo guardia de asalto se acueste. Al entrar en el portal de su casa, la luz está encendida. Mateo Romera intenta fijar con chinchetas en la pared una nota mecanografiada. Romera ha ocupado con su esposa y sus dos hijos el piso tercero, abandonado desde la misma fecha del levantamiento de los generales por sus anteriores inquilinos; Lombardi todavía recuerda al viejo don Hermenegildo cargando de maletas su Fiat para huir de la quema a toda prisa.

El tal Romera, que llegó hace un mes y pico, tiene treinta y tantos, es bajito, regordete, con bigote y ademanes simpáticos a pesar de que no debe de quitarse la camisa falangista ni para ir a dormir; o quizá sí, y usa pijama azul mahón. Es el jefe de finca, ese título creado por la dictadura militar para personas de confianza, y su obligación formal es servir de enlace entre la autoridad competente y el vecindario; la auténtica, más allá de eufemismos, es informar sobre cualquier anomalía de carácter político que pueda descubrir: un espía, un soplón, eso es en realidad, como cualquiera de los confidentes que Lombardi haya podido utilizar de vez en cuando,

pero este con pedigrí oficial. Un vecino incómodo, aunque sus dos pequeños aporten a la finca una alegría desconocida desde que los hijos de Abelardo y Ramona abandonaron la edad de los juegos, gritos y carreras en la escalera.

El inspector se limita a dar las buenas noches sin detener su paso rápido hacia los primeros peldaños.

—¿De viaje?

Lo que en cualquier otro vecino podría sonar como un formulismo cortés, en boca de Romera la pregunta adquiere carácter de fisgoneo, aunque no sea esa su intención.

—Y deseando coger la piltra —replica él sin detenerse—, que mañana madrugo.

Con la gabardina aún puesta, Lombardi marca el número de Torralba. Suenan al menos media de docena de timbrazos antes de que responda una voz masculina.

—Perdone que le moleste a estas horas. Lo mismo se había acostado ya, pero acabo de bajarme del tren.

—Estaba en ello, y no hay nada que perdonar: si llama es porque ha encontrado algo. ¿Me equivoco?

—Algo hay, sí. Y además bastante inesperado, pero de ello hablaremos mañana. Personalmente.

Durante unos segundos solo se escucha el leve chisporroteo de la electricidad estática de la línea.

—Entiendo —dice al fin el detective.

—¿Qué le parece a media tarde en mi casa? Se lo diré a Quirós, por si se apunta.

—Seguro que se apunta. Su llamada me suena a música celestial, la verdad.

—No tanto, amigo —lo contiene Lombardi—. Si le molesto a estas

horas no es para una cita que podríamos haber convenido mañana. De momento, apunte un nombre: Fermín Toledo. Era un magistrado jubilado residente en Belchite que murió durante el asedio.

—Apuntado queda.

—Yo voy a tener la mañana ocupada, así que a ver si para la hora de nuestra cita consigue averiguar todo lo que pueda sobre él. Ya entonces era viudo y tenía dos hijos militares. Era andaluz y su primer puesto como juez fue en Zaragoza. Es todo lo que sé de momento.

—Mañana sabremos más, espero. Ahora, a descansar.

—Lo mismo le deseo, Torralba. Buenas noches.

Caballos y sotas

Viernes, 7 de mayo de 1943

Sorprendentemente, el despacho está vacío. Lombardi comprueba en su reloj de pulsera que no se ha equivocado con la hora de entrada.

Sobre la mesa de Teresa Ochoa hay una revista abierta, y raramente la secretaria se dejaría sin ordenar sus cosas antes de terminar la jornada, así que es de suponer que ya llegó y anda ocupada en algún lugar del edificio.

El policía curiosea por encima las lecturas de su compañera. Es el último ejemplar de Medina, el órgano oficial de la Sección Femenina, el faro intelectual que marca el modelo de mujer de la nueva España. Basta con unos pocos párrafos para empaparse de su contenido, que vienen a ser consejos para las jovencitas casaderas. Consejos que se resumen en un mensaje contundente: la mujer tiene que ser un poco ciega, un poco sorda y un poco tonta ante los actos del hombre, y mostrarse indulgente con las calaveradas de este, que en realidad solo son pequeñas travesuras juveniles.

Ocupa su asiento admirado de que semejantes conceptos puedan ponerse por escrito sin sonrojo, aunque no es de extrañar si el objetivo es conseguir hembras serviles y sumisas. Lo más llamativo es que Teresa Ochoa, una mujer presuntamente maltratada por su marido, pueda leer esas obscenidades sin arrojar de inmediato a la papelera semejante panfleto católico-fascista. Aún rumia estos pensamientos cuando ella entra en el despacho.

—¡Anda! Buenos días, no le esperaba de vuelta tan pronto. Había bajado a tomar un café. ¿Qué tal el viaje?

—Para dar palos de ciego, no ha estado mal. Alguno de esos hombres era conocido en Belchite, pero poca chicha de momento.

—Por algo se empieza.

—Pues sí, como dice el aforismo, todo largo viaje empieza con un paso —filosofa él—. Otra cosa que he averiguado es que no soy el primero en interesarme por ellos. Hubo otro policía que visitó Belchite hace un par de años. ¿Le suena el nombre de Santiago Trillo?

La secretaria duda unos instantes y eleva los ojos al techo en busca de respuesta.

—Ay, sí; el señor Trillo —dice por fin, mientras se acomoda tras su mesa—. El pobre murió; bueno, lo mataron.

—¿Cómo que lo mataron?

—Un atentado. Pusieron una bomba en la puerta de su casa y explotó cuando entraba.

—¡Joder! Perdón… Y eso, ¿cuándo fue?

—Hará un par de años. Por la primavera del cuarenta y uno, creo recordar.

—¿Y quién lo hizo?

—Serían los comunistas.

—¿Serían? —objeta él—. Quiere decir que no han cogido a los autores.

—Eso no lo sé. En la Social lo sabrán, porque él trabajaba con ellos.

—En aquella fecha todavía no existía esa Brigada.

—Lo sé, lo sé. No existía con ese nombre, pero ya funcionaba un departamento de investigación social que luego se convirtió en Brigada. El señor Trillo estaba destinado ahí, creo.

Ya, masculla para sí el inspector: de modo que Trillo pertenecía a los alumnos de Paul Winzer, la policía política entrenada por la Gestapo de Himmler.

—Por eso dice usted que fueron los comunistas —apunta, obviando verbalizar sus pensamientos—. Supongo que como venganza por alguna de sus intervenciones.

—Digo yo. ¿Quién, si no, iba a hacer una burrada así? Pregunte en la Social.

Si hay un lugar en el edificio de la Puerta del Sol que a Lombardi le provoca urticaria son los despachos de la Brigada de Investigación Social, de modo que pone en cuarentena de momento la sugerencia de su secretaria.

—Ya me informaré de esos detalles —replica—. La verdad es que lo que pudiera averiguar Trillo en su viaje tampoco aporta mucho a nuestro caso. De haber conseguido algo, digo yo que figuraría en los expedientes.

—Sería lo más lógico. ¿Y cuál es el siguiente paso de ese largo viaje que dice?

—Hablar con las viudas. Una está en Madrid, otra en Segovia… Empecemos por la más lejana, la de Valencia.

Teresa Ochoa consulta las carpetas que guarda a mano en su cajón.

—Leonor Sobrado, viuda del sargento Valerio Collazo.

—Pues habrá que ver a doña Leonor, con permiso del comisario Amorós. Vaya echando un vistazo a los trenes, y esta vez me busca un coche cama, que bastante he tenido con la paliza de ida y vuelta a Zaragoza.

—¿Para esta misma noche?

La repuesta a Ochoa queda en el aire por la repentina irrupción de un hombre en el despacho que ni siquiera ha tenido la cortesía de llamar previamente a la puerta. Sí que da los buenos días antes de dirigirse directamente a la mesa del policía. De escasa estatura, el

tipo aparenta cuarenta y muchos; tiene el rostro alargado, el cráneo excesivo e inmensa frente, los ojos oscuros pequeños y muy juntos, la nariz ancha y una rala cabellera pajiza peinada a raya; viste un traje marrón de americana cruzada y camina con un peculiar movimiento de caderas. Seguro que en el colegio le apodaban cabezón o algo más humillante.

—Inspector Fabra —se presenta con voz atiplada, ofreciendo su pequeña mano, casi infantil. Lombardi se incorpora para recibirla—. Necesito hablar con usted.

—Pues siéntese —dice él, señalando una de las sillas vacías del despacho.

—No, aquí no. Le espero dentro de diez minutos en la cantina.

Sin más comentarios, el visitante da media vuelta, se despide de la secretaria con una leve reverencia y desaparece.

Lombardi y Ochoa se miran perplejos durante unos segundos.

—Y este fulano, ¿de dónde sale? —pregunta él—. ¿Lo conoce?

—Sí, claro. Agustín Fabra. Es un poco particular.

—Ya lo he notado. Ni siquiera me ha dejado tiempo para sugerirle otro lugar de cita, porque no me apetece un pimiento pisar la cantina. ¿En qué departamento está para andar con esas ínfulas? ¿En la secretaría del director general?

—Qué va. En la Cuarta Sección.

—Traduzca, por favor, que todavía soy aquí como un recién nacido.

La secretaria le dedica una sonrisa indulgente antes de explicarse.

—Es un nombre que empezó a usarse durante la guerra. Yo ingresé aquí cuando era director general de Seguridad don José Finat, y ya por entonces funcionaba.

—El conde de Mayalde —remacha él, con la imagen del aristócrata pronazi en la memoria. Un personaje deleznable, gustoso

colaborador de la Gestapo, prototipo de la represión más violenta de los vencedores y cazador de exiliados en Francia, muchos de los cuales acabaron en el paredón. Un verdugo vocacional.

—El mismo. Según ese organigrama, la Cuarta Sección de la policía era la antimarxista. Y de ella dependían el Archivo Judaico y el Servicio de Información Especial Antimasónico, o Brigada Antimasónica, como la llamamos aquí. El inspector Fabra está en esta última.

—¿En la Antimasónica?

—Exactamente. Tiempo atrás despachaban sus informes directamente con el Caudillo, de ahí sus aires de importancia. Pero eso era antes, ahora están casi integrados en la Social, aunque siguen con el mismo trabajo y estructura parecida.

Definitivamente, se dice Lombardi, tiene que olvidar sus prejuicios sobre la cantina y acudir a la cita con ese individuo. Es demasiada casualidad que Gabriela Gotor le hablara de los masones y ahora se presente ante sus narices nada menos que uno de sus perseguidores.

—¿Sabe dónde estaba destinado Fabra antes de la guerra?

—En Valladolid, me parece.

—Es usted una enciclopedia, Ochoa.

—Solo son los años, inspector.

—No exagere, que está usted hecha un pimpollo. —Y antes de que ella pueda responder, Lombardi recupera el interesante hilo de sus explicaciones—: ¿Está segura de que esas dos secciones siguen funcionando?

—Claro. Con autonomía dentro de la Social. El Archivo Judaico lo lleva don Mauricio Carlavilla.

—¿Mauricio Karl?

—¿Lo conoce?

Por supuesto que lo conoce. Carlavilla fue expulsado de la policía en 1935 tras un largo expediente de corruptelas, entre las que figuraba su complicidad en una trama de prostitución. Un personaje con amistades oscuras, algunas tan valiosas como el general Mola, y que tras su despido participó en una conjura para asesinar al presidente Azaña. Lo último que Lombardi supo de él era que había huido a Portugal para evitar su detención. Al parecer, prosperaba ahora bajo el paraguas de los de su cuerda en un puesto donde sin duda disfrutaría. En cuanto a su apodo, era un seudónimo bajo el que publicaba, aun siendo policía, furibundas obras de carácter antimarxista y antisemita, en gran parte libelos muy en la línea del pujante nazismo.

—Sí que lo conocí —admite—. Ingresó en la policía pocos años antes que yo, aunque entonces se hacía llamar Julián, no Mauricio, que es su segundo nombre. No imaginaba que anduviera por aquí. ¿Y quién es el jefe de Fabra?

—Don Eduardo Comín Colomer. Es muy joven, treinta y cinco como mucho. Más educado que Fabra, dónde va a parar.

—Pues más vale no hacer esperar a nuestro hombre —dice él incorporándose—. Y no, no pretendo viajar esta misma noche a Valencia. Antes me lo tiene que autorizar el comisario Amorós. De momento, entérese de los horarios, por favor. Y de los trámites necesarios para el adelanto de dietas.

Al lugar de la cita se accede desde el patio occidental, junto al portón de entrada de vehículos de la calle Correo. Una larga barra y una docena de mesas repartidas en el espacio restante le dan cierto aspecto de cantina cuartelera, aunque desprovista de los típicos tableros corridos y los gritos y discusiones en voz alta de una clientela de reclutas. Solo tres o cuatro mesas están ocupadas y un leve murmullo de conversaciones flota como un abejorreo en el ambiente. Fabra aguarda en una de ellas, junto a una de las ventanas que dan al patio, con un café con leche delante.

—¿Quiere tomar algo? —se interesa cuando el recién llegado se le sienta enfrente. En su tono subyace una sombra de falsa amabilidad.

—No, muchas gracias. Tengo trabajo pendiente arriba. Usted dirá.

Fabra remueve su café con la cucharilla varias veces antes de responder. Lombardi, a la espera, enciende un Ideales.

—Tengo entendido —habla por fin aquel— que ha abierto usted una investigación sobre Emilio Fuentes.

—¿Y cómo sabe semejante cosa?

—Ay, señor Lombardi —dice con una risita un tanto cursi—. No sé de qué se extraña. Es usted la comidilla en casi todos los despachos de esta casa. Supongo que lo comprende. Alguien con sus antecedentes…

—Ya imagino que soy un hombre popular —ironiza él.

—Y con buen humor, por lo que parece. Me alegro. Sepa que no hay por mi parte reticencia alguna a la reincorporación de un policía tan valioso como usted.

—Agradecido.

Fabra cata por primera vez su taza.

—No hemos coincidido hasta hoy —comenta, tras mordisquearse el labio inferior—, pero, ya que somos compañeros, podríamos tutearnos.

—Usemos el apellido de momento, si no le importa. Y yo no llamaría coincidencia a una visita ex profeso como la que usted me ha hecho. ¿Por qué ha venido a verme?

—Ya se lo he dicho: Emilio Fuentes.

Lombardi deja escapar una fumarada por la nariz. Lentamente, deleitándose en el picor del humo.

—Está usted equivocado —dice—, o al menos parcialmente. Mi investigación afecta a cuatro hombres.

—Lo sé, pero Fuentes está entre ellos.

—Efectivamente. ¿Qué interés tiene él para su departamento?

—Se trata de un interés personal, no profesional. Conocí a su suegro, conozco a su viuda. También lo conocía a él, claro.

—Amigo de familia, entonces.

—Podríamos decir que sí. Aunque mi relación con él y con su esposa vino a través del padre de ella, don Crispín Zúñiga, poco después de su boda.

—En Salamanca.

Fabra alza las cejas, sorprendido, y vuelve a besar su taza.

—Veo que se ha documentado a fondo.

—Como es mi obligación. Aunque no es difícil deducirlo. La boda se celebró en Salamanca, y allí estuvieron hasta que Emilio Fuentes fue destinado a Belchite. Por fuerza tuvo que conocerlos allí. ¿Ya era usted policía entonces?

—Claro.

—Del mismo servicio al que pertenece hoy, el antimasónico.

—En Salamanca se creó su núcleo, efectivamente, y ahí sigo.

—Ya… —Lombardi da una nueva calada y expulsa el humo muy lentamente hacia la mesa para no invadir el espacio de su contertulio—. Supongo que conocía también al difunto Santiago Trillo.

Fabra entorna los ojos y entreabre los labios, aunque reacciona antes de quedar del todo boquiabierto.

—¿Qué sabe usted de Trillo?

—Que estuvo en Belchite antes que yo haciendo preguntas parecidas. Y si usted ha entrado en contacto conmigo, es de suponer, dado su interés, que también hablaría con él.

El interpelado asiente con un movimiento de cabeza.

—No solo hablé con él —admite—, sino que fui yo quien lo envió a Belchite.

—¿Por qué motivo?

—Un gesto de amistad hacia don Crispín y su hija. —Fabra aparta de sí la taza, mero pretexto para una espera—. Sabíamos que era un esfuerzo inútil, porque a pesar de figurar como desaparecido, lo más lógico es pensar que Emilio murió en la batalla.

—Eso parece. ¿Quién asesinó a Trillo? Por lo que sé, sucedió poco después de sus gestiones en Belchite.

—Pues sí, así fue. Aunque para entonces ya no dependía exclusivamente de mi sección y cada vez estaba más integrado en el grupo de investigación social. En cuanto a la autoría, en fin, el atentado tenía todas las trazas de haber sido obra de los comunistas, y así se demostró. El caso está cerrado.

—¿Quién dirigió la investigación?

—El comisario Lamela, de la Social.

Lombardi apaga el cigarro y adopta un tono de incredulidad.

—¿Por qué la Social? Era competencia de la Criminal.

—En teoría, sí, pero las sospechas sobre su autoría aconsejaron que lo llevara la Social. Al fin y al cabo, Trillo estaba relacionado también con su departamento, y Octavio Lamela lo trataba personalmente. Octavio es un policía experto y, a pesar de las dificultades, dio con los autores. Tardó año y pico, pero lo consiguió.

—Por la familiaridad con que habla de él, parece conocer bien al comisario.

—He trabajado a sus órdenes y sé lo que me digo.

—A la vista de su currículum profesional desde Salamanca, deduzco que su trabajo compartido con Lamela se refiere a la Antimasónica. ¿Me equivoco?

—En efecto —admite Fabra—. Estuvimos juntos en Salamanca, y un tiempo aquí, después de la guerra, antes de que él se integrara plenamente en la Social.

—Bueno, me alegro de que el caso esté resuelto. Yo tengo trabajo, y supongo que su curiosidad ha quedado satisfecha. Pero le repito que investigo el paradero de cuatro hombres, y a ninguno de ellos voy a dar prioridad por encima de los demás.

—Comprendo. Es una actitud muy profesional. Francamente, los otros no me interesan en absoluto, pero si averiguase algo nuevo sobre Fuentes, ¿sería tan amable de compartirlo conmigo?

—Por supuesto —miente él, incorporándose—. Para eso somos compañeros, aunque nos tratemos de usted.

Se despide y busca a paso vivo el acceso al patio. Desde su llegada a la cantina, y casi sin darse cuenta, ha crecido el número de funcionarios presentes, repartidos entre las mesas y la barra. En su acelerada salida, Lombardi descubre entre ellos alguna vieja cara conocida, miradas ceñudas o indiferentes, y también algún guiño disimulado que quiere interpretar como de secreta complicidad.

Mientras cubre peldaños en busca del Pudridero no le cabe otra que felicitarse. Él mismo está sorprendido de su habilidad para darle la vuelta a su cita y pasar de interrogado a interrogador. Con la aquiescencia, por supuesto, de un permeable inspector Fabra.

Si alguien sabe de masones en Madrid, no es otro que Donato Andueza. Y no vive lejos de la Puerta del Sol, al menos no tanto que desmerezca un paseo bajo el amable sol de mayo.

Andueza es, o lo era cuando Lombardi le conoció, un escritor que rozaba la fama con la yema de los dedos. En cierta ocasión, preguntado sobre a qué generación literaria se sentía más próximo, respondió que a la generación espontánea: tenía su gracejo el hombre, aunque le faltaba talento. Muy avanzados los años veinte alcanzó su cénit con un libro sobre los masones; no era un sesudo ensayo, ni tampoco una obra de ficción: se deslizaba por un

territorio intermedio, de carácter divulgativo, como casi todo lo que había publicado antes, con grandes dosis de especulación, misterio, teorías conspirativas y ciertas pinceladas góticas. Literatura popular, lo llamaban entonces.

El nombre de Andueza había saltado a la fama antes de aquella obra por su posicionamiento en el caso de Joaquín Argamasilla, un episodio que mereció litros de tinta en la prensa española, y no pocas referencias en la internacional. El tal Argamasilla era un jovencito de familia aristocrática que aseguraba ver a través de objetos sólidos y al que endosaron el pomposo título de El hombre con rayos X en los ojos. Como suele suceder en el foro patrio, de inmediato salieron defensores y detractores, con nombres tan ilustres entre los primeros como el escritor Valle-Inclán y los respetables científicos Torres Quevedo y Blas Cabrera; en la trinchera de enfrente, apenas el psiquiatra Rodríguez Lafora y, curiosamente, un hombre tan dado a lo mágico y misterioso como Donato Andueza.

A pesar de que el fraude de Argamasilla fue desmontado por el prestigioso mago Houdini durante unas sesiones en Nueva York, la opinión pública española mantuvo sus genuflexiones ante el defraudador durante algunos años más, para irritación de Andueza, que no perdía ocasión de ponerlo a caer de un burro.

El primer contacto entre escritor y policía se produjo bastantes años después del fracaso neoyorquino del joven aristócrata, con motivo de la investigación de una peculiar estafa con cadáver de por medio y relacionada con el mundo espiritista, temática de la que Andueza se había ocupado también en sus elucubraciones literarias. La llamada metapsíquica y el espiritismo eran, en los años veinte, comidilla frecuente de las clases acomodadas y objeto de devoción lectora entre las populares siempre que se dotara a la narración de adornos suficientemente truculentos, en los que el escritor era un maestro.

Tras aquel primer encuentro, del que Lombardi extrajo valiosas sugerencias para aclarar los hechos que investigaba, hubo otros, más o menos casuales, que sirvieron para consolidar su relación en tiempos en que el escritor exploraba nuevos horizontes literarios. De sus estrambóticos libros sobre sociedades mistéricas y tramas

fantasiosas pasó sin la menor transición a escribir relatos llenos de sesudas descripciones, largos monólogos y conmovedoras parrafadas, impostando el estilo de Galdós, aunque muy lejos de su genio y sin asomo del sentido del humor del escritor canario. En los primeros treinta se hicieron frecuentes sus colaboraciones en el dominical del diario Ahora, junto a firmas tan notables como la de Pío Baroja.

Lombardi era lector habitual de Ahora, tanto por la credibilidad que le merecía su línea editorial como por el hecho de que su director fuera Manuel Chaves Nogales, un sevillano de pluma directa y certera y acérrimo antitotalitario que, sin embargo, recibió de muy mala gana el voto femenino y la reducción de la mayoría de edad de los veinticinco a los veintitrés años; con sus luces y sombras, era de lo más notable del periodismo madrileño, y esta fidelidad permitió al policía seguir con no poco pasmo la extraña evolución literaria de Andueza. El levantamiento de los generales africanistas y la escasez de papel provocada por la guerra acabaron con la aventura cultural del diario, y el triunfo final de los facciosos con el propio periódico.

Desde entonces, Donato Andueza, como muchos otros, ha desaparecido de las páginas periodísticas y, en apariencia, de la faz de la tierra. Porque su domicilio en la céntrica calle Fuencarral pertenece ahora a una familia numerosa y el nombre del viejo escritor resulta para ellos tan arcano como si les hablaras de Gonzalo de Berceo. La portera sabe algo más: que Andueza vendió su propiedad poco después de acabar la guerra al administrador de la finca y no ha vuelto a asomar por allí.

Al menos sobrevivió, se felicita Lombardi.

—¿No dejó dicho su nuevo domicilio?

—Para esos detalles andaba —replica la mujer reteniendo una risilla, esfuerzo que acentúa las arrugas de un rostro sesentón—. Salió por patas, casi con lo puesto.

—¿Y eso?

—Cosas de política, creo yo —susurra ahora para que la confidencia

solo llegue a los oídos del visitante, y no muy clara—. Se presentó la policía y se lo llevó.

—¿Está en la cárcel?

—¡Qué sé yo! —se desentiende ahora, tras su inicial muestra de locuacidad—. Mire, que ya he hablado de más. Y no tengo la menor idea de por dónde pueda andar.

—En absoluto creo que haya hablado de más —objeta él mostrando su nueva y reluciente placa—. Cuénteme lo que pasó.

Cuando la portera consigue cerrar su boca de asombro, aún se resiste.

—Pero si es usted poli… —balbucea mientras se rasca nerviosa una oreja—. Ya sabrá lo que pasó.

—Pues no, señora. Soy novato y me han encargado localizar al señor Andueza sin ponerme en antecedentes. Si me explica usted los detalles, a lo mejor identifico a los compañeros que hicieron ese servicio, o el expediente que lo refleja.

—Claro, claro… —admite, aún dubitativa—. Pues sería en abril del treinta y nueve, un par de semanas después de la liberación. Llegó una pareja de la Dirección General de Seguridad, entraron al piso del señor Andueza y después de dos o tres horas se lo llevaron detenido.

—Un registro, supongo.

—Supone bien. Dejaron la casa como una pocilga y abierta de par en par. Yo me limité a mirar un poco por encima y cerrar la puerta.

—Comprendo. ¿Y no volvió?

—Sí, al cabo de unos días. Para recoger lo más necesario en un par de maletas y salir pitando. Y desde entonces, si te he visto no me acuerdo. Ni siquiera apareció cuando compraron el piso.

El policía intenta hacerse una idea de los motivos de semejante trato a alguien que no se distinguía especialmente por sus

posiciones políticas. De inmediato rechaza seguir ese proceso lógico: al Nuevo Estado le basta con que no estés abiertamente a favor de sus postulados para ser considerado enemigo. Y el mundo intelectual siempre ha sido especialmente sospechoso de disidencia, pasiva en el mejor de los casos.

—¿Lleva usted muchos años en esta finca?

—Unos cuantos, sí. Lo menos doce.

—Entonces pasó aquí la guerra.

—Sí, señor —acepta ella con un suspiro que retumba en el portal—; enterita me la chupé.

—¿Y sabe si el señor Andueza estuvo relacionado con alguna organización del Frente Popular?

—¿Que si era rojo, quiere decir?

—Más o menos.

—Pues no, la verdad. Hubo algunos vecinos que sí, pero ya no están aquí. Don Donato salía poco. Era discreto y no se metía con nadie. Iba a lo suyo. Ya sabrá usted que era escritor. Si era rojo o azul, se lo tenía bien callado.

Vía muerta, se lamenta Lombardi de nuevo en la calle. Podría investigar en el Ayuntamiento o en la Jefatura Superior de Policía, donde presumen de tener localizados hasta a los mosquitos que revolotean el Manzanares, pero prefiere no levantar la liebre mientras le queden otras opciones. Su primera cita con Andueza se produjo en un recién estrenado mercadillo de filatelia y numismática de la plaza Mayor, frente al tenderete de un pariente del escritor que probablemente conozca su actual paradero, si es que el coleccionista sigue vivo. Pero no es domingo ni festivo, únicos días en que se despliega la peculiar lonja de fanáticos del sello y la moneda, así que tendrá que husmear por los comercios cercanos en busca de su hombre.

Más de una hora le lleva encontrarlo. Toribio Muñoz es propietario de una librería de viejo en la calle Arenal y recuerda vagamente al

policía de aquella lejana entrevista bajo los soportales. Catorce años son demasiados para cualquier memoria. El propio Lombardi se admira de los estragos que el tiempo ha hecho en el primo del escritor, notablemente más joven que este: ahora es un hombre cercano a los cincuenta, flaco y escaso de pelo, que se defiende contra la miopía con unas gafas de culo de botella. Cuando el librero se entera del motivo de la visita, deja el negocio en manos de su ayudante y sugiere dar un paseo.

—¿Para qué quiere verlo? —inquiere, un tanto mosca, en su caminar pausado hacia la plaza de Ópera.

—De su pregunta deduzco que Donato está libre. Y me alegro. Tengo que consultarle sobre un caso que investigo. Como antaño. Entonces me ayudó y estoy seguro de que ahora también podría hacerlo.

Muñoz sigue mudo, la cabeza gacha, las manos en los bolsillos, los pasos cortos. Con ánimo tranquilizador, el policía le ofrece un cigarro, pero aquel lo rechaza con un gesto; quizá no gasta, o bien no se digna aceptarlo de sus manos. Resignado a fumar solo, Lombardi enciende uno de sus Ideales antes de insistir.

—Créame que comprendo sus recelos —dice—. Acabo de estar en el antiguo domicilio de Donato en la calle Fuencarral y me han puesto al corriente de sus problemas con la policía. No estaba enterado.

—Ya es raro que no sepa nada siendo uno de ellos.

—En absoluto. Acabo de reincorporarme a la Criminal. Después de la guerra estuve en prisión. Hace seis meses conseguí el indulto, de modo que lo sucedido en aquel tiempo queda fuera de mi responsabilidad y de mi conocimiento. Además, imagino que los problemas de su primo tendrían que ver con la policía política, no con mi Brigada.

—Así que en la cárcel…

—Pues sí, como tantos otros. ¿Por qué detuvieron a Donato?

—Qué preguntas tiene. ¿Por qué lo encarcelaron a usted?

—Por defender a la República hasta el final. Doce años. Pero en las prisiones no cabe tanta gente y van soltando a los que consideran menos peligrosos. Supongo que lo mismo podemos decir de Donato. ¿Me equivoco?

—¿Y le han permitido reingresar en la policía? —responde Muñoz ignorando la pregunta.

—No soy el único caso —asegura él, más interesado en despejar los temores de su interlocutor que en obtener una información que puede conseguir más adelante—. Tenía amigos en el Cuerpo; avalistas, más exactamente, que me querían de nuevo en la brecha. Ya sabe usted que, hoy día, sin avales eres poco más que basura.

—¿Y no le dan retortijones por trabajar para esa gente?

Nadie con dos dedos de frente haría semejante pregunta a un policía, a menos que tenga la seguridad de que su interlocutor es de fiar. Parece un avance significativo frente a las reticencias iniciales del librero.

—Peor que eso —se sincera Lombardi—. Me revuelve el alma. Pero hay que comer, amigo, y mientras la conciencia me lo permita, ahí pienso seguir. Al fin y al cabo, mi trabajo es el mismo que el que tenía antes: buscar criminales, no disidentes ideológicos.

—Hasta que se lo ordenen.

—Tampoco sirve de mucho ponerse la venda antes de la herida, pero si me viera en esa tesitura, prefiero cortarme la coleta.

El policía da una última calada. Han llegado al centro de la plaza de Ópera, todavía huérfana de la estatua de Isabel II que se destruyó durante la República. A su derecha, las obras del Real Cinema intentan recuperar el inmueble destrozado por una bomba incendiaria durante la guerra.

—Y bien —añade mientras aplasta la colilla contra el suelo—, después de este breve paso por el confesionario, ¿va a responder a mi pregunta? ¿Sabe dónde vive su primo?

Toribio Muñoz se detiene a treinta metros del teatro Real. Sus ojos

recorren la fachada de un edificio inútil, clausurado desde hace casi veinte años por problemas estructurales. Parece buscar allí la respuesta apropiada.

—Sí, por supuesto que sé dónde vive —asume al fin, sin retirar su mirada del particularísimo neoclásico que tiene delante—. Como imagino que lo saben quienes lo detuvieron tiempo atrás. No es fácil esconderse en Madrid durante mucho tiempo. ¿Por qué no les pregunta a ellos?

—No tengo la menor intención de hablar con esa gente. Llevo los asuntos a mi modo, y lo último que desearía es resucitar los viejos demonios que puedan revolotear aún alrededor de su primo. Si hemos de ser sinceros, tampoco lo necesito a usted; si lo hiciera como me propone conseguiría su dirección sin problemas, pero tendría que explicar los motivos de mi interés. Y, a lo peor, ellos se interesarían también. ¿Es eso lo que quiere?

—Claro que no —dice el librero girando sobre sus talones, de nuevo en dirección hacia Arenal—. Donato ya ha sufrido bastante. Durante la guerra, y después. Podrían dejarlo en paz.

—No pluralice, señor Muñoz. Le repito que nada pinta la policía como tal, ni se trata de interrogar a nadie. Solo aspiro a una entrevista personal con él, a un encuentro con alguien a quien en su día aprecié y con quien me unía, según recuerdo, una mutua simpatía.

—Dudo mucho que él pueda ayudarlo. Se le va la cabeza, ¿sabe?

—Lamento lo que dice, pero aun así necesito de sus recuerdos, por confusos que sean.

—El Cerro del Cuervo —gruñe entre dientes—. ¿Lo conoce?

La línea treinta y cinco del tranvía que sale de la plaza Mayor llega hasta la Puerta del Ángel. El puente de Segovia ha recuperado los dos ojos dinamitados durante la guerra y ya se puede cruzar hasta el inicio del paseo de Extremadura. El antiguo trayecto del paseo

sigue destrozado, como algunos de sus edificios, que ofrecen aún el penoso aspecto en que los sumió uno de los frentes más duros del asedio, con facciosos y leales apostados en aceras opuestas hasta que el Manzanares se convirtió en frontera estable. Cuadrillas de obreros se afanan en la calzada para rehabilitar el empedrado y recuperar, con nuevos tramos de raíles, el trazado tranviario que llegaba hasta el Alto de Extremadura.

Es obligado, por tanto, subir a pata la cuesta del paseo hasta el domicilio de Donato Andueza ofrecido por su primo, próximo al territorio más elevado. A medida que se avanza, los efectos de la devastación se hacen más evidentes, incrementados por la cantidad de escombros acumulados en la acera con los trabajos de rehabilitación. A mitad de camino, en ambos lados de la calzada, muchos de los edificios, de una o dos alturas y de carácter más humilde y pueblerino que los que se alzan en el entorno del puente de Segovia, siguen habitados a pesar del deterioro; otros se ven medio destruidos, o se han convertido en solares donde proliferan las chabolas y barracas construidas a base de materiales obtenidos en las ruinas.

En una de las bocacalles, a su izquierda, Lombardi descubre un grupo llamativo: en torno a una camioneta del Auxilio Social, varios adultos mantienen retenidos a dos chavales. Cuando el policía se aproxima a interesarse, el grupo se define como tres mujeres y un hombre, probablemente el conductor: él con uniforme falangista y ellas con el brazalete de la organización y sus correspondientes camisa azul y falda blanca; los dos chicos, todavía niños de nueve o diez años, lloriquean bajo sus garras.

—¿Qué pasa aquí? —dice el inspector con su placa como avanzadilla.

—Huérfanos —apunta una de las mujeres, una joven morena, fibrosa y decidida que parece llevar la voz cantante—. Nos los llevamos a la Dirección Provincial para que los recojan en un albergue.

La escena se le antoja a Lombardi similar a las persecuciones de chuchos callejeros a cargo de los empleados de la perrera municipal. O al menos así se hacía antaño, porque ahora la carne

canina se cotiza entre la ciudadanía hambrienta.

—¿Han cometido algún delito?

—A saber lo que hacen para sobrevivir solos en la calle.

—¿Vosotros queréis ir? —pregunta él a los implicados.

Ambos niegan sin palabras, con la cabeza gacha. Uno de ellos oculta su cráneo con una boina calada hasta las orejas y sujeta su pantalón corto con un cordel; el otro, rapado al cero, es una colección de huesos y mataduras que usa tirantes para evitar que su destrozado pantalón de tela de saco caiga a plomo sobre la calzada. Se cubren con camisas andrajosas y calzan algo que en su día pudieron ser sandalias, con los dedos al aire.

—Yo me hago cargo de este par de raterillos —dice el policía.

—No es asunto de su competencia —rechaza la joven, dispuesta a hacer valer la normativa.

—Claro que lo es. Acaba de sugerir que son presuntos delincuentes.

—Era una forma de hablar.

—Una sospecha formulada en voz alta ante varios testigos y un policía. Suficiente para investigarlo.

—Está cometiendo un error —protesta ella—. Estos niños necesitan alimento, un techo. Y atención sanitaria. Lo mismo están propagando el tifus. ¿Sabe usted la cantidad de infectados que hay en Madrid entre la gente sin hogar como ellos?

Lo que reclama la joven para esos chavales suena muy bien, parece un planteamiento generoso y coherente desde el punto de vista humano y social; aunque oculta elementos tan importantes como la falta de libertad física, la coercitiva educación nacionalcatólica y el sometimiento diario a los principios del Movimiento Nacional. Esos albergues son cárceles infantiles, un laboratorio de víctimas propiciatorias o de potenciales fascistas. Por dura que resulte la vida en la calle, es mil veces preferible al más dorado de esos encierros, y la angustia que revelan los cuatro ojos infantiles lo

corrobora.

—Claro que estoy al tanto, señorita —replica el policía—. Pero en la Dirección General de Seguridad también hay médicos. Circulen, por favor.

La joven dedica a Lombardi una mirada matadora, suelta un bufido y gira sobre sus talones en dirección a la camioneta con el escudo pintado en sus portezuelas, ese brazo armado con una punta de flecha que amenaza la cabeza de un dragón, una bestia que ahora mismo no parece tan terrible como la furia de aquella mujer. El grupo sigue sus pasos, el vehículo arranca y desaparece al poco en la esquina con el paseo de Extremadura.

—¿Dónde vivís? —pregunta a los niños, una vez a solas.

Uno de ellos señala con el dedo hacia un espacio indeterminado entre las chabolas que se abarrotan hacia el sur, cerca de la línea de ferrocarril de Navalcarnero que muere en la estación de Goya.

—¿Y qué hacéis por aquí?

—Recoger colillas, y casquillos de bala, cosas… —dice por fin el de la boina, entre pucheros.

Lombardi se rasca el bolsillo y les entrega unas monedas en un reparto más o menos equitativo.

—Y ahora, largaos echando virutas, y ojito con quien os tratáis si no queréis acabar encerrados.

Los chicos corren como gazapos asustados hasta perderse entre unas ruinas próximas. El policía acompaña su huida con la mirada mientras sus labios se pliegan en una sonrisa triste.

En el Cerro del Cuervo se construyeron, al iniciarse el siglo, las primeras viviendas obreras de Madrid, un proyecto llamado Colonia Obrera Reina Victoria en honor a la reciente esposa de Alfonso XIII. Un conjunto de edificios unifamiliares dotados de las últimas comodidades de la época, que la guerra ha destrozado en buena

parte. Donato Andueza vive frente a ellos, en una casa baja de aspecto humilde con un solar adosado a su espalda protegido por una valla metálica de gallinero y en cuyo centro llama la atención la presencia de un viejo autobús municipal de dos pisos; el blindaje de sus laterales y del frontal hace pensar que fue requisado por las milicias anarquistas y utilizado en la defensa de Madrid: pudriéndose herrumbroso, entre matojos de mala hierba, el Leyland resulta una magnífica metáfora de caducas aspiraciones libertarias.

No hay respuesta al primer timbrazo, ni al segundo; poco después del tercero se abre la puerta, y Lombardi tiene que hacer un acto de fe para asociar al hombre que recuerda con el que aparece en el umbral, que no es otra cosa que una ruina humana sobre unas pantuflas. Atrás quedaron la modesta elegancia apoyada en el hongo y la pajarita, el sonrosado y saludable rostro rematado en el mentón por una finísima perilla, la alegría natural de Andueza. Ahora tiene delante un hombre envejecido, menguado, canoso, casi calvo y sin afeitar, que guiña los párpados tras sus gafas intentando averiguar quién ha llamado a su puerta; saca un pañuelo del bolsillo de su batín arrugado, limpia los vidrios de sus lentes, vuelve a colocárselas con mano temblorosa y por fin se dirige al recién llegado:

—¿Qué se le ofrece?

El policía duda. Las consideraciones de Toribio Muñoz sobre el estado de su primo le habían parecido exageradas, un claro intento de protección. A la vista de la realidad, teme haber hecho un viaje en balde: cuando estalló la guerra, Andueza ya sobrepasaba los cincuenta y muchos, pero ahora tiene el aspecto físico de un hombre de ochenta, y sus facultades parecen estar a un nivel parecido.

—Buenos días, señor Andueza. Soy Carlos Lombardi. ¿Se acuerda de mí?

—El caso es que ese nombre me quiere sonar…

—Policía. Hace quince años me ayudó usted a resolver un asunto de fraude espiritista. Nos conocimos en la plaza Mayor, en el puesto filatélico de su primo, aunque después nos vimos varias veces. Él

me dio esta mañana su domicilio actual.

—¡Claro, claro! Ya le recuerdo. ¿Y cómo por aquí?

—Pues en busca de su ayuda, otra vez.

—Ya no trato esos asuntos.

—Es distinto.

—Bueno, pase; pase usted y me cuenta, pero no creo que le sirva ya de mucho.

El domicilio de Andueza se asemeja bastante a su aspecto personal. El salón, adonde el escritor conduce directamente a Lombardi, es un desbarajuste; en la mesa central, llena de libros, hay una máquina de escribir y a sus pies se extiende una alfombra de hojas aplastadas en forma de bola; en la papelera, a poca distancia, ya no caben más descartes. Los pocos muebles tienen medio dedo de polvo. Se diría que aquel hombre vive en otro mundo, insensible a cuanto suceda a su alrededor que no tenga que ver con el acto de escribir o de leer. El anfitrión ofrece a su visitante uno de los dos pequeños butacones que hay junto a la única ventana, aunque antes de que este lo ocupe repasa su polvorienta superficie con la manga del batín.

—Gracias —dice el inspector al sentarse—. Veo que sigue usted escribiendo, don Donato. Me alegro.

—Novelitas del Oeste con seudónimo —replica aquel en tono despectivo—. Es lo que me da de comer. Hablando de comer, es posible que pueda ofrecerle… —Se detiene y mira durante unos segundos a ninguna parte a través de la ventana antes de ocupar el asiento libre—. No, lo siento, creo que no hay nada de beber. Bueno, agua.

—Por mí no se moleste. ¿Y ese cambio de género literario? ¿Es lo único que escribe?

Andueza observa a su alrededor con los ojos muy abiertos antes de responder, como si temiese tener espías invisibles en la casa. Por fin, se inclina hacia el inspector y susurra:

—Esto es para sobrevivir, ya le digo. Mientras tanto, estoy enfrascado en un tratado sobre la hijoputez, o el hijoputismo, ya veremos el título definitivo. ¿Usted qué opina?

El policía arruga los hombros, valorando la estabilidad mental del deteriorado escritor.

—Hombre, pues depende del contenido —responde, amable.

—La maldad humana, cuál va a ser. Una sopesada reflexión sobre hasta qué punto los intereses, y las sublimes doctrinas con que los disfraza, convierten al ser humano en un grandísimo hijo de puta.

—Interesante. Aunque me temo que no le va a ser fácil publicar eso en los tiempos que corren.

—Lo publicaré en el extranjero —alega el escritor guiñando un ojo —. Dicen que en México tratan bien a los autores españoles.

—Es posible, pero no creo que le haga gracia a cierta gente. Porque imagino a quién se refiere.

—A tirios y a troyanos. A estas alturas, como comprenderá, eso me importa bien poco. Si así puedo joderlos, sea —sentencia con firmeza.

—Siempre puede publicarlo con seudónimo, como sus novelas de vaqueros.

—Quién sabe. Ya veremos cómo están las cosas cuando lo acabe. En España sufrimos una mentira, sí. Pero ninguna mentira sobrevive hasta hacerse vieja.

—Tiene una visión demasiado optimista de la realidad, don Donato.

—No es mía. Es de Sófocles. Y creo, como él, que esto ha de acabar más pronto que tarde.

—Que el oráculo de Delfos le oiga.

Lombardi saca la cajetilla y ofrece un cigarro al anfitrión, que lo rechaza con un gesto.

Antes de encender, el policía otea el salón en busca de un cenicero. Andueza da unas patadas alrededor para liberar el entorno de hojas y bolas de papel.

—Puede echar la ceniza en el suelo, sin problema.

Él asiente con una sonrisa; pero prefiere usar la palma de su mano, de momento, para no contribuir a la suciedad general.

—Así que ya no escribe sobre los masones.

—¿Masones? ¡Malditas las ganas!

—Pero, hombre, si se hizo usted famoso con aquel libro.

—Sí, La doctrina invisible.

—Lo publicó poco después de conocernos.

—Un éxito, sí. Sacaron nueve ediciones. Casi cuatro mil duritos de entonces, un buen pellizco. Pero ya no queda ningún ejemplar, que yo sepa.

—¿Y eso?

—Cuando entraron en Madrid los fascistas… —Andueza suspende de repente la frase y observa con detalle a su interlocutor—. Oiga, usted no será fascista…

—No, señor, no lo soy.

—Como es policía…

—A día de hoy sería lo más lógico —admite Lombardi—, pero ni lo era cuando nos conocimos ni lo soy ahora.

—Me alegro. No sé qué le estaba diciendo…

—Me hablaba de su libro y de que no quedan ejemplares.

—Es verdad. Le decía que cuando los fascistas entraron en Madrid hicieron hogueras con los libros que no les gustaban. En la Universidad Central, en la calle Libreros… Lugares de cultura,

¿comprende? Allí ardieron muchos de esos ejemplares. Esas fueron las fogatas más famosas, pero hubo muchísimas más.

Por ejemplo, recuerda Lombardi, la patrocinada por el comisario general de Excavaciones Arqueológicas, Martínez Santa Olalla, que encabezó la eliminación por fuego ante el museo Etnológico de cualquier recuerdo de Darwin y el evolucionismo.

—El único consuelo que me queda —prosigue el escritor con los ojos húmedos— es haber sido compañero de llamas de Rousseau, Machado, Víctor Hugo, Voltaire, Gorki, Galdós, Blasco Ibáñez y tantos otros. Lejos de mí la dulce embriaguez de la fama, pero si no puedo aspirar a un asiento junto a ellos en el Parnaso, sí al menos a compartir la pira del martirio.

—Lo siento, don Donato. No lo ha pasado usted bien, ¿verdad?

—Desde la guerra no levanto cabeza, señor…, ¿cómo dijo que se llamaba?

—Carlos Lombardi.

—Eso es. Disculpe, pero a veces tengo paréntesis, ¿sabe? Como amnesias repentinas; nada grave, porque se pasan enseguida, pero resultan muy embarazosas para tratar con la gente. ¿Qué me había preguntado?

—Más que una pregunta era una valoración un tanto retórica sobre lo mal que lo ha pasado usted.

—Ni se lo imagina. La guerra me dejó sin mis colaboraciones en la prensa, pero lo peor fue el tiempo que me tuvieron en la checa del cine Europa.

—¿Una checa? —inquiere, extrañado, el policía—. ¿Por qué?

Andueza traga saliva antes de enfrentarse a una narración que sin duda le cuesta afrontar.

—Eso debería preguntárselo a un malnacido llamado Sandoval —susurra, aunque enseguida recupera la firmeza de su voz—. Bueno, ya no puede usted hacerlo porque creo que se suicidó. Aquel cabrón

parecía empeñado en darme pasaporte al otro barrio. Dos veces me encerraron allí, y mejor no se lo cuento por si se le revuelven las tripas.

El inspector apaga el cigarro en el suelo, se hace con uno de los papeles desechados e improvisa con él un cenicero que guarda en la mano.

—¿Felipe Sandoval lo detuvo?

—¿Conoció usted a ese fulano?

El tal Sandoval fue un militante de la FAI con un largo expediente de gansterismo en los años treinta que fue objeto de persecución por parte de la policía republicana durante la guerra como sospechoso de asesinato, aunque los intentos de detención eran sistemáticamente obstaculizados por el amparo que las milicias anarquistas prestaban a su actividad. Sandoval había participado directamente en los crímenes cometidos en la cárcel Modelo en agosto de 1936, y en varios más durante los meses que precedieron a la formación de la Junta de Defensa de Madrid. A partir de ahí, desapareció de la ciudad. Al parecer, tras la derrota final fue detenido en el puerto de Alicante y trasladado a Madrid, donde murió al caer por una ventana durante un interrogatorio de la policía franquista en uno de los muchos centros de detención improvisados en la capital. Lo calificaron de suicidio, pero no sería raro que alguien lo ayudara a caer.

—No personalmente —admite Lombardi—, pero la Criminal le buscaba las cosquillas y seguimos su rastro en un par de ocasiones. ¿Por qué lo encerraron a usted? ¿De qué le acusaban?

—De ser un burgués y un quintacolumnista. Ya ve usted: quintacolumnista un republicano de corazón como yo. Y lo de burgués… Puede ser, aunque por aquel entonces era yo más bien un proletario de la pluma en busca de un nuevo estilo y de quien lo pagara. Me hicieron todas las barrabasadas que pueda usted imaginar, y algunas más que no cabrían en su imaginación. Todavía tengo pesadillas nocturnas con aquellos días. Con decirle que no he vuelto a entrar en un cine desde entonces… Ni a orinar sin dolor, ni a caminar como antes, ni a tener cinco dedos en cada mano.

El escritor muestra su izquierda, a la que le falta medio meñique, detalle en el que Lombardi no había reparado.

—Hubo hijos de perra —dice el policía, aún abrumado por el testimonio del escritor— que ensombrecieron todas las causas, por nobles que fueran. Y Sandoval fue uno de ellos.

—A mí me robó hasta la confianza en las causas nobles, se lo juro. Y me inyectó el veneno del miedo, que es lo que menos le perdono. Me soltaron por segunda vez cuando quedaron convencidos de que no podía ofrecerles nombres, de que a nadie podía delatar porque a nadie conocía. Se cargaron a un montón de fascistas, y a otro montón que no lo eran. Muchos más sufrimos la hospitalidad de aquel loco y sus seguidores y pudimos contarlo.

—Lástima no haber sabido entonces en la Criminal de su detención. Le podríamos haber ahorrado algún sufrimiento.

—A saber. Si la policía me hubiera sacado de allí a la fuerza, lo mismo me habrían pegado dos tiros en la calle. Eran gente muy fanática. Porque el fanatismo es la esencia del alma hispana, ¿sabe usted? La libertad es una anomalía en la historia de nuestro país. Aquí domina el espíritu autoritario, frailuno y fanático, y a él vivimos sometidos desde hace siglos. Si se para usted a ver, en los contados episodios históricos en los que el autoritarismo y la clerigalla han quedado más o menos amordazados, el fanatismo ha seguido rampante para convertirse, finalmente, en el principal culpable del retorno a las cavernas. Estoy escribiendo un tratado… ¿Cómo le diría? Pero no, no quiero cansarle con mis preocupaciones.

El policía agradece que Andueza renuncie a su confidencia por no verse obligado a decirle que ya le ha mencionado ese proyecto. Definitivamente, su estado mental no anima a confiar en él como fuente de información, pero tiene que intentarlo. Paso a paso, permitiéndole explayarse en sus desventuras personales hasta el momento oportuno.

—¿Le apetece un café? —dice el viejo de repente—. Bueno, achicoria.

—Por mí no se moleste.

—A mí sí que me apetece. Suelo tomar algo a estas horas. Acompáñeme, y seguimos hablando.

La cocina, con puerta y ventana al solar trasero, presenta un aspecto acorde con el salón: es un absoluto desorden, aunque no se aprecian cubiertos ni platos sucios. Lombardi aprovecha para tirar a la basura su improvisado cenicero de papel mientras el escritor usa un infiernillo eléctrico para calentar leche con los restos de achicoria de un puchero.

—Al menos se encuentra usted entre los que lograron salvar el pellejo de aquel trance, don Donato. No todos pueden decir lo mismo, por desgracia.

—Me costó media vida —suspira el escritor—. Y la otra media me la quitaron esos hijos de perra cuando entraron en Madrid.

—No me da la sensación de estar charlando con un cadáver —bromea el inspector para animarlo.

Andueza desmiga un cuscurro de pan en la bebida y echa un trago; ni siquiera usa cucharilla.

—El hombre que usted conoció bien muerto está —comenta mientras paladea—. Ahora, mal que bien, puedo alimentarme, pero hasta hace un año tenía que ir a los comedores del Auxilio Social para sobrevivir. Quién me iba a decir en aquellos buenos tiempos que tendría que alzar el brazo y cantar letanías patrioteras para poder comer. Me salvaron las novelas de vaqueros. Pagan una porquería, aunque debo admitir que es un precio justo a cambio de la porquería que les entrego.

—Sé que no es un consuelo, pero también he pasado por algo parecido. Es verdad que medio oculto entre una masa de reclusos al aire libre siempre puedes canturrear una copla entre dientes para disimular, pero lo del saludo fascista no te lo quita nadie.

—¿Estuvo usted preso?

—Casi tres años. Ya le dije antes que nunca fui de la cuerda de los

vencedores. ¿Por qué tuvo problemas con la policía franquista?

Tras un acelerado repertorio de insultos, gruñidos y maldiciones, Andueza sugiere volver al salón, y concreta:

—Eran tan malnacidos como aquel Sandoval, aunque en este caso solo me tuvieron cuatro días y no se animaron a cortarme otro dedo. Pero recibí hostias hasta en el cielo de la boca. Y la bañera…, ¿sabe en qué consiste?

Lombardi asiente serio, sin palabras, mientras vuelve a ocupar su butacón.

—Claro, hombre —agrega el anfitrión—. ¿Cómo no va a saberlo si es policía? Si al menos lo hicieran ustedes con agua limpia, pero sumergirte en un balde de excrementos, además de angustioso, es degradante.

—No pluralice. Solo conozco de oídas ese método de tortura.

—Mejor para usted, porque da escalofríos. Total, que en cuanto me vi libre vendí mi casa y escapé a las afueras. No soy tan iluso como para pensar que aquí no pueden encontrarme, pero al menos perdí de vista a un vecindario insoportable. La portera era una bruja, un ogro que me montaba un escándalo si escuchaba la máquina de escribir después de las nueve de la noche. Imagínese: un creador noctámbulo como yo sometido a un horario de pescadería. Así que por la noche escribía a mano y al despertar lo pasaba a máquina. Tampoco vaya a creer que aquí vivo en la gloria: el jefe de calle es un cafre falangista metomentodo y el casero me amenaza con denunciarme a la Social en cuanto me retraso unos días en el pago. —Andueza frena su verborrea, se mira las manos y dirige su mirada perdida hacia la ventana—. Pero ¿por qué le cuento todo esto?

—Hablábamos de su detención a poco de acabar la guerra. ¿Qué pretendían de usted?

—Nombres, igual que los de la checa.

—¿De quintacolumnistas?

—No, hombre, no. De masones.

La última palabra hace removerse inquieto a Lombardi. Así que aquellos tipos querían algo parecido a lo que él ha venido a buscar.

—Pero si usted ya había abandonado ese género.

—Toma, como para seguir con ello. No quiero significarme, ahora hay otros que escriben barbaridades. Es lo que se lleva.

Andueza se incorpora y se dirige a la mesa, revuelve entre los montones de libros, sin prestar atención a los ejemplares que caen al suelo. Por fin regresa con un tomo cuya cubierta limpia con la manga del batín y entrega al visitante. Su título no deja lugar a dudas: La masonería en acción. ¿Cómo exterminarla?

—¿Y esto?

—Bazofia ideológica.

El libro está editado en Madrid hace apenas un año, pero al margen de su explícito título y presumible contenido, lo que llama la atención de Lombardi es la identidad de su autor: Eduardo Comín Colomer. Porque ese nombre, según Teresa Ochoa, no es otro que el responsable del servicio de información antimasónico de la policía, el jefe de Fabra.

—¿Este tipo es el que mandó detenerlo?

—Supongo, porque es el mandamás en esa materia. Aunque él no se dignó a visitarme mientras me alojaba en aquella casa.

—¿Qué casa? ¿No lo llevaron a la Puerta del Sol?

—¡Qué va! A un sótano de la calle Fortuny.

—Y le torturaron para que diera nombres.

—Sí, señor, pero no di ninguno, salvo los que eran de dominio público.

—Les bastaba con haber repasado su libro, supongo.

—¿Usted leyó La doctrina invisible?

—Debo confesarle que no.

—Pues no se dan nombres en sus páginas, más allá de los popularmente conocidos. Utilicé siempre sus alias, sus nombres simbólicos. Mire, a mí, la masonería me ha parecido siempre un club de debate teórico donde caben todas las opiniones excepto las autoritarias. Es cierto que algunos son un poco anticlericales, pero para serlo no necesitas hacerte masón. Si se divierten con esos juegos, allá ellos. Que utilicen una liturgia enigmática no los convierte en sacamantecas; de ser así, ya me dirá usted la liturgia eclesiástica, con sus incomprensibles fórmulas en latín… Y con ese criterio escribí el libro, en estilo más o menos novelado y acentuando las dosis de misterio y aventura para atraer a los lectores que huyen de los sesudos ensayos.

—Un enfoque muy distinto al que imagino se hace en ese otro —subraya Lombardi señalando la obra de Comín—. La preguntita del título ya lo dice todo.

—Es una obsesión de Franco —comenta Andueza con un pesaroso cabeceo—. Yo creo que en venganza por haber sido rechazado en una logia de Larache cuando hacía la guerra de África. De ahí en adelante creció su fobia hasta el punto de que cientos de masones lo han pagado con su vida o se pudren en las cárceles. La Ley contra la Masonería y el Comunismo se publicó un año después de acabada la guerra, pero hasta entonces no había necesitado una ley para masacrar a unos y otros. Los que escriben hoy esas barbaridades lo hacen para justificar la sed de sangre del tirano.

—Ya lo escribían antes de la guerra —puntualiza el policía recordando a su antiguo colega Mauricio Karl—. Los masones son los culpables de todos los males de la patria en el último siglo y pico. No sé si incluyen también sequías e inundaciones, pero el resto es siempre culpa de los masones. Ellos y los judíos son el chivo expiatorio de cada calamidad, según sus tesis.

—Pues sí. La Iglesia lleva mucho tiempo condenándolos, pero han tenido que venir los fascistas italianos, los nazis alemanes y sus imitadores hispanos para que esa condena pase a la vía ejecutiva. Paradójicamente, esa gentuza se ha convertido en el brazo armado de la Iglesia, en la nueva Inquisición. Si hubiera leído mi libro, lo

sabría.

Lombardi obvia el reproche implícito de la última frase y decide recuperar el hilo narrativo.

—Y dígame, ¿recuerda usted a los dos tipos que le detuvieron? ¿Conoce sus nombres? Quizá yo pueda hablar con ellos, influir para que no vuelvan a molestarlo.

Andueza mira fijamente al inspector, luego sus ojos recorren detenidamente a quien tiene sentado enfrente hasta que deja ir un profundo suspiro.

—Fíjese —musita— que me queda la duda de quién es usted.

Una nueva elipsis mental. No debe de resultar fácil vivir entre fogonazos de lucidez y períodos de penumbra. Con paciencia, y no poca compasión, Lombardi intenta devolver al escritor al origen de sus relaciones.

—¿Recuerda usted a aquel fulano que decía tener rayos X en los ojos?

—¡Pues claro! —replica contundente—. ¡Menudo farsante el niño! Digno representante de la carcunda nacional. Su padre, el marqués de Santa Cara, era un cenutrio carlista y devoto del dictador Primo de Rivera.

—Bien, pues a raíz de sus declaraciones públicas contra ese fraude tuve yo conocimiento de su existencia, don Donato. Años después nos conocimos. La plaza Mayor, el puesto de sellos de su primo… Usted me ayudó a resolver un caso de fraude espiritista.

—Sí, eso lo recuerdo como si hubiera sucedido ayer. Pero su nombre… Creo que era extranjero, ¿no?

—Carlos Lombardi.

—¡Ah, bien! Usted dirá.

—Le preguntaba sobre los dos policías que le detuvieron al acabar la guerra. ¿Recuerda sus nombres?

—Como puede usted imaginar, no tuvieron la cortesía de presentarse; pero si los viera entre una multitud señalaría sus caras sin dudar. Uno era ancho y fuerte, de unos cuarenta años, tirando a alto, con las cejas tan juntas que parecían una sola, y brazos como columnas. Era el que repartía las hostias, el que me metía en la bañera, el que hacía el trabajo sucio. El otro, de edad similar aunque más bajito, era un empingorotado cabezón con voz de mariquita; parecía el jefe y se encargaba de las preguntas, aunque también tenía la mano suelta y se reservaba las perrerías más refinadas. Los dos con camisa falangista, claro; aunque eso no resulta identificativo en estos días.

—¿Cabezón, dice usted?

—Sí, señor. Su cráneo estaba por encima de lo esperable en un Homo sapiens. Narigudo, con los ojos muy juntos. Vestía con elegancia, supongo que para compensar su apariencia física, pero era un cabronazo. Los dos lo eran. Torturadores profesionales.

A medida que escuchaba la descripción de Andueza, en el pensamiento de Lombardi se ha ido dibujando el retrato de Agustín Fabra. Y la sensación de desconfianza que le ha generado ese fulano horas antes se consolida al saberlo culpable de los últimos sufrimientos del escritor. La labor de la Antimasónica ya había dado sus frutos durante dos años y pico en el terreno conquistado. La caída de Madrid y del resto del país les ofrecía campo hasta entonces vedado, y no es de extrañar que iniciasen su ofensiva apenas tomada la ciudad. Andueza solo había sido una de sus primeras víctimas en el territorio recién ocupado, y seguramente no de las más castigadas. El interés de Fabra por Emilio Fuentes cobra así un valor añadido. Parece llegado el momento de ir al grano.

—Siento y condeno lo que le hicieron, don Donato —dice el inspector—. He venido a verlo en busca de ayuda, como antaño. Investigo la desaparición de cuatro hombres en la batalla de Belchite y es posible que la masonería guarde alguna relación con el caso.

—Estoy de masones hasta el moño, como usted comprenderá.

—No me extraña —acepta él con una sonrisa—. Pero mis

intenciones distan mucho de las de la policía política del dictador. Intento dar respuesta a unas viudas sobre el destino final de sus maridos. Solo le molestaré con unos nombres.

—Pues vamos allá.

—Toledo —dice, animado por la predisposición del escritor—. ¿Le suena de algo Fermín Toledo?

—Apunta usted alto, señor Lombardi. —El policía esboza un gesto amable, agradecido de que recuerde su apellido y el que le ha formulado en la pregunta—. Pelayo es un nombre simbólico importante en la masonería española.

—¿Ese era su apodo, Pelayo? ¿Lo conoció usted?

—Sí, un hombre conservador, bonachón y asequible, dentro de la reserva propia de los masones. Magistrado del Tribunal de Cuentas. Me vi con él dos o tres veces mientras preparaba La doctrina invisible para contrastar mis apuntes, una relación de dos centenares y medio de identidades con su nombre simbólico. Me dijo que estaba muy bien documentado, pero no quiso saber nada de mí después de publicada la obra.

—¿Y eso?

—Ya ve usted. —Andueza se encoge de hombros—. Parece que no le gustó el libro y me negó el saludo desde entonces.

—¿Tan mal lo trataba?

—En absoluto. A través de terceros me hizo llegar su opinión de que no había manejado con suficiente reserva sus confidencias. Ya sabe usted cómo es esa gente, o cómo era, porque seguro que Franco lo ha fusilado.

—Murió en la guerra, en Belchite.

—Vaya, pobre hombre. Lo siento.

—¿Y cuál fue el motivo concreto de su enfado?

—Revelé, sin el menor ánimo de hacer daño, el papel de Pelayo dentro de la organización. Ejercía de secretario, de enlace entre varias logias españolas y algunas extranjeras, y coordinaba los balaustres que se intercambiaban entre ellas; balaustres llaman ellos a sus comunicaciones escritas de carácter doctrinal. Y no le gustó nada. Yo no lo entendí, porque en aquella época pertenecer a la masonería era motivo de orgullo para sus miembros y algunos hasta presumían de ello en público. No me pareció estar cometiendo un pecado de indiscreción y, al fin y al cabo, no ofrecía nombres reales. Aunque debo reconocer que algunos eran bastante identificables por el contexto.

Lombardi enciende un segundo pitillo para celebrar el hallazgo e improvisa un nuevo cenicero de papel.

—Así que Toledo era un gran maestro —expone con el primer humo —, y depositario de importante documentación.

—Lo era entonces, aunque es de suponer que se desharía de ese material tras el golpe militar. Por ponerle un ejemplo, le diré que los fascistas meten en el mismo saco a los masones y a la Sociedad Teosófica Española. La ventaja de los teosóficos en esta trágica coyuntura es que no disponían de un archivo centralizado, sino que toda la documentación obraba en poder del correspondiente secretario general, y me consta que fue destruida para evitar detenciones; aun así, he sabido que varios de sus miembros han sido pasados por las armas. Imagino que Toledo actuó de forma similar, como lo harían el resto de los masones con altas responsabilidades: quemar papeles y esconderse.

—No parece que fuera su caso. Vivía en zona nacional desde el principio de la guerra y sin miedo aparente, según testigos.

—Tendría buenas amistades entre los golpistas, entonces.

—Supongo. Abusando de su paciencia, don Donato, me gustaría enseñarle unas fotografías.

Andueza vuelve a sacar el pañuelo del batín y frota sus gafas, gesto que, sin palabras, demuestra su aquiescencia con la propuesta. Lombardi le entrega los retratos de los desaparecidos, que el

escritor va pasando lentamente, uno a uno, hasta completar el cuarteto.

—Estos jóvenes no me dicen nada —concluye—. ¿Quiénes son?

—¿Ni siquiera este? —insiste el policía con la foto de paisano facilitada por Torralba—. Se llamaba Emilio Fuentes Mina.

—Tampoco el nombre me suena. ¿De quién se trata?

—Uno de los soldados desaparecidos cuyo rastro investigo. Mantenía cierta relación con don Fermín Toledo, y tengo la sospecha de que también podría pertenecer a la masonería. ¿Qué cree usted?

—Su nombre no me resulta familiar. Tampoco en la novela incluía a todos los masones, desde luego; solo a los más notorios. Y este hombre parece demasiado joven para estar entre ellos: cuando publiqué el libro, él debía de tener catorce o quince años.

—Pudo haberse afiliado después.

—Es posible, aunque en ese caso no figuraría en mi archivo. Tendría que consultarlo.

—No me diga que guarda usted un archivo.

—Naturalmente —replica Andueza con un punto de orgullo—. Un cuadernito escolar con esa lista que le presenté a Pelayo para su valoración.

—¿Por qué no lo destruyó?

—Porque es el fruto de años de trabajo, y aunque la mayoría de esa pobre gente ya no puede usar ni su nombre simbólico, lo guardo como oro en paño. Y no hay peligro si cae en manos indebidas, porque está en clave alfanumérica y no es fácil descifrarlo para quien no la conoce.

—Pero… ¿no se lo requisó la policía cuando lo detuvieron? Sé que registraron su domicilio de Fuencarral.

—Imposible —dice el escritor esbozando una sonrisa zorruna—. Ellos desconocen la existencia de ese material. Y además me lo guardaba mi primo, bien oculto entre libros viejos.

—Y todavía está en su poder.

—No, lo recuperé al mudarme aquí. Lo tengo en el trastero, a buen recaudo.

—Pues le agradecería mucho que me dejara consultarlo, a ver si alguno de esos cuatro hombres figura entre ellos.

Andueza vuelve a sufrir otro de sus paréntesis, a juzgar por su expresión introspectiva. Pero no, solo está haciendo cálculos mentales.

—Tendría que buscarlo —dice—. Si viene usted dentro de tres o cuatro días podemos comprobar lo que le interesa. Ahora tengo que acabar esa novelucha, que debo entregar cuanto antes. ¿Qué le parece si vuelve por aquí el martes?

En la mesita baja del comedor hay tres botellines de cerveza de la media docena que Lombardi ha comprado en la tasca de enfrente, y sus correspondientes vasos. Un platillo con almendras más o menos revenidas completa el paisaje. Es un modo como otro cualquiera de celebrar la inminente reunión del sanedrín, o del triunvirato, como Alicia Quirós denomina a sus eventuales charlas privadas con una investigación de fondo.

Como golondrinas en torno al nido, sobre la cabeza del policía revolotean aún las imágenes de hace unas horas en el peculiar refugio de Andueza, imágenes de un ser humano cargado de dilemas, de llamativa lucidez intelectual o de penosas zanjas de olvido creadas por el propio inconsciente del escritor para no enfrentarse a hechos muy dolorosos de su reciente biografía. Andueza es un ejemplo de lo que las guerras pueden hacer con las personas más allá del sufrimiento físico, de sus secuelas psíquicas y del consiguiente deterioro: el paradigma de un proyecto truncado, de alguien destinado quizá a convertirse en notable literato y que

debe conformarse sin embargo con ser un simple superviviente que intenta ganarse el techo y el pan pariendo historias del viejo Oeste. A eso han quedado reducidos buena parte de los intelectuales del país que no le bailan el agua al Nuevo Estado. Aun así, resulta admirable el temple de Andueza: lo que cualquiera con parecida experiencia habría convertido en derrota, en él se ha transformado en un empeño obsesivo por denunciar, siquiera por escrito y en secreto, las injusticias sufridas.

El timbre le saca de sus cavilaciones. Sus amigos tienen la costumbre de citarse en el portal y llegar juntos a casa, probablemente para no perderse ni una sola frase del motivo que los reúne o para evitar repeticiones a quien se incorpore con retraso. Y ahí están los dos: Torralba con sombrero por primera vez desde que lo conoce, un fedora de fieltro gris que parece de segunda mano; su traje y la gabardina que lleva colgada del brazo son los mismos que usa desde hace año y pico: el sueldo de un detective con familia no da para un armario variado. Quirós, para satisfacción de los ojos, con camisa blanca en vez de falangista, rebeca rosa y una colorida falda en lugar del habitual traje de chaqueta de su jornada laboral.

Acomodados en el tresillo, dan los primeros tragos entre comentarios amables por el reencuentro. Pero el anfitrión les recuerda enseguida que no están de fiesta.

—Vamos a trabajar un poco, si les parece.

—De acuerdo —asume ella de buen humor—, aunque no sé en qué voy a poder ayudar sin un escenario del crimen que llevarnos a la boca.

—Ya la informé, al citarla aquí, de las líneas generales de la investigación. Ahora toca debatir los detalles de cuanto conocemos, y su punto de vista es tan válido como el nuestro. Torralba, por favor, ¿quiere explicar sus gestiones con las viudas?

—Si me permiten…

El detective aparta los vasos hacia los extremos de la mesa y rebusca en el bolsillo interior de la americana hasta que su mano

reaparece con un pequeño mazo de naipes que distribuye sobre la superficie liberada.

—¿Nos va a hacer juegos de manos? —pregunta Quirós con expresión divertida.

—Es para formarnos una idea más gráfica del asunto. Mejor así que usar tantos nombres. Aquí tenemos las cuatro sotas de la baraja.

—Las cuatro viudas, supongo —aventura Lombardi.

—Eso es. La de oros, que es la que paga a Hermes.

—Marta Zúñiga.

—Sí, señor. A continuación, y por orden descendente del rango militar de sus maridos: copas, la del sargento; espadas la del cabo y bastos la del soldado raso.

Bajo la fila de sotas, Torralba extiende a continuación los cuatro caballos en el orden correspondiente.

—Y esos serán los desaparecidos —aventura Quirós.

—Exactamente. Oros, el alférez Fuentes; copas, el sargento Collazo; espadas, el cabo Irujo y bastos el soldado Jiménez. En realidad, estos son los cuatro nombres que generan el caso y los que más nos interesan. Las sotas, de momento, tan solo son posibles fuentes de información.

—Y viudas, Torralba —objeta ella muy seria—, no lo olvidemos. Víctimas también de la guerra.

—Naturalmente, desde el punto de vista humano —asume el aludido—. Aunque no estamos aquí para debatir las desgracias de la guerra: desde la perspectiva de la investigación ellas solo son posibles testigos colaterales, ni siquiera presenciales.

La auxiliar acepta con un gesto la explicación y apunta:

—Lo que hay que determinar entonces es si hay relaciones entre los caballos y posibles relaciones cruzadas con las sotas.

—De eso se trata. Y de momento no hay suerte con el intento. Desde Hermes nos hemos encargado de hablar con las de espadas y bastos: Ana María Pazos, la viuda del cabo Irujo, y Concepción Ramírez, del soldado Jiménez. Respecto a la primera, hay que decir que sigue viviendo en Madrid, que desde hace siete meses vuelve a estar casada y que espera descendencia para el próximo verano. La segunda vive en Segovia y no ha rehecho su vida por el momento.

—¿Alguna reacción ante las fotos de los desaparecidos? —interviene Lombardi, que asiste con interés a la exposición del antiguo guardia de asalto.

—Ninguna en absoluto. Los tres hombres que completan el grupo con sus maridos son desconocidos para ellas.

—¿Y las dos restantes? —pregunta la auxiliar.

—Una es la clienta de Hermes —explica el policía—, la viuda del alférez Fuentes. Tengo intención de visitarla próximamente. En cuanto a Leonor Sobrado, la viuda del sargento Collazo, vive en Valencia y estoy pendiente de que el comisario Amorós me autorice el viaje. Ya veremos cómo se presenta el panorama después de esas entrevistas.

—¿Y qué sabemos de los caballos? —inquiere Torralba—. ¿Cómo le fue su viaje a Belchite?

—Podemos considerar que entre Fuentes e Irujo hubo cierto tipo de relación, según testigos. Lo cual no significa que la tuvieran antes de la guerra, y por eso no resulta extraño que la viuda del cabo no identifique al alférez. Lo más probable es que esa relación se gestara allí mismo.

—Poco hilo para tirar de una madeja, me parece a mí —apunta Quirós con un deje pesimista.

—No auguremos derrotas antes de tiempo —replica el inspector—, que aún queda tela por cortar. Torralba, ¿qué tenemos de don Fermín Toledo?

El interpelado saca un pequeño bloc de la americana para apoyar su

informe:

—Nació en Écija en mil ochocientos setenta y uno. Juez a los treinta. Primer destino en Zaragoza, donde se casa tres años después. Dos hijos varones que siguen la carrera militar. En el año veintisiete ingresa en el Tribunal Supremo de la Hacienda Pública que la República transformó en Tribunal de Cuentas. Viudo desde el treinta y dos, y jubilado dos años después. Murió en Belchite durante los bombardeos de la ofensiva republicana.

—Buena semblanza —aprueba Lombardi—, pero incompleta. Falta un detalle, y otro es erróneo. Aunque eso no tiene por qué saberlo usted, Torralba.

La pareja aguarda expectante las explicaciones del policía, que prefiere mantener la intriga mientras enciende un pitillo.

—Don Fermín Toledo era un alto grado masónico —confiesa al fin —. Ese es el dato que falta en su biografía. Detalle importante, como pronto veremos.

—¿Un masón de los gordos vivo en zona nacional? —duda Torralba.

—Suena raro, ¿verdad? Pero no era un caso exclusivo. Algún que otro general de la camarilla de Franco también lo era, y no tuvo ningún reparo en hacerle la guerra a la democracia. Parece que Toledo era de ideología conservadora, y plenamente confiado en la pronta victoria de los facciosos, según personas que lo conocían.

—¿Y qué nos aporta ese matiz al caso de los desaparecidos? —se pregunta Quirós.

—Para saberlo, vamos con el dato erróneo. Porque nuestro magistrado no murió en un bombardeo. Ya estaba muerto cuando ese ataque se produjo. Alguien, voluntaria o involuntariamente, lo había matado pocas horas antes.

El inspector observa a sus dos boquiabiertos compañeros, y para ahorrarles más preguntas, les resume el contenido esencial de su conversación con Gabriela Gotor sin revelar la identidad de su

testigo.

—Así que Fuentes pudo haber matado a Toledo —concluye Torralba, aún confuso ante la narración.

—O alguno de los que al parecer lo acompañaban en el asalto a la casa del magistrado, entre los que podría estar Irujo. Lo que sucedió en esa hora y pico en que nuestro testigo se alejó de la casa es todavía una incógnita.

—Que ofrece una perspectiva nueva del asunto —apunta la auxiliar —. Más que justificada entonces la intervención de la Criminal si hay un homicidio.

—Sí, aunque de momento prefiero callar todos estos detalles. La verdadera muerte de Toledo y su relación con la masonería no debe transcender más allá de nuestro pequeño círculo. Es cierto que la existencia de un posible homicidio reforzaría la apertura de una investigación oficial en ese sentido, pero no quiero poner en un aprieto a mi confidente, y todavía hay aspectos oscuros que deberíamos iluminar antes de destapar el pastel completo.

—Eso es tirar piedras contra su propio tejado —objeta ella—. Renunciar a un apoyo que le facilitaría mucho la investigación.

—Lo sé, pero no quiero que la Social meta la nariz. Y es lo primero que harán en cuanto huelan a masón; no solo meterán la nariz, sino que me robarán el caso.

—Puede ocultar este detalle. Basta con mencionar la sospecha de homicidio.

—¿Con Fuentes presuntamente implicado? Sepan que el servicio especial antimasónico investigó su paradero antes que yo, hace un par de años. Por motivos humanitarios, aparentemente, aunque no descarto que hubiera otros.

—¿Que el alférez fuera también masón, por ejemplo? —tercia Torralba.

—Por ejemplo; aunque este es un detalle de difícil confirmación en las actuales circunstancias, con la masonería proscrita. Sea lo que

sea, en la Puerta del Sol ya han mostrado interés por mi viaje a Belchite, y eso me pone en el punto de mira de la Social, así que conviene andar con la boca callada y los pies de plomo.

—Nos encontramos frente a un delito cuyos presuntos autores murieron horas o días después —evidencia la auxiliar—. Así que, a menos que existan pruebas contundentes, todo se reduce a un juego especulativo, sin posibilidad alguna de detención y posible confesión de los implicados.

—Lo cual no impide que se investigue, Quirós. Si no para atrapar a los culpables, sí al menos para revelar la verdad de los hechos y hacerle justicia póstuma a la víctima.

Lombardi apaga el cigarro y apura el resto de su vaso de cerveza.

—De momento —agrega—, vamos a jugar a las hipótesis. ¿Qué pasó en aquella casa de Belchite la tarde del veinticinco de agosto del treinta y siete? O más exactamente: ¿qué pretendían del magistrado el alférez Fuentes y sus desconocidos acompañantes?

—Por lo que le han contado sus testigos, es evidente que buscaban algo en la casa —apunta Quirós.

—Algo que el magistrado no tenía o no estaba dispuesto a darles —remata Torralba.

—Eso parece claro. Pero ¿por qué esperar a ese momento, justo cuando el ejército republicano había iniciado la ofensiva y bombardeaba ya los alrededores del pueblo? Fuentes llevaba más de un mes allí, con contactos casi diarios con Toledo. De tener algún interés, no necesitaba esperar a una situación tan crítica.

—Pudo ser precisamente esa situación límite la que le empujó a hacerlo en ese momento —reflexiona Torralba—. Como un acto desesperado ante un peligro inminente. La última oportunidad.

—O quizá lo hizo a raíz de conocer algún detalle sobre Toledo que antes no sabía —sugiere la auxiliar—, y lo del ataque es meramente circunstancial.

—Sí, la verdad es que el momento elegido puede ser secundario. La

clave está en lo que querían.

—A ver, a mí no me parece tan secundario el momento —rechaza el detective—. Si lo que pretendían era robarle, se arriesgaban a ser denunciados, a menos que ya tuvieran previsto asesinarlo para eliminar testigos. Y un asesinato en circunstancias normales habría sido investigado. La ofensiva, con la cantidad de pepinos que les estaban cayendo encima, era para ellos una coartada perfecta. De hecho, así sucedió: oficialmente, Toledo murió en los primeros bombardeos, de modo que Fuentes y los suyos consiguieron borrar el rastro del de- lito.

—Muy lúcido, Torralba. ¿Y qué querían del magistrado?

—Está claro que algo relacionado con los masones, según su testigo —opina Quirós—. Documentos, probablemente. Si Fuentes era masón, tal vez Toledo poseía algo que le ponía a los pies de los caballos frente a las autoridades y quería recuperarlo, o destruirlo.

—¿Implicando a terceros en esa operación? —cuestiona el policía —. Poco probable, a menos que todos fueran masones y con parecidos intereses. Demasiado fantasioso.

—Puede que Fuentes los llevara allí engañados —apuntala ella—, con el propósito de un asalto y promesas de un buen botín.

—Es una posibilidad. Pero se me hace muy cuesta arriba imaginar que un masón se niegue a proteger a otro en caso de peligro tan evidente. Si Toledo tenía documentación comprometedora para la integridad de Fuentes, no hay motivos para pensar que se resistiera a entregársela o a eliminarla directamente. No me cuadra.

Un silencio espeso comienza a planear sobre el salón mientras cada uno de los presentes se enfrasca en sus propios pensamientos. Torralba aprovecha para dar un nuevo trago, mientras Quirós toquetea los naipes colocados sobre la mesa.

—Algo no encaja —objeta el detective rascándose la nuca—. No es creíble que un conocido alto grado masónico pudiera vivir tan ricamente en territorio faccioso mientras sus correligionarios eran detenidos y asesinados.

—A saber, Torralba. Toda regla tiene su excepción, y todo masón es malo, a menos que apoye el levantamiento militar. De igual modo que hubo generales masones entre los que encumbraron a Franco, quizá Toledo era una de esas excepciones civiles.

—Tampoco creo que eso importe mucho —alega el cordobés—. Lo que hay que aclarar es la relación de Toledo con Fuentes.

—Y el interés de la Antimasónica en este último —abunda Lombardi.

—Pues si es como usted dice, ya se puede andar con ojo, jefe —avisa ella—, no vaya a meter la mano en un avispero.

—No le falta razón —admite él—. Un motivo más para mantener la boca cerrada. Y le recuerdo que no soy su jefe.

—De acuerdo, inspector. Pero tenga cuidado.

—Lo tendré, muchas gracias.

—Bueno —tercia Torralba—, fuera Fuentes masón o delincuente, no sabemos lo que buscaba; ni siquiera si lo consiguió. Nuestro objetivo es el mismo que al principio: saber qué pasó con él, si realmente sobrevivió a la batalla como aventura su viuda. ¿Cuáles son nuestros próximos pasos?

—De momento, hablar con las dos mujeres que nos faltan. Es posible que alguna de ellas, y muy especialmente la de Fuentes, nos abran camino.

—Eso corre de su cuenta —dice el detective—. Se me ha ocurrido que, entre tanto, desde Hermes podríamos entrevistar a los hijos de Toledo y enseñarles las fotos. Hicieron la guerra con los nacionales y ahora son oficiales de cierto rango. Quizá conozcan a alguno de los cuatro.

Lombardi tuerce el gesto.

—Para ellos, su padre murió en el bombardeo —argumenta—. Sería difícil explicarles el motivo de nuestras preguntas sin levantar sospechas.

—Podemos limitarnos solo a Fuentes, justificarlo con el hecho de que investigamos su paradero y por eso entramos en contacto con la gente que lo conoció en Belchite. Si da la casualidad de que admiten una relación previa del alférez con el magistrado, tendremos un nuevo elemento.

—Dudo que exista esa relación previa. Mi confidente no conocía a Fuentes antes de que lo destinaran allí, y Toledo llevaba más de dos años viviendo en Belchite.

—Las viejas amistades a veces resultan sorprendentes.

—No le falta razón, Torralba, pero de momento no conviene remover el avispero más de lo necesario, como nos acaba de advertir Quirós. Prefiero que vayamos paso a paso…

Un timbrazo rompe el discurso del anfitrión, que se incorpora con gesto de extrañeza para dirigirse a la puerta. Al abrir, la duda se transforma en sorpresa por la presencia de Ignacio Mora en el descansillo.

—¡Señor Mora! No podía ni imaginar que fuera usted.

—Disculpe la molestia, pero quería que tuviese usted las páginas que completan el capítulo que le entregué. —El joven periodista le extiende un sobre tamaño cuartilla—. No sé si habrá tenido tiempo de leerlo.

—Claro que sí. Pero no se quede ahí, hombre. Pase usted al salón y le pongo una cerveza.

Mora acepta la invitación, aunque, al reparar en la pareja sentada en el tresillo, se frena en seco.

—No quiero molestar, don Carlos —dice, cortado—, que tiene usted visita. Le dejo el sobre y en otro momento hablamos.

—Acomódese sin miedo, que estamos entre conocidos.

—¿Conocidos? No tengo el gusto…

—¿Cómo que no? Le presento a la señorita Alicia Quirós y a don

Andrés Torralba, notables personajes de su novela.

Un rubor repentino asalta las mejillas de Mora cuando estrecha la mano de la auxiliar. Lombardi sonríe divertido al comprobar cómo afronta el aprendiz de escritor la traducción a carne y hueso de la atractiva heroína que su imaginación ha concebido en secreta intimidad.

—Aquí —amplía su presentación—, el joven está escribiendo una novela sobre los asesinatos de seminaristas. Salimos los tres; con nombre ficticio, eso sí.

—¡Qué ilusión! —celebra ella—. Me encantaría leerla.

El rubor de Mora se acentúa, y el joven resopla nervioso para apartar el flequillo que se interpone entre sus ojos y la presencia femenina.

—No, por favor —ruega, quejumbroso—. Se la dejé a don Carlos por lealtad, porque me facilitó la información sobre el caso. Pero está todavía muy verde para que la lea alguien más.

Quirós palmea el sofá para que el nuevo invitado tome asiento a su lado. Mora obedece, y enseguida tiene ante sí el prometido vaso de cerveza.

—No le crean —dice Lombardi—. Verde, lo que se dice verde, no es; aunque no le faltan escenas prometedoras en ese sentido.

—Vaya —reacciona ella con alegría—, pues más interesante si cabe.

—Bromas aparte —puntualiza el policía—, la novela está bien de momento, muy bien diría yo para un autor de veintiún años; aunque me temo que no verá la luz.

—La censura, ya… —acepta Mora con su primer trago—. ¿Y esto? —exclama al ver los naipes sobre la mesa—. ¿Jugaban a la mona?

—Frío, frío —dice Quirós.

—¿A las siete y media?

—Algo parecido —sentencia Torralba—. En una investigación solo ganas si aciertas. Malo es no llegar, pero peor es pasarte.

—Así que es una investigación. Qué apasionante. ¿De qué se trata?

—Podríamos llamarlo el caso del club de las viudas —resume Lombardi.

—Buen título para una novela —aplaude el periodista, que parece haberse repuesto de su ataque de timidez.

—Primero acabe la que se trae entre manos y ya hablaremos después.

Podría habérselo imaginado por el pestazo a vino agrio que golpea la nariz al abrir la puerta, pero los pensamientos de Lombardi andan por territorios muy lejanos cuando por la mañana entra en el Pudridero y queda inicialmente paralizado por la sorpresa.

Un tipo tiene a Teresa Ochoa agarrada por los hombros y la agita, si no con extrema violencia, sí con actitud claramente coercitiva. Ella se limita a balbucear, con los ojos húmedos, a punto del llanto.

—¿Qué demonios pasa aquí? —grita el policía, que se lanza a por el desconocido, le agarra por el cuello y lo arroja con fuerza contra la pared más próxima.

Le bastan esos segundos para saber con quién se enfrenta. Un treintañero de mediana estatura con pelo castaño, rizado, la nariz coloradota de los bebedores, mal afeitado y descuidada vestimenta. Y que, además, se busca la ruina personal, porque tras recuperarse de la sorpresa echa mano a la sobaquera. Lombardi reacciona con rapidez, sujeta con su zurda la muñeca armada y estrella su puño derecho contra la barbilla ajena, un gancho tan bien trazado que provoca un sonoro crujir de dientes relativamente amortiguado por la lengua.

—Escúchame bien, gilipollas —dice, como postre—: si vuelves a apuntarme con un arma, lo vas a pasar muy mal.

Confuso, doliente, el tipo recoge su pistola del suelo, da unos pasos tambaleantes hacia la puerta y desaparece tras ella.

—Bonita forma de estrenar un sábado —sentencia el policía, masajeándose los dedos magullados—. ¿Se encuentra usted bien?

—Estoy bien —confirma ella—. Muchas gracias.

—No las merece. Pulido, supongo.

Ella asiente sin palabras. Él espera durante unos segundos una explicación por su parte, que no llega, y se sienta por fin ante su mesa con su arma a mano, semioculta tras el teléfono, y sin perder de vista la puerta, por si el agente tuviera la mala idea de regresar.

—No se preocupe, inspector, que no volverá.

—Muy segura la veo.

—Lo conozco bien. Ahora mismo estará por ahí, camino de la calle y avergonzado de lo que ha hecho.

—Ya, y recogiendo trozos de lengua. Pero cuando supere la vergüenza lo mismo se le ocurre asomar con el cañón por delante. Y cuando recomponga la lengua cabe incluso la posibilidad de que vaya a lloriquear al despacho del comisario jefe de personal, a quien no caigo muy simpático. Solo faltaría que me abran un expediente.

—Descuide, que eso no lo hará, por su propio bien.

—Dudo mucho que ese individuo sepa distinguir entre lo que le conviene y lo que le dicta su afición al morapio.

—Si hubiera denuncia, él sería el más perjudicado —argumenta ella —. Usted solo ha salido en mi defensa y, al fin y al cabo, está al frente del departamento y ha intentado poner orden en él.

—Mire, Ochoa, no sé qué extraña relación mantienen ustedes dos, pero esto no es tolerable. Me temo que soy yo quien va a presentar la petición de traslado de Pulido. Solo aparece por aquí para dar problemas…

—Le ruego que no intervenga.

—Deme usted una razón convincente.

La auxiliar deja ir un suspiro que resuena con eco lúgubre en el Pudridero.

—Es lo menos que le debo después de lo que ha hecho, una explicación —dice, modosa, ocupando su silla—. Debe saber que mantuve una relación estrecha con Cayetano cuando él entró aquí.

—Estrecha… Quiere decir afectiva.

—Sí, señor —admite plegando levemente la mirada—. Duró poco más de un año. Ya no queda nada de aquello excepto una profunda compasión por mi parte y una dependencia insana por la suya.

—Dependencia amorosa.

—Económica —matiza ella—. Le he prestado dinero muchas veces. Al principio lo hacía cegada por ese sentimiento que nos unía; después, por lástima. Hasta que me di cuenta de que no le hacía ningún bien y me negué a seguir financiando sus vicios.

—¿Vicios? Deduzco que no se refiere usted solo a la bebida.

—Para eso le basta con su sueldo. También es un problema, pero el más grave es el juego.

—Mala cosa. ¿Le debe mucho dinero?

—No eran préstamos muy cuantiosos, pero sí frecuentes. Vivo de mi trabajo y no podría ser demasiado obsequiosa aunque lo deseara. Más de dos mil pesetas.

—Pues es un pico —valora el policía con un silbido admirativo—. Imagino que Pulido no lleva bien que le haya cortado el grifo.

—Así es. La escenita que ha presenciado usted lo demuestra. Es insistente, y molesto, pero incapaz de hacerme daño.

—Por la forma en que la zarandeaba, no estaría yo muy seguro de

lo que me dice. En fin, creo que debería quitárselo de encima cuanto antes, pero es un asunto privado y lo único que le pido es que lo resuelvan lejos de este despacho.

—Muchas gracias, inspector.

El policía masculla para sí unos cuantos juramentos y busca reducir las palpitaciones con una respiración profunda. Siempre le pasa igual: en los momentos de tensión mantiene su pulso con pasmosa facilidad, pero, una vez superado el peligro, el cerebro empieza a hacer de las suyas pensando en lo que podría haber sucedido y llega ese malestar que a menudo se traduce en incómoda flojera de piernas. La única solución es pasar página y centrarse en lo que interesa.

—Vamos a trabajar un rato, si le parece. Hay que preparar el informe para el comisario Amorós.

—Con mucho gusto, jefe. —La auxiliar alimenta su máquina con dos hojas y un papel de calco entre ambas—. Con copia, ¿verdad?

Lombardi asiente y dicta el resultado de sus gestiones en Belchite. Un informe aséptico sobre el hecho de que algunos vecinos reconocieron a Fuentes e Irujo, sin mencionar al magistrado Toledo y las engañosas circunstancias de su muerte. Lo completa con argumentadas razones sobre la necesidad de ampliar las diligencias con entrevistas a las viudas, sugiere comenzar con la más lejana de ellas, Leonor Sobrado, residente en Valencia, y solicita autorización para ese viaje y para el correspondiente adelanto de dietas. Apenas relee por encima el informe una vez acabado, porque Teresa Ochoa es competente mecanógrafa, y mientras firma al pie del documento, deja caer una pregunta:

—¿Cree que sería posible conseguir una foto de Santiago Trillo? Y algún expediente sobre su actividad.

—¿Y ese interés?

Es una curiosidad improcedente en boca de una secretaria, pero el policía decide obviar este hecho porque le permite verbalizar una coartada.

—Trillo me precedió en la investigación de Belchite. Es natural que quiera conocerlo un poco mejor y saber qué pasos dio para no repetirlos inútilmente. Quién sabe si averiguó algo que no quedó reflejado en nuestros archivos.

—Puede preguntar en la Social. Seguro que lo tienen.

—¿En la Social? No, muchas gracias.

La auxiliar se encoge de hombros y sale del despacho camino de sus gestiones. Lombardi devuelve la pistola a la sobaquera y sigue sus pasos, aunque solo hasta el corredor que se asoma a los patios interiores. Fumar allí se ha convertido para él en una especie de paréntesis, un oasis de calma dentro de la incómoda realidad del Pudridero, y el rectángulo de cielo sobre su cabeza parece bendecir ese repliegue anímico. Vivir por encima de la injusticia que se desarrolla a diario bajo sus pies es casi una bendición, después de todo. Pasea lentamente hasta la puerta y la escalera que conducen al famoso reloj, a las tripas de ese artilugio que decide cuándo acaba un segundo y empieza otro, cuándo ese segundo pertenece a un año y el próximo al siguiente; un artefacto en el que los seres humanos creen con fe ciega. Como si la vida pudiera determinarse con tanta exactitud y mereciera tal credulidad. Por suerte o desgracia, las personas no pueden ser juzgadas con esa precisión, y el paso del tiempo hace de ellas criminales o santos. O seres anodinos, que es lo más frecuente. A menudo piensa que le gustaría poder detener el tiempo en un punto de la Historia lo más alejado posible de esta gran pesadilla que le acorrala desde hace casi siete años. O, al revés, convertirse él mismo en reloj, en estatua, en cuadro de una pared para ver pasar las generaciones sin conmoverse y presenciar el juego de ambiciones humanas con gesto flemático y corazón inmune. Pero no, se reprocha de inmediato: a los que han perdido una guerra, como él, tan solo les queda librar la batalla diaria de la dignidad personal. Y eso no se hace encerrándose en un armario ni con huidizas reflexiones.

Regresa al despacho a paso vivo, dudando si debería gestionar por teléfono su pretendida entrevista con Marta Zúñiga o visitarla directamente esa misma tarde. La experiencia le dicta que suelen ser más efectivas las apariciones por sorpresa, aunque corras el riesgo de darte el paseo en balde. Todavía sopesa ambas opciones

cuando Teresa Ochoa ingresa en el recinto y se dirige directamente a él.

—Viaje autorizado —dice—. Usted dirá cuándo.

—Coche cama el domingo por la noche, así llego a Valencia en laborable. Déjelo dispuesto, que esta tarde tengo lío y no asomaré por aquí.

—Ahora llamo para reservar. Pase por caja con este papelito para retirar las dietas. —La secretaria deja sobre la mesa un documento y una carpeta de cartulina gris.

—Gracias. ¿Y esto?

—La Social también tiene secretarias. Y con alguna me llevo bien.

Lombardi abre la carpeta y dedica una expresión de sorpresa a la auxiliar.

—¿El expediente de Trillo?

—Tiene una hora para consultar lo que quiera antes de devolverlo a su archivo. El comisario Lamela no suele venir los sábados, pero nunca se sabe.

—Es usted un hada, Ochoa. Muchas gracias.

—Es lo menos. Le debía una.

Mientras la auxiliar usa el teléfono, él se enfrasca en los documentos que tiene delante. Con la primera página habría sido suficiente para salir de dudas. La foto grapada a la ficha refleja un hombre ceñudo, de apariencia ruda y fornida cuyas cejas de dedo y medio de espesor aparentan ser solo una, trazada de lado a lado de la frente. Su estatura, un metro setenta y seis, está por encima de la media nacional, de modo que se ajusta como un guante a la descripción de Andueza. Ya no cabe duda de que Trillo y Fabra fueron los captores y torturadores del escritor. Por lo demás, Santiago Trillo era fontanero de profesión y un par de años mayor que Lombardi. La guerra le sorprendió en su domicilio de Valladolid y se unió a los facciosos; un elemento más de conexión con Fabra,

que estaba allí destinado. Ese mismo año ingresó en la policía franquista, en el denominado Servicio de Información Especial Antimasónico, aunque en otros apuntes se denomina directamente Brigada Antimasónica. En el expediente no se mencionan actuaciones destacadas, aunque es de suponer que esos detalles quedarán al margen de un documento tan accesible para una secretaria.

Las últimas páginas están dedicadas a su asesinato. Las fotos del cadáver en una escalera, a medio camino de dos rellanos; las de la puerta y el pasillo de su casa, reventados; detalles más concretos del escenario del crimen y, finalmente, los datos de la autopsia que revelan su muerte casi instantánea por la explosión. En cuanto al proceso de investigación que cierra el expediente, está prácticamente en blanco, sin mención alguna a diligencias, interrogatorios ni sospechosos. Sí que se completa con una conclusión y dos nombres. La conclusión es que se puede considerar como autores materiales del atentado a dos militantes del Partido Comunista que fueron posteriormente abatidos en un enfrentamiento con miembros de la Social en la provincia de Granada. Y tal conclusión, que permite cerrar el caso, viene avalada por la declaración de un tercero, obtenida año y pico después de los hechos, que apunta directamente a los fallecidos. En el expediente se adjunta la citada declaración, en la que un tal Federico Muelas, que cumple condena en la prisión de Santa Rita, dice haber oído en círculos comunistas que los dos referidos habían elegido a Trillo por su destacada actividad profesional y que ellos mismos se encargaron de colocar la bomba.

Mientras toma nota de los principales datos, Lombardi se felicita por el hallazgo y decide que un nuevo movimiento se hace imprescindible.

Marta Zúñiga vive en un palacete de dos pisos en la calle Velázquez, muy cerca del lugar donde Lombardi permaneció detenido tras la rendición de Madrid como preámbulo de su etapa carcelaria. No es, por lo tanto, un paisaje agradable para él, pero hace de tripas corazón, diciéndose que tendría que borrar medio mapa de la ciudad para ahorrarse malos recuerdos.

Tras un portalón de entrada de carruajes, le atiende un mayordomo uniformado que confirma la presencia de la señora en casa, le invita a pasar a un gran hall de aire dieciochesco y a acomodarse en un butacón de época hasta que ella decida si puede recibirlo. La espera resulta ser más prolongada de lo previsto, y el policía acaba paseando entre muebles, fisgando cuadros, tapices y jarrones en un espacio que deja ver bien a las claras que aquella familia no es de las que suele pasar hambre. Medio aristocrática, la había calificado Torralba; a la vista del recibidor, cabe pensar que la tasación del detective se quedó corta en un cincuenta por ciento.

Casi media hora después de su llegada, Lombardi recibe del mayordomo la noticia de que la señora se digna a concederle unos minutos, y le invita a acompañarlo hasta su presencia. Obediente, sigue sus pasos más allá del hall, hasta una escalera de mármol que conduce al piso superior. Una vez allí, y tras unos toques de nudillo en una puerta, el sirviente abre para dejar paso al visitante y cierra a sus espaldas cuando este entra. Frente al policía se extiende un recibidor que parece una copia en versión reducida del que acaba de dejar abajo. La señora de la casa, que le espera a pie firme en el centro de la estancia, no hace el menor movimiento para acercarse al visitante y aguarda a que este cubra los diez o doce pasos que los separan.

Antes de llegar a la altura del saludo, Lombardi ya se ha hecho una idea bastante completa de la mujer que le espera. Veintisiete años, según la ficha del Pudridero, y de constitución esbelta, Marta Zúñiga viste una blusa de seda de color hueso y un pantalón ancho del mismo tejido y color que resalta el perfil de sus caderas; prenda, esta última, que raramente se vería hoy por la calle, al considerarse impropia de una mujer como Dios manda, y mucho menos con los elevados tacones que completan el conjunto. De su rostro ovalado destacan dos grandes ojos color miel, decididos, chispeantes, y unos labios carnosos coloreados de rojo oscuro; recoge parte de su melena negra con dos pequeños prendedores de plata junto a las sienes que hacen juego con una fina gargantilla. Sin exhibición complementaria de joyería, un discreto maquillaje acentúa, si cabe, su belleza natural. ¿Qué hombre puede abandonar a una mujer así a menos que esté loco o muerto?, se pregunta cuando extiende su mano para estrechar la que se le ofrece.

—Mucho gusto, inspector.

—El gusto es mío, señora. —Corresponde al cálido apretón—. Y muchas gracias por recibirme.

—Espero invitados, así que no perdamos el poco tiempo del que dispongo. Siéntese, por favor, y explíqueme qué interés pueda tener en mí la Brigada Criminal. Estoy sobre ascuas desde que me informaron de su llegada.

Media hora de espera no refleja esa impaciencia que comenta, valora Lombardi mientras ocupa un sillón tapizado de motivos florales, pero no tiene ocasión de responder a la pregunta porque de inmediato suenan unos golpecitos en la puerta y aparece el mayordomo conduciendo una bandeja con ruedas.

—¿Tomará un café?

—Gracias, muy amable.

—Déjelo aquí —dice ella al improvisado camarero—. Yo lo sirvo.

—Solo, por favor, y sin azúcar —informa el policía cuando se le acerca la humeante cafetera de porcelana. De Sagres, probablemente. O de Limoges, quién sabe. Muy cara, en todo caso.

Hechos los honores, con el platillo y su taza en la mano, Marta Zúñiga ocupa un sofá frente al visitante, cruza las piernas y se dispone a escuchar. El gesto sirve para confirmar la sensación que ha impactado en Lombardi desde el momento de entrar allí y descubrirla enfrente, la impresión de encontrarse ante una versión morena y un poco más joven de Erika: similar hermosura, semejantes ademanes, parecido desparpajo… Tiene que hacer un esfuerzo para superar el recuerdo de su ocasional y ausente amante y centrarse en el objetivo.

—Mi visita tiene que ver con su difunto marido, señora.

—¿Con Emilio? A buenas horas, mangas verdes.

—Ya sé que ha encargado usted a la agencia Hermes una investigación al respecto.

—Eso es un asunto privado, inspector, en el que la policía no debería meter la nariz.

—Créame que hoy en día cualquier asunto privado es de sumo interés para la policía —responde él con una sonrisa indulgente—. Aunque, una vez aclarado esto, no podemos decir que yo meta la nariz en los suyos, exactamente. Trabajé en Hermes tiempo atrás. Conozco a don Isidro Ortega y a toda su plantilla. Da la casualidad de que investigo otros casos similares y hemos decidido colaborar. Cuatro ojos suelen ver más que dos.

—¿Y qué tengo que ver yo con sus casos?

—Tal vez pueda ayudarme. ¿Le importaría echar un vistazo a unas fotos?

Ella se encoge de hombros. Lombardi se incorpora para entregarle las tres fotografías y regresa de inmediato a su asiento; para observar con detalle sus reacciones y para degustar un café sublime, inaccesible para la mayoría de los siervos del invicto Caudillo.

—No conozco a ninguno —dice, concluyente, después de repasar un par de veces los retratos.

—¿Tampoco le suenan estos nombres? Valerio Collazo —pronuncia pausadamente—, José Irujo, Ángel Jiménez…

—Pues no, la verdad.

—¿Y Fermín Toledo?

—Tampoco. ¿Qué tienen que ver con Emilio?

—Es uno de los aspectos que investigamos. Como él, murieron o desaparecieron en la batalla de Belchite. Si pudiéramos establecer alguna relación entre ellos, por mínima que fuera, se nos abrirían nuevos caminos.

—Pero Emilio no desapareció en Belchite, inspector —objeta ella, tajante—. Si su relación con Hermes es tan estrecha como dice, debería saber que hay serias dudas al respecto.

—Desde luego que lo sé. Son esas dudas las que la han llevado a usted a pedir la intervención de la agencia.

—El comisario Ortega es un viejo amigo de mi padre, desde que estaba en activo. Sabía que había montado una agencia al jubilarse, y me pareció el modo más discreto de despejar esas dudas que dice.

—Sí, muy sensato. Aunque, francamente…

Ahora es ella quien se incorpora, para devolver las fotografías a su dueño y para abrir una pequeña pitillera dorada que guardaba en el bolsillo de su pantalón.

—¿Fuma?

—Gracias. Fumaré del mío, si no le importa.

Lombardi se levanta para encender el pitillo rubio que ella sujeta entre los labios. En los segundos que se encuentran frente a frente, a la distancia de medio brazo, bajo el tembloroso centelleo del fósforo, ambos se sostienen la mirada. Y la de ella se mantiene, escrutadora, mientras el policía prende su Ideales.

—Le pareceré una descarada —dice entre humo, apoyada en una bonita sonrisa—, pero es que hace mucho tiempo que no estoy junto a un hombre tan alto. Emilio tenía más o menos su talla, ¿sabe? Era más joven que usted y no se le parecía, y tampoco tenía cicatrices, como la suya de la ceja. No se parecen, pero después de tanto tiempo he tenido la sensación de haber recuperado su compañía durante unos instantes.

—Qué curioso. También usted me recuerda mucho a alguien.

—¿Alguien cercano?

—Ahora mismo, más bien lejano.

Ella se sienta y da un par de caladas consecutivas.

—A veces hay casualidades, ¿no? La vida es caprichosa.

—No suelo creer en las casualidades, pero coincidimos en lo voluble

de la vida —comenta él mientras recupera su sitio—. Dígame, señora Zúñiga, ¿por qué remover el pasado, para qué gastarse un dineral? Lo más lógico es que su esposo muriera en Belchite.

—Hay quien dice lo contrario. Y necesito saberlo con seguridad. No es fácil hacer planes desde la duda de si soy viuda o no lo soy.

—Planes de boda, supongo.

Ella asiente con un gracioso fruncimiento de hombros.

—Pues enhorabuena —augura él—, y felicite de mi parte a su prometido por la elección que ha hecho. Es un hombre de suerte.

—Y usted muy galante, inspector, pero no existe esa figura que menciona. De momento, tan solo es una posibilidad.

Lombardi está a punto de decirle que no será por falta de pretendientes, pero ya ha cubierto su cupo de cumplidos y se muerde la lengua.

—He observado que no lleva usted alianza —apunta—; no es obligatorio, claro, pero muchas viudas la mantienen como recuerdo, a menos que vuelvan a contraer matrimonio.

—Muy observador. Si nos hubiéramos conocido hace unos meses la habría visto usted en mi dedo. Y le aseguro que la llevaba con orgullo.

—Hasta que le llegó ese soplo sobre la presunta supervivencia de Emilio. —Ella corrobora la frase con un gesto—. ¿Es fiable su fuente?

—Absolutamente.

—Supongo que no tendré mucho éxito si le pido que me la revele.

—Y supone bien.

—Seguro que tiene sus buenos motivos para preservar ese anonimato, pero le ruego que entienda que hablar con esa persona podría ser decisivo. Comprobaríamos si hay pruebas de su

afirmación, si es un testimonio fiable o no. Y con ello dejar resuelto el asunto.

—Absolutamente fiable, créame.

Además de hermosa y desinhibida, terca como una mula, concluye Lombardi. A veces, para alcanzar el objetivo es preciso dar rodeos, cambiar el enfoque y el peso de las preguntas. Y con Marta Zúñiga, una mujer directa y sin pelos en la lengua, no funciona lo de ir de pedigüeño.

—En fin, ya que se cierra en banda, hablemos de Emilio —sugiere —. ¿Cómo se conocieron?

Tras un suspiro, ella apaga su pitillo e intenta satisfacer la curiosidad del interrogador. Dos jóvenes universitarios: ella estudiante de Filosofía y Letras, él de Medicina. Se encuentran, se gustan, inician un noviazgo y, finalmente, se casan.

—Tan simple como eso, inspector. ¿Cree usted en el flechazo?

Él cabecea, dubitativo.

—Sí, desde luego que creo —admite por fin—. Aunque con algunos matices.

—Pues eso fue lo nuestro, sin más matices. Me casé a los veinte; un año después la guerra nos separó y no volví a verlo. Al principio fue terrible, como comprenderá, aunque ahora, casi seis años después, no me considero una víctima elegida y especialmente maltratada por el destino. Supongo que hay centenares, miles de mujeres que han sufrido la misma experiencia.

—Claro que las hay, por desgracia. ¿Le escribía a usted desde el frente?

—Cada dos o tres días.

—¿Se podría deducir de esas cartas alguna preocupación en él que se saliera de lo corriente?

—Ninguna en absoluto. Eran cartas de amor, ya imaginará su

contenido. Y tampoco parecía temer demasiado a la guerra. Por lo que cuentan, esta se les vino encima de repente, y a partir de ahí se acabaron las cartas. Tenía una docena de ellas que guardaba con fervor. Las quemé el mismo día que tiré la alianza —asegura con un leve apunte de sarcasmo.

—Pero señora Zúñiga… —alega él, sorprendido por la virulencia de la última frase—. Imagine por un momento que ese testimonio al que usted se aferra para creer que Emilio sobrevivió a la batalla sea falso. O que sea cierto, pero que solo lo fuera durante unas semanas, unos meses. Ni siquiera sabemos en qué condiciones. ¿No estaría juzgándolo con demasiada dureza?

—¿Ha venido aquí como policía o como cura?

Algo no va bien, se dice Lombardi: es la segunda vez en pocos días que le reprochan algo parecido.

—Mis disculpas, no pretendía juzgarla —dice, aplastando su colilla en el cenicero que comparten—. ¿Vive sola aquí?

—Desde que mi padre murió en enero.

—Mis condolencias, entonces. No lo sabía.

—Ni mi aspecto hace sospecharlo, ¿verdad?

—Pues no, francamente —responde él, un tanto desconcertado.

—¿Le escandaliza que no vista luto, como haría una buena hija? —pregunta con un punto de acidez—. Ya lo hago fuera, por el qué dirán; en casa es otra cosa. Estoy harta de lutos, ¿sabe? Por Emilio lo llevé tres años, hasta el cuarenta. Se solapó con el de mi madre, que falleció al final de la guerra. Y ahora, mi padre. Desde los veintiuno soy una mujer sucesivamente enlutada. No es una situación precisamente divertida, ni creo que se me pueda reprochar que en la intimidad quiera verme como soy, o como me gusta ser. —La anfitriona mira su reloj de pulsera—. Aproveche para sus últimas preguntas, que se nos acaba el tiempo.

—Muy amable. Dos o tres detalles más y la dejo en paz. Cuando dije que la Criminal investigaba la desaparición de Emilio, me respondió

que a buenas horas mangas verdes, lo que me hace pensar que la policía nunca se interesó por el caso.

—Jamás. ¿Por qué cree que busqué una agencia? Si no movieron un dedo en su momento, ¿por qué iban a hacerlo ahora? Tampoco me extraña, ¿eh? Si tuvieran que investigar todos los casos parecidos…

—Me sorprende lo que dice, porque según mis noticias esa investigación se llevó a cabo hace un par de años.

—Pues se habrá enterado usted —alega ella con un punto de estupor—; a mí no me comunicaron nada.

—Imagino que porque no había nada que comunicar, excepto el fracaso.

—Al menos, podrían haberme informado de que lo intentaban.

—Sí, habría sido deseable —asume el policía—, aunque quizá no quisieron crearle falsas esperanzas. ¿Conoce usted al inspector Fabra? Aurelio Fabra.

—De nada. ¿Por qué?

—Porque él dice conocerla a usted. Y que también conocía a su padre, y a Emilio. De hecho, fue él quien abrió el caso movido por esa relación.

—Me deja usted de piedra, inspector.

—Le doy más datos, a ver si logra localizarlo en su memoria. Al parecer, coincidió con ustedes en Salamanca. Es un tipo bajito, de cabeza tirando a grande, voz atiplada y un poco… —Lombardi dibuja un gesto inequívoco con la mano.

—¿Mariquita? —ríe ella.

—No me atrevo a tanto. Digamos que amanerado.

—Me parece que ya sé a quién se refiere —admite tras un reflexivo silencio—. Había un hombre así en Salamanca. Conocido de mi padre, no sé si amigo. Yo le vi dos o tres veces y apenas cruzamos

palabra.

—Y Emilio, ¿también lo conocía?

—No sabría decirle, pero supongo que lo mismo que yo. Mi padre tenía buenas relaciones allí, y en alguna ocasión coincidíamos con ellas. Amigo nuestro no era, desde luego; en todo caso lo sería de mi padre. De hecho, ni siquiera sabía su nombre.

—Eso explicaría el interés de Fabra —zanja él para cambiar de tema —. Respecto a Emilio, ¿pertenecía a algún partido político, sindicato, sociedad civil o religiosa? No sé, la Acción Católica, la Masonería, la Confederación Nacional del Trabajo… Cosas así.

—¡Qué ideas se le ocurren! —ríe ella con una carcajada sincera—. En absoluto. Emilio era apolítico.

«Apolítico» es un término bajo el que se suelen definir muchos conservadores de corazón, pero no merece la pena abrir debate al respecto.

—¿Socio de algún club deportivo, recreativo o filosófico? —insiste —. Para eso no hace falta inclinarse política o religiosamente.

—Tampoco. Ni él ni yo nos preocupábamos de la política ni nos bañábamos en agua bendita. Yo nunca he sido una meapilas, y Emilio era más bien indiferente en ese aspecto.

—Comprendo.

—Él vivía solo para su carrera —matiza Marta Zúñiga—. Piense que no tenía la vida resuelta, como la teníamos otros estudiantes. Y trabajaba duro para conseguirlo. No tenía posibilidad de dedicar su esfuerzo a otras actividades. Solo su carrera.

—Su carrera, y usted.

—Así era su vida: su carrera, su trabajo y yo. Sin tiempo para más.

—Disculpe si mi última pregunta le resulta inoportuna. Siendo Emilio de origen tan humilde, ¿cómo es que su aventura amorosa terminó en boda?

Ella se toma unos segundos para responder. En el brillo de sus ojos, en el leve repliegue de sus labios se adivina una pugna entre mostrarse educada o mandar a hacer puñetas al metomentodo que tiene enfrente.

—El flechazo, inspector —dice por fin—. Aunque ya me ha dicho que no cree en esas cosas.

—Le dije que sí creo, pero con matices. Una cosa es un flechazo y otra muy distinta una boda, sobre todo una tan dispar. —El policía se incorpora para irse—. Ha sido usted muy amable, señora Zúñiga. Muchas gracias por su tiempo.

—Lo acompaño —dice ella, levantándose—. Espero haberle servido de ayuda.

—No mucho, la verdad. Aunque a veces los silencios son más explícitos que un discurso.

—Usted tampoco es un libro abierto, precisamente —le reprocha sin aspereza.

—Deformación profesional, supongo.

Se estrechan la mano en la puerta del recibidor. Él aprovecha para entregarle una tarjeta particular.

—Por si de repente recordara algo que ha olvidado contarme.

—Me temo que he sido todo lo sincera que puedo ser.

—Nunca se sabe. ¡Ah! Y un pequeño detalle que quiero compartir con usted y le ruego mantenga en la más estricta reserva porque forma parte esencial de la investigación. Esté vivo o esté muerto, su marido es cómplice o autor directo de un homicidio. —Lombardi sostiene durante unos segundos la mirada atónita de la mujer—. ¿No le pica la curiosidad de saber más? Es una pena, pero ni usted ni yo disponemos ahora de tiempo suficiente para tan interesante charla.

Los domingos son una estupenda invención social que permite, entre otras cosas, remolonear en la cama y desayunar sin prisas; a menos que estés desempleado, claro, y todas las jornadas resulten tristemente iguales. Y esta precisamente ha sido la situación de Lombardi en los últimos dos meses, de modo que hoy ha recuperado el viejo placer de los días de asueto.

Con el ABC bajo el brazo sube a la camioneta que lleva a los Carabancheles y se acomoda en un asiento dispuesto a soportar el pestazo de gasógeno que le acompañará durante los próximos tres cuartos de hora. El diario es, como viene sucediendo desde que acabó la guerra, una buena dosis de jabón para Su Excelencia el Generalísimo; una hagiografía similar a cuanto se publica en el país, cuyas únicas variaciones son los calificativos aplicados, y no hay tantos en la lengua castellana como para resultar original. Franco está de gira andaluza, y tanto los titulares como su contenido son de vergüenza ajena, porque ni siquiera los viejos israelitas alabaron a su Yavé con tanto fanatismo.

Lombardi pasa las veinte primeras páginas sin excesiva atención, hasta llegar a lo que realmente le interesa: el curso de la guerra contra el fascismo. Curiosamente, desde que los acontecimientos son netamente desfavorables al Eje, ese tipo de noticias han pasado por lo general a segundo plano. No hay que leer demasiado entre líneas para saber que Túnez y Bizerta han caído en poder de los aliados y que Sicilia, por lo tanto, les queda a tiro de piedra, en tanto Mussolini llora la pérdida de los últimos palmos de tierra de su pretendido imperio africano. Buenas noticias para cualquier demócrata, que la prensa española disfraza con eufemismos relativos al valor y la resistencia heroica de unos defensores germano-italianos que en realidad solo están ganando tiempo, a costa de mucha sangre, frente a una derrota cantada.

En cuanto al frente ruso, casi parece no existir, al menos en lo relativo a Leningrado, que es donde opera la División Azul. Las noticias sobre los españoles con uniforme alemán se han ido convirtiendo poco a poco en esporádicos sueltos necrológicos entre la maraña noticiosa de segunda categoría. Y no es que los periodistas o sus censores hayan cambiado tanto en tan breve tiempo y quieran ahora esconder ciertas vergüenzas del Régimen; la

culpa de esta paulatina mudanza la tienen las presiones diplomáticas aliadas y su amenaza de bloqueo en alta mar a los mercantes que navegan hacia puertos españoles: sin las importaciones de gasolina, carne o trigo, Franco no aguantaría en la poltrona. No sería una mala forma de echar al dictador sin necesidad de una invasión, piensa Lombardi, porque Alemania e Italia no están en condiciones de prestar ayuda a su compinche. De suceder así, seguro que los generalotes pagados por Su Majestad Británica se proclamarían nuevos adalides contra el hambre, el desempleo y el desorden social consiguiente. Para traer un nuevo rey, por supuesto, que apostaría a caballo ganador en el contexto internacional. Para eso hicieron una guerra contra su propio pueblo: para arrebatarle su derecho a vivir sin tiranos, y no van a renunciar a su propósito a estas alturas.

Pero todo esto solo es ficción, se dice el policía, abandonando el periódico sobre al asiento vacío a su lado. Quién sabe lo que traerá el futuro. Son asuntos que no están en su mano, y él debe aferrarse al presente. Un presente que se llama Emilio Fuentes. Y Collazo, y Jiménez e Irujo, por supuesto, pero Fuentes parece adquirir últimamente cierta preponderancia en esa relación de nombres. Tal vez por el hecho de haber conocido a su viuda, una mujer más que interesante e impermeable a ciertas preguntas; detalle este que acrecienta si cabe su interés. Solo la experiencia le permitió salir airoso de la entrevista con ella y mantener en sus manos las riendas del asunto, porque tuvo la habilidad de sembrar en Marta Zúñiga la intriga necesaria en el momento oportuno. Una intriga que la obligará a llamarlo: tarde o temprano llamará, si es que no le falla su olfato sobre la condición humana. Y lo que pase a partir de ahí también forma parte, de momento, del mundo de la imaginación.

El reformatorio de Santa Rita fue inaugurado por frailes terciarios capuchinos a finales del XIX. Un lugar para jóvenes viciosos y vagabundos, tal y como figuraba en la declaración de intenciones de la institución, aunque terminó siendo centro de internado para los hijos díscolos de la alta burguesía madrileña, que pagaba muy bien por tenerlos lejos de casa. Cuando comenzó la guerra se convirtió en cuartel provisional de la Guardia Civil, y después en checa hasta que lo tomaron los facciosos. Ahora encierra entre sus muros más de dos mil presos políticos apiñados y tratados como cucarachas. En

ese añoso caserón de ladrillo sucio pasó Lombardi su primera etapa de presidio como antesala de los barracones de Cuelgamuros. Aún hoy podría cubrir de memoria, con los ojos cerrados, el camino hasta las obras de la nueva cárcel, un enorme solar entonces, más allá del campo de La Mina del Club Deportivo Carabanchel; porque allí, entre el estadio de fútbol más antiguo de la provincia y el cementerio de Carabanchel Bajo, la dictadura levanta sus nuevas rejas. Las largas filas de presos destino al tajo se han convertido en paisaje cotidiano para los vecinos, y durante los primeros meses él formó parte del patético desfile de ida y vuelta entre Santa Rita y las obras de cimentación de la futura penitenciaría.

Después de casi dos años, cruzar ese umbral protegido por el poder de una placa de la DGS le provoca una sensación muy extraña. Frena un primer impulso de revancha, más de justicia poética que otra cosa, frente a los funcionarios que lo conocen. Sin comentarios ni saludos especiales, se limita a cumplir el protocolo burocrático para interrogar a un recluso y aguarda en una antesala a que la gestión fructifique. La misma humedad, el mismo olor a cocina rancia y a cloaca putrefacta de entonces: son elementos privativos del lugar, forman parte esencial de sus paredes, quién sabe si desde la época de los frailes.

Por fin, un funcionario lo acompaña a una sala en el primer piso, donde le deja a solas. Una ventana enrejada sobre el patio proporciona la luz natural de un día radiante, de esos que acentúan si cabe la maldición de estar preso. En el centro hay una pequeña mesa con dos sillas enfrentadas como único mobiliario. Lombardi ocupa la del fondo, que permite ver la entrada, y espera paciente a su hombre.

Manolo Battiato es de abuelo italiano, aunque él se declara tan castizo como el barrio de Lavapiés, igual que lo había sido su padre. La procedencia común de sus apellidos les hizo entablar contacto, y ambos cultivaron una especie de simpatía mutua durante el tiempo que compartieron en Santa Rita. Battiato es un declarado comunista, y cumple más de veinte años de condena frente a los doce que le cayeron a Lombardi. Ahora, al verle entrar maniatado, con barba de tres o cuatro días y las primeras canas en sus sienes, al policía le cuesta creer que solo sea tres o cuatro años mayor que él.

—Quítele las esposas —dice al funcionario antes de que el preso llegue hasta la mesa. Obedecida la orden, y mientras Battiato asienta su fibrosa delgadez sobre la silla, aquel se aposta en pie junto a la puerta en una vigilancia relativamente relajada.

—Vaya, vaya, vaya… —susurra el recluso clavando sus ojos negros en los del visitante—. Nuestro amigo el lombardito. Quién lo iba a decir.

—Es verdad, siciliano —asume él de buena gana los apodos amistosos con que se trataban, y en similar volumen de voz para evitar ser entendido por el vigilante—. Ni yo mismo me habría imaginado entonces una escena como esta.

—¿Te has pasado a los fascistas, so cabrón?

—No exactamente. Un indulto mientras estaba en Cuelgamuros, por resumir.

—Claro, como eras un burguesote de Izquierda Republicana… Dentro ya solo quedamos los rojos de verdad.

—No sois los únicos, por desgracia. Demasiados, en todo caso. Y ya sabes que nunca me interesaron esos debates sobre ortodoxias ideológicas.

—Es broma, hombre. Me alegro de que estés bien, de verdad.

—Y tú, ¿cómo vas?

—Sobreviviendo —asume el preso alzando los hombros—. Otros no pueden presumir de lo mismo. Todavía siguen sacando gente al amanecer.

La mención a las ejecuciones ensombrece el rostro de Lombardi. No es fácil liberarse de ese soterrado complejo de culpa por seguir vivo mientras tantos otros caen.

—Y estos —dice el policía, señalando con la mirada al funcionario —, ¿siguen tan cabrones como entonces?

—¿Para qué cambiar cuando te va cojonudamente? Igual o peor.

Tienen prisa por acabar la nueva cárcel y aprietan. He oído que quieren inaugurarla el año que viene. Seguro que a los veteranos que nos la hemos trajinado desde el principio nos dejan elegir una celda bien soleadita —ironiza con una sonrisa ladeada—. ¿Tú qué crees?

—Me temo que no caerá esa breva, Manolo. Pero por lo menos no olerán a rata muerta como estas. Y es de esperar que haya catres para todos.

Previo aviso gestual al funcionario, que se encoge de hombros, el policía ofrece un pitillo al preso.

—Ya no gasto. Algo bueno tendría que tener no poder ir al estanco —bromea Battiato, aunque enseguida se arrepiente—. Pero dámelo, sí, que se lo pasaré a algún compañero. Aquí no es fácil conseguirlo.

—Pues llévate alguno más, hombre.

Lombardi aparta un par de cigarros y le entrega la cajetilla con la aquiescencia del vigilante. El preso se la guarda en un bolsillo de la camisa bajo su harapiento jersey de lana gris.

—Gracias, lo repartiré entre varios —anuncia—, aunque ahorraré darles detalles. Si se enteran de que me los ha dado un polizonte lo mismo los tiran. Porque lo cierto es que te has presentado aquí como poli.

—Ya lo era cuando me encerraron —responde él, encendiendo el cigarro. Recorre con la vista los alrededores buscando en vano algo parecido a un cenicero. Por fin, deja la cerilla apagada sobre la mesa—. Y he vuelto a la Criminal.

—De la policía fascista, en cualquier caso. Supongo que no has venido a saludar, precisamente. ¿Debo entender esta charla como un interrogatorio? Así me lo han hecho saber al traerme aquí. Y también imagino que debe ser urgente si pierdes un domingo conmigo.

Lombardi acepta con calma el reproche de Battiato, porque ya se lo ha dirigido a sí mismo un montón de veces en los últimos dos

meses. Un reproche acallado por la esperanza de ser lo suficientemente fuerte como para caminar descalzo sobre las brasas que le rodean sin acabar chamuscado.

—Nada de interrogatorios —rechaza él con un gesto taxativo de la mano que hace caer sobre la mesa la primera ceniza del pitillo—. He venido a pedirte ayuda.

—¿Y en qué va ayudarte un preso de Santa Rita? Aquí no hay delincuentes comunes, que es lo que a ti debería interesarte. ¿O es que también los de la Criminal estáis a las órdenes de la Social?

—No me jodas, siciliano, que yo no toco asuntos políticos a menos que haya muertos. Ni los tocaba antes ni pienso hacerlo ahora.

—Yo que tú no pondría la mano sobre el fuego respecto a eso.

—La mano, y el brazo entero si hace falta. Nunca perseguiré a nadie por su forma de pensar.

—Muy seguro te veo —desconfía Battiato con una mueca—. Ojalá no te enfrentes a la ocasión de demostrarlo.

—¿Crees que estuve aquí por casualidad, y luego en Cuelgamuros? Podemos no compartir nuestros ideales de sociedad, pero ambos coincidimos en el respeto que un hombre debe tenerse a sí mismo. ¿O no?

—Claro que sí, lombardito —acepta el preso con una risotada reprimida—. Jodidos, pero dignos. El lema de millones de españoles. Y escrito en el fondo del corazón, para que ningún fascista lo lea y te ponga a prueba. A ver, desembucha de una vez y dime qué pintamos aquí sentados mirándonos la jeta.

—¿Conoces a Federico Muelas?

Battiato hace un gesto de sorpresa. Se rasca la nariz, meditabundo, antes de responder.

—Sí, un chavalín de unos veinte años —admite—. Universitario. Lleva aquí seis o siete meses. Al pobre lo pillaron con propaganda. Tuvo suerte y solo le cayeron tres años. ¿Por qué me lo preguntas?

—Necesito hablar con él.

—Pues solo tienes que pedirlo, como has hecho conmigo. Negarse a un interrogatorio no es uno de nuestros privilegios, precisamente. Tú deberías saberlo bien.

Lombardi apaga el cigarro en el suelo; después, en un repentino arrebato de pulcritud, recoge la colilla y la deposita en la mesa junto a la cerilla y los restos de ceniza.

—Claro que puedo —admite—, pero no quiero que me vea como un policía fascista.

—¿Y acaso no lo eres?

—Pertenecer a la policía fascista no significa necesariamente ser un policía fascista —se defiende—. Del mismo modo que ser un preso político no te convierte automáticamente en comunista.

—Bonito juego de palabras para evadir los hechos, lombardito. Ahí entraríamos en un interesante debate teórico, en discernir hasta qué punto el mero hecho de llevar esa placa significa defender intereses contrarios al proletariado y a la lucha de clases. Toda policía es ideológica, más allá de su cometido formal.

—No empecemos…

—¿Por qué no? Es la burguesía quien dicta las leyes, establece las normas éticas y determina qué comportamientos son adecuados o antisociales. La burguesía legisla contra el pueblo y encarga a la policía mantener su orden.

—Comparto buena parte de tus argumentos, pero siempre he sido un representante muy simplón de esas leyes, porque me traen al fresco la mayoría de las normas; solo soy un criminalista. Y coincidirás conmigo en que la ética proletaria también condena el crimen.

—Sí, de forma genérica —admite el preso—; aunque no considera asesinato la eliminación producida en defensa de la dignidad humana. Vamos, que hay gentuza que merece lo que le pase y más.

—Esa discusión nos llevaría mucho tiempo, y de momento no estoy dispuesto a alojarme de nuevo en Santa Rita para mantenerla —bromea el inspector—. Además, creo recordar que ya lo debatimos tiempo atrás con resultado de combate nulo.

—¿Nulo? —ríe Battiato—. Tú sí que eres nulo. Te lo gané por KO, y hay testigos de lo que digo.

—Venga, Manolo. Hazme el favor que te estoy pidiendo.

—No me has pedido nada, que yo sepa.

—Habla con el chico, explícale quién soy y que no escondo malas intenciones. Supongo que en el patio tendrás ocasión de hacerlo.

—Que te lo ablande, quieres decir.

—Llámalo como quieras.

El recluso dedica una mirada recelosa al policía. Solo unos segundos, hasta verbalizar sus dudas.

—¿Con qué objetivo?

—Prefiero no adelantártelo, si no te importa.

—Táctica militar, ¿no? Quieres tomar por sorpresa al enemigo.

—Pretendo que se sincere, perverso siciliano. Y si me viene maleado va a ser un poco difícil conseguirlo. No tengo intención de sonsacarle nada que le comprometa ni comprometa a otros. Díselo así, y que si se niega a responder no va a haber consecuencias para él. Solo quiero que me confirme un detalle.

—Dime al menos qué narices estás investigando. Por tranquilizarlo en ese sentido, más que nada.

Lombardi duda unos instantes. Pero algo tiene que ofrecer a cambio de lo que pide.

—Unas desapariciones durante la guerra, muy lejos de Madrid —confiesa al fin—. Nada que pueda involucrarlo ni que tenga que ver

con su condena.

—Quien no te conozca, te compre, chato. Eres bien cerradito, ¿eh?

—Y tú un buen amigo, Manolo. Salgo de viaje esta noche. Puedo volver dentro de dos o tres días. ¿Crees que es tiempo suficiente para que le hables de mí y le expliques que no tiene nada que temer?

—Yo le explico lo que sea, con mucho gusto. De su reacción, naturalmente, no respondo.

—Gracias, de eso ya me encargo yo.

Hace casi diez años que Lombardi no pisa Valencia. La última vez fue con Begoña, durante un par de días y como escala necesaria hacia su luna de miel balear. Previamente, en junio de 1931, había visitado la ciudad con motivo del mitin de Manuel Azaña en la plaza de toros, esa misma que se alza a su derecha nada más salir de la estación. La última visita estaba matizada por los vapores euforizantes de un amor recién estrenado; la primera por algo parecido, como era la confianza en un hombre que prometía hacer de España una nación moderna o, al menos, sacarla del oscuro feudalismo clerical en que a lo largo de los siglos la había mantenido una monarquía putrefacta. Ambas esperanzas resultaron finalmente fallidas, y ahora, en su tercera aparición en la capital levantina, su único propósito es no hacerse ilusiones.

Dormir mientras viajas o, más exactamente, viajar mientras duermes tiene la gran ventaja de llegar medianamente fresco y evitar una buena tortícolis. Aun así, no ha dormido demasiado, dándole vueltas a sus especulaciones y de forma muy particular a la llamada de Marta Zúñiga. Porque, efectivamente, la viuda de Fuentes llamó a última hora de la tarde del domingo interesada en una nueva entrevista. Su curiosidad había resistido apenas veinticuatro horas. Cuando Lombardi descolgó el teléfono de casa todavía tenía por delante un par de horas antes de tomar su tren, pero prefirió utilizar el viaje como excusa y comprometerse a llamarla en cuanto volviera a Madrid. Tampoco piensa cumplir su

promesa al pie de letra, porque para ablandar su dureza nada mejor que dejarla cocer en su propio jugo, y la señora Zúñiga se va a quedar sin uñas hasta tenerla a punto de confesión.

La dirección que ofrece al taxista, la comisaría del puerto, parece un sortilegio, porque la facundia inicial del conductor al recibirlo en su coche se transforma de inmediato en un serio mutismo durante el resto del viaje. Parece que allí, como en Madrid, la simple mención al cuerpo de policía provoca un prudente distanciamiento en el personal. Tras cruzar el Turia y un viaje rápido a través de una larga avenida, se dibuja enfrente el color azul del Mediterráneo, matizado por humeantes chimeneas de buques e instalaciones industriales.

El taxi frena a pocos metros del agua, ante un bonito edificio de dos plantas y estructura rectangular con toques barrocos y neoclásicos coronado por una mansarda medio destrozada, probablemente por los bombardeos de la guerra. La alta torre con reloj que se eleva en una de las esquinas parece haberse mantenido milagrosamente a salvo, porque no muestra rastros de rehabilitación. En la balconada sobre la entrada principal, la bandera del Nuevo Estado se estremece ligeramente con la brisa marina.

Lombardi se dirige al guardia de la Policía Armada que custodia la puerta y se identifica ante él para cumplimentar las instrucciones recibidas de Balbino Ulloa tras sus gestiones ante la Jefatura Superior de Valencia. El gris le da vía libre a través de un pasillo hacia una mesa ocupada por un segundo guardia que ejerce de cancerbero de la comisaría propiamente dicha. Cuando el recién llegado muestra su placa, el vigilante se incorpora y ensaya un saludo en la visera de su gorra.

—Creo que me esperan —agrega él.

—¿El señor comisario?

—Pues no lo sé, la verdad. Mis órdenes son presentarme aquí, pero no me dijeron a quién.

—Aguarde un momento, inspector, que voy a consultarlo —alega el gris con un nuevo toque de índice en su gorra antes de desaparecer

tras la puerta.

La espera no llega al minuto. Un joven de veintitantos años, estatura media y ondulado pelo moreno peinado hacia atrás sale delante del guardia con una sonrisa radiante bajo el bigote.

—¿Inspector Lombardi? —saluda extendiendo su mano, y se presenta mientras estrecha la del visitante—. Agente de tercera Serafín Mielgo, un placer saludarlo. El comisario está fuera en este momento, pero me encargó esta mañana que le sirva de escudero para lo que necesite.

—Muy amable. Lo único que necesito es que me indique cómo llegar a esta dirección. Podría habérsela dado al taxista, pero en Madrid me dijeron que pasara antes por aquí. Siento las molestias.

Mielgo observa un momento el papel que le ha mostrado Lombardi.

—Claro, es que está aquí al lado, en el Cabañal. Y no es molestia ninguna. Vamos allá.

Ya en la calle, tras una veintena de pasos, el inspector se gira para contemplar con mejor perspectiva el edificio que acaban de dejar atrás.

—Vaya sitio elegante para trabajar, ¿eh? —valora sinceramente—. No sabía que fuera una comisaría.

—En realidad es la estación marítima y pertenece a la autoridad portuaria, pero parte de sus instalaciones se aprovechan como comisaría del Grao desde hace más de diez años. ¿Es la primera vez que viene a Valencia?

—No, ya estuve antes un par de veces —comenta, reanudando el paso—, y en una de ellas vine hasta el puerto para embarcar y desembarcar luego a la vuelta de Palma. Ya me llamó la atención entonces ese edificio, aunque su techo no estaba tan deteriorado.

—La aviación italiana zurró de lo lindo por aquí. Fíjese en los tinglados.

El agente señala hacia media docena de grandes almacenes junto a

la vía férrea que recorre el territorio portuario. Alguno de ellos queda en pie, aunque la mayoría están severamente castigados por las bombas; cuadrillas de obreros afrontan con calma los trabajos de reconstrucción en los menos dañados.

—Y usted, Mielgo, ¿lleva mucho por aquí? Porque no tiene acento valenciano.

—Me mandaron desde Madrid en enero como agente en prácticas. El mes pasado aprobé la oposición y estoy a la espera del nombramiento oficial.

—Enhorabuena. Esa confianza en usted significa que tiene buen expediente académico.

—O que el Cuerpo anda muy necesitado —replica el aludido con una risilla—. Por cierto, que a usted lo conozco, ¿sabe, inspector? Asistí a su conferencia en la Escuela de Policía, el pasado noviembre.

—¡Ah, vaya! Formaba usted parte de aquellos sufridores.

—Nada de sufridores. Fue la mar de interesante, se lo aseguro. Me llamó mucho la atención su idea de la telaraña.

—Es un símil comprensible para todo el mundo —argumenta Lombardi—. Considerar el escenario criminal, incluso a la propia víctima, como centro de una tela de araña. Todos los hilos conducen al centro, o parten de él, que es otra forma de mirarlo, de modo que hay que extender la investigación por cada uno de los radios para contemplar la trama completa.

—Muy ilustrativo.

—Esa es la teoría, claro; lo malo es que no siempre se encuentran todos los hilos o, al menos, el hilo decisivo. Las cosas raramente salen como uno espera, aunque a veces encuentras luz en el lado más oscuro de la calle. En resumen: nunca hay que despreciar una posible pista.

—Siempre se aprende escuchando a los veteranos. ¿Ha vuelto por la Escuela?

—Sí. En febrero di otra charla. ¿Qué tal su trabajo aquí?

—Llevadero; por lo general, con asuntos de trámite. Aunque hoy habrá lío, seguro.

—¿Y eso?

—Esta tarde llega un carguero noruego. Y esa gente acaba hasta con el alcohol de las farmacias. Tendremos una noche complicada.

Caminan por un barrio modesto de trazado reticular paralelo a la costa, de casas con una o dos alturas y calzadas en su mayoría sin empedrar. A pesar de su sencillez, algunos de los edificios adornan sus fachadas con coloridos trabajos de cerámica que proporcionan a ciertos tramos de sus calles una personalidad simpática. Los efectos de la guerra todavía son muy visibles por allí, con manzanas medio derrumbadas o calcinadas, solares con restos de escombros, tejados desnudos y brechas o agujeros en el suelo que en algunos tramos imposibilitan el paso de vehículos. Al margen de los carruajes de tracción animal que de tanto en tanto aparecen, hay pocos transeúntes, y los que circulan caminan cabizbajos, como si se negaran a contemplar el paisaje desolado en que se ha convertido su barrio o temieran ser observados a cara descubierta. Huele a miedo.

—¿Esto es el Cabañal?

—Sí, señor —informa Mielgo—. Un barrio humilde, con muchos pescadores. Antaño, las casas eran barracas, las típicas cabañas regionales. Todavía quedan algunas. Por eso se llama así. La parte que está más cerca del puerto la llaman Cañamelar.

—No imaginaba que Valencia hubiera sufrido tantos bombardeos.

—En la ciudad todavía queda alguna ruina, pero los graueros y sus vecinos sufrieron tanto o más que los valencianos, por eso del puerto.

—¿Graueros?

—Así se llaman los del Grao y sus alrededores. O Grau, como dicen otros. Y no se le ocurra llamarlos valencianos, que se ofenden. ¿Es

usted aficionado al fútbol?

—Poco —admite él con gesto sorprendido.

—No hace falta para entenderlo. El Levante es el equipo del Grao y los poblados marítimos; el Valencia, el de la ciudad y el interior. Uno pobre, el otro rico. Son rivales irreconciliables.

—Comprendo.

Frente a ellos, tras una esquina, aparece una mujer de oscuro, cincuentona, que al observar la presencia de los policías cambia de acera con paso calmo e indeciso.

—¡Párate ahí, Amparo! —grita el agente—. Un momento, inspector…

Mielgo cruza la calzada. Lombardi sigue sus pasos esquivando baches.

—¿De paseo? —dice el agente cuando llegan a la altura de la mujer, que pliega la mirada ante la autoridad—. Venga, suelta lo que llevas.

Para sorpresa de Lombardi, la tal Amparo, entre pucheros, encoge las piernas y algo se desliza bajo su enorme faldón negro, hasta que dos bolsas de arpillera se estrellan en el suelo junto a sus alpargatas con un ruido fofo.

—¡Maldita sea! —jura Mielgo—. Y se te ocurre hacerlo a plena luz. Cada día tienes menos vergüenza.

—O más hambre, señor policía —objeta ella con timidez.

—Hambre de verdad ibas a pasar en la cárcel. Y algún día te tocará si no andas con ojo. ¿Y qué hacemos contigo? —La mujer encoge los hombros—. Tienes suerte de que ahora estoy ocupado. Vamos, coge eso y sal pitando, coño, que si asoma un guardia lo vas a pasar mal.

Obediente, la mujer recupera los saquitos, los oculta entre su delantal y abandona la zona con celeridad impensable minutos

antes.

—Cuatro kilos de arroz —explica Mielgo a su compañero—. Mucha de esta gente vive del contrabando.

—Y usted la deja ir.

El agente alza los ojos al cielo y suelta un suspiro resignado.

—Es una forma de sobrevivir para ellos —se justifica torciendo el bigote—. Arroz, tabaco… Pequeñas cantidades. Si los detienes, otros ocuparán su lugar. Lo que interesa es cazar a los gordos. Espero que no informe usted de esta debilidad.

—Yo solo soy un tipo de visita, y por si fuera poco ciego, mudo y sordo. Y además me gustan los policías con criterio.

—Todos tenemos criterio, inspector. Otros se habrían quedado con el alijo o parte de él, o la habrían detenido sin más. Criterios distintos, pero criterios al fin y al cabo.

—Sentido de la proporcionalidad, quería decir.

—Gracias, me alegro de que lo entienda. Y vamos allá, que el domicilio que buscamos está en esa calle de enfrente.

Efectivamente, a pocos metros tras la esquina por la que había aparecido la sigilosa Amparo, una puerta de madera pintada de verde exhibe en su frontis el número buscado. De planta única, parece haber sido respetada por los bombardeos y de su notable deterioro solo son culpables la vejez y el descuido. Lombardi pulsa el timbre sin percibir la menor señal sonora.

—Parece que no hay luz eléctrica —apunta Mielgo.

El inspector aporrea la puerta. Aguarda unos segundos hasta la segunda llamada, que tampoco recibe respuesta del interior. Una voz femenina les sorprende por la espalda, del otro lado de la acera. Es una mujer de edad indefinida entre los treinta y los cuarenta.

—Esa casa está vacía —advierte.

La pareja de policías cruza la calzada para reunirse con ella.

—Venimos buscando a doña Leonor Sobrado —dice Lombardi, que asume personalmente el trato con la vecina—. ¿Ha cambiado de domicilio?

—Para siempre. La Leo falleció. Ya no vive nadie ahí.

—¿Cómo que falleció? ¿Cuándo ha sido eso?

—Pues allá por septiembre —responde ella tras unos segundos para hacer memoria.

—¿Estaba enferma?

—Un accidente. Parece que se cayó del espigón y se ahogó.

—¿En el mar?

—¿Y dónde si no?

—Gracias, muy amable —se despide desconcertado, en tanto la informante vuelve a encerrase en su casa.

—Vaya chasco —sentencia Mielgo—. Si nos hubiera pedido por teléfono hacer esta gestión se habría ahorrado un buen paseo.

Eso mismo se está reprochando Lombardi. Su costumbre de arreglárselas solo para preservar en lo posible el contenido de sus investigaciones ha vuelvo a jugarle una mala pasada. Al menos, debería haber confirmado que esa mujer seguía en condiciones de declarar antes de emprender un viaje inútil.

—Tiene razón —responde mientras ideas contrapuestas se entrecruzan en su cabeza—. Pero ya que estoy aquí, aprovechemos el tiempo para enterarnos al menos de lo sucedido. Si el accidente se produjo en el espigón, es de suponer que el atestado lo haría la comisaría del puerto, ¿no?

—Sería lo lógico. Pero en aquella época yo no había llegado aún. No sé qué compañero lo llevaría.

—Pues vamos a enterarnos.

***

Lombardi prefiere no pisar la comisaría y pasea fumando por los alrededores de la estación marítima mientras Mielgo hace las averiguaciones pertinentes. La suave brisa y el olor a salitre le salvan momentáneamente del desánimo, aunque el calorcillo húmedo empieza a resultar un poco molesto para un urbanita mesetario. Finalmente, acaba sentado en un noray contemplando las labores en un barco con bandera panameña de conveniencia que descarga harina de trigo, según las estampaciones de los sacos; sin duda, uno de esos cargueros que los aliados permiten navegar a cambio de ciertos gestos no hostiles hacia ellos por parte de la dictadura.

En esas reflexiones le sorprende la llegada de Serafín Mielgo. Y no viene solo: llega acompañado por un tipo grandón cuya cara podría confundirse con el delgadito de las películas del Gordo y el Flaco. En realidad, el rostro es lo único que muestra semejanza con Stan Laurel, porque el fulano es casi tan alto como Lombardi, supera el medio siglo, viste un traje gris perla de americana cruzada y peina hilos de plata en su cabeza casi calva. Tampoco lleva bombín, naturalmente. El agente lo presenta como el inspector Roberto Claramunt, un hombre que aprieta como un picapedrero al estrechar la mano y enseguida muestra su naturaleza socarrona.

—Dice Mielgo que se ha quedado usted a la luna de Valencia —se carcajea—. Tendría que haber llamado antes, hombre.

—Sí, es fácil sacar conclusiones a toro pasado, pero quién iba a sospechar la muerte de una mujer de apenas treinta años.

—En los tiempos que corren la muerte no es tan rara.

—Ni los accidentes, tiene usted razón.

—Bueno, yo les dejo solos —tercia el agente, iniciando un

movimiento de retirada.

—No, Mielgo, puede quedarse —sugiere Lombardi—, así se entera también. Si el inspector Claramunt no tiene inconveniente, claro.

—Ninguno —responde este—, si ya le aguanto a diario en comisaría. —Y para demostrar que bromea, dedica al novato un cariñoso pescozón—. Pero mejor andamos, que parecemos pasmarotes. Vamos hacia el espigón.

El trío inicia un paseo a lo largo de la dársena interior y Lombardi entra en materia de inmediato.

—Cuénteme cómo fue el accidente de Leonor Sobrado, porque supongo que usted se encargó de la investigación.

—Pues sí, a mí me cayó el muerto, o la muerta en este caso. Y disculpe el chascarrillo. Estaba en el espigón, la pobre debió de perder pie y se golpeó la cabeza en las rocas.

—O sea, que no murió ahogada.

—Se ahogó, sí. Pero tenía un golpe tremendo en la sien derecha, una contusión sin herida cortante. Seguramente había perdido el conocimiento cuando cayó al agua y no pudo reaccionar. La autopsia dijo que la muerte sobrevino por ahogamiento.

—¿Dónde fue?

—Es difícil determinar con exactitud el lugar en que se produjo la caída. El cadáver apareció en la playa de las Arenas, al otro lado del espigón; así que es de suponer que se cayó en algún punto a la altura de la dársena número dos, la intermedia, y la corriente arrastró luego su cuerpo a la orilla.

—Y sobre las circunstancias del hecho… ¿Se sabe la hora?

—Según la autopsia, en la tarde noche previa. El cuerpo llevaba solo unas horas en el agua y no estaba muy estropeado.

—¿Algún dato más: lesiones complementarias, vestigios de agresión sexual?

—Ninguno. Nada más que el impacto.

—¿Fecha?

—El accidente fue el sábado día diecinueve de septiembre. El cuerpo se recogió a mediodía del domingo. Todavía hacía calor y había muchos bañistas. De haber sucedido en invierno, la pobre habría podido pasarse varios días allí sola, o los peces se habrían dado un banquete con ella. ¿Fuma usted?

Claramunt ofrece un paquete de Ideales y sus compañeros aceptan la invitación.

—Gracias —aprueba Lombardi—, es la marca que yo uso.

—Yo antes fumaba Bisonte, pero a mitad de la guerra dejaron de fabricarlos —se lamenta aquel—. Una de las muchas bajas sufridas; para mí de las más sentidas.

El trío recupera el paso hacia la cercana escollera tras encender sus pitillos.

—¿Por qué suponen que la mujer se cayó desde el espigón? —se anima a preguntar Lombardi.

Roberto Claramunt es de las pocas personas capaces de alzar una ceja mientras contrae la otra, y hace ostentación de su habilidad ante la pregunta del criminalista.

—¿Y desde dónde si no iba a caerse al agua? —responde al fin—. En la playa no hay rocas. Uno puede ahogarse, claro está, pero no con un golpe así.

—¿Hubo testigos de la presencia de la víctima en el lugar?

—Ninguno en concreto, pero quienes la conocían aseguran que le gustaba pasear por allí a la caída de la tarde. Es una zona muy frecuentada por pescadores y, al parecer, ella misma se sentaba a veces con la caña. Por lo general suelen ser hombres, pero la Leo, como la llamaban en el barrio, no era la única que lo hacía. En tiempos de hambre, un rato de buena suerte te puede resolver la cena.

—Claro —acepta Lombardi, y se toma unos segundos antes de su siguiente pregunta—. La inspección del domicilio ¿no ofreció nada llamativo?

—Nada en absoluto: un lugar pequeño y muy humilde, aunque bien cuidado. Sin teléfono ni adelantos parecidos, pero todo en orden. Debía de ser una buena ama de su casa.

—¿Y cómo reaccionaron sus vecinos ante la noticia?

—Con sorpresa. Aunque no era una mujer muy comunicativa y sus relaciones eran bastante superficiales; en eso coinciden todos. Se pasaba el día fuera del Cabañal, fregando escaleras en Valencia. Cuando volvía, un paseo o un rato con el novio, y a casa. Esa era su vida.

—¿Tenía novio?

—Sí, un estibador del puerto, un tal Vicente… Vicente Pons, se llama.

—¿Y no estuvo con ella ese día?

—Había viajado a un pueblo de Alicante. Por lo visto, pensaban instalarse allí después de la boda y él había ido a buscar posible alojamiento. Como comprenderá, la noticia lo hundió. Volver a Valencia para encontrar a tu novia y que te manden directamente al depósito a identificar su cadáver no es para menos.

—Imagino que habrán confirmado su coartada.

—¿Coartada? Ni que fuera usted de la Criminal. —Claramunt suelta una irónica risotada—. ¿Sugiere acaso que hemos dejado pasar un homicidio?

—El inspector Claramunt es un buen profesional —tercia el silencioso Mielgo en apoyo de su compañero—. Minucioso hasta el extremo, según he podido comprobar. Y si él dice que fue un accidente…

—Por supuesto —se excusa Lombardi—. No tomen mis preguntas como duda sobre su profesionalidad. Cada cual juega con las cartas

que le han tocado y saca sus conclusiones en función de los datos que tiene sobre la mesa. Pero pudo suceder de otro modo.

—Ya me explicará cómo, si es tan amable —dice Claramunt sin esconder un gesto de molestia—. Sin móvil ni sospechosos no podemos pasar del mero accidente. El robo es impensable en el caso de una mujer que vivía con lo puesto y ni siquiera tenía cartilla de ahorros; en su relación con los vecinos no aparecen conflictos notables y un posible crimen pasional por parte del novio es imposible cometerlo si el presunto se encuentra a ciento cincuenta kilómetros de distancia.

—¿Investigaron su ambiente laboral, esas casas donde limpiaba? Algún vecino frustrado en sus aspiraciones. Ya me entiende.

—Pues claro, hombre. Ningún sospechoso. Y los varones en edad de serlo tenían coartadas tan sólidas como la de su novio.

Lombardi asiente con un cabeceo que pretende resultar convincente, pero Claramunt no le da opción de verbalizar sus dudas.

—Mire —dice señalando abajo, a las afiladas rocas sobre las que se asienta la base de hormigón. A la derecha está la dársena, y a la izquierda la luminosa playa, con docenas de pequeñas embarcaciones varadas en la lejanía dibujando una escena de Solana—. Por aquí pudo suceder.

Algunos pescadores, aburridos bajo un sol que empieza a picar, se distribuyen entre las rocas más próximas al paseo. No es difícil imaginar que alguno de ellos, excesivamente confiado, pueda perder pie y estamparse contra las de abajo antes de caer al agua.

—¿Ha habido más accidentes de ese tipo por aquí?

—Alguno, aunque no todos con víctimas mortales, por fortuna —asevera Claramunt lanzando su colilla hacia la nada—. La humedad hace a la piedra traicionera y en el mejor de los casos puedes acabar descalabrado.

—Eso parece.

—No le dé más vueltas, hombre. La autopsia deja claro que el golpe se produjo contra una piedra y que luego se ahogó, en ese orden. Y que el cadáver no presentaba muestra alguna de haber sufrido otro tipo de agresiones ni marcas de lucha o resistencia.

—¿Ninguna magulladura aparte del golpe en la cabeza? Pues eso es lo raro. Una caída desde aquí puede matarte o no, pero de lo que no te libras es de heridas o rozaduras en los brazos o las piernas.

—Yo me limito a contarle el informe forense.

—Y yo se lo agradezco. Y dice que el novio, ese tal Pons, trabaja en el puerto…

—En la dársena número uno, la más abierta —informa Claramunt, girándose y señalando con su dedo a la lejanía—, la que está frente al barrio de Nazaret, aquel de allí. ¿Piensa hablar con él?

—Si tuviera que desplazarme desde Madrid solo para eso ni siquiera me molestaría, pero ya que estoy aquí… Siempre que a usted no le incomode, claro.

—Puede dedicar su tiempo aquí a lo que más le apetezca. Por ejemplo, a repetir los pasos de mi investigación —replica el inspector Claramunt, que se encoge de hombros, da media vuelta y reemprende el camino hacia la comisaría.

Lombardi se suma a la retirada seguido del agente Mielgo, que asiste al desencuentro con notoria incomodidad.

—Mire, Claramunt —dice el criminalista al llegar a su altura—, todos tenemos nuestras obligaciones. Usted cumplió con la suya. Y lo hizo en función de los datos que manejaba. Pero yo tengo la mía, y solo espero que lo entienda y no se moleste por ello.

—Claro, hombre. La Criminal es la Criminal y tiene que buscarle los tres pies al gato caiga quien caiga. Dígame una cosa: ¿por qué tanto interés de Madrid en esa mujer? ¿Por qué no lo ha tenido nunca la BIC de Valencia?

—Quería interrogarla, eso es todo. Para eso he venido. Y ya que no puedo hacerlo, me gustaría hablar con la persona que más la

conocía.

—Ya sé a lo que ha venido. Le he preguntado por el motivo de ese interés. ¿Qué valor tenía para ustedes esa mujer?

—Era posible testigo en una investigación que nada tiene que ver con Valencia. Ni siquiera testigo directo, pero su testimonio podía ser importante. Y ya que no está ella, su novio podría contar cosas, eso es todo. Comprenda que no puedo irme de aquí sin hablar con él, sin intentarlo al menos.

—Sí, lo comprendo, Lombardi, claro que comprendo. Pero si en mi investigación hubiera contado con los datos que usted maneja y tan bien oculta, a lo mejor podría haberlo hecho en su nombre.

—Siento no poder ser más explícito de momento. Pero cualquier cosa que averigüe y que pueda afectar a su labor, será el primero en conocerla. Si es que en realidad hay algo y no estamos haciendo una montaña de un grano de arena. ¿Cómo es Vicente Pons?

Claramunt se lo piensa unos segundos, valorando tal vez si merece la pena prestar apoyo a quien pone en duda el fruto de su trabajo.

—Treinta y cuatro años, creo recordar —dice con sequedad, como quien recita de memoria una ficha—. Vecino de Nazaret de toda la vida. Trabaja en diversas faenas del puerto desde los dieciocho y ahora mismo es una especie de subalterno de estibadores. Parece un tío honrado y leal al Movimiento. El párroco de Santa María del Mar avala su fe católica y ya había publicado las amonestaciones para su matrimonio con la fallecida. Cualquier otra conclusión al respecto podrá sacarla usted en su interrogatorio.

—Gracias, inspector, muy amable.

El trío se despide frente a la estación marítima. Tras un apretón de manos que ya no es tan firme como el primero, Claramunt se dirige al interior del edificio mientras Lombardi agradece su ayuda a Mielgo.

—Encantado de haberle sido útil —responde el agente—. Supongo que no se despedirá a la francesa.

—No lo haré, descuide. Y espero que Claramunt no le tome ojeriza a partir de hoy por ayudarme.

—Es de buena pasta, no hay peligro. ¿Vuelve esta noche a Madrid?

—Esa es mi intención. Ni siquiera he traído equipaje. Pero los llamaré antes de irme, sea cual sea el resultado de mi charla con Pons.

A paso calmo, Lombardi recorre las instalaciones portuarias en dirección al lugar indicado. Una breve pesquisa en la dársena le permite averiguar que el estibador tiene turno vespertino, así que decide aprovechar el tiempo para almorzar. Tras un paseo por la avenida del Puerto, elige por fin una tasca a tiro de piedra de una iglesia de apreciable tamaño y aires barrocos, probablemente esa Santa María del Mar mencionada por Claramunt. El arroz a la paella que sirven es humilde y sin tropezones más allá de la verdura del sofrito, pero tan delicioso que le anima a disfrutar de la comida como si estuviera de vacaciones, sin complicarse la vida hasta el momento de afrontar de nuevo el asunto que lo ha llevado hasta allí.

Vicente Pons es un tipo rubicundo que, sin ser alto, supera la media de los varones hispanos; de su camisa arremangada asoman unos brazos fibrosos y tostados que revelan una larga dedicación laboral a la actividad física al aire libre; en sus ojos celestes anida algo parecido a la estupefacción, y no solo por el hecho de encontrarse frente a un miembro de la Brigada Criminal de Madrid, sino porque parece un hombre cuya mirada sorprendida interroga al mundo de forma habitual.

—Ya sé que habló usted con el inspector Claramunt —admite Lombardi para tranquilizarlo, y para reforzar sus palabras invita al estibador a un cigarrillo que este acepta con expresión nerviosa. Se han apartado del trasiego portuario para buscar acomodo entre las cajas de un almacén cercano.

—Sí, señor. Él sabe que no estaba en Valencia cuando el accidente de mi novia.

—Desde luego. No pongo en duda su versión de los hechos. Mi interés es hablar sobre Leonor, y usted era la persona más cercana a ella.

Pons cabecea conturbado. Todavía le ronda el dolor por la pérdida, y no parece muy feliz de que alguien venga a rascar en heridas tan recientes.

—¿Desde cuándo mantenían relaciones? —insiste el inspector ante el silencio abierto por su argumento justificativo.

—Después de la guerra, en la primavera del treinta y nueve. Era viuda, ya sabrá usted. Una viuda joven, una mujer sola. Al principio me acerqué a ella solo por compasión, pero luego me enamoré.

—Como Leonor se enamoró de usted, al parecer. Y surgió el noviazgo.

—Bueno, le costó un poco más que a mí decidirse; por lo del luto, ya sabe. Pero sí, en verano ya éramos novios.

—Decididos a casarse.

—Claro, aunque hubo que esperar a que llegara su certificado de viudedad.

El policía se hace de nuevas ante la peculiar situación de la fallecida.

—¿Por qué?

—Es que su marido murió en la guerra, con los nacionales. Ella no lo sabía, porque esto fue zona roja hasta el final. Se lo dijeron pocas semanas después de la liberación de Valencia, pero al no localizarse su cadáver tenía que esperar cinco años para que se reconociera su nuevo estado civil. Una barbaridad de tiempo que solo le trajo sufrimientos, como comprenderá. En agosto del año pasado ya era legalmente viuda y pudimos fijar la boda para octubre.

—Ya, la puñetera burocracia. ¿Conoció usted a su marido?

—No señor, ya le digo que nos vimos por primera vez después de la

guerra, y él ya había muerto.

Lombardi extrae de su americana las fotos de los cuatro desaparecidos destinadas a los ojos de Leonor Sobrado. Ella nunca podrá verlas, pero quizá a Pons le digan algo.

—¿Le importaría echar un vistazo a estas fotos y decirme si le suenan?

El estibador se encoge de hombros como un niño tímido y recoge los positivos en la mano libre de tabaco. Entre calada y calada, su mirada de falso asombro recorre lentamente las facciones de papel, una tras otra, y vuelve a repasarlas al menos dos veces más antes de devolvérselas al policía y expresar su negativa.

—No conozco a estos hombres, inspector.

—Ya imaginaba. ¿Llegó a entrar usted en casa de Leonor?

—Sí, claro, varias veces. Pero no vaya a pensar que…

—Lo que yo piense no viene al caso —zanja Lombardi cualquier intento de apelación a justificaciones morales—. ¿Había allí fotos de su marido?

—¿Cómo que fotos?

—Sí, de las que se suelen enmarcar y colocar en las paredes, sobre los muebles…

Pons duda unos segundos durante los que sus ojos se mueven nerviosos, como si repasara mentalmente paso a paso el domicilio de su malograda novia. De forma mecánica, con una toba arroja lejos su pitillo medio consumido.

—Solo recuerdo una de sus padres —confiesa—. En un aparador.

—¿Ni siquiera la de su boda? Es de lo más corriente en cualquier casa.

—No recuerdo que la hubiera, la verdad.

—¿Tampoco en el dormitorio?

El interrogado balbucea una excusa que el policía ataja con firmeza.

—Mire, Pons, lo que ustedes hicieran entre aquellas paredes es cosa suya. No soy el párroco de Santa María del Mar y me traen al fresco las opiniones al uso sobre pureza o pecado. Pero no me creo que en tres años de relación ni siquiera pisara su dormitorio. ¿Tampoco allí había fotos de su marido, o de ambos juntos?

—No, señor —asume cabizbajo—. No había ninguna.

Por eso Vicente Pons no ha podido identificar a quien fue marido de Leonor Sobrado entre las fotos que acaba de revisar, concluye Lombardi: porque siempre ha sido para él un perfecto desconocido.

—¿Le habló alguna vez de Valerio Collazo? Así se llamaba su marido.

—El apellido no lo sé. Ella hablaba de Valerio.

—¿Con cariño?

—No señor —admite tras un breve silencio dubitativo—. No guardaba ningún afecto a su esposo.

El policía hace un gesto admirativo y aplasta su colilla contra el suelo.

—¿Por qué motivo?

—Debía de ser un mal bicho, ¿sabe usted? Le pegaba, la insultaba por cualquier cosa, a veces la encerraba en casa.

—Un tipo dominante, tal vez celoso.

—Del aire que respiraba —redondea Vicente Pons con un suspiro que desgarra—. La pobre no ganaba para disgustos con él.

—¿A qué se dedicaba antes de la guerra?, ¿se lo comentó?

—No sé. Nada fijo. Aquí y allá, no duraba mucho en los empleos.

Debía de ser un bala perdida… Usted me entiende.

—Naturalmente.

—Por lo visto, había estado en la cárcel por agresión años antes de conocerse. Ella no lo supo hasta después de la boda, cuando ya vivían juntos. Comprenderá que fue un trago descubrir con qué tipo de hombre se había casado.

Un retrato un tanto extremo, evalúa Lombardi, teniendo en cuenta que en la ficha de Collazo no aparecen antecedentes de ese tipo. Tal vez la viuda adornó la maldad de su esposo con episodios añadidos para acentuar innecesariamente su sufrimiento a ojos de Pons.

—Ya imagino que estar sometida a alguien así no sería un plato de gusto… —acepta—. De modo que la muerte de su marido en el frente significó todo un alivio para ella.

—Pues sí, aunque esté mal decirlo.

—¿Por qué habría de estar mal reconocerlo en voz alta? Se ahorró sufrimientos, ¿no? Y no tiene nada de extraño que eliminase cualquier vestigio suyo en la casa. Mucho más con una nueva boda en perspectiva. Y un cambio de domicilio, por lo que he oído.

—Sí. Pensábamos trasladarnos a Benidorm, un pueblecito tranquilo de la provincia de Alicante.

—¿El motivo?

—Ella no quería seguir en el Cabañal.

—Entiendo que quisiera alejarse de esa casa y sus malos recuerdos.

—No solo por la casa —matiza el estibador—. Leonor era murciana. Se trasladó a ese barrio al casarse, a primeros del treinta y cinco, y estaba deseando perderlo de vista.

—¿También el barrio?

—Mire, usted no es de aquí, pero en Valencia todo el mundo sabe que el Cabañal es un nido de rojos. Bueno, lo era antes porque

parece que lo han limpiado a conciencia, gracias a Dios. Cuando el Alzamiento, su marido se pasó a los nacionales, y ella tuvo que soportar de todo por parte de los vecinos que se enteraron. Le hicieron el vacío y casi se muere de hambre.

—¿Ella era favorable al Alzamiento?

—Si no entendía de política… Pero como su marido se había pasado, le tocó pagar el pato.

—Y usted, Pons, ¿no estuvo en el frente?

El interpelado traga saliva. Lo peor que puede afrontar un súbdito del Nuevo Estado es una apelación directa a su papel durante la guerra, especialmente si vivió en zona republicana. Y mucho más si la pregunta sobreviene de forma tan inopinada.

—No, no señor —balbucea—. Estuve movilizado en mi puesto. Los estibadores éramos imprescindibles y no nos dejaban movernos.

—A menos que se presentasen voluntarios.

—Eso es, pero yo no lo hice. No me gustan los rojos.

—Ya me había dado cuenta de eso. ¿Quintacolumnista, entonces?

—Tampoco —rechaza el joven con un fruncimiento de hombros—. No puedo apuntarme hazañas. No diré que soy cobarde, pero sí algo patoso y poco dado a la aventura. Me habrían cazado.

—Un hombre pragmático, entonces.

Lombardi se incorpora y Pons le imita con gesto mecánicamente sumiso.

—Vamos a tomar el aire —sugiere el policía—, que estas cajas húmedas te dejan el culo tieso.

Ya en el exterior, y para estirar las piernas, el inspector inicia un paseo al que se suma el interrogado.

—Bien, volvamos a la pobre Leonor, que odiaba su casa y su barrio.

Comprendo que quisiera alejarse del lugar tras su boda, pero ¿por qué irse tan lejos? Podrían haberse trasladado a su domicilio en Nazaret. Ahí vive usted, ¿no?

—Pues sí, con mis padres, pero es un piso demasiado pequeño para dos matrimonios.

—Sí: casada casa quiere, dice el refrán.

—Claro, y la de mis padres está al lado del Cabañal, como quien dice. Si había que marcharse, cuanto más lejos mejor. Y Benidorm estaba más cerca de su tierra.

—Es un acto muy generoso por parte de alguien tan poco dado a la aventura —apunta Lombardi señalando con un gesto hacia los muelles—. Por lo que sé, tiene un puesto de cierta responsabilidad en el puerto.

—Tampoco es para tirar cohetes, no se crea.

—Pero es un salario seguro, y no está la vida para abandonar un trabajo así como así, solo para satisfacer los deseos de una esposa. ¿Cómo iba a ganarse la vida en ese pueblo que dice?

—Pensábamos abrir una casa de huéspedes —revela Pons con una expresión que refleja el eco de una utopía marchita—. Es un lugar tranquilo y agradable, y cada vez hay más gente que busca esos sitios para pasar unos días de vacaciones.

—Puede que algún día se convirtiera en un negocio rentable —acepta Lombardi, reflexivo—, aunque exigiría un desembolso inicial importante, ¿no?

—Sabíamos que no iba a ser fácil, pero entre mis ahorros y los suyos…

—¿Leonor tenía ahorros? —se admira el policía—. ¿Cómo lo conseguía fregando escaleras? Y no me diga que se los dejó su marido, porque el dinero republicano vale menos que el estiércol.

—Eso decía ella, que tenía algunos ahorrillos. Y con lo que le dieran por la venta de la casa y lo que yo tengo podíamos tirar un par de

años sin dificultades hasta tenerlo todo a punto.

—Un plan de vida arriesgado, en todo caso. Pero el amor todo lo vence, ¿no es así?

El estibador asiente en silencio, mirando al suelo.

—¿Y ya había conseguido apalabrar esa casa en Benidorm?

—Prácticamente. Solo tenía que enviarles un giro postal para cerrar el trato. A ella le habría encantado el sitio, pero…

—Pero a la vuelta de su gestión, se encontró con que el sueño se había esfumado. Lo siento de verdad, señor Pons.

—Pues sí. La vida es muy injusta a veces…

—Justos o injustos somos los seres humanos —se permite filosofar el inspector—. La vida se limita a transcurrir al margen de nuestras frustraciones y esperanzas. Es incontrolable, y por eso puede resultarnos puñetera, hasta cabrona; pero esperar justicia de la vida es como pedirle peras al olmo.

—Si usted lo dice…

Lombardi contempla los muelles y el ajetreo humano en torno a las grúas que atienden a un par de cargueros. Por un momento, se arrepiente de haber apartado a Pons de sus obligaciones sin obtener a cambio nada concluyente.

—Solo un asunto más y le dejo en paz. ¿Sabe si Leonor mantenía contacto más o menos frecuente con alguien aparte de usted? El inspector Claramunt dice haber investigado en los ambientes donde ella trabajaba. ¿Había entre esa gente alguien con quien pudiera tener alguna vinculación especial o más habitual? O, al contrario, alguien de quien recelara.

—Ya le conté a él todo lo que sabía —rezonga Pons—. Ella limpiaba en tres edificios, pero no sé de nadie con quien tuviera una relación particular. Yo creo que no la tenía. Ni nunca demostró temor por nadie.

—¿Cómo vivía usted el trabajo de su novia?

—Mal, si quiere que le diga la verdad. No me gustaba que fregase escaleras. Por eso quería que nos casáramos cuanto antes, para retirarla de eso.

—Es una labor humilde, pero de alguna manera hay que ganarse el pan si no hay otra.

—Sí, ya lo sé —acepta Pons con un resignado cabeceo—. No me gustaba nada, pero nunca se lo reproché. La idea de marcharnos lejos de Valencia también iba a ayudar a apartarla de ello.

—Comprendo. ¿Tenía familiares próximos?

—Su madre aún vive en Murcia, con una hermana casada. O vivía entonces. Creo que no tenía más familia.

—¿Y por qué no se fue a vivir con ellas durante la guerra si tan mal lo pasó en el Cabañal?

—Porque era una mujer casada, la casa era de su marido, y ella desconocía que hubiera muerto. Supongo que no quiso abandonarla para evitar una requisa.

—Tiene sentido, pero por lo que me han dicho, fue un barrio muy bombardeado. Su futura novia corrió un gran peligro para proteger ese patrimonio.

—Los pobres nos aferramos a lo poco que tenemos, inspector, aunque nos cueste el pellejo.

—No le falta razón. Después supo que era viuda y al poco apareció usted —apunta el policía a modo de colofón—. Sus esperanzas cambiaron y su valor tuvo premio porque finalmente heredó la casa.

—De lo que le sirvió a la pobre…

—Puñetera vida, sí.

Mientras ve alejarse a Vicente Pons con paso cansino, arrastrando los pies, hacia su puesto de trabajo, Lombardi sopesa el resultado del interrogatorio. Aunque su rostro sigue siendo una incógnita, ha conseguido conocer un poco mejor a la mujer que vino a buscar, y de rebote al desaparecido Valerio Collazo que, al parecer, era un pieza de cuidado. Habría preferido escuchar esa versión de los labios de la viuda, pero algo es algo. Solo le queda dar media vuelta y dirigirse al centro de Valencia en busca del coche cama que lo devuelva a Madrid. Sin embargo, hay algo que lo retiene, una especie de fuerza centrípeta que sujeta sus pies a ese escenario, un engrudo invisible que le impide decir adiós. Y es que Leonor Sobrado, la sota de copas del peculiar mural de naipes de Torralba, es la única de las cuatro que ha bebido del cáliz de la muerte. Se censura de inmediato esta asociación de ideas entre bíblica y romántica, pero la imagen se ha fijado con vigor en su cabeza y decide regresar al Cabañal.

La tela de araña vuelve a su memoria mientras camina hacia el viejo territorio rojo, como lo ha calificado Pons. El símil empleado en su conferencia de la Escuela de Policía y tan recordado por el agente Serafín Mielgo esa misma mañana le obliga a un último intento por conocer algo más de la fallecida. Accidente o no, su muerte está en el centro de la telaraña balanceándose como una mosca seca, y el celo profesional exige seguir la traza de cada uno de los hilos que parten de allí, al menos de aquellos que la vista pueda distinguir. Hilos que son líneas de conexión con el mundo y no siempre físicas, táctiles. El teléfono y el correo forman parte de esa red de comunicación que nos relaciona con los demás. La fallecida no tenía teléfono en casa, pero nada hacer pensar que no pudiera recibir o enviar cartas.

La oficina de Correos del Cabañal es poco más que un tugurio en el bajo de un edificio de dos alturas sin ventanas a la calle. La puerta metálica, de mitad superior acristalada y rematada por un cartel pintado a mano que anuncia lo que allí dentro se cocina, está cerrada. A la llamada de Lombardi acude un tipo de edad cercana a la jubilación para explicarle educadamente que no atienden al público. La placa de la DGS diluye reticencias y permite el paso del policía a un interior iluminado por un par de bombillas donde otros dos hombres organizan montoncitos de cartas como si jugaran a

hacer castillos en la arena. El trío, enfrascado en sus quehaceres clasificatorios, atiende con mediana atención las preguntas sobre sus visitas al domicilio de Leonor Sobrado para entregar correspondencia.

—Poca cosa —dice el más joven, que debe ser el encargado de patearse las calles con su cartera al hombro—. Cartas, más bien pocas por lo que recuerdo. Aunque me suena algún giro de vez en cuando.

—Me gustaría conocer sus remitentes y las fechas, si son tan amables.

—Eso lo llevan en la administración central —responde el veterano —. Aquí no atendemos al público ni disponemos de esos datos. Esto es solo un almacén y punto de distribución. Recogemos los buzones para mandar a la central su contenido, repartimos lo que ellos nos envían, y prou.

—Demasiado para solo tres funcionarios —apunta el tercero, de edad intermedia, que debe de ser el reivindicativo del grupo.

—¿En la administración central, dicen?

—Sí señor —confirma el mayor—. En la plaza del Caudillo, enfrente del ayuntamiento. Supongo que allí le podrán dar lo que busca.

—Eso cae cerca de la estación, me parece recordar. En media hora puedo estar allí, si es que pasan taxis por el Cabañal.

—Tendrá que ir al puerto para conseguir uno —aconseja el joven, que consulta su reloj de pulsera—. Pero yo que usted iría sin prisa, porque a esta hora ya está cerrado. Hasta mañana no hay nada que hacer.

Lombardi abandona el lugar con ánimo indeciso. Por una parte, la noticia de los giros le ha encendido la espita de la esperanza: es posible que la familia ayudase a Leonor a sobrellevar su penuria, y que esos ahorrillos que decía guardar existieran en realidad. Confirmarlo, sin embargo, significa hacer noche en Valencia y estirar las dietas hasta el límite. Y sin una muda siquiera que le

evite usar de nuevo la ropa sudada, porque la humedad ambiente empieza a ser más que molesta.

Rumiando dudas camino del puerto, encara una de las calles principales del barrio mientras su naturaleza curiosa se impone a ese burgués que, según Manolo Battiato, lleva dentro. No será la primera vez que se ve obligado a trabajar sucio o incómodo o a viajar de mala manera, y renunciar a esa gestión en Correos sería una negligencia imperdonable. La decisión libera su mente y le permite tomar conciencia de lo que le rodea. A diferencia de su visita matinal, las calles se han poblado de niños, las aceras se han transformado en tertulias en torno a los portales y un murmullo de vida humana envuelve ahora la zona. Salvando las distancias, por un momento cree transitar rincones desconocidos de su querido Lavapiés.

Durante su deambular, ya sin prisas, descubre un cine. Cine Imperial dice el rótulo sobre la puerta. Está instalado en los bajos de un edificio de dos plantas, coronado de balcones tachonados de claveles. La sorpresa conduce sus pies hasta el cartel que anuncia el programa de sesión continua con Luz de gas y Agárrame ese fantasma. Aún se lo piensa unos segundos, pero qué mejor modo de matar un tiempo libre que se le ha aparecido de forma tan imprevista. La placa de policía le ofrece entrada gratuita, pero se dirige al gallinero, la zona más barata. Allí se instala en la primera fila con ayuda de la linterna del acomodador y entre murmullos desaprobatorios de quienes se ven obligados a perder ripio de la película para dejarle pasar.

En la pantalla, Abbott y Costello intentan zafarse de una ensalada de tiros perseguidos por una banda de gánsteres. Apenas puede ver los seis o siete minutos finales de la comedia y se ilumina la sala. Lombardi aprovecha el descanso para fumar y constatar las dimensiones del cine, con al menos un millar de localidades, un espacio insospechado desde la calle. Al confirmar que está rodeado mayoritariamente por chiquillería, recuerda que hace meses, tal vez un año, que no se permite un lujo parecido, y ahora se deja llevar por una especie de placer culpable, como un niño que ha hecho novillos.

La sesión se reanuda a los cinco minutos con el NODO, el novísimo

Noticiario Documental promovido por la dictadura militar para sustituir los documentales de la UFA, productora alemana que no se ocupa de ensalzar como debería las virtudes del Nuevo Estado español. Desde principios de año, su emisión es obligatoria en todas las salas de cine del país, y contravenir la orden acarrea cierres y graves sanciones.

Para ser el primero que ve, su apertura no está nada mal, se dice Lombardi al apreciar las evoluciones de las alumnas de una escuela de baile de Berlín: una espectacular colección de piernas y muslos femeninos desnudos que le hacen añorar los de Erika Baumgaertner, tan lejos de sus brazos por desgracia. La libido se derrumba, sin embargo, cuando aparecen los campeonatos de gimnasia de la Sección Femenina de Falange, con faldas y pololos a la altura de las rodillas sin la menor concesión a la belleza ni a pensamientos impuros, como mandan los cánones del nacional catolicismo. El bloque deportivo informa sobre hechos tan transcendentes como un campeonato escolar de tenis en Argentina, los de esquí de Eslovaquia o un concurso de leñadores en Inglaterra que causaría vergüenza ajena a un aizkolari gotoso.

Tras varias anécdotas de contenido patriótico-religioso, llegan asuntos más peliagudos, con momentos dramáticos: aderezado con música fúnebre se ofrece el balance de los ataques aéreos sobre Berlín y el rostro preocupado de Goebbels durante su visita a los lugares afectados. Son imágenes que desgarrarían a cualquiera, pero muy especialmente a quien ha vivido casi tres años bajo la sombra siniestra de la Legión Cóndor y sus cómplices hispanos. Ante esas filmaciones, cualquiera estaría tentado de apelar al ojo por ojo, pero lo que demuestran es que el Tercer Reich empieza a sentir en su lomo los latigazos con que viene castigando al mundo desde hace años. Y todo bien nacido debería felicitarse por ello.

La adversidad alemana intenta compensarse, sin embargo, con noticias favorables, y entre los acordes de una marcha militar prusiana se proyectan imágenes de la toma de Járkov por tropas acorazadas de la Wehrmacht y de su avance en el frente ruso. Este hecho se produjo dos meses atrás y fue destacado por la prensa nacionalsindicalista como gran victoria germana tras el desastre de Stalingrado, de modo que o bien las noticias del NODO están

atrasadas, o se trata de una edición antigua del noticiario.

Este desfase se confirma cuando aparece el Caudillo, que se reserva para sí el cierre, la traca final, como si los protagonistas precedentes hubieran sido teloneros destinados a calentarle el ambiente. El viaje del dictador a Galicia que se cuenta a los espectadores sucedió el mes anterior, de modo que los rimbombantes piropos del locutor han quedado viejos por los que le dedican ahora mismo en tierras andaluzas. Algo más llama la atención de Lombardi: por lo que le han contado, en algunos cines de Madrid, especialmente en los de estreno, se aplaude a rabiar y se dedican desgañitados vítores al Generalísimo cuando este aparece en pantalla. No es ni mucho menos una erupción global y espontánea, sino una iniciativa que parte de zonas dispersas y se extiende lentamente por el patio de butacas, como un contagio: si ves que tu vecino lo hace, tú, aunque no sea esa tu intención inicial, y por motivos de salud, terminas imitándolo, de forma que el clamor entusiasta por el invicto salvador de España dura hasta que acaba el NODO. Curiosamente, ninguna manifestación de ese tipo se ha oído entre los vecinos del Cabañal, y al policía cada vez le resulta más simpático este barrio.

Luz de gas es una película británica ambientada en el Londres del XIX. Comienza con unas prometedoras escenas, cinematográficamente hablando, pero enseguida deja paso a una historia bastante previsible. Una hora de película es más que suficiente para Lombardi, porque ya es tarde, hay que buscar sitio donde dormir y acostarse pronto para estar a primera hora en la central de Correos.

La noche ha caído y el policía acelera el paso hacia el puerto. La iluminación pública es bastante lamentable, aunque el leve creciente lunar permite distinguir en esquinas y zaguanes furtivas figuras femeninas en busca de unas pesetas, quién sabe si unos céntimos, a cambio de sus servicios sexuales. La avenida del Puerto parece un lugar de primera categoría en comparación con lo que ha dejado atrás, y aprovecha para picar algo en un establecimiento con aires de cafetería. Calmado el estómago, prosigue su búsqueda por la avenida en dirección a Valencia, sobrepasa la ya conocida iglesia y dos bocacalles más allá, esquina a una perpendicular dedicada a un tal arquitecto Alfaro, se anuncia una pensión.

Con el precio de la cama casi liquida sus dietas, lo que significa que

le tocará viajar a Valencia en tranvía, que le sale gratis, y volver a Madrid en segunda. Pero el lugar es limpio y cómodo, con ventana hacia una avenida tranquila a esas horas y que la agradable temperatura invita a mantener abierta. Tras disfrutar asomado a ella del último pitillo de la jornada, se emboza en unas sábanas más húmedas de lo deseable y se deja ir en un descanso que de repente se le hace imprescindible. Hasta que un escándalo en la calle lo desvela, a eso de las doce y media. Desde la ventana descubre su origen: en la acera opuesta, dos camionetas de la Policía Armada aparcadas ante un bar reciben en sus cajas cuerpos tambaleantes, uno tras otro, bajo la amenaza de las porras y algún guantazo inopinado. Hay quien protesta, pero nadie debe de entenderlo porque recibe el mismo trato e idéntico empujón para incorporarlo al resto de la redada. Los marinos noruegos, probablemente. Seguro que Mielgo está en el ajo.

El edificio de Correos y Telégrafos ocupa un espacio privilegiado en la principal plaza de Valencia, frente al ayuntamiento de la ciudad. Por la fecha que se anuncia en su fachada, hace poco más de veinte años que lo inauguraron. Es un palacio de estilo ecléctico con detalles modernistas que a esa primera hora de la mañana ofrece un bullicioso trasiego humano en sus alrededores. Lombardi deja atrás un vestíbulo lleno de buzones de pared y accede a una gran sala central, un óvalo cubierto por una cúpula acristalada que merece la atención admirativa de un visitante primerizo como él. En realidad, se trata de un gran patio interior al que asoman los corredores de dos pisos más, sostenidos por columnas jónicas de mármol.

Para evitar gestiones inútiles con los funcionarios que atienden al público en los mostradores, se dirige directamente a un ujier uniformado que hace guardia a pie firme junto a una de las columnas, le muestra la placa y expresa su deseo de hablar con el encargado de planta. El conserje desaparece raudo de escena para perderse tras una puerta y al poco regresa, siguiendo los pasos de un hombre maduro y bien trajeado que finalmente se pone a disposición del policía, escucha su demanda y le invita a acompañarlo.

A través de una escalera, su guía lo conduce hasta el primer piso,

donde ambos franquean una puerta y acceden a un despacho ocupado por tres hombres y una mujer sentados frente a mesas individuales y máquinas de escribir. Tras intercambiar unas palabras en tono discreto con el primero de ellos, el anfitrión se despide con un sumiso apretón de manos.

—El señor Garriga es muy eficiente y le atenderá con mucho gusto —asegura—. Quedo a su disposición para cuanto necesiten, como siempre.

El tal Garriga debe de rondar los treinta y pocos; impoluto en el vestir, magro, paliducho y con raya al centro de una untuosa mata de pelo oscuro, contempla al tipo que se le ha plantado enfrente con un punto de angustia en la mirada, como si le aterrorizase no estar a la altura de las exigencias de la policía. Lombardi decide ir al grano y ahorrarle incertidumbres, expone los datos esenciales y sus deseos y aguarda la respuesta del funcionario, que ha ido tomando nota a lápiz en una cuartilla.

—Sí, le entiendo —balbucea el hombre—. Todo lo que haya sobre esa señora, ese domicilio…

—Hasta el último detalle del último movimiento: fechas, remitentes, montante de los giros y sus cobros.

—¿Durante qué período?

—Desde el origen de los tiempos —bromea él, lo que provoca un inmediato gesto de espanto en su interlocutor—. Bueno, podría valer también desde el final de la guerra.

—Cuatro años… ¿Y adónde debo enviarle los datos?

—A ningún sitio. Yo mismo los recojo dentro de un rato.

—Pero esto me llevará tiempo… —se lamenta el funcionario.

—Mire, señor Garriga: no he venido aquí por capricho. Se trata de una investigación de la Brigada Criminal; no sé si entiende usted la urgencia del asunto.

—Pero yo solo… Tengo que repasar los archivos del barrio, los de

pagos y…

—No se agobie, hombre. Aquí veo a cuatro personas. ¿Qué tal si se reparten el trabajo?

—Sí, claro —acepta el joven con expresión doliente—. Nos ponemos a ello de inmediato.

—Los dejo trabajar, entonces. Dentro de una hora vuelvo por aquí.

Poco más que calderilla le queda en los bolsillos, pero Lombardi se permite un café con leche antes de pasarse por la estación a comprobar los horarios de los trenes a Madrid. Ya ha perdido el más madrugador, y el siguiente sale a la hora de comer, aunque eso es lo de menos, porque tendrá que guardar ayuno hasta llegar a casa. Dedica el resto del tiempo a pasear por la zona y recordar instantes mejores de su antiguo y fugaz tránsito por Valencia en compañía de Begoña. El día, limpio y templado, ayuda a refrescar recuerdos, aunque sus pensamientos más intensos los dedica al reloj de pulsera, comprobando cada dos por tres el tiempo que falta para su cita. Por momentos, se siente como aquellos pescadores del espigón, nerviosos por averiguar qué se encontrarán en el extremo del sedal que empieza a tensarse. Aun así, concede a Garriga veinte minutos más de lo convenido.

Probablemente no lo ha hecho solo, pero el trabajo del funcionario es encomiable, y en un par de cuartillas mecanografiadas se reseñan datos de lo más jugosos. Lombardi le agradece sinceramente el esfuerzo, Garriga se enjuga el sudor con un pañuelo y, por fin, aunque tímidamente, sonríe. Mientras baja las escaleras para ganar la calle, el policía estudia los datos más llamativos del informe. Por el conserje de la sala central se informa de que el edificio de Telefónica está a dos pasos, y hacia allí se dirige.

En uno de los mostradores de atención al público exhibe la placa y pronuncia la frase mágica que le permitirá usar las líneas sin aflojar el bolsillo.

—Llamada oficial. Póngame con este número de Madrid —dice, anotando el teléfono de Hermes—. Y mientras nos dan la conferencia, me pasa con la comisaría del Grao, si es tan amable.

La empleada es amable, o al menos no presenta objeciones, y le señala la cabina más próxima. Enseguida suena el teléfono, y Lombardi pide hablar con Serafín Mielgo. La voz del agente suena tan alegre como la de un bachiller que acaba de recibir un sobresaliente: pecados de bisoñez.

—Agente Mielgo al aparato. Dígame.

—Buenos días, agente. Soy Lombardi.

—¡Hombre, inspector! Le hacía ya en Madrid.

—Dije que no me despediría a la francesa. He pasado aquí la noche.

—¿Significa que su interrogatorio a Pons dio algún resultado?

—No, qué va. Pero había algunos cabos sueltos. Lo de la telaraña, ¿recuerda?

—Claro. ¿Y ha descubierto algún hilo nuevo?

—Eso espero. De momento, les recomiendo un registro a fondo del domicilio de Leonor Sobrado. Dígaselo a Claramunt. Parece que nuestra viuda no era tan desvalida como suponíamos. En los últimos cuatro años ha venido recibiendo giros postales por valor total de más de ocho mil pesetas.

El resoplido de Mielgo se impone al chisporroteo de la línea.

—¡Coño! —estima—. Es un buen pico. ¿Y quién le mandaba ese dinero, su familia?

—Averiguarlo es mi siguiente paso. Pero el hecho en sí ya modifica la perspectiva del asunto, ¿no?

—Significa que podría existir un móvil para su muerte: el robo —acepta el agente tras un breve silencio.

—Efectivamente. Si la viuda no tenía cartilla de ahorros, es de suponer que guardaría ese dinero en su domicilio.

—El inspector Claramunt dijo que la casa estaba perfectamente

ordenada —alega Mielgo.

—Lo que no implica descartar el robo —insiste Lombardi—. Si el autor conocía el escondite pudo hacerlo sin organizar un estropicio. Y si ni siquiera forzó la puerta significa que tenía acceso relativamente fácil a la vivienda.

—Tiene sentido.

—Pues busquen esa suma. Si la encuentran, se elimina el móvil y asunto cerrado. Pero si no está ahí tenemos que suponer que alguien se lo llevó.

—¿El novio? —aventura el agente—. Puede que tuviera un cómplice que se la quitase de en medio mientras él estaba fuera.

—Suena un poco forzado, la verdad. Podría ser, aunque también es posible que ella le entregara voluntariamente esa suma, o parte de ella, con vistas a los gastos de su futuro domicilio.

—Y que se lo quedara tras su muerte —abunda Mielgo—, callado como un zorro. Al fin y al cabo, en ese caso sería un dinero sin dueño.

—Pertenecería a la madre y a la hermana de Leonor Sobrado como legítimas herederas —matiza el inspector—. Pero no avancemos teorías ni acusemos a nadie hasta que ustedes confirmen si está allí o no. Tiempo habrá de actuar en consecuencia. ¡Ah! Y otra cosa: si encuentran cartas u otro tipo de correspondencia, también pueden ser importantes, aunque ese extremo seguramente ya lo habrá comprobado Claramunt.

—Tomo nota y me pongo a ello.

La empleada hace gestos a Lombardi para anunciarle que su conferencia está lista.

—Pues ya me contará —se despide—. Ya saben dónde encontrarme.

—Cuente con ello, inspector. Buen viaje.

En Hermes responde doña Lupe, la cincuentona secretaria, que

reconoce la voz del antiguo compañero y se interesa por su nueva vida.

—Por aquí no se le olvida, don Carlos. A ver si nos hace una visitita.

—También yo la llevo a usted en el corazón, ya lo sabe.

—Veo que no ha perdido el recochineo.

—Se lo digo de verdad, mujer. Ande, sea buena y páseme a Torralba.

—Por ahí anda, zascandileando por el despacho del señor Ortega.

—Pues avísele con discreción, por favor, que es conferencia y no tengo tiempo ahora para las reconvenciones de mi viejo capataz.

Un clic metálico señala que la llamada ha pasado a otra terminal. Enseguida, el acento cordobés sustituye al silencio.

—Buenos días, jefe. ¿Todavía en Valencia?

—El tren sale dentro de un rato, pero no llegaré hasta la noche y conviene que hagan algunas gestiones.

—¿Novedades?

Lombardi duda unos instantes. En su charla con Serafín Mielgo ha hablado con total libertad de nombres y apellidos; al fin y al cabo se trataba de una conversación entre policías sobre un asunto oficial. La conferencia con un número privado de Madrid, en cambio, estará seguramente controlada desde la centralita, de modo que conviene cuidar el lenguaje para no ofrecer datos demasiado evidentes a oídos indiscretos. Torralba está suficientemente acostumbrado a esa cautela telefónica como para seguirle el juego.

—En principio, malas —responde—. La sota de copas falleció hace ocho meses.

—Vaya por Dios. Viaje malogrado, entonces.

—No del todo. He aprovechado para fisgar un poco en sus últimos

años y a lo mejor suena la flauta. Le llamo para que ustedes se encarguen de hacer algo parecido con las dos que visitaron. Deberían investigar a fondo sus relaciones epistolares. Ya sabe: cartas, telegramas, giros postales y demás… Puede que sea un trabajo inútil, pero quizá nos llevemos alguna sorpresa.

—Lo intentaremos.

—No sé si les va a ser fácil —advierte Lombardi—. Lo mismo hay que mimar a alguien, ya me entiende. Si pudiera encargarme yo no habría problema tirando de placa, pero tengo un montón de asuntos pendientes cuando vuelva a Madrid.

—Se lo diré al jefe, a ver si tiene mano donde corresponda.

—También convendría saber a qué se dedicaban sus correspondientes caballos antes de la guerra.

—Para eso basta con una llamada. Mañana lo sabremos. ¿Y la sota de oros?

—Hablé con ella —admite el policía—. Es dura como el pedernal y no hay manera de sacarle el nombre de su confidente. Pero no desespero: me ha pedido una prórroga.

—¿Prórroga?

—Una nueva entrevista. Le dejé un caramelito entre los labios antes de irme.

—No me diga que ha coqueteado con ella —apunta Torralba con cierta sorna.

—Claro que no, hombre. Hablaba metafóricamente, aunque le juro que es una mujer por la que merece la pena intentarlo. Simplemente, le sugerí que su difunto podría haber participado en algo feo. Así, como despedida. Me llamó al día siguiente, y la tengo sobre ascuas.

—Cuidado no se queme. Dice Ortega que es una hembra de bandera.

—Tampoco tiene mal ojo ese cagueta —admite el policía—. Bueno, hablamos mañana por la tarde en casa y ya le cuento con más calma mi visita valenciana.

Lombardi sabe que no huele precisamente a rosas, pero es un detalle que no llamará mucho la atención en un vagón de segunda, donde suelen mezclarse aromas de lo más variopintos. Por otra parte, la afluencia de viajeros en ese convoy parece escasa, y consigue encontrar sin dificultades asiento de ventanilla en una fila vacía.

De inmediato se enfrasca en el minucioso informe de Garriga, que ha demostrado ser un investigador competente y ordenado. Ante la ausencia de telegramas, en primer lugar, reseña las cartas. Solo cuatro en tanto tiempo; tres de ellas enviadas desde Murcia con un remite femenino. Probablemente sean de la madre, y este es un extremo fácil de comprobar. Otra, la más antigua, llegada sin remite y matasellada en Logroño el 12 de septiembre del treinta y nueve. Buscar su origen será tarea imposible.

En cuanto a los giros, hay diez de ellos registrados. El primero, el más cuantioso, de mil pesetas, con fecha de octubre del treinta y nueve. A partir de ahí, uno cada tres, cuatro o a lo sumo cinco meses con cantidades variables entre las quinientas y las novecientas pesetas hasta completar un total de ocho mil cuatrocientas. El último, de seiscientas, se realizó en mayo del cuarenta y dos. Giros que Leonor Sobrado se encargó de cobrar en la central de Correos de Valencia dos o tres días después de recibidos. Todos ellos tienen un mismo remitente, un tal Antonio Bravo, del que no se aportan más detalles y que bien podría ser el marido de su hermana si se hubieran enviado desde Murcia. Pero su origen es de lo más variopinto: dos se hicieron desde la localidad burgalesa de Salas de los Infantes, otros tres desde la soriana de El Burgo de Osma, y el resto desde dos oficinas de Correos diferentes de Soria capital.

De un primer análisis de los datos se pueden obtener un par de conclusiones curiosas. La primera es que los giros se ordenaron de forma alternativa en cada una de las cuatro oficinas, de modo que ninguna de ellas ha gestionado más de uno anual. El primero se produjo en lo que podría denominarse Soria-1, el segundo en El

Burgo, el tercero en Salas y el cuarto en Soria-2. Y en ese mismo orden todos los sucesivos. Puede ser casual, pero un esquema tan sistemático demuestra cierta premeditación. Por otra parte, cabe deducir que el señor Bravo está al tanto del fallecimiento de la viuda, puesto que desde mayo del año pasado no ha vuelto a enviarle dinero. Según la pauta de giros precedentes, Leonor Sobrado tendría que haber recibido otro en septiembre, octubre o noviembre del último año, y al menos otro más durante el año en curso, pero no hay constancia de ellos en la relación elaborada por el bueno de Garriga.

Es más que dudoso que los datos que tiene entre las manos permitan avanzar en el asunto de Emilio Fuentes, pero su compromiso como policía no se limita al alférez médico. En la vida y en la muerte de Leonor Sobrado subyace algo turbio, y eso no piensa dejarlo pasar.

Cuando llega a Madrid tiene muy claro cuál será su próximo movimiento.

Sangre y serrín

Miércoles, 12 de mayo de 1943

La estrechez en algunos tramos de la calle Cañizares no anima a los vehículos de motor de cuatro ruedas a aventurarse en ella; al fin y al cabo hay otras más o menos paralelas que comunican la de Atocha con lo que Galdós llamaba los barrios bajos de Lavapiés. Apenas carretas de tracción animal se atreven a circular frente al portal de Lombardi; por eso llama la atención cualquier coche detenido allí a primera hora de la mañana al salir de casa. Si además no tiene gasógeno, significa que dispone de combustible sin restricciones, y de ese privilegio solo disfrutan ciertos vehículos oficiales.

Consciente de que parecidas situaciones anteriores significaron complicaciones, intenta hacerse el sueco y aborda la acera a paso vivo para alejarse cuanto antes, aunque su pálpito se confirma con una llamada desde el interior del vehículo.

—Señor Lombardi, ¿tiene un minuto?

La voz, surgida de los asientos posteriores, tiene el levísimo acento de una garganta conocida. Bajo el sombrero, las cejas cobrizas de Bernard Malley se alzan con expresión casi suplicante, apoyadas por una mueca de seriedad en los labios. La presencia del agente británico suele augurar problemas, o al menos circunstancias fastidiosas. Mucho más si está cerrada la ventanilla de discreción que lo aísla del conductor, detalle que anuncia asuntos confidenciales.

—¡Qué sorpresa verlo por aquí, don Bernardo! —saluda él, incorporándose al coche—. Espero que no se trate de un nuevo lío con los nazis. Ahora que he vuelto a ser policía no es sensato que

me meta usted en sus fregados.

—Lo sé, lo sé. Mis felicitaciones por su rehabilitación. Y el motivo de mi visita no tiene que ver con los nazis. Bueno, en cierto modo.

—Déjese de rodeos, que no me gusta llegar tarde a la oficina.

—El caso es que… —En las pupilas azules de Malley se adivina un sello de indecisión—. En fin. Creo que es usted bastante amigo de Erika Baumgaertner. ¿Me equivoco?

El nombre de Erika en labios del británico le pone automáticamente a la defensiva.

—¿Y a usted qué narices le importan mis amistades?

—Sí, disculpe lo que podría parecer una intromisión por mi parte. Diablos, es que me cuesta un mundo explicarle esto, querido amigo… —Bernard Malley se quita el sombrero y atusa nervioso sus canas. Su palidez natural parece haberse acentuado—. La señorita Baumgaertner ha fallecido.

La estupefacción enmudece a Lombardi durante unos segundos hasta que consigue asimilar el significado de la última frase.

—Bromea usted, ¿verdad? —replica, aun sabedor de que la ironía no es propia de un tipo como el diplomático.

—Ojalá fuera una broma de pésimo gusto —dice este con ojos húmedos—. Desgraciadamente, es cierto.

La idea se le antoja absurda, y más si cabe en boca de un hombre tan ajeno a sus relaciones personales.

—Ella está en Alemania —se atreve a objetar como único argumento—. ¿Cómo puede saberlo?

—Precisamente. En Dortmund estaba hace una semana —puntualiza Malley frunciendo los hombros—. Fue una de las muchas víctimas del bombardeo de la ciudad.

Lombardi recibe la respuesta como un puñetazo en el estómago que

le deja sin resuello y transforma la soleada mañana en un espeso cúmulo de sombras.

—¿Cuándo dice que fue?

—La noche del cuatro al cinco.

Hace memoria. Mientras él viajaba a Zaragoza… De repente, se le aparece la jeta crispada de Goebbels, las víctimas, los edificios humeantes… Por un momento sospecha que en aquellas imágenes del NODO que vio en Valencia pudo haber contemplado sin reconocerlo el cuerpo sin vida de Erika… Pero no: aquello fue en Berlín, y semanas atrás.

—Lamento ser yo quien le traiga tan mala noticia, señor Lombardi. Pero creí que era mi deber hacérselo saber. Por mi deuda de gratitud con usted, y porque la embajada alemana nunca le habría comunicado la noticia.

—Pero ¿cómo está tan seguro? —protesta, y sus palabras brotan con un aire de súplica—. Puede ser un error.

—Me temo que no.

—Es imposible —porfía—. ¿Acaso conocen ustedes el nombre de todas las víctimas de esos bombardeos?

—Naturalmente que no —acepta Malley, comprensivo—. Solo los de aquellas personas que tienen especial interés para nosotros.

—¿Y qué interés puede tener Erika para los británicos estando tan lejos?

—Bueno, ahora que ha fallecido, ya no importa demasiado que se entere. Además, es usted persona de confianza y de probada discreción. La señorita Baumgaertner trabajaba con nosotros.

Lombardi tarda en asimilar el significado de lo que acaba de escuchar.

—¿Agente doble? —pregunta, escéptico.

—Y extremadamente valioso, dado su puesto en la embajada alemana.

La confusión deja paso a la incredulidad. Y se atreve a verbalizarla.

—Eso es imposible —rechaza—. Cuando la conocí, seguía al pie de la letra las órdenes de Hans Lazar. Incluso me presionó para que lo delatara a usted, para que le tendiera una trampa.

Malley esboza una sonrisa triste y vuelve a colocarse el sombrero.

—Trabajaba para el delegado de Prensa de la embajada alemana, es cierto —admite casi en susurros—, pero buena parte de aquella trama que menciona fue una comedia para probarlo a usted. Teníamos que estar seguros de que era un hombre fiable.

Podría tener sentido, admite para sí Lombardi. En realidad, su querida señorita Baum ha estado siempre a su lado, y a veces en momentos tan decisivos que hasta le salvó la vida. Una pesada sensación de culpa se le instala en las tripas, un estremecimiento lúgubre que le reprocha con insistencia haber sospechado de ella y le echa en cara sus prevenciones ideológicas sobre semejante relación.

—Así que trabajaba para ustedes, y ustedes la han matado —balbucea, acusador—. Porque habrán sido sus bombarderos.

Como respuesta, Malley pliega la mirada y cruza los dedos de sus manos sobre el regazo en actitud recogida y piadosa. Conociendo su beatería, tal vez está rezando. Y dadas las circunstancias, es de esperar que sea una íntima oración fúnebre.

—¿Por qué no estaba ella avisada de esos planes? —insiste el policía ante el férreo silencio.

—No es fácil la comunicación en el interior de Alemania —se justifica el británico—. La prueba es que hasta ayer no nos enteramos de la desgraciada noticia. Con una semana de retraso.

Él asiente sin palabras. Poco más puede decirse.

—La guerra es muy cruel, señor Lombardi. Usted debería saberlo

bien.

Claro que lo sabe. Por eso el hombre que abandona el coche se parece poco al que minutos antes había salido del portal lleno de ímpetu y planes de trabajo. Ahora es un tipo hundido, confuso y dubitativo que camina mirando al suelo con la misma inseguridad que lo haría un boxeador casi grogui.

Se pregunta qué es lo que siente, en realidad. Le viene a la memoria Irene, su jovencísima vecina, hija de Ramona y Abelardo, y el maldito instante en que un obús acabó con su vida cinco años atrás. Ambas, Erika e Irene, reventadas por las bombas, aunque lanzadas por banderas de distinto signo. No son comparables, porque lo de Irene fue una breve brisa de ilusión, y con Erika mantenía una relación algo más larga y estrecha, pero el resultado parece formar parte de una misma condena. Se censura de inmediato pensar en sí mismo como víctima, cuando la verdadera condena la han sufrido ellas.

Incredulidad, rabia, impotencia… ¿Pueden todos esos sentimientos unidos resumirse en uno solo? Sí, y su nombre es dolor. Un intenso dolor por el cruel destino de Erika, por saber que nunca más volverá a acariciarla, a escuchar su risa, a entrar como un toro al capote de sus polémicas ideológicas que ahora sabe impostadas. En realidad, no podría decirse que lo suyo fuera un noviazgo: apenas seis meses de esporádicos y breves encuentros dominados por la atracción sexual. Ella rechazaba la idea de una relación formal; decía que jamás deberían casarse, porque un hijo común tendría serios problemas con sus apellidos ante los compañeros de clase: Pepito Lombardi Baumgaertner era demasiado extravagante. Bromeaba, claro, y él le seguía la corriente alegando que el único apellido complicado sería el segundo. No, nunca se lo plantearon así: ambos disfrutaban las delicias del presente sin proyectar un futuro. Ahora, al conocer sus circunstancias personales, el policía entiende mejor esa disposición suya a vivir el momento sin proyectos. Pero sabe muy bien que Erika es ya un proyecto roto para él.

Sin ser consciente de ello, sus pies le han conducido hasta el Pudridero. De repente, se nota muy cansado, con piernas de plomo, los hombros hundidos. Lanza un profundo suspiro y hace un

esfuerzo de voluntad antes de abrir la puerta.

—¡Buenos días, inspector! —saluda cantarina Teresa Ochoa desde su mesa, aunque de inmediato, al observar al hombre meditabundo que irrumpe en el despacho, cambia su tono—: ¿Se encuentra usted bien?

—Una noche en blanco después del viaje —replica él de mala gana y tomando asiento—. Nada importante.

—Me alegro, porque tengo buenas noticias.

—Falta hacen.

—El agente Pulido se ha incorporado.

—Muy bien —asiente él sin ningún interés.

—Y redimido. ¿Sabe que me ha devuelto lo que me debía?

—Me alegro por usted. ¿Cómo lo ha conseguido?

—No lo sé, pero jura que ha dejado la bebida, y el juego. Parece milagroso.

—No creo en milagros.

—Bueno, es una forma de hablar —explica la secretaria—. El lunes se presentó aquí, me dio el dinero y se puso a disposición del departamento. Ya le he puesto al tanto de la investigación en curso.

—¿De la investigación? —replica él con gesto avinagrado—. Eso no es competencia suya, Ochoa. Se ha extralimitado en sus funciones.

—Lo siento —se excusa ella, achantada por el rapapolvo—. Como vino tan dispuesto, creí que…

—Cuanto aquí se decida debe contar antes con mi autorización —advierte rotundo el policía—. Espero que no lo olvide de ahora en adelante.

—Sí, señor.

—Me voy a ver al comisario Amorós —dice incorporándose con notable esfuerzo.

—Desde luego. ¿Y qué le digo a Pulido cuando llegue?

—Que la puntualidad es el mejor signo de redención. Y que espere sentadito a que yo vuelva.

El despacho de Amorós está lleno a esa primera hora de la jornada. Un enjambre de compañeros escucha las órdenes del día y repentinamente sale de estampida a cumplir con sus cometidos. Un par de ellos se mantienen aún frente a la mesa del comisario, quizá con las últimas matizaciones, y Lombardi aguarda a ver completamente despejado el panorama antes de invadir territorio tan poco grato. El propio Amorós lo invita a entrar cuando se queda solo.

—Pase usted, inspector. Y disculpe que vaya al grano porque tengo mucho trabajo. ¿Qué desea?

—Que me autorice otro viaje —dice, ocupando el asiento que se le ofrece.

—A ver, Lombardi. Parece que le incomoda la silla de su despacho. Pero no es necesario que me pida permiso para cada movimiento que hace, siempre que no sea caprichoso. Solo téngame al tanto de los resultados y justifique los gastos.

—Es por el adelanto de las dietas.

—¿Tan tieso anda?

—Hasta que cobre, como una vara.

—Pida usted un adelanto sobre el sueldo de este mes.

—¿Cree que me lo concederán?

—Supongo que sí. Hábleme de Valencia. ¿Alguna pista que merezca la pena sobre sus presuntos desaparecidos?

Lombardi explica sin ahorrarse detalles los pasos de su

investigación y la decepción que significó averiguar que el motivo de su viaje no podía declarar. Y sin dejar meter baza al comisario, su convicción de que la muerte de Leonor Sobrado tiene suficientes puntos oscuros como para justificar una nueva intervención.

—Pero vamos a ver… —objeta Amorós—. Si, efectivamente, esa mujer pudo ser asesinada como insinúa, es responsabilidad de Valencia.

—Desde luego. Y los compañeros de la comisaría del puerto ya se están moviendo en esa línea. Pero Castilla la Vieja es competencia de la Jefatura de Madrid, y por allí es donde, al parecer, se mueve el tal Bravo. Quiero averiguar quién es ese tipo y qué especial relación tenía con la viuda del sargento Collazo como para enviarle dinero. Y por qué dejó de hacerlo hace meses.

—¿Sospecha que pueda ser el autor de esa muerte?

—Eso es mucho aventurar, y prefiero no prejuzgar respecto a eso. Ya nos dirán desde Valencia si hay indicios complementarios o no. Pero que Antonio Bravo sabe del fallecimiento de Leonor Sobrado parece evidente. ¿Cómo lo sabe si no intercambiaban correspondencia? ¿Tiene conocidos en Valencia que le informaron al respecto? Y, sobre todo, ¿qué deuda tenía con ella para ser tan generoso?

—Interesantes preguntas. Aunque se apartan de sus competencias. Sabe que solo está autorizado a investigar asuntos pendientes, y esa muerte, sea homicidio o accidente, es un caso actual. Eso cambia por completo el sentido de su investigación.

—Hasta cierto punto. Esa mujer formaba parte del que usted llama club de las viudas, y es, por tanto, responsabilidad mía. Además, ¿quién puede asegurar que no guarda relación con un asunto pendiente? Solo estaremos seguros cuando sepamos quién es ese fulano, y para eso tengo que encontrarlo y hablar con él. De quedar fuera de mis atribuciones, pasaré esa información a Valencia y que sigan ellos, si es que hay caso abierto.

Amorós rezonga. Por fin, se encoge de hombros y autoriza verbalmente la solicitud, de tal forma que la concesión suene como

una orden.

—Busque a ese fulano —aunque de inmediato matiza—, pero téngame al tanto a diario de sus andanzas fuera de Madrid.

—¿Que le llame todos los días, quiere decir?

—Basta con que comunique a su secretaria dónde anda y lo que hace. Por si necesito entrar en contacto con usted. No quiero conflictos gratuitos con Valencia.

—Así lo haré —acepta resignado el absurdo control impuesto.

Cuando regresa a su cubil, los peldaños parecen doblemente altos y las piernas no le responden como de costumbre. Una bestia imaginaria le muerde las entrañas, o el agujero que pueda quedar en ese sitio tras la noticia con que comenzó este oscuro día. El trabajo funciona como paliativo del dolor y el aturdimiento, pero en cuanto vuelve a estar a solas la imagen de Erika retorna de la muerte para recordarle que tiene que cerrar como sea esa parte de su vida, no por corta menos intensa. Aunque no le explica cómo hacerlo.

Al abrir la puerta, descubre que la mesa de la izquierda está ocupada. Cayetano Pulido se incorpora de un salto.

—Buenos días, señor inspector.

El agente se ha afeitado y aseado a conciencia, aunque el traje negro le da un aspecto de empleado de pompas fúnebres; está claro que no quiere parecerse al idiota de su primer encuentro. Aun así, a Lombardi le provoca un rechazo inmediato: no es fácil saludar con naturalidad a quien has partido los morros cuatro días antes por amenazarte con su arma. Ese reencuentro necesita una charla personal, sin testigos.

—Vamos afuera, Pulido.

En el corredor pueden hablar a calzón quitado, sin la mirada y los oídos de una secretaria que parece de nuevo abducida por los presuntos encantos de quien la ha maltratado durante los últimos años. Como preámbulo conciliatorio, el inspector extiende su

cajetilla de Ideales. Pulido la rechaza con una frase de gratitud, y su jefe celebra que el tabaco no forme parte también de la lista de vicios del incómodo subalterno. Una diferencia más entre ambos, concluye Lombardi. Le viene a la memoria un comentario irónico de Begoña, su exmujer, respecto a su desmedida afición a la nicotina: le decía que para hacer tiempo entre pitillo y pitillo, se entretenía fumando. No sabe por qué semejante humorada crítica ha saltado de repente a su cabeza desde la oscura gruta del olvido, pero el día ha empezado tan raro que hay que asumir con humildad las jugarretas del inconsciente.

—Espero que su vuelta al departamento esté basada en una decisión madura y razonada —dice, tras un silencio de piedra envuelto en humo.

—Sí, señor.

Lombardi apoya los codos en el pretil, como si hablase a los patios interiores, sin mirar a su interlocutor, que asiste a la escena con la timidez del alumno ante un maestro cabreado.

—Sepa que no voy a permitir que vuelva a las andadas, al menos aquí dentro. —El silencio sumiso de Pulido anima a continuar—. Todos cargamos con nuestro saco de mierda, pero no podemos dejar que domine nuestra vida y acabe con nosotros. Le hablo desde el punto de vista profesional. En lo personal, naturalmente, allá usted, siempre que no repercuta en su trabajo. ¿Entendido?

—Lo entiendo, inspector. Y le juro que no volveré a crear problemas.

—Consideremos entonces que acabamos de conocernos —dice, incorporándose y extendiendo su diestra con la mirada fija en los ojos del agente. Pulido la estrecha con discutible firmeza y le transmite el sudor frío de su palma; su mirada resulta un tanto esquiva.

—A su disposición para lo que ordene —responde, disciplinado—. Teresa… La señora Ochoa ya me ha puesto al corriente del trabajo.

—Lo sé. Pero dedicar dos investigadores al caso sería como matar

moscas a cañonazos. De momento, basta y sobra conmigo para eso.

—¿Entonces?

—Busque entre los expedientes del archivo. Elija uno para empezar a moverse. O un par de ellos. Las posibilidades de éxito son igualmente escasas, ya sabe dónde estamos. Actúe con libertad y póngame al corriente cuando haya tomado una decisión.

—Así lo haré. Gracias por su confianza.

—Ahórreselas, porque no es una concesión gratuita. La confianza tendrá que ganársela día a día. Quizá convenga que se presente usted al comisario Amorós para comunicarle su reincorporación. Tendrá que autorizar su caso, cuando lo decida.

—Es lo primero que hice el lunes.

—Entonces, vamos a trabajar.

Hechas las paces, se reincorporan al despacho. Pulido va directamente a husmear en el archivo, en tanto Lombardi apaga el cigarro en el cenicero de su mesa y encarga a la auxiliar las gestiones de su próximo viaje con las dietas correspondientes y firma una solicitud de adelanto salarial que ella se ocupará de rellenar.

—Hoy tengo un día movido, así que no creo que vuelva a pasar por aquí excepto para recoger las dietas en caja; y el adelanto, si lo confirman.

—Lo del adelanto tardará unos días en tener respuesta.

—Estaré en casa a media tarde. Creo que entre mis datos personales tiene usted mi número de teléfono. —Ochoa asiente—. Llámeme allí con cualquier novedad.

Le zumban los oídos y una especie de bruma gris se le ha instalado en la cabeza. Los espacios cerrados le atosigan y necesita pisar la calle. La repentina y definitiva ausencia de Erika se ha traducido en

carencia de aire para respirar y decide prescindir del metro para caminar hasta la glorieta de Embajadores. El mundo exterior parece haberse esfumado y todo cuanto pueda suscitarle interés se desarrolla en su interior en forma de pesadilla. Tiene los ojos húmedos, y sabe que en cualquier momento se le escapará alguna lágrima como homenaje a su amiga desaparecida.

Le da por comparar sus últimas experiencias afectivas duraderas, tan distintas. Con Begoña convivió casi dos años como matrimonio, con Erika apenas seis meses y a salto de mata. Aunque en ambos casos amargos, los finales de esas relaciones tienen un sabor muy distinto: de su mujer se separó voluntariamente, mientras que con la sorprendente señorita Baum ni siquiera ha tenido la oportunidad de una despedida.

Apoltronado en un asiento de la camioneta que lleva a los Carabancheles, prosigue la lenta cocción de su duelo. Y por asociación de ideas rememora el interrogatorio a Vicente Pons, el estibador que a su regreso a Valencia se enteró de que la novia que le esperaba ya no existía. Algo parecido debió de sentir el pobre tipo cuando el inspector Claramunt ejerció de mensajero fúnebre, idéntico papel al que Bernard Malley ha representado para él. Pocas cosas se pueden decir a quien ha sufrido semejante golpe más allá de que la vida es puñetera, como se atrevió a concluir él mismo con el abatido trabajador del puerto. Y esa misma frase repiquetea ahora en su cabeza, como un lema que pretende ser paliativo de la desgracia.

El recuerdo de Pons, sin embargo, le ha servido para restablecer contacto con el mundo real, de modo que cuando pisa el umbral de la cárcel de Santa Rita se despoja en lo posible de sus dramas personales para recuperar la frialdad exigible a todo buen investigador. Al solicitar interrogatorio a Federico Muelas se teme que pueda haber hecho el viaje en balde, si es que el preso trabaja a esas horas en las obras de la cárcel de Carabanchel como hacen la mayoría de los reclusos. Aunque tiene suerte, después de todo, porque el reo es de condena reciente y aún no forma parte del numeroso grupo de redención de penas por el trabajo que integran mayoritariamente los presos políticos de la guerra sometidos a largas condenas.

Delgado, larguirucho, con gafas redondas sin montura, Muelas tiene el pelo rubio cortado casi al cero, nariz aguileña y ojos perspicaces, aunque huidizos. Apenas veinte años de vida y ya parece un recluso veterano por el olor a basura rancia que desprende su ropa.

—Tenía mis dudas de encontrarlo aquí a estas horas —dice Lombardi a modo de saludo—. Pensé que estaría trabajando en la nueva cárcel.

—Lo he pedido. Cuanto menos tiempo pase aquí, mejor. Pero no se han tomado muy en serio mi solicitud.

—Paciencia —susurra el policía para llevar la conversación por territorios inaccesibles al funcionario que hace guardia junto a la puerta—. La burocracia es una de las mayores lacras del Nuevo Estado.

—A este paso conseguiré una rebaja de condena de un par de semanas —ironiza el reo con gesto agrio.

—Tampoco piense que aquel es un trabajo de oficina. Te desloman.

—Lo sabe por experiencia, creo.

—Ya veo que Manolo Battiato cumplió su promesa y le habló de mí. Hablemos mejor de usted, si le parece. Le condenaron por propaganda, ¿no?

Muelas asiente con un cabeceo antes de confirmar los hechos.

—Llevaba encima media docena de panfletos del Partido Comunista —confiesa entre dientes—. Ni uno más.

—Buen balance: un año de cárcel por cada dos hojitas de papel. ¿No le acusaron de pertenencia al partido?

—Solo de propaganda ilegal —confirma el preso con firmeza.

Lombardi valora unos instantes la respuesta de Muelas antes de presentar sus objeciones.

—Es un poco raro, si me permite opinar.

—Dije que los había encontrado en la Facultad y que me los guardé para leerlos después.

—Y le creyeron sin más. Los chicos de la Puerta del Sol son cada día más comprensivos. Fue allí donde lo llevaron, ¿no?

—Allí me tuvieron una semana, sí. Luego me mandaron aquí como preventivo, y aquí sigo después del juicio. Tres años de condena.

—No tome esta charla como una revisión crítica de su proceso. Personalmente, pienso que nadie debería estar encerrado por sus opiniones políticas, pero ya sabe lo apañadita que nos ha quedado España después de la guerra.

Muelas asiente con una mueca de desagrado.

—Lo que usted haya hecho es asunto suyo —abunda el inspector—. Pero le repito que es muy llamativo que solo le acusaran de propaganda.

—¿Cree que delaté a alguien a cambio de un trato de favor? —La mueca del preso muta a expresión de ofensa—. No soy un soplón.

—Yo no creo nada, ni le acuso de nada. Intento hacerme una idea, por eso pregunto.

—Me forraron a hostias para que les diera nombres y tenía la cara como un eccehomo, pero no dije ni pío.

—Valiente. No todos aguantan tanto —dice Lombardi, y es sincero —. Pero algo hubo. Conozco bien a la policía franquista y sé cómo funcionan sus jueces. Ni una ni otros tienen el menor empacho en endosarte lo que has hecho y lo que no para encerrarte media vida o quitártela por completo.

El recluso enmudece ante la cruda apreciación que acaba de escuchar. Se ajusta como un guante a la realidad, pero quien la ha expresado no deja de ser policía, y tal vez solo se trate de un cebo.

—Bien —insiste el inspector ante el silencio que recibe como respuesta—. Dejémonos de rodeos y abordemos el asunto que me interesa. Al fin y al cabo soy yo quien le está pidiendo ayuda, de

modo que es justo que le ponga las cartas boca arriba. Mi único interés está en el atentado que costó la vida a Santiago Trillo, y del que usted declaró saber algo.

Federico Muelas le dedica una mirada torcida, pero mantiene su mutismo.

—Le habrá explicado Battiato quién soy, y que no tengo ninguna intención de perjudicarlo. Puede usted guardar silencio, que lo entenderé.

Lombardi saca su tabaco y hace un gesto al vigilante, que se encoge de hombros. El joven acepta un cigarro y, una vez encendidos ambos, el policía deja la cajetilla sobre la mesa, a media distancia entre ellos.

—He leído el expediente sobre ese atentado —agrega el inspector—. Dice que usted atribuyó esa operación a dos militantes comunistas que cayeron después en Granada en un enfrentamiento con la Social. ¿Es cierto?

El joven cabecea silencioso entre el humo.

—Lo que me cuente no saldrá de aquí; quedará entre nosotros, se lo aseguro —insiste el policía—. Pero si piensa seguir callado dígamelo ya, que tengo trabajo pendiente y no me gusta perder el tiempo.

—Algo así me dijeron entonces —se anima el preso, hilando lentamente las palabras, como si se asegurase de pisar terreno firme —. Llevaba cuatro días allí cuando se presentó en la celda un comisario de la Social, un tal Lamela. Dijo que era un mocoso sin importancia y que no merecía la pena dedicarme tanto tiempo. Y que, aun así, podía quedarme sin apellido. Ya sabe, que me iba saltar todas las muelas.

—Graciosillo el señor Lamela.

—Sí, mucho. Me ofreció un trato a cambio de conservar la dentadura.

—Lógico. Un comisario de la Social no regala nada. ¿En qué

consistía su propuesta?

Federico Muelas da un par de caladas a su pitillo mientras parece decidir si avanzar o no por la senda que acaba de abrir.

—Solo me acusarían de propaganda —confiesa al fin—. Nada de asociación para la rebelión, aunque estaban seguros de mi pertenencia al Partido Comunista de España. Tres años de cárcel, que con la redención de penas por el trabajo podían quedarse en dos. Y la posibilidad de recuperar luego mi carrera sin expedientes disciplinarios.

—Generosa oferta. ¿A cambio de qué?

—Tenía que firmar una declaración que acusara a esos dos hombres del atentado contra Trillo.

—¿Usted los conocía?

—¡Qué va! Ni siquiera sus nombres. Nunca había oído hablar de ellos. Entre nosotros, dudo mucho que estuvieran en Madrid en las fechas de esa operación. Pero eso no importaba. Lo único que tenía que declarar es que en ambientes comunistas se daba por seguro que habían sido ellos.

—Entiendo. ¿No se temió algún tipo de trampa? Que fuera un montaje.

—Me enseñó los expedientes de aquellos hombres —abunda el preso—. Fotos de sus cadáveres, el informe oficial de su enfrentamiento armado con la policía, sus historiales como militantes… Sí, claro que podía ser un montaje. Me dio un par de días para pensármelo, dos días en los que no volvieron a tocarme el pelo y pude beber agua a discreción y roer un poco de pan duro.

—Y finalmente aceptó.

—Le di muchas vueltas. Si se hubiera tratado de compañeros vivos me habría negado, pero al fin y al cabo ningún mal podía causarles ya mi falsa declaración. Después de todo, eran mártires por haber caído con las armas en la mano. Atribuirles ese atentado acrecentaba si cabe su aureola de combatientes.

—Tiene razón, suponiendo que esos nombres correspondieran a los cadáveres que le mostraron. ¿No se le ocurrió pensar que podía estar acusando a dos compañeros aún vivos?

—Claro que sí —replica el preso con expresión digna—. Y se lo dije a Lamela.

—A riesgo de su dentadura.

—Al contrario. Comprendió perfectamente mis objeciones. Por eso redactó la declaración especificando claramente que los rumores hacían referencia a dos comunistas muertos en Granada en fecha posterior a los hechos de Madrid, cuyos nombres yo ni siquiera conocía.

—Ya. La identidad de aquellos hombres era secundaria; incluso podían utilizar nombres falsos, algo frecuente en la clandestinidad. Lo importante era que esos dos cadáveres apechugaran con el asesinato de Santiago Trillo. Sin posibilidad alguna de desmentirlo, naturalmente.

—Eso es.

—No está mal pensado. Bien, señor Muelas, ya me ha sacado de dudas. Agradezco su sinceridad y le deseo una estancia lo más corta y llevadera posible en esta pocilga. Ojalá no llegue a estrenar Carabanchel.

Lombardi recoge un par de pitillos de la cajetilla y entrega el resto al preso, que asume el regalo con una sonrisa beatífica antes de ponerse en manos del funcionario que le conducirá a su celda.

Durante el viaje de regreso a Madrid no deja de darle vueltas a la extraña maniobra del comisario Lamela; o no tan extraña, porque ya ha conocido casos de manipulación similares en otros policías. Si el asunto se presenta demasiado complejo y las investigaciones te llevan a un callejón sin salida, lo más sencillo es falsear testimonios y culpar de los hechos a quienes no pueden declarar en contra del fraude. Caso resuelto y felicitación. Así se ha forjado más de una carrera profesional. Basta con que estés ojo avizor y elijas al pagano más débil para endosarle la declaración decisiva, aunque en el caso

de Muelas se trate tan solo de un testigo de oídas.

Aparte de confirmar que el comisario Lamela es un golfo, la gestión en Santa Rita ha sido decepcionante, porque la muerte de Trillo sigue siendo una incógnita. En realidad, todo se ha complicado a raíz del viaje a Valencia. La búsqueda de cuatro desaparecidos se ha transformado en una madeja embrollada de sospechas, una telaraña que ha perdido su centro original de Belchite para extenderse en varias direcciones, de forma que se corre el riesgo de perder la perspectiva. Una de esas líneas de investigación, la de Fermín Toledo y los masones, está abandonada desde hace días, y recuerda que ni siquiera ha podido cumplir su pactada cita con Donato Andueza. Con un esfuerzo de voluntad, olvida sus reticencias al subsuelo y desde Embajadores toma el metro hasta Estación del Norte. Desde ahí se dirige caminando hasta el Cerro del Cuervo sin poder apartar del pensamiento el recuerdo de Erika, diciéndose que quizá Malley se equivoca y negándose de inmediato a aceptar este infantil truco del inconsciente para sembrar en él vanas esperanzas.

El día se ha puesto cálido y llega sudoroso a casa del escritor. Como la primera vez, es necesario llamar repetidamente a la puerta antes de que se abra. La única diferencia respecto a la primera visita es que hoy Andueza viste un roído batín de cachemira, probable residuo de sus tiempos gloriosos. Por lo demás, presenta el mismo aspecto de descuido, ofrece idéntico gesto de extrañeza y repite de nuevo el ritual de limpiarse las gafas con el pañuelo antes de responder al saludo del visitante.

—Usted dirá, joven.

—Quedé en pasar ayer, señor Andueza, pero he estado de viaje. Siento el retraso.

—Disculpe —responde el escritor con expresión de desconcierto—, ¿sería tan amable de identificarse?

Una nueva fuga de memoria. Lombardi duda si despedirse sin más, porque repetir de nuevo su entrevista precedente sería insufrible. Y tal vez para llegar al mismo final. No obstante, se identifica y asocia su nombre al viejo caso del hombre con rayos X en los ojos que tan buen resultado dio anteriormente.

—Quedó usted en mostrarme aquel cuadernito escolar que le sirvió de base para escribir La doctrina invisible —agrega—. Me dijo que lo tenía en el trastero. ¿Recuerda?

El rostro de Andueza se convierte en una convención de guiños y muecas. Por fin, alza las cejas, como si hubiera hallado luz al final de un túnel.

—Quiero recordar que sí —murmura—. Estuvo usted en casa, ¿verdad? Hace mucho de eso, ¿no?

—Eso es —confirma él en tono amable—. La semana pasada. Estuvimos arreglando el mundo en una charla muy agradable. Me dijo que buscaría ese cuaderno y que volviese ayer. Me ha sido imposible venir antes.

—Claro. El caso es que lo olvidé. Ya sabe usted, me pongo a otras cosas y…

—¿Terminó la novela que tenía que entregar?

—Ehhh… Sí, por supuesto. Ahora le doy vueltas a la siguiente. Tengo dudas sobre la trama y aún no me he decidido. En esas anda mi cabeza, sí.

—No me gustaría interrumpir su trabajo, señor Andueza. Si está tan liado ahora, puedo volver en otro momento.

—Sí, desde luego. ¿Qué le parece mañana?

El inspector acepta resignado el nuevo retraso, sin muchas esperanzas en la memoria del escritor.

—Mañana salgo de viaje de nuevo —explica—, presumiblemente a primera hora; pero en cuanto regrese a Madrid me paso por aquí.

—De acuerdo. Para entonces tendré ese cuaderno. Y siento las molestias, señor…

—Carlos Lombardi.

—Eso es… Señor Lombardi. Recuerdo que me cayó usted bien. No

me gustaría decepcionarlo de nuevo. Pero esta memoria me trae por la calle de la amargura, discúlpeme.

—Nada que disculpar, señor Andueza. Volveré dentro de un par de días.

Las gestiones le han llevado toda la mañana. Es hora de comer, pero la sensación de hambre ha quedado postergada por la otra, la única que domina su ánimo en las últimas horas. Pasa por la Puerta del Sol a recoger el adelanto de sus dietas y, sin asomar por el Pudridero, decide refugiarse en casa. En cuanto entra va directo al cajón del aparador para depositar la sobaquera con el arma. Allí, sobre papeles y elementos domésticos, está la postal de Erika, la única que le ha enviado desde que se fue a Alemania para no volver. Es una foto de la puerta de Brandemburgo con un Hitler de aspecto fiero y una cruz gamada coronando el monumento, una composición vomitiva. El texto del reverso se lo sabe de memoria: Saludos nacionalsocialistas. Deseando volver a verte. Erika. Deliciosamente fingidora la señorita Baum.

Con una copa y la botella de coñac sobre la mesita baja, se apoltrona en el sillón del comedor a repasar su mala suerte con las mujeres desde el divorcio. No piensa emborracharse; no es de los que creen que narcotizar de ese modo el dolor sirva para otra cosa que crearte males complementarios cuando llegan el mal cuerpo y la resaca. Pero el licor templa el cuerpo y desinhibe para enfrentarse a los hechos. Nada de mala suerte con las mujeres, se reprocha; son ellas quienes padecen esa fatalidad, léase Irene y Erika, y tal vez sea que él atrae inconscientemente a las que llevan ese trágico destino marcado a fuego. En todo caso, la capacidad de sufrir solo corresponde a los vivos y es natural que surjan preguntas absurdas y conclusiones irracionales ante acontecimientos tan inapelables. El desconsuelo no se puede combatir con el cerebro; para hacerlo solo vale superponer sedimentos de tiempo que envíen poco a poco al fondo de la memoria ese punto ardiente clavado en las entrañas. Eso, o volverse tarumba y olvidarlo casi todo, como el pobre Andueza, cuando las dosis de sufrimiento son tan intensas y repetidas que se hacen insoportables.

Él no piensa hacerlo, volverse tarumba; solo necesita un duelo adecuado en homenaje a una mujer que no era quien decía ser y que, sin embargo, le gustaba a rabiar a pesar de su aparente oposición ideológica. ¿Alguien podría llamar amor a esa emoción? A saber… Si el amor consiste en interés por el otro, en la alegría de su proximidad y la búsqueda de su bienestar, probablemente sí; aunque él no se atreve a tanto. Nunca se ha considerado un sentimental; al contrario: a menudo se censura sus excesos de racionalidad, su ausencia de ternura, el dominio del cerebro sobre el corazón. Quizá no era amor todavía, pero está jodido, y admitirlo sin tapujos es el primer paso para salir del hoyo.

El teléfono rompe su discurso interior, aunque necesita dos o tres timbrazos para emerger de sus pensamientos y ser consciente de la llamada. Perezosamente, se incorpora para descolgar el inoportuno bicho de baquelita y atender a la voz femenina que le pregunta si acepta conferencia desde Valencia.

—Soy Claramunt —se escucha al otro lado de la línea cuando da su consentimiento—. Su secretaria me dio el teléfono de su casa.

—Buenas tardes, inspector. Supongo que me llama con novedades.

—Las hay, las hay… Registramos hasta el último rincón del domicilio de Leonor Sobrado y, efectivamente, encontramos el dinerito.

—Buenas noticias, entonces.

—Casi ocho mil pesetas. Las escondía en una baldosa desprendida debajo de la cama.

Lugar típico, se dice Lombardi: en los tiempos que corren son muchos los que, con buen criterio, no se fían de los bancos y guardan sus ahorrillos debajo del colchón, en un calcetín o bajo una loseta.

—Enhorabuena. Gran trabajo.

—Así que, descartado el robo, descartado el homicidio —apunta Claramunt con aire triunfal.

—Pues sí, parece que tenía usted razón. Mis disculpas por dudar.

—No las merece. Al fin y al cabo, sus dudas nos han llevado a completar un caso cerrado.

—Gracias por informarme, inspector. Saludos a Mielgo de mi parte.

—Lo haré. Y ya sabe dónde andamos; no se olvide de pasar a vernos si vuelve por Valencia.

—Cuente con ello.

De regreso al sillón frente a su copa, reflexiona sobre las conclusiones de Claramunt, que pueden o no ser acertadas. De momento, el hallazgo del dinero descarta el móvil del robo en la muerte de la viuda, y de forma colateral la posible implicación del novio a través de supuestos cómplices como aventuraba Mielgo en un alarde especulativo. Pero solo de momento, hasta que pueda tomar declaración al tal Antonio Bravo y este le explique unas cuantas cosas de su relación con la víctima.

La inercia de la reciente conversación le ha devuelto a la realidad, y con ella a los asuntos que quedaron pendientes con su viaje a Valencia. Uno de ellos, y no el menos importante, es su cita con Marta Zúñiga, y la sobremesa puede ser un buen momento para encontrarla en casa si su actividad social no la ha obligado a comer fuera. La voz de la viuda al identificarlo delata un punto de ansiedad contenida que él se esfuerza en aplacar.

—No piense que me he olvidado de usted —dice—, pero mañana vuelvo a salir de viaje. Nos veremos a la vuelta, si le parece.

—¿A la vuelta? —rezonga ella sin ocultar su decepción—. ¿Y no podría ser hoy?

—Trabajo hasta tarde.

—Le invito a cenar.

—Gracias, pero tendrá que ser otro día. No creo que pueda llegar.

—Pues a última hora, si es que acepta una copa. Tiene cosas que

contarme.

—Y usted, ya que lo dice.

—Sí, yo también. Y creo que mi empeño en ocultarle datos solo nos perjudica a ambos.

—Celebro que haya cambiado de opinión.

—Así es. Y cuanto antes lo aclaremos todo, mejor. Por favor, venga hoy —insiste ella con voz suplicante.

—De acuerdo —cede por fin—, pasaré por su casa, pero no puedo garantizarle una hora exacta.

—No importa, soy trasnochadora. Muchas gracias.

La segunda copa tiene efectos sedantes, y con la tercera, la comodidad del sillón le invita a tumbarse. Cuando el timbre de la puerta lo despierta comprueba en el reloj que ha dormido casi dos horas. Desperezándose de la imprevista siesta, acude a abrir para encontrarse con Torralba y Quirós.

—¿También viene usted? —saluda a la auxiliar con gesto de sorpresa—. No la esperaba.

—Si molesto me voy.

—No, por favor…

—Es culpa mía —tercia Torralba mientras cuelga su fedora en el perchero—. Me dijo usted que nos veríamos aquí esta tarde y deduje que se refería a los tres.

—Perfecto. Adelante.

—¿Se encuentra bien, inspector? —se interesa Quirós camino del comedor.

—Sí, ¿por qué?

—Tiene un aspecto horrible.

—Me quedé dormido en el sillón —se excusa él repeinándose con los dedos.

—Después de celebrar algo, según parece —agrega ella al reparar en la copa mediada y la botella de coñac.

—Hay poco que celebrar, la verdad. El asunto está de lo más enrevesado. Siéntense y les pongo al día. Si quieren tomar algo…

La pareja rechaza la oferta y se acomoda. Alicia Quirós en el sofá, y Andrés Torralba en el mismo sillón que vuelve a ocupar el anfitrión después de retirar su bebida. Con calma, intentando sobreponerse a su decepcionante estado de ánimo, Lombardi refiere los pormenores de su viaje a Valencia y las dudas que le suscita su resultado, especialmente en lo que se refiere al fallecimiento de Leonor Sobrado y su peculiar relación con el tal Antonio Bravo.

—¿Pudo ver el informe forense? —se interesa Quirós cuando el inspector da por concluido su relato.

—No, ningún documento. Solo escuché el testimonio del inspector Claramunt.

—Podría interesarme por ese informe desde el departamento de identificación. Pedirles una copia.

—De eso nada, Quirós. Hacerlo la implicaría personalmente más allá de sus competencias. En todo caso, debería solicitarlo yo por los cauces adecuados. Pero pondría furiosos a los compañeros del Grao, y de momento prefiero tenerlos de mi lado que enfrente. Claramunt me aseguró que el informe no registraba lesiones complementarias y no tengo motivos para dudar de su palabra.

—¿Ni un rasguño, ni un trauma óseo? Pues es muy raro si el golpe se produjo en una caída.

—Eso creo yo. ¿Alguna hipótesis?

Torralba se encoge de hombros, pero la auxiliar se atreve a expresar sus dudas.

—Sin conocer personalmente el escenario no me atrevería a opinar,

pero desde luego hay algo que no encaja.

—Yo lo conozco, y desde el principio llevo imaginando una situación muy distinta a las conclusiones de Claramunt.

—¿Por ejemplo?

—Leonor Sobrado es agredida por sorpresa en la playa. El golpe la deja fuera de combate. Después, el autor o autores de la agresión la arrastran hasta la orilla y la ahogan sin resistencia alguna por su parte.

—Mucho más acorde con ese informe forense —aprueba ella.

—Desde luego.

—Eso implicaría premeditación —tercia el cordobés—. ¿Y el móvil? Descartado el robo o la agresión sexual, ¿qué nos queda para sostener la hipótesis de un homicidio? ¿La venganza, los celos? ¿Se sabe si esa mujer había hecho una faena a alguien, si tenía un segundo amante o aspirante a serlo?

—Buenas preguntas —subraya el inspector—. Claramunt asegura que investigó en su ambiente y no encontró a nadie así. Parece un tipo competente en la búsqueda de datos, reuniendo información. Otra cosa es la conclusión que saque con lo que obtiene. Les confieso que estuve a punto de comprarle su versión de los hechos a pesar de su difícil encaje con la autopsia. La existencia de los giros postales nos obliga a ponerla al menos en cuarentena hasta conocer a ese tal Antonio Bravo. Mañana voy en su busca.

—No sé, la verdad —objeta el antiguo guardia de asalto—. A mí…, a Hermes en realidad, nos interesa tan solo uno de esos hombres, el caballo de oros, el alférez médico Emilio Fuentes. Quizá estamos dispersando esfuerzos.

—Es un hilo del que tirar —objeta Quirós—. Y cuando no hay otros…

—Ya, pero lo mismo no hay conexión entre esos cuatro hombres —replica Torralba—. El hecho de que todos desaparecieran en Belchite no implica que estuvieran vinculados más allá de una

relación circunstancial. Entiendo que como policía quiera usted investigar una muerte rara, jefe, pero igual se desvía de lo que nos interesa.

—No estamos parados mientras tanto —argumenta Lombardi—. Ustedes ya andan con las investigaciones postales de las otras viudas, ¿no?

—Que tampoco ofrecen nada de momento. La correspondencia de la viuda de Irujo, la que vive en Madrid y se volvió a casar, está más limpia de giros que una patena. La de Segovia todavía tardará, pero me temo que el resultado sea parecido.

—La actividad de sus parejas puede ser importante. Si hay algo en común que pueda sugerir cierta relación…

—Irujo era peón de albañil, y Jiménez, dependiente en una tienda de ultramarinos. Ya me contará qué tienen en común con un estudiante de Medicina y un viva la Virgen como Collazo.

—Razón de más, Torralba —insiste la auxiliar—. Lo único que ofrece algo similar a una pista es lo de Valencia. Bueno, y la viuda de Fuentes, nuestra sota de oros, que parece flotar por encima de toda sospecha.

—Volveré a verla esta noche, y me ha prometido hablar claro después de su actitud cerrada de nuestro primer encuentro. A ver en qué nos ayuda. Sí, lo cierto es que estamos ante un asunto complejo. Vamos a refrescar los datos de que disponemos, si les parece.

Ambos suscriben la propuesta sin palabras y el policía se siente autorizado a resumir la situación cuando el teléfono frena su propósito. Acude a responder la llamada, toma unas notas entre monosílabos y se despide de su invisible interlocutora.

—Gracias, Ochoa —dice antes de colgar, y aclara a sus contertulios —: Detalles sobre el viaje de mañana, disculpen. Ya que me he levantado, vuelvo a ofrecerles algo de beber. ¿Una cerveza? Yo necesito algo sólido.

—No me diga que no ha comido.

El reproche de Quirós se queda flotando en el aire porque el inspector se pierde rumbo a la cocina. La auxiliar interpela al detective.

—¿Sabe usted qué le pasa?

—¿Por qué cree que le pasa algo?

—Parece mentira que no se haya dado cuenta. Nos recibe hecho un adán, no ha comido y estaba aquí dale que te pego a la botella.

—No creo que tenga importancia, mujer. A veces se centra tanto en los casos que se olvida de sí mismo y del mundo que lo rodea.

—Será eso —concluye ella sin mucha convicción.

Lombardi reaparece en el salón con una bandeja, un par de botellines abiertos y dos vasos. Entre los dientes sujeta una manzana, que muerde a fondo una vez ha depositado las bebidas sobre la mesita.

—Vamos con ese resumen entonces —dice tras sentarse de nuevo y engullir el primer mordisco—. Cuatro hombres que presumiblemente no tenían ninguna vinculación antes de la guerra, tal y como declaran sus viudas, que desconocen la identidad de los otros. La guerra es lo único que los relaciona. Concretamente, Belchite y su desaparición en la batalla. Previamente, dentro del pueblo se produce un episodio que ni siquiera sabemos si implica a los cuatro, pero sí con seguridad a uno de ellos; tal vez a dos. Durante la investigación surgen un par de ramas: la primera, el nombre de Fermín Toledo y la posible relación de su trágico final con su filiación masónica; después, el conocimiento de la muerte de una de las viudas y los sospechosos giros postales que recibía. Eso, a grandes rasgos, es lo que tenemos. Si a ustedes se les ocurre algún enfoque más…

—La primera vía —apunta Quirós—, la de los masones, parece estancada, ¿no? Pero a diferencia de Torralba, yo creo que ese Antonio Bravo tiene mucho que contar.

—Sobre la viuda de Collazo, seguro que sí —salta el aludido, que interrumpe su primer trago de cerveza—. Lo que dudo es que ofrezca luz sobre el resto. Pero no me vean como el pesimista del grupo. Ojalá suene la flauta y ese Bravo sea un punto de conexión entre el sargento Collazo y el alférez Fuentes. Porque de lo contrario será tiempo perdido.

—Habrá que intentarlo, al menos —replica ella.

El inspector ha asistido al debate devorando la fruta, aunque interviene antes de acabarla.

—A ver, Torralba, yo me presté a ayudar en el caso de Fuentes —se justifica—, pero mi responsabilidad se extiende también a otros tres hombres.

—Desde luego, si no le reprocho sus planes. Simplemente, expreso mis dudas y me pregunto qué demonios hacemos desde Hermes mientras tanto.

—Completar la investigación sobre la viuda de Jiménez, la de Segovia. Quizá esta noche tengamos algo nuevo de Marta Zúñiga. Propongo aplazar el debate sobre la utilidad de esta vía hasta hablar con Bravo. Espero hacerlo mañana mismo, o pasado como muy tarde.

—Pues sí —concluye la auxiliar, que ni siquiera ha tocado su bebida —. Ahora solo podemos divagar al respecto.

—Hay algo más que deberían saber… —El inspector roncha a fondo la manzana y deja el corazón sobrante sobre la bandeja, saca un par de cigarros para él y Torralba y solo después de encenderlos prosigue su interrumpido discurso—. Lo de los masones… —agrega rascándose el cogote—. Antes dijo usted, Quirós, que está en vía muerta. Y es cierto, aunque no del todo.

—¿Algo nuevo?

—Aspectos colaterales en realidad, pero creo que debo contárselos. Es posible que solo formen parte de mis paranoias personales, y el simple hecho de verbalizarlas me ayude a ver el asunto con cierta

objetividad.

—Suele pasar —corrobora ella con una sonrisa irónica—. Hablar siempre es bueno.

—Pues hablo entonces. Ya les dije que la Brigada Antimasónica se había interesado por Fuentes hace un par de años. Un tal inspector Fabra, que al parecer tenía amistad con el difunto padre de Marta Zúñiga, envió a Belchite a uno de sus agentes. Pero no debió de tomárselo muy en serio porque volvió de allí con las manos más vacías que yo.

—¿Ha hablado ya con ese agente? —se interesa Torralba.

—Imposible. Lo reventaron de un bombazo meses después.

—¡Ostras!

—Pues sí. Santiago Trillo se llamaba. Cuando lo mataron estaba integrado en lo que entonces era germen de la Social.

—En aquella época yo todavía no había ingresado en el departamento de identificación —apunta la auxiliar—, pero me suena de haber oído comentarios. Fueron los comunistas.

—Eso dice el informe que cierra el caso, pero es más falso que un duro de madera —alega Lombardi—. Es un fraude.

—¿Quiere decir que no lo mataron ellos?

—Tampoco me atrevo a tanto, pero desde luego no los comunistas a los que se atribuye el atentado. Es un montaje de un tal Lamela, el comisario de la Social que dirigió la investigación. Un apaño para borrar un caso no resuelto de su expediente profesional.

—No sería el primero que lo hace —apunta el detective con su irónico gracejo cordobés.

—Claro que no. Pero hay hechos, relaciones, que no dejan de marearme la cabeza. Probablemente todo sea circunstancial, y alguien que no esté implicado tan directamente en el asunto lo vea con un poco más de objetividad que yo.

—Por ejemplo —invita Quirós.

Lombardi reflexiona en silencio unos instantes, intentando ofrecer una exposición coherente de lo que ha definido como sus paranoias. Se anima tras una larga calada.

—Lamela, Fabra y Trillo trabajan juntos en la Antimasónica hasta después de la guerra, antes de que el primero pase a la Social —dice a modo de lista de datos—. Fabra y Trillo participan en la detención y tortura de supuestos masones cuando cae Madrid. Año y pico después, Fabra envía a Trillo a Belchite tras el rastro de Fuentes sin resultados. Al poco, Trillo, sin abandonar del todo la Antimasónica, colabora con la Social a las órdenes de Lamela; luego lo asesinan, y su comisario da el caso por resuelto con un expediente de opereta. Puede que esté obsesionado con esta asociación de hechos, pero ese triángulo de policías con los masones de fondo planea como una sombra sobre mí desde que empecé esta investigación.

—A mí no me parece tan enrevesado, jefe —observa Torralba—. El interés de Fabra en Fuentes se explica por su amistad con la familia Zúñiga, tal y como contó la última vez.

—¿Ah, sí? —objeta Quirós—. ¿Y por qué tardaron casi dos años desde que acabó la guerra en fisgar su rastro en Belchite?

—A saber. Probablemente, Fuentes les traía sin cuidado y la insistencia de los familiares los obligó moralmente a esa intentona.

—La viuda del alférez —media Lombardi— asegura que no sabía nada de esa investigación y que por eso acudió a Hermes.

—Tal vez el padre de ella se encargó de moverlo a sus espaldas para no hacerle concebir vanas esperanzas —matiza el detective—. En fin, sigo con mi argumentación. Lo de la muerte de Trillo pudo ser perfectamente obra de comunistas; al fin y al cabo, los de la Social son su bestia negra y él estaba en esa brigada; quién sabe las perrerías que hizo a los detenidos. Es de suponer que se la tenían jurada. O quizá fueron otros, porque ese hombre debía de tener cuentas pendientes con mucha gente, incluidos los propios masones. El único punto en que Trillo y usted coinciden es Belchite, y atribuir su asesinato a esa visita suena un poquito paranoico, como usted

dice.

—En esto tiene razón Torralba, me parece a mí —ratifica Quirós.

—En cuanto al cierre del caso por parte de Lamela —completa el cordobés—, es una golfada más de las muchas que nos rodean. Así lo veo yo mientras no se demuestre lo contrario.

—Probablemente sea tan sencillo como eso —acepta Lombardi con un suspiro de cansancio—, y me condiciona el hecho de que quien me precedió en la investigación de Belchite acabara de manera tan espantosa. Y usted, Quirós, que trabaja desde hace años en el ambiente de la Puerta del Sol, ¿cómo lo ve?

—De los perseguidores de masones no puedo hablar mucho, pero sí del comisario Octavio Lamela. Es prepotente y ambicioso. Nadie lo querría como enemigo.

—Tampoco yo lo deseo, créame. ¿Sabe dónde estuvo destinado antes de la guerra?

—Se hizo policía cuando el Alzamiento. Creo que era abogado en alguna capital castellana. En Burgos o Palencia, no estoy segura. Dicen que era de la CEDA y se pasó a los carlistas.

—Una carrera por méritos, no por antigüedad. ¿Y Fabra?

—Parece que la actividad de la Antimasónica ya no es lo que era. Y del inspector Agustín Fabra solo hay comentarios respecto a su dudosa virilidad. Cotilleos. En todo caso, mejor no asomar la nariz en ese avispero, como ya le dije, porque si trabajaron juntos es de suponer que Lamela también conoció a Fuentes y puede sentirse implicado.

—Sí, de esto último estoy casi seguro. Coincidieron todos en Salamanca.

—Pues ese es, desde mi punto de vista, el quid de la cuestión. Hasta qué punto Emilio Fuentes tiene interés para ellos. Él es la incógnita de esta ecuación. Otra cosa es cómo despejarla, y en ese sentido me parece que la investigación de las viudas es el único camino mientras no aparezcan otros. Lo de Trillo, como dice Torralba, bien

puede explicarse por alguna venganza política.

—Me asombra su seguridad, Quirós. Yo, sin embargo, soy un mar de dudas. No me consta que Fabra siguiera buscando a Fuentes después de mandar a su agente a Belchite. Tal vez, Torralba, tiene usted tiene razón en que se trató de un paripé para aplacar a la familia, porque el expediente del alférez se aburre en el Pudridero como el de tantos otros. Es muy posible que con aquella gestión infructuosa lo dieran definitivamente por perdido.

—Hasta que, un par de años después, aparece usted, repite los pasos de Trillo y se reactiva su interés —apunta la auxiliar—. Me gustaría equivocarme, pero sospecho que el inspector Fabra, aunque no haya encontrado el modo de averiguarlo, tiene tantas ganas de saber de Fuentes como pueda tenerlo su viuda. Quizá ella misma esté al corriente de todos estos detalles que debatimos.

—Lo dudo. Me dijo que solo conocía a Fabra muy superficialmente. Ni siquiera sabía su nombre.

—Pero también le dijo luego que se sinceraría con usted, ¿no? Cuanto antes hable con ella, mejor.

Lombardi apaga el pitillo.

Comprueba la hora en su reloj de pulsera y suscribe la recomendación de la auxiliar.

—Tiene usted razón —dice, incorporándose—. Y es lo que voy a hacer inmediatamente. Seguiremos hablando después de mi entrevista con ese tal Antonio Bravo. Si averiguase algo que pueda interesar a Hermes, le llamaré por teléfono, Torralba.

El anfitrión acompaña a la pareja hasta la puerta. Alicia Quirós aguarda a que el detective se haya calado su sombrero para despedirlo.

—Por favor, vaya delante, Torralba. Si es tan amable, me espera en el portal.

La auxiliar entorna la puerta y se enfrenta al rostro sorprendido del policía.

—¿Va todo bien? —pregunta con gesto sereno.

—Más o menos —se escabulle él.

—A mí no me engaña, jefe. Usted no suele beber, y además parece que le haya pasado una apisonadora por encima del cerebro.

—Estoy sobrio, aunque su metáfora es bastante certera —acepta Lombardi apoyado en una sonrisa forzada.

—Plano, dubitativo, sin chispa —amplía ella—. Todas nuestras observaciones se le habrían ocurrido a usted solito sin necesidad de ayuda, como la urgencia de verse con Marta Zúñiga. ¿Por qué ha pospuesto esa entrevista?

—Había quedado con ustedes.

—Con Torralba, quiere decir, y no lo tome como un reproche. ¿Eso no es perder perspectiva sobre las prioridades? La declaración de esa mujer es más importante que cualquier reunión. Tampoco me creo que esté agobiado por el caso que investiga. ¿Algún contratiempo?

—Nada que deba preocuparla, Quirós. Estoy bien.

—Claro que me preocupo. Pero si es tan orgulloso que prefiere comerse solo los problemas, allá usted. Buenas noches. —La auxiliar da media vuelta y encara el descansillo.

—Es por Erika —confiesa él a la espalda de la joven—. Ha fallecido.

Alicia Quirós se gira de nuevo. Su rostro expresa una mezcla de desconcierto e incredulidad.

—¿La alemana? —musita—. Perdón, me ha dicho un montón de veces que es suiza… Lo siento. No lo sabía.

—Me enteré esta mañana.

—¿Un accidente?

—Así suelen llamarse en estos tiempos. Un bombardeo. Estaba en

Alemania.

Ella suelta un resoplido.

—Malditas guerras —murmura para sí antes de expresar su condolencia—. Ya sabe que no me caía bien. Pero si su muerte le ha hecho tanto daño es que era importante para usted. Lo siento, de corazón.

—Y yo se lo agradezco, aunque preferiría no hablar más de ello.

—Mire, jefe: usted estuvo a mi lado cuando mi hermano cayó en Rusia. Intentó consolarme, y ambos sabemos que las palabras en estos casos son absolutamente inútiles. Solo pretendo decirle que estoy ahí, para lo que necesite.

—Lo sé, Quirós; nunca lo he dudado. Muchas gracias.

—Pues lo dicho. —La joven le aprieta el antebrazo con afecto y acaricia su mejilla con un beso antes de despedirse—. Le dejo con su duelo. Pero no beba, por favor, que el alcohol nunca nos devuelve a los muertos. Y cene usted en condiciones.

Quizá, después de todo, llegue a tiempo para cenar con Marta Zúñiga, se dice cuando pisa la calle. Pero no le apetece en absoluto el protocolo que exige una situación como esa y decide olvidarse de la idea, caminar tranquilamente gabardina al hombro bajo el anochecer primaveral y, de paso, revisar las opiniones barajadas durante la larga reunión que se ha celebrado en casa. Es posible que los puntos de vista de sus compañeros de triunvirato sean más o menos acertados, pero Alicia Quirós tiene razón al menos en dos cosas: que su estado de ánimo no ayuda y que en la Puerta del Sol puede encontrarse más obstáculos de los deseables.

Si bien, puestos a esquivar obstáculos, el primero, nada más echarse a la vista la glorieta de Atocha, es Franco. Más que Franco, sus palmeros, porque la plaza frente a la estación está llena de gente, altavoces estratégicamente ubicados emiten marchas militares y cientos de banderas ofrecen un inesperado colorido. En la entrada

al paseo del Prado se alza un arco triunfal coronado por un escudo imperial con el apellido del dictador en grandes caracteres. En la cuesta de Claudio Moyano espera, sobre sus caballos, la Guardia Mora, y en el centro de la rotonda se distinguen los maceros municipales vestidos de gala. Falangistas y tropas de infantería en formación completan la parada, mientras la Policía Armada se encarga de acotar las zonas inaccesibles para el vulgo. El invicto Caudillo debe de estar a punto de llegar de su gira andaluza, sus devotos quieren agasajarlo, y Lombardi se ve obligado a volver sobre sus pasos y utilizar el metro en contra de sus planes iniciales.

La estación de Retiro está a dos pasos del domicilio de Marta Zúñiga. La noche ha caído y se agradece la gabardina al recibir el abrazo fresco de la cercana arboleda. Camina sin prisas, intentando desplazar hasta algún sitio menos incómodo las imágenes y los recuerdos de Erika que bailan en su cabeza y sustituirlos por los que le han traído hasta la calle Velázquez. Cuando el eco de sus zapatos resuena en el portón del palacete, se jura volver a ser el Carlos Lombardi de la víspera y, como él, centrarse en los detalles de una entrevista que podría resultar decisiva para despejar esa incógnita llamada Emilio Fuentes.

El mayordomo lo recibe con menos frialdad que en su primera visita, pero sus palabras caen como un jarro de agua fría.

—La señora salió a cenar —dice, envarado, cediéndole el paso—. Pero me advirtió de su posible llegada y dijo que la esperase usted, si es tan amable.

Obediente, aunque contrariado, el policía sigue los pasos de su guía. Esta vez, el sirviente no le ofrece un butacón del pomposo recibidor dieciochesco, sino que le dirige por la misma planta hasta una puerta de madera labrada que da acceso a una biblioteca. Tras cederle el paso, enciende una lámpara de pie que ilumina el entorno de un tresillo con mesa baja.

—No creo que la señora tarde mucho. ¿Desea algo de beber mientras espera, señor?

Lombardi rechaza amablemente la oferta y, una vez a solas, contempla el lugar con gesto perplejo. Entre la penumbra se

distinguen un par de armaduras, panoplias de armas antiguas y baldas bien colmadas de libros. Un espeso cortinaje de color burdeos cubre buena parte del único ventanal, que deja entrar un poco de la luminosidad artificial de la calle, la misma dedicada al inmortal pintor por la que se accede al edificio. Se dedica a fisgar la biblioteca para matar el tiempo en algo útil. Hay una espléndida colección de textos, fundamentalmente clásicos, que se extiende desde los filósofos griegos al siglo de oro español. Alguno de ellos debe de valer un dineral, por ejemplo Las epístolas de Cicerón y de Plinio impreso en Venecia en 1479, y es muy posible que haya algún otro incunable más. Un repaso superficial de las estanterías demuestra que la modernidad tiene prohibido el acceso a un espacio que rezuma vejez por cada poro, y que sin duda llevaría al éxtasis al primo de Donato Andueza, el librero Toribio Muñoz.

Satisfecha su curiosidad, se acomoda en el sillón y enciende un cigarro dispuesto a esperar a su ausente anfitriona, decisión que considera al cabo de un buen rato, porque son ya cerca de las diez y al día siguiente tiene que madrugar. La señora Zúñiga parece ser de las que gustan de hacerse esperar, pero otros cinco minutos de cortesía son más que suficientes antes de irse a casa.

La puerta se abre antes del límite fijado, y por ella aparece un torbellino.

—¡Ay, lo siento, lo siento! —se disculpa acelerada Marta Zúñiga—. ¿Lleva mucho esperando? Como dijo que vendría tarde… En fin, me alegro de tenerlo aquí.

Un torbellino muy llamativo, en todo caso. La viuda lleva una estola negra y un vestido de tirantes a juego, zapatos de medio tacón y el pelo recogido en un moño bajo. Uniforme de luto. Tras estrechar la mano del invitado, deposita la estola y el bolso sobre el sofá y se dirige directamente a un mueble bar próximo a la puerta para servirse unos cubitos de hielo en un vaso y bautizarlos con un generoso chorro de whisky. Lombardi sospecha que no es el primero de la noche.

—¿Qué quiere tomar?

—Nada, muchas gracias.

—No me gusta beber sola —protesta ella con un mohín de sus labios pintados de rosa pálido.

—Vale, póngame lo mismo. Sin hielo, por favor.

Repartidos los vasos y dispuesta la botella a mano sobre la mesita, Marta Zúñiga ocupa un sofá frente a su invitado y cruza las piernas.

—De verdad que lamento mucho el plantón —dice, alzando el vaso.

—Déjese de disculpas y vamos al grano —acepta él correspondiendo al informal gesto de brindis.

—De acuerdo. ¿Cómo va su investigación?

—Muy deslavazada, por ser generosos.

—Hablé con el señor Ortega, ¿sabe? Dice que es usted un hombre recto y merecedor de toda confianza. Y un buen policía.

—Me sobrevalora. En todos los aspectos.

—No creo que exagere. A mí también me causó usted buena impresión.

—Nadie lo diría —replica él en tono amable—, porque me toreó sin piedad.

—Es verdad, pero fue muy hábil. Supo engancharme en su despedida. Me cae bien —asegura, acompañada por un traguito—, y quiero que lo sepa.

—Me alegro. Espero, entonces, que este segundo asalto resulte más provechoso que el primero.

—Le aseguro que sí.

—Antes de entrar en materia me gustaría preguntarle algo. El nombre de Octavio Lamela, ¿le dice algo?

La joven eleva sus ojos de miel hacia el techo, rebusca entre la penumbra durante unos segundos mientras juguetea con los dedos

en su gargantilla plateada y los clava por fin en los que aguardan enfrente.

—Nada en absoluto. ¿De quién se trata?

—Un policía compañero de Fabra, aquel de quien hablamos el otro día.

—¿El que parecía sarasa?

—El mismo. Estaban juntos en Salamanca. Pensé que también lo conocería.

—Por el nombre no —reitera, frunciendo los hombros casi desnudos —, como tampoco sabía el de Fabra. ¿Cómo es?

—No lo conozco personalmente.

—Pues siento no poder ayudarlo.

—Bueno, no importa. Prefiero que me hable de su misterioso confidente. Soy todo oídos.

—Usted primero, inspector. Explíqueme en qué líos andaba metido Emilio.

—Vamos, señora Zúñiga —la amonesta él sin acritud—. Llevo un día bastante fastidiado y no he venido aquí para jugar al escondite. Me dijo que sería sincera.

—Y voy a serlo, se lo juro; pero también usted se comprometió a ser claro. Usted primero.

—Esto es ridículo.

La viuda saca un monederito de su bolso.

—¿Lo echamos a suertes? —sugiere con una sonrisa que resucita a la niña que algún día fue—. Si sale cara hablo yo primero. Si sale cruz, usted.

Lombardi reprime la carcajada que le sugiere la apuesta. Está claro

que se enfrenta a una mujer obstinada, amén de juguetona. Y que le ha hecho sonreír en momentos tan poco propicios para la alegría. Solo por esto último ya merece un voto de confianza.

—Está bien. Guarde ese monedero —dice, catando por primera vez un licor más que aceptable—. Por resumir, le diré que mientras estaba en Belchite su marido se vio envuelto en un conflicto del que resultó una muerte.

—Estaban en guerra, ¿qué tiene de particular?

—No sucedió durante la batalla ni fue un enfrentamiento militar.

—Cosas de hombres, supongo —desdeña ella con un nuevo tiento al vaso—. Son ustedes tan violentos…

—Tal vez, pero no todos asaltamos un domicilio y nos cargamos al dueño.

—¿Eso hizo Emilio?

—Eso hicieron varios, entre los que estaba él.

—¿Y por qué motivo?

Lombardi enciende un pitillo mientras se piensa una respuesta.

—Esperaba que usted me diera alguna pista —comenta—. Quizá por motivos ideológicos.

—Emilio no era un fanático, nunca habría participado en algo así.

—¿Está segura?

—Completamente. No sé si es muy adecuado decirlo ante un policía, pero…

—Puede hablar con entera confianza —la anima él—. No está delante de un policía típico, y acaba de decirme que le caigo bien.

—Pues que era apolítico, ya se lo dije. Si se alistó fue por la presión social, pero todas esas historias que predicaban le traían al fresco.

Dudo mucho que se molestara siquiera en discutir con alguien por esa causa.

—Quizá fue por dinero.

—¿Por dinero? —Una sombra de duda recorre las pupilas de la joven—. ¿Quiere decir que entraron en esa casa para robar?

—Es una posibilidad.

—Si no le faltaba de nada… Le mandábamos comida, y cualquier cosa que nos pidiera. En el mes y pico que estuvo allí nunca habló de necesidades de ese tipo. ¿Qué dinero iba a necesitar en el frente?

Lombardi contempla en silencio la brasa de su pitillo y se acomoda, relajado, en el sillón.

—A veces no se roba por necesidad, y que entraron a robar es seguro —concluye—. Tal vez no era dinero y buscaban otra cosa. ¿No se le ocurre qué pudiera ser?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Algo que Emilio ambicionara.

—Terminar su carrera, ser médico: esa era su única ambición —argumenta muy seria—. Y la guerra la truncó. Pero ¿desde cuándo se sabe todo eso? Nunca nos llegó información, ni la policía se interesó por ese supuesto delito, que yo sepa.

—Porque murieron los implicados, supongo —alega el inspector, y disimula su mentirijilla con un nuevo trago—. Pero ya he hablado suficiente; el resto está bajo investigación. Es su turno, señora Zúñiga.

—Es usted inconmovible.

—Y aun así, le caigo bien, ¿verdad? —ironiza él tras una calada—. Háblame de su confidente, del tipo que le dijo que había visto vivo a Emilio después de Belchite.

La anfitriona apura su vaso, se sirve de nuevo y con la otra mano

alcanza su bolso. Después acude a sentarse junto a Lombardi y extrae un sobre que entrega al policía con mano algo temblorosa.

—Aquí tiene a mi confidente.

El inspector recoge el envoltorio de papel sin prestarle mucha atención. La inesperada proximidad de la mujer le ha sorprendido, y muy especialmente esos ojos almendrados que parecen haber perdido, de repente, su graciosa vitalidad para caer en algo similar al desconsuelo. Por fin, se recobra del desconcierto para extraer una cuartilla doblada y leer su contenido:

Mi nada estimado suegro:

Lamento que no pueda presumir de un yerno caído por Dios y por España, pero todavía estoy vivo; desconozco por cuánto tiempo, pero vivo. Sé que la noticia le sentará como una patada en la entrepierna, y no puedo negar que me alegro de ello. Ojalá me hubiera atrevido a dársela yo personalmente, la patada, cuando debí hacerlo.

No tengo intención, sin embargo, de someterlo a la tortura de volver a aguantarme. Para usted será más llevadera la existencia si sigo oficialmente muerto y mantiene en esa mentira a Marta, a quien me comprometo a no molestar de hoy en adelante.

Pero esto tiene un precio, naturalmente; precio que no considerará desorbitado, estoy seguro, cuando reflexione sobre las ventajas de mi completa desaparición para su acrisolada familia. De modo que vaya usted preparando veinte mil pesetas que me entregará en efectivo en fecha y lugar que oportunamente le señalaré por este mismo método dentro de una semana. Véalo así: veinte mil pesetas por la satisfacción de no volver a verme es, para un hombre acaudalado como usted, una cantidad ridícula.

Quiero advertirle también, aunque le considero suficientemente despierto como para darse cuenta de ello, de que cualquier tentación de denuncia por su parte no es buena idea. De hacerlo, es probable que yo acabe malamente, pero usted cargaría durante el resto de su vida con un baldón social y, lo que es más importante, Marta jamás se lo

perdonaría.

Sin dar crédito a lo que tiene delante, Lombardi apaga el cigarro y relee los cuatro párrafos y la dirección escrita en el sobre antes de expresar su estupefacción.

—Una carta dirigida a su padre. ¿Este es el supuesto testigo que mantenía usted oculto?

—Y con motivo, ¿no cree? —admite ella con una pátina de humedad en los ojos—. Comprenderá que lo que dice destroza cualquier autoestima, por fuerte que sea. Me avergonzaba confesar que fui vendida por un plato de lentejas. —Un buen plato, se dice el policía, porque veinte mil pesetas no son moco de pavo; pero se ahorra el inoportuno comentario—. Todavía ahora me avergüenza que usted lo sepa. Es la única persona que la ha leído.

—Le agradezco la confianza que me demuestra. De mis labios no saldrá una palabra de todo esto, se lo prometo.

—A saber qué pensará de mí. Una bruja insoportable, seguro.

—¿Por qué habría de pensar mal de usted? El villano en esta historia es su marido, ¿no?

—Eso creo, pero lo mismo no me soportaba —argumenta, apoyada en un rictus de amargura—. Quién sabe.

—¿Después de solo un año de matrimonio? —refuta el policía—. Muy mala tendría que ser una mujer para huir de ella de forma tan cruel. O muy rarito su marido.

Marta Zúñiga deja escapar un suspiro profundo y se masajea las sienes.

—Bueno, ya está hecho —dice luego, intentando recuperar la compostura—. En el fondo me alegro de haber compartido un secreto que me quemaba. Y de que sea usted el depositario.

—Muy amable. Dígame, ¿por qué ha tardado tanto en buscar a

Emilio? El sobre lleva matasellos de octubre del treinta y siete.

—Porque desconocía la existencia de esa carta —explica, con su vaso de nuevo entre las manos—. Mi padre murió en enero, y la descubrí ordenando sus cosas tras el entierro. Me quedé de piedra, claro. Estuve semanas paralizada por la noticia, hasta que me atreví a hablar con el señor Ortega, pero ni siquiera a él le conté la verdad. Dije que un conocido había visto a Emilio después de su presunta muerte.

—Sí, en Tudela. Porque el matasellos es de allí, aunque no lleva remite. Ya se podían volver locos los de Hermes buscando su rastro, cuando seguramente eligió un buzón al azar. La segunda carta que se anuncia, la del lugar y fecha de la cita, ¿no la encontró?

—No. He revuelto el despacho de mi padre, el dormitorio, armarios, cajones… Pero nada. Es probable que la destruyera. Y que la primera la olvidara, o la conservase por algún motivo. Para guardarse las espaldas ante mí, por si algún día se veía obligado a contármelo. No lo sé…

—En fin, comprendo sus reticencias a contar la verdad. Supongo que, tanto tiempo después de creerlo muerto, es muy doloroso enterarse de una traición así.

—¿Entiende ahora por qué quemé sus cartas, por qué tiré su anillo?

—Desde luego, claro que lo entiendo —intenta calmarla Lombardi —. Como entiendo que le resulte duro hablar de ello, pero es necesario que me conteste algunas preguntas.

—Hágalas —responde, con un nuevo trago que deja tiritando su vaso—. Sin miedo.

—¿Está segura de que esta carta la escribió Emilio? Ni siquiera va firmada.

—Es su letra, y también reconozco algunas de sus expresiones — precisa decidida—. La escribió él, seguro.

—Podría tratarse de un fraude, de una estafa.

—¿Usted cree?

—O pudo escribir esa carta bajo coacción.

—¿Un secuestro, quiere decir?

—Cabe la posibilidad.

—¿Está intentando exculpar a Emilio? —pregunta, y en su rostro se apunta una mueca de indignación—. Ya lo hizo el otro día. ¿Por qué?

—No, por favor. No quiero exculpar a nadie. Solo barajo posibles opciones.

—Y si fue un secuestro, ¿por qué no dio señales de vida después de que mi padre pagó? Porque, conociéndolo, seguro que pagó.

—A veces, por desgracia, no todos los secuestrados pueden dar señales de vida.

—Sí… —admite ella tras reflexionar el alcance de la frase—. Ya entiendo.

—Solo es una posibilidad más, señora Zúñiga. Remota, eso sí, porque rompería con los moldes habituales de ese tipo de delitos. Lo normal es pedir rescate para recuperar a alguien, no para perderlo de vista.

—Eso me parece a mí.

Lombardi se concede una pausa para relajar la tensión flotante provocada por su última insinuación.

—Volviendo a la carta… —dice al cabo—. Por su contenido es fácil deducir que Emilio y su padre no congeniaban demasiado.

—Nada en absoluto. Ni mi padre ni mi madre lo aceptaron de buen grado en la familia. Pero mientras ella intentaba templar gaitas, él le hacía la vida imposible. Se alistó por no aguantar sus continuas indirectas, y no tan indirectas, sobre su escaso patriotismo. Ahora sé hasta qué punto lo detestaba. Pagar para perderlo de vista… Nunca

se lo perdonaré.

—Bueno, para ser justos, no fue don Crispín, que en paz descanse, quien propuso el trato.

—Por supuesto. La actitud de mi padre no rebaja la marranada de mi marido. Pero ambos son odiosos. ¿Cree que sigue vivo?

El policía se lo piensa unos segundos antes de responder.

—El día que la conocí —confiesa— pensé que solo un muerto o un loco podría abandonar a una mujer como usted.

—Es muy galante —responde ella sorprendida, con un notable rubor de mejillas.

—No se trata de galantería, sino de constatar hechos. Los policías vivimos de hechos. Si aceptamos esa carta como auténtica, podemos decir que avanzado octubre, mes y pico después de la batalla de Belchite, Emilio estaba vivo. Y si pudo enviarla desde Tudela, es que tampoco había caído en manos del ejército republicano.

—Según su teoría, como no estaba muerto, se volvió loco.

—Es solo una forma de hablar. Quería decir que tal vez ciertas circunstancias le impidieron actuar con cordura, o con libertad. Que pudo tener razones poderosas para borrarse del mundo.

—¿Que estaba escondido por lo que había hecho en Belchite, por esa muerte que usted le atribuye?

—Yo no atribuyo nada a nadie —precisa él—. Me limito a repetir el testimonio de quienes presenciaron ese hecho. En cuanto al motivo de su actitud respecto a usted, lo desconozco, pero está claro que Emilio ya no formaba parte del ejército, y por lo tanto era un desertor. Esa circunstancia es más que suficiente para querer desaparecer de la circulación.

—Pero yo le quería… Si me hubiera dicho…

—Deje de castigarse con lo que pudo haber sido: solo le traerá sufrimiento. Desconocemos sus motivos. Lo único que sabemos es

que, a partir de octubre del treinta y siete, Emilio solo es bruma. Lo más lógico sería pensar que es usted viuda de verdad.

—Me siento viuda desde hace mucho, y no porque lo ponga en un certificado. Si le soy sincera, me trae al fresco lo que haya sido de él. Lo detesto. Solo quiero saber por qué. Por qué me vendió de forma tan miserable.

—Para eso habría que encontrarlo, si es que sigue vivo y puede explicarse.

—Y usted me va a ayudar, ¿verdad, Carlos? —Al tiempo que usa su nombre de pila, Marta Zúñiga le posa la mano sobre la rodilla. La bebida a palo seco y la falta de alimentos a lo largo del día hacen de las suyas, y Lombardi necesita unos segundos para entender el alcance de lo que significan ambos gestos. Para mostrar cercanía, la mano sobra, y más si cabe esa caricia suave de los dedos a través del pantalón; a menos que sus intenciones sean otras. La media luz invita, ella también ha bebido, y parece que tiene cierta debilidad por los hombres altos.

—Mire, Marta —responde, calmoso, midiendo cada palabra—. Es posible que mañana me arrepienta de haber rechazado el regalo que me ofrece, pero hoy estoy de luto.

—¿Por alguien importante?

—A veces no damos a las personas la importancia que merecen hasta que las perdemos.

—¿Se refiere a esa persona tan lejana a quien yo le recordaba?

—Esa misma.

—Lo siento —dice ella con una sonrisa triste, retirando lentamente su mano para posarla en la botella.

—Yo también. Pero sepa que haré cuanto me sea posible para averiguar qué fue de Emilio.

—Gracias, y disculpe mi atrevimiento —susurra, plegando la mirada—. Estoy un poco confusa, ¿sabe? El hecho de haberle

confiado un secreto tan íntimo, de haber desnudado mi alma ante usted, me hizo pensar tonterías. Y cuando dijo lo del muerto y el loco creí…

—Siento que mi torpeza haya dado pie a un malentendido. Y no tiene por qué disculparse. —Ahora es él quien la toma de la mano —. Me halaga el aprecio que me demuestra, pero yo también tengo fantasmas que domar. Quién sabe lo que dirá el futuro. De momento, intentemos resolver el lío de Emilio antes de meternos en otro. ¿Le parece?

Ella asiente y rellena los vasos.

—Brindemos por el mañana, entonces —dice, de nuevo sonriente.

—Mañana madrugo, y por hoy ya he bebido demasiado.

Sentado en un banco de la plaza Primo de Rivera, con el pitillo apagado entre los labios y el maletín a sus pies, Lombardi contempla ensimismado la fachada del palacio arzobispal mientras aguarda la salida del coche de línea que ha de llevarlo hasta El Burgo de Osma, el lugar donde se formalizó el último giro de Antonio Bravo. Según el plan de viaje trazado por Teresa Ochoa, la ruta más rápida para llegar a la localidad soriana pasa por una escala en Aranda de Duero, y los escasos veinte minutos que tiene por delante se le antojan un imprevisto retorno al último verano. Se pregunta qué tal le irá al doctor Sócrates Peiró, y a Cecilia Garrido, la joven que le trajo de cabeza aquellos días de agosto. ¿Seguirá ella trabajando en el banco o habrá buscado nuevos horizontes, tal y como él mismo le recomendó? Sopesa la posibilidad de una visita rápida, aunque de inmediato descarta la idea en ambos casos: el doctor merece un tiempo más prolongado y ella no se sentiría cómoda ante quien conoce su secreto y le perdonó poco menos que la vida. No, no hay tiempo para visitas ni para el pasado; tal vez a la vuelta.

Varias palomas zascandilean por la acera, cuidadosas de mantenerse a distancia prudencial de los humanos. Mala idea en estos tiempos en que hasta los gorriones están famélicos sin pizcas que llevarse al

pico, y alguna de ellas acabará en la cazuela, porque un par de chiquillos con tirachinas vigilan sus evoluciones agazapados tras el monumento central de los jardines. Desentendiéndose de las labores de caza y del destino de las aves, el policía se encamina con paso cansino hacia la destartalada camioneta que ya muestra signos de actividad: mientras el conductor ceba el gasógeno, su ayudante sujeta en la baca las maletas que le hacen llegar los viajeros. Pocos viajeros, realmente, según comprueba al incorporarse al vehículo, lo que le permite elegir un asiento de ventanilla sin compañía al lado.

Apenas acomodado, entorna los párpados. Sesenta kilómetros dan para una buena siesta, pero lo mismo había pensado al salir de Madrid, con más de ciento cincuenta por delante, y solo pudo cosechar un par de breves cabezadas. No le resulta fácil dormir sentado aunque casi no haya pegado ojo en toda la noche; porque le costó coger el sueño, y cuando al fin lo consiguió, las pesadillas lo desvelaron. Pesadillas en las que, naturalmente, Erika era protagonista principal y cuya escenografía no resultaba precisamente terrorífica, sino la reelaboración onírica de sus apasionados encuentros con ella. Hasta que de repente se descubría abrazado a una ausencia, a un vacío inabarcable que poco a poco era ocupado por una tristeza negra y viscosa de la que solo podía librarse con una huida hacia la vigilia. Lo malo es que, una vez despierto, el desconsuelo resultaba tan real y duradero que solo el agotamiento inducía a seguir durmiendo. Una noche toledana, en resumen.

Resignado a la somnolencia, se evade hacia territorios menos dolorosos, como lleva intentando hacer desde que amaneció. Repasa una vez más el plan previsto, las anotaciones de Garriga que guarda como un tesoro en el bolsillo, la reunión en su casa, la sorprendente revelación de Marta Zúñiga… Y al llegar a este episodio no puede reprimir un gesto de los labios que casi se acerca a la sonrisa; una sonrisa piadosa, en todo caso, al considerar hasta qué punto una mujer humillada como ella es capaz de buscar consuelo y esperanzas en los brazos más inesperados. A saber lo que habría sucedido si la sombra de Erika no planease como un fantasma dulce sobre su cabeza, si el peso de su recuerdo no fuera tan excesivo. A saber cómo se sentiría ahora él de haberse desarrollado las cosas de otro modo.

Sin que haya sido consciente de ello, la camioneta ha arrancado y transita ya por la carretera que conduce a Soria. Lombardi se centra en los paisajes, en el joven verdor del cereal salpicado de amapolas, en el calmoso Duero que aparece y desaparece a su izquierda según los caprichos del trazado, en las pequeñas aldeas a un lado y otro del trayecto. Resultan territorios más o menos familiares tras su experiencia agosteña, y muy especialmente la solemne mole del monasterio de La Vid que dejan a la derecha al cruzar el río. A partir de allí, se enfrenta a un mundo desconocido, y las paradas se hacen tan frecuentes que empieza a dudar de que llegue a tiempo de encontrar abierta la oficina de Correos de El Burgo de Osma. La detención en San Esteban de Gormaz, a poco más de diez kilómetros de su destino, se le hace especialmente larga y molesta, hasta el punto de que se apea y sugiere al conductor que siga fumando su pitillo con las manos en el volante en lugar de hacerlo paseando con pachorra junto al vehículo. La placa de la DGS convence al chófer de que no le conviene permitirse ciertas licencias en horario laboral, ni siquiera con la excusa de dar un poco de tregua al viejo motor.

Cuando abandona definitivamente su asiento apenas quedan diez minutos para la hora de cierre de los edificios oficiales. Por fortuna, el establecimiento que busca está a poca distancia del fielato donde se ha detenido la camioneta, y hacia allí se dirige maletín en mano con paso acelerado. Es un local estrecho, con un par de puertas cerradas en sus laterales y una ventanilla acristalada enfrente. A esas horas está vacío, como lo está la propia ventanilla, y se ve obligado a asomar la cabeza a través de esta para descubrir las entrañas de la oficina. Dos hombres y una mujer charlan distendidamente ante la mesa en que ella está sentada; el más joven fuma, apoyado en el borde; el mayor se despereza estirando los brazos y se rasca la pelambrera.

—¿Alguien atiende aquí? —pregunta el policía en tono amable.

Los tres giran la cabeza en su dirección, pero es el mayor quien va a su encuentro. Es un tipo de cincuenta y pocos, orondo, con denso cabello entrecano y gafas de miope. Lombardi le entrega un papelito con el nombre de Antonio Bravo y la fecha exacta de la operación.

—Necesito detalles sobre un giro que se formalizó aquí el año pasado.

—Esos datos no podemos darlos.

—Tiene razón, disculpe. —El policía muestra su placa—. Es una investigación oficial.

—El caso es que ya es la hora de cerrar —se excusa el funcionario, relativamente afectado por la credencial—. Nos íbamos a comer. Si vuelve esta tarde, con mucho gusto…

—¡Qué coincidencia! También yo tengo hambre, y ya me ve: al pie del cañón. Porque es un asunto urgente, ¿sabe?

—Pase usted adentro —cede aquel con un deje de fastidio en la voz, y señala una de las puertas mientras clausura la ventanilla.

Cuando Lombardi entra, el joven y la mujer se despiden; el hombre que le ha invitado a pasar ha ocupado una de las mesas y con un gesto le sugiere sentarse enfrente mientras dispone ante sí un grueso volumen.

—¿Es usted quien suele atender a los clientes?

—Desde hace más de quince años —admite con frialdad sin retirar la vista de las hojas que pasa en busca de la fecha solicitada.

—Entonces a lo mejor le suena el nombre que le he dado. ¿Cree que pueda ser un vecino de El Burgo?

—Antonio Bravo… —dice en voz alta—. Pues no, la verdad es que no me suena —concluye con aire desganado mientras prosigue su búsqueda. —¡Aquí está! —exclama al fin—. Un giro de seiscientas pesetas para doña Leonor Sobrado, de Valencia.

—Sí, eso ya lo sé. Lo que necesito son los datos del señor Bravo.

—No es de aquí. Es de Vinuesa.

—Perdone mi ignorancia. ¿Dónde está Vinuesa?

—Es un pueblo de la provincia. Más allá de Soria.

—Apúnteme la dirección, si es tan amable, en la hoja que le he dado. Y dígame, ¿no hay oficina de Correos en Vinuesa?

—Claro que la hay. Es un sitio con buena industria maderera.

—Resulta extraño entonces que el señor Bravo eligiera El Burgo para hacer esa operación, ¿no cree?

—¡Cualquiera sabe! Lo mismo le pilló de viaje. Y ya que lo dice, sí que recuerdo a ese hombre. Me llamó la atención la cantidad que depositó, porque un giro así no se ve todos los días. La gente por aquí maneja cifras más modestas, y supongo que utilizan el banco para mover sumas superiores.

—Pero no todo el mundo tiene cuenta bancaria. ¿Podría describírmelo?

—No con mucha exactitud —apunta el funcionario entornando los párpados—. Estas gafas me sirven para trabajar, pero pierden claridad a partir de un metro y pico de distancia. Usted mismo me parece bastante borroso.

—Porque lo soy, no tema por su vista —bromea él, pero la ironía no hace mella en la seriedad de enfrente—. A lo mejor estas fotos le ayudan.

El hombre observa los positivos con detenimiento.

—No conozco a estos jóvenes. Sí quiero recordar que aquel hombre llevaba sombrero y gafas; y bigote, me parece; moreno, anchote sin llegar a gordo, de mediana estatura.

—¿Edad?

—Los treinta y tantos tendría. Menos de cuarenta, desde luego. Y me parece que tampoco era la primera vez que pasaba por aquí.

—Tiene usted buena memoria, porque hizo otro giro un año antes, en abril del cuarenta y uno, a la misma destinataria.

El tipo alza el índice de su mano derecha y rebusca en el archivo. Esta vez encuentra el apunte con pasmosa rapidez.

—Eso es —corrobora—. Setecientas pesetas en este caso.

Aún hay un tercer giro de Bravo, efectuado en al año cuarenta, pero no merece la pena pedirle al funcionario que lo confirme. Lombardi ya tiene lo que ha venido a buscar.

—¿Sus datos personales de entonces coinciden con los que me ha anotado?

—Sí señor, es la misma dirección.

—Así que Vinuesa. ¿Sabe cómo podría llegar hasta allí?

—Tendrá que ir a Soria. Desde la capital seguro que encuentra comunicación, porque queda a poco más de treinta kilómetros.

—¿Y para llegar a Soria desde aquí?

—Para eso sí que tendrá que esperar hasta después de comer —apunta con cierta socarronería—, porque la camioneta no sale hasta las cuatro y media de la tarde.

—Pues muy amable por su atención. Espero que llegue a la mesa antes de que se le enfríe el plato.

—Seguro que sí. La parienta me espera cuando me retraso. Y ya que hay confianza —se anima el hombre, ahora sin mucha prisa—, ¿qué tienen ustedes contra ese fulano? Lo digo más que nada por si vuelve a aparecer por aquí.

Las posibilidades de que el curioso funcionario vuelva a coincidir con Antonio Bravo antes de que Lombardi consiga hablar con él son prácticamente nulas, aunque el policía prefiere desviar la atención.

—Nada en absoluto, no se preocupe. El señor Bravo está libre de toda sospecha. A quien investigamos es a la señora valenciana. Así que, si volviera por aquí, trátenlo con la debida atención sin molestarlo con comentarios incómodos e injustificados.

—Como a todo el mundo —replica con un punto de orgullo—. Lo decía por si podemos echarles una mano.

—La mejor ayuda en estos casos siempre es la discreción.

Para entretener la espera, Lombardi busca un sitio donde comer y elige una tasca bajo los soportales de la plaza Mayor, cercana al punto de partida de las camionetas que llevan a la capital. Tras un frugal tentempié, dedica la sobremesa a vagabundear por los alrededores para descubrir admirado la catedral, un antiguo hospital y la vieja universidad, magnos edificios recordatorios de una villa rica y pujante que dejó atrás hace mucho tiempo sus siglos dorados.

A media tarde, después de un viaje con cien paradas, pisa por fin las calles de Soria. Su primer interés es averiguar cómo llegar a Vinuesa, y se felicita al saber que a primera hora de la mañana sale un coche de línea con destino a Burgos que pasará por allí. Lo siguiente es elegir una pensión que, como modesto homenaje personal a Antonio Machado, busca y finalmente encuentra en la calle del Instituto, el barrio donde residió el poeta hace un cuarto de siglo. Ningún recordatorio físico de este hecho se aprecia en los alrededores, y si alguna vez existió mención parecida ha sido eliminada, del mismo modo que la figura del escritor habrá desaparecido de la conciencia pública oficial del vecindario. La dictadura condena a muerte de muy diversas formas, y la desmemoria hacia los indóciles no es de las menos frecuentes.

La pequeña ciudad se muestra especialmente activa a esas horas, con un hormigueo humano en torno a las vías comerciales del centro. Más allá, en las proximidades de un parque, una banda de cornetas y tambores acompaña el desfile de medio centenar de muchachas de la Sección Femenina, espectáculo seguido y aplaudido desde las aceras entre un bosquecillo de brazos alzados y vivas al Caudillo y a la Falange.

El interés de Lombardi se centra en cumplir con su compromiso de dar señales de vida al comisario Amorós. Por fin, localiza el disco metálico con el mapa de España de la Compañía Telefónica en los

bajos de un edificio que hace chaflán con dos de las principales calles. El establecimiento está atendido por tres señoritas que se encargan tanto de la atención al público como de la centralita. El policía muestra su placa y pronuncia la frase mágica que le permite llamada gratuita al tiempo que extiende un papelito con dos números telefónicos: el de la DGS y el de la agencia Hermes.

—Necesito conferencia con estos teléfonos de Madrid —solicita con su tono más agradable—. Primero el de la Dirección General de Seguridad. Pero seré breve, así que puede ir pidiendo también la segunda, si es tan amable.

De las cuatro cabinas disponibles solo una está ocupada, y la media docena de sillas dispuestas para la espera están vacías. Lombardi elige una donde alguien ha abandonado un periódico, que ojea para hacer tiempo. Es un ejemplar de Duero, el diario local editado por Falange, cuatro páginas de doctrina condensada. Las dos primeras se centran mayoritariamente en dar jabón al dictador. La tercera está íntegramente dedicada a la mujer, y es un compendio de lugares comunes como cocina, belleza y urbanidad; en un pequeño recuadro destaca una cita atribuida a la escritora francesa Ninon de Lenclos, según la cual la amistad entre dos mujeres es siempre una conspiración contra una tercera: todo un alegato antifeminista en una página presuntamente femenina. La última, consagrada más o menos a la información internacional, abre con una viñeta que, bajo el título de Los poderes tenebrosos, muestra el globo terráqueo acosado por el oso ruso y la rapaz judía; mezcla nuevas loas a Franco con impresiones sobre la guerra en África y en un suelto casi invisible da la noticia de que el general Von Arnim, sucesor de Rommel en el Afrika Korps, ha sido capturado por los aliados. El mundo gana terreno al nazismo, y España, sórdida, cateta y criminal, sigue aferrada a su dogma cavernario.

Por asociación de ideas, pensar en los nazis le devuelve a primer plano la ausencia definitiva de Erika. En un intento de evadirse de la realidad, dobla el diario, se levanta para depositarlo en otra silla y enciende un cigarro, iniciando un paseo de ida y vuelta por la sala de espera.

—Le pongo la Dirección General de Seguridad en la número tres —avisa al poco una cantarina voz, y de inmediato suena el timbre en

el terminal anunciado.

Otra voz femenina atiende cuando descuelga el auricular y a su petición le pasa con el Pudridero.

—¿Es usted, Ochoa?

—Sí, inspector. ¿Algún problema?

—Ninguno. Quedé con el comisario Amorós en mantenerlo informado a diario durante mi viaje. Si pregunta, dígale que ahora mismo estoy en Soria y que mañana viajo a Vinuesa para cerrar la investigación. Espero estar de vuelta el sábado, dependiendo de las combinaciones que haya con Madrid.

—Se lo diré si pregunta. Quien le ha llamado es el comisario Lamela.

La frase enmudece de momento a Lombardi. El interés del comisario de la Social es una noticia preocupante.

—¿Dijo qué quería?

—Hablar con usted.

—Ya. ¿Cree que podría tener relación con ese expediente que me hizo llegar el otro día?

—No lo creo, pero cualquiera sabe. Dijo que se pusiera en contacto con él a su vuelta.

—Así lo haré. En todo caso, si volviera a insistir, usted no sabe nada. Estoy de viaje y punto. Los datos que le he dado son en exclusiva para el comisario Amorós, que es mi jefe directo. ¿Entendido?

—Perfectamente, inspector.

—Gracias. Y váyase a casa, que no son horas.

Ni siquiera tiene tiempo de salir de la cabina, porque en cuanto cuelga suena de nuevo el timbre, y la voz y los gestos de la

funcionaria anuncian que se trata de su segunda llamada. Tras los saludos de rigor de doña Lupe, expone a Torralba las novedades.

—Ya he localizado a nuestro hombre. Espero interrogarlo mañana, si es que no ha cambiado de domicilio en el último año. ¿Sabemos algo nuevo de la sota de bastos?

—Que está tan limpia como las anteriores —proclama el cordobés —. Nada que rascar por ahí. ¿Habló usted con la de oros?

—Por supuesto, y su confidente merece crédito, aunque por desgracia no puede hablar.

—¿Murió?

—Más o menos —miente él para cumplir la promesa de confidencialidad hecha a Marta Zúñiga—. Ya le contaré con más detalle.

—Pues que tenga suerte mañana, porque es nuestra última bala. Si no da en el blanco, estamos apañados.

—Hasta el rabo todo es toro, Torralba. No desesperemos.

—Claro, jefe, y el rabo de toro está exquisito, por lo que recuerdo de tiempos pretéritos —bromea el cordobés—. Hace muchos años que no puedo permitírmelo.

—Si todo acaba bien, le invito cuando cobre mi primer sueldo.

—Agradezco el detalle, pero ni usted ni yo andamos para esos lujos. Me conformo con que su gestión nos permita seguir adelante con este lío.

—Confiemos en ello. Espero llamarle el sábado, ya desde Madrid.

El atardecer se ha puesto un poco fresco, aunque agradable. Lombardi aprovecha las últimas luces del día para llegarse a orillas del Duero y contemplar el cauce desde el pretil del puente medieval, un paseo machadiano que no surte el efecto deseado, porque la calma del agua no consigue arrastrar su melancolía, y el profundo silencio no es precisamente el mejor analgésico para

lograrlo. Un lejano tañido de campanas le anuncia que es hora de dar la vuelta, recogerse y repasar los últimos retoques del plan que ha concebido, a la espera de conocer personalmente el territorio que le aguarda al día siguiente.

***

Vinuesa es un pueblo acostado a orillas del Duero cuyo horizonte norteño dominan los Picos de Urbión y la sierra de la Cebollera; una localidad que, a primera vista, debe de acoger un escaso millar de habitantes y que saluda al recién llegado con un vigoroso aroma silvestre. Al poner pie a tierra, el desagradable tufo del gasógeno es sustituido por un sustrato de olor resinoso matizado por fragancias primaverales de la variada flora que domina el entorno. Un sitio perfecto para apartarse del mundo y sus inquietudes.

Lombardi se estira para desperezarse mientras repasa mentalmente el plan de aproximación a Antonio Bravo, una sombra de la que apenas conoce detalles superficiales. Antes de echárselo a la cara necesita completar su ficha, y para ello nada mejor que representar un papel distinto al de policía. Con su arma debidamente oculta en el maletín, averigua que la calle donde presuntamente vive Bravo queda en la zona sureña, de modo que se dirige al lado opuesto, a la parte alta del pueblo, para su primer tanteo.

La taberna que elige ocupa la esquina de una calle que desemboca en lo que parece ser plaza principal, frente a una robusta iglesia con aires renacentistas y la presumible sede municipal, a juzgar por las banderas oficiales que cuelgan de mástiles en su balconada. El local es oscuro, y tres cabezas disecadas de jabalí en sus paredes le confieren un aire bastante lóbrego. A esas horas está vacío, salvo una mesa donde un par de vejetes se enfrentan en una tempranera brisca ante unos chatos de tinto. Lombardi da los buenos días, deposita su maletín sobre la barra y solicita un café con leche al hombre que trajina al otro lado, de edad similar a la suya por más que una incipiente alopecia le haga parecer algo mayor.

—¿De viaje? —confraterniza este cuando la taza humea ante el cliente.

—Pues sí. A visitar a uno de sus vecinos. A don Antonio Bravo. ¿Lo conoce usted?

—Aquí nos conocemos casi todos, siquiera sea de vista —admite el tipo, de buen talante—. El Antonio vive al otro lado de la villa y no frecuenta mucho este barrio. Yo lo trato porque a veces cazamos juntos.

La respuesta es todo un alivio, porque confirma que su objetivo no ha cambiado de domicilio.

—Sí, aquí tengo su dirección —dice el policía antes del primer trago a un recuelo que sabe a agua de fregar—. Pero a estas horas no creo que lo encuentre en casa. Estará trabajando, ¿no?

—Supongo. Búsquelo en el aserradero de Peña.

—¿Y eso por dónde cae?

—A kilómetro y medio por la carretera a Molinos de Duero. Pegadito al río, a la izquierda; no tiene pérdida.

—¿Allí trabaja el señor Bravo?

—Sí, señor.

—Iré a verlo entonces —anuncia, encendiendo un cigarro para sofocar el mal sabor de boca—. Es amigo de un pariente mío, ¿sabe? Le dijo que me acercase por aquí, a ver si pueden darme trabajo, que en Madrid están las cosas más que feas.

—¿Desde Madrid viene?

—Con escala en Soria, claro.

—Lo mismo tiene suerte. A Maderas Peña nunca le ha ido mal, pero desde que acabó la guerra ha despegado y da trabajo a bastante gente.

—Dios le oiga.

—Pero igual es mejor que vea a don Saturio, el dueño.

—¿Usted cree?

El tabernero se encoge de hombros.

—Al fin y al cabo —reflexiona—, es el que decide con quién se ajusta y con quién no. Pero no lo encontrará en la serrería. Suele estar en la oficina.

—¿Y dónde está esa oficina?

—Según sale, tire usted a la izquierda y siga calle abajo hasta llegar a una placita a mano derecha. La Plazuela se llama, y en el centro está el rollo. Ya sabe, donde antaño ataban a los presos.

—Sí, ya sé a lo que se refiere.

—Pues allí enfrente están la tienda y la oficina. Es el único comercio de la plaza.

—Muy agradecido por la información, aunque… —finge dudar— casi sería preferible hablar antes con el señor Bravo, que es quien me espera. ¿No le parece?

—Hombre, mejor a través de un buen valedor, sí. Aunque don Saturio no se come a nadie; es un hombre simpático, y si le entra usted por buen ojo…

—Quién sabe. Lo decidiré de camino —dice, y deposita unas monedas sobre la barra antes de recoger su maletín—. Ha sido usted muy amable. Espero volver a verlo.

—Será porque ha encontrado trabajo. Me alegraré de tenerlo como vecino y como cliente. Y si le gusta la caza, como compañero de partida.

—La verdad es que ya pegué bastantes tiros en la guerra, pero me lo pensaré si tengo la suerte de quedarme.

Lombardi afronta la cuesta abajo con ánimo fortalecido. Ya sabe un segundo lugar donde encontrar a Antonio Bravo y puede elegir cuál es el más apropiado para el interrogatorio. Pero, además, el tabernero le ha ofrecido en bandeja una posibilidad que no formaba parte de sus planes iniciales. Hablar con su jefe significa acceder a datos que quizá el propio Bravo no estaría dispuesto a compartir de buen grado. Y para hacerlo debe representar un nuevo rol, que intenta madurar en el tramo que le queda hasta la tienda.

La Plazuela es un rincón recoleto en cuesta, delimitado por sólidos edificios de piedra, como lo son la mayoría de los que ha visto hasta ahora, algunos de los cuales, con aspecto de palacetes o casonas, revelan la huella de una vieja nobleza, o al menos de una pujante burguesía. El rollo, coronado por un pináculo, se alza en el centro de aquel espacio rectangular sobre cinco escalones invadidos por el liquen, y a una docena de pasos del mismo se destaca un pequeño escaparate acristalado y la puerta de acceso con el nombre del establecimiento.

De entrada, el lugar parece una tienda modesta en sus aspiraciones, con la exposición de unos pocos muebles de estilo sobrio y sólido. Ventanales a un patio interior le confieren una luminosidad natural impensable desde la calle. Una joven de escasos veinte años le da los buenos días.

—¿En qué puedo servirle?

—Venía a ver al señor Peña.

—¿De parte de alguna empresa, o es privado?

—De parte de una empresa llamada Dirección General de Seguridad —responde, mostrando su placa.

Boquiabierta, la dependienta tarda en reaccionar.

—Un momento, por favor —balbucea al fin, antes de desaparecer tras una puerta al fondo de la tienda.

Un par de minutos después, la muchacha reaparece acompañada por otra no mucho mayor que ella. Es esta última la que toma la

iniciativa, mientras la primera se retira de escena, cabizbaja, aunque sin disimular un reojo al visitante.

—Sígame, si es tan amable —sugiere la nueva, con un gesto que invita a cruzar la puerta cuyo picaporte sujeta.

En el corto pasillo que se ofrece a los ojos de Lombardi vierten las entradas de tres salas parcialmente acristaladas. Dos a la derecha, en la fachada que da a la calle, y otra, más amplia y soleada, hacia el patio interior. En esta última aguarda un hombre de aspecto sexagenario, estatura media y cabello entrecano peinado a raya. Viste americana marrón, pantalón gris y camisa blanca, sin corbata. De rostro curtido, está de pie ante una recia mesa, con rictus preocupado tras sus gafas de concha. Acude al encuentro del visitante con el brazo extendido, ofreciendo una mano de tacto sarmentoso, producto sin duda de años de trabajo duro. Él la acoge entre la suya con una sonrisa y una frase que pretenden rebajar tensión.

—Mucho gusto, don Saturio —dice—. Soy el inspector Carlos Lombardi. Gracias por recibirme, y encantado de conocerlo.

—El gusto es mío —responde Peña sin abandonar el ademán de desconfianza—. Si es tan amable de tomar asiento y decirme en qué puedo ayudarlo…

El policía ocupa el butacón que se le ofrece y deposita su maletín en el suelo mientras el anfitrión se sienta tras su mesa; acomodados ambos, despliega su personalidad más amable para entrar en materia.

—Lo primero por mi parte es tranquilizarle. No tema, que mi visita no tiene que ver con nada raro, con ningún delito. —Hace una pausa teatral antes de proseguir—. Bueno, raro sí que es, para qué vamos a engañarnos. Por lo menos, raro para un policía. Resulta que la Falange está insistiendo mucho en las condiciones salariales de los productores. —Lombardi se asegura de potenciar esta última palabra, una de las sustitutas en el lenguaje cotidiano de las muy rojas obreros o trabajadores.

Peña alza las cejas.

—No me ha llegado ninguna información del sindicato —alega, perplejo.

—Claro, porque son los de Madrid los que han montado este lío. Ya sabe que una de las preocupaciones del Glorioso Movimiento Nacional es garantizar las buenas relaciones entre productores y patronos.

—Naturalmente. Soy afiliado a Falange desde el Alzamiento.

—Muy bien. Eso facilita las cosas. En resumen, le diré que han decidido hacer una encuesta aleatoria en toda España a cargo de un organismo neutral, ajeno a la Organización Sindical. Para evitar posibles favoritismos, ya sabe… Así que aquí nos tiene a algunos policías de la ceca a la meca con el equipaje al hombro —señala con un gesto el maletín— ejerciendo de auditores; aunque no somos los únicos funcionarios afectados. Un embolado —imposta una mueca para acentuar la palabra—, pero quien manda, manda. Mañana me toca Nájera. Y el lunes Miranda… De locos.

El empresario se encoge de hombros sin abrir la boca.

—Es una visita de trámite —prosigue Lombardi sacando una hoja de papel y la estilográfica del bolsillo interior de la americana—, así que vamos cuanto antes con las preguntas y le dejo tranquilo con sus obligaciones, que serán muchas.

—Como usted diga.

—¿Objeto de su empresa? —y matiza al observar el gesto de confusión que se dibuja en Peña—: A qué se dedica, quiero decir.

—Industria maderera. Explotación, tratamiento y venta. También hacemos traviesas para el ferrocarril y algunos muebles, pero es una parte poco importante del negocio.

—¿Cuántos operarios tiene en plantilla?

—Veintitrés fijos, aunque en tiempos de agobio echamos mano de eventuales.

—¿A cuánta gente llega a dar trabajo en esas circunstancias?

—Cerca de cincuenta, ya le digo que varía.

—¿Cuál es el sueldo de uno de sus fijos?

—Depende. Un peón sale por las doscientas cincuenta mensuales, y lo mismo las secretarias. Los encargados y comerciales, entre salario y comisiones, andan por encima de las trescientas.

Lombardi toma nota detallada antes de proseguir su comedia.

—¿Podría mostrarme una relación de esos productores y sus correspondientes salarios?

Peña duda. Por fin, llama a su secretaria, la joven que ha servido de guía y ahora ocupa el despachito de enfrente, y le pide el libro de contabilidad.

—Tendrá que verlo mes a mes —se excusa—, porque no llevamos cuenta aparte sobre los gastos salariales.

—No importa, ya le digo que es un mero trámite. Con anotar un par de detalles, cubrimos el expediente.

Ya con el libro, a Lombardi le basta ojearlo un poco para darse cuenta del batiburrillo que tiene entre las manos. Al menos, los sueldos figuran en bloque en el apartado de gastos y ese detalle facilita un poco la búsqueda. Enseguida descubre el nombre de Antonio Bravo entre los más beneficiados, pero se interesa por otro, de la escala salarial más baja.

—A ver, elijamos al azar entre los que menos cobran. Este, por ejemplo, Claudio Sánchez: apenas supera las ochenta mensuales.

—Es que se acaba de incorporar, como quien dice —se justifica Peña—. Solo tiene dieciocho años y es vigilante nocturno. A mí me parece un buen sueldo para lo que hace.

—Un novato, claro. Sí, no está mal pagado. Supongo que no tendrá cerrado el camino a una promoción, a una mejora… El futuro de los jóvenes es uno de los aspectos que más preocupan a la Organización Sindical.

—Claro que no. En cuanto haya plaza libre, pasará como peón.

Lombardi aprueba con un gesto las consideraciones del empresario y mantiene su falso interés por el tal Sánchez con algunas preguntas más, del todo intrascendentes, mientras busca en el libro detalles sobre Antonio Bravo.

—Muy bien —dice cuando Sánchez no da más de sí—. Vamos a otro caso y acabamos. Nos obligan a personalizar en dos productores como ejemplo de la diferencia salarial. Entre los que más cobran, según he podido comprobar, estaría don… —finge una duda al leer —, don Antonio Bravo, por ejemplo.

—Claro. Es encargado en el aserradero.

—Entiendo, un puesto de responsabilidad. ¿Cuánto tiempo lleva en esa función?

—Un par de años. Lo tenemos con nosotros desde hace casi cinco, creo recordar. Empezó como capataz de gancheros.

—¿Gancheros, dice?

—Son los que se encargan de llevar los troncos al río después de la tala y de transportarlos hasta la serrería.

—Trabajo duro, supongo.

—Todo el trabajo es duro si se hace a conciencia.

—Tiene usted razón. Y su ascenso a encargado… Supongo que fue por méritos. ¿O es pariente suyo?

Peña suelta una carcajada. Por primera vez desde que comenzó la farsa parece relajado.

—Para nada —responde—. Tengo parientes en la empresa, claro que sí, que para eso es mía; mi secretaria, por ejemplo, es sobrina por parte de mi mujer. Pero Bravo se lo ganó a pulso. Es un buen organizador, con dotes de mando.

—Excelente ejemplo, entonces. Veo que es uno de los que más

cobra.

—Sí, ya le digo. Trescientas veinte al mes.

Un sueldo, calcula Lombardi a bote pronto, que no llega a las cuatro mil anuales. De las cuales un sesenta por ciento aproximadamente han sido transferidas a Leonor Sobrado durante los últimos tres años. Resulta sorprendente la generosidad de ese hombre.

—Aunque no siempre —matiza hojeando el libro—. Observo que en alguna ocasión supera las cuatrocientas; por ejemplo algunos meses del año pasado.

—Eso son complementos.

—¿Por trabajos extra?

—Claro. A veces ha hecho de comercial.

—Promoción interna. Eso es bueno, y un dato interesante para la encuesta. Aunque el de comercial es un trabajo muy distinto al que hace habitualmente, ¿no?

—Intento que la gente progrese. A Bravo le gusta esa labor, y además se le da bien; lo que pasa es que prefiero mantenerlo en el aserradero hasta que le encuentre un buen sustituto. La verdad es que solo le he dejado escaparse un par de veces a Valencia.

La última frase actúa como una campanilla de aviso que resuena en algún lugar recóndito del cerebro de Lombardi. Un sonido celestial, una vibración en la telaraña que revela una nueva asociación entre Bravo y Leonor Sobrado.

—¿Por qué a Valencia?

—Hombre, porque allí tenemos desde hace mucho una buena clientela entre los fabricantes de muebles. Y él conoce la ciudad porque pasó allí algunos años de jovencito.

—Perfecto, entonces. Veo que los complementos los cobró en julio y octubre del año pasado. ¿Significa que su labor de comercial fue en los meses previos?

—Eso es. Su primera salida fue en junio del año pasado. Cayó enfermo el comercial que se encarga de la zona y se ofreció a ocupar provisionalmente su puesto. Estuvo una semana y se trajo buenos contratos.

—¿Y la segunda?

—Poco después, en septiembre. Tenía que cerrar algunos negocios abiertos en su viaje anterior.

—Tampoco nos vamos a poner tiquismiquis con la precisión de los datos, pero ¿podría ser más concreto respecto a las fechas de esta última visita?

—Estuvo también una semana —dice Peña elevando la vista al techo—; a partir de mediados, del catorce o el quince, no sabría decirle ahora mismo, aunque podría comprobarlo si necesita el día exacto.

La campanilla repiquetea traviesa ante ese nuevo elemento que sumar a la sospecha: el diecinueve de septiembre, fecha de la muerte de la viuda de Collazo, Bravo estaba en Valencia.

—Tampoco importa mucho si fue un día u otro —apunta, quitándole importancia al detalle—. Y no le extrañen mis preguntas. Son para corroborar la puntualidad de su empresa en sus obligaciones salariales. Ejemplar, si me permite opinar.

—Gracias.

—Por lo que veo en sus ingresos, no ha vuelto a viajar el señor… Bravo.

—No ha sido necesario de momento, pero lo está deseando.

—Bueno, pues ya tenemos los datos generales y un par de ejemplos. Hemos acabado, señor Peña. Haré constar en mi informe su plena colaboración.

—Para lo que necesiten, ya sabe.

—Un último favor —dice Lombardi señalando el teléfono que el

empresario tiene sobre la mesa—: no llame usted al aserradero para comentar esta visita. El protocolo me exige pasarme por allí a echar un vistazo y prefiero que mi llegada sea lo más anónima posible. Tampoco sería justo que al jefe lo pille desprevenido y a los productores avisados, ¿no le parece?

—Ni aunque quisiera —se lamenta Peña—. Allí todavía no nos han puesto línea. Llevamos años pidiéndola, pero la Telefónica se hace la sueca. A los pueblos nos tiene dejados de la mano de Dios.

A medida que camina hacia el aserradero, se acentúa el hormigueo en la espalda, como siempre que se enfrenta a un momento que presume decisivo. Y no es para menos: primero constata que Bravo no es hombre adinerado, como cabría esperar del autor de envíos tan generosos, y sin apenas transición se entera de la presencia de ese tipo en Valencia en la decisiva fecha de la muerte de Leonor Sobrado. Los hilos de la telaraña han cobrado consistencia y Lombardi se felicita por haber decidido emprender un viaje tan incómodo.

De momento, ha recuperado del maletín la sobaquera con su arma y evalúa el mejor modo de enfrentarse a quien probablemente es autor de un asesinato en la costa del Cabañal. Tan solo necesita echárselo a la cara para que la vaga sospecha que toma forma en su imaginación adquiera la solidez de prueba irrefutable.

Ya ha dejado atrás el domicilio de Bravo, que resulta ser una casita baja en los suburbios próximos al río. Antes de divisar la serrería se perciben pruebas de su proximidad: un camión atiborrado de tablones llega de frente levantando una nube de polvo de la arenosa carretera, y un par de galeras tiradas por cansinos bueyes cargan troncos de pino en dirección al mismo objetivo.

Como le había anunciado el tabernero, el lugar no tiene pérdida y enseguida llega a una gran nave de ladrillo con tejado de uralita a pocos metros de la orilla, a la que se accede por un desvío de un centenar de metros a la izquierda de la carretera. Frente a ella, a modo de gigantesca balsa, flotan en el agua centenares de troncos, detenidos ante el edificio gracias a una presa formada por algunos

de ellos atados entre sí que impiden al resto seguir el curso de la corriente. Allí, el joven Duero, nacido veinte kilómetros más arriba, tiene apenas cuarenta metros de anchura y su agitado cauce se va calmando poco a poco, frenado por las aguas de un pantano de reciente inauguración.

Antes de llegar al aserradero hay un par de edificios cubiertos y con solo tres paredes, colmados de troncos a la espera de su secado. La serrería es, en realidad, una gran nave con dos enormes puertas correderas que probablemente nunca se cierren a tenor de la cantidad de serrín que se acumula en los rieles. En su exterior trajinan varios hombres sudorosos cargando tablones en una nueva camioneta. Lombardi se dirige a uno de ellos.

—Buenos días. Vengo de hablar con don Saturio y me ha mandado con Antonio Bravo. ¿Sabe dónde podría encontrarlo?

El tipo, sin pronunciar palabra, señala hacia algún punto indeterminado del interior.

El lugar es oscuro, sin otra iluminación que la que entra directamente por la pared abierta que mira al río y la de algunos apliques eléctricos distribuidos por el alto techado. Buena parte del espacio está dominada por tres largas sierras mecánicas de grandes hojas circulares movidas por gasoil que trabajan en paralelo a pleno rendimiento; al fondo se adivinan diversas herramientas destinadas seguramente a trabajo más fino y que ahora mismo están detenidas. Bajo un ambiente bochornoso, golpea la nariz un irritante olor a resina, combustión y metal caliente. El sol se filtra por algunas rendijas del techo y dibuja franjas doradas con el polvo de madera en suspensión.

De nuevo, el policía pregunta al primero que se encuentra, imponiendo su voz al molesto chirrido de la maquinaria. Su interlocutor repite la misma escena que el precedente, señalando esta vez hacia un punto en la penumbra, una pequeña sala acristalada al fondo, iluminada por una mortecina bombilla y elevada unos tres metros sobre el nivel del suelo. Para llegar allí es preciso dar un buen rodeo sorteando las sierras, y ascender luego por una escalera metálica de dos tramos separados por un amplio rellano. El que parece ser despacho de Bravo también es de

estructura metálica y tiene todo el aspecto de una garita alzada para vigilar un campo de prisioneros.

Lombardi da un par de toques en la puerta con los nudillos y la abre sin esperar contestación del ocupante, de perfil a la entrada y enfrascado en el estudio de unos papeles bajo la única bombilla.

—Vengo de parte de don Saturio —dice a modo de saludo.

Bravo, sorprendido, hace un gesto con su mano para ofrecerle el único asiento libre en un cubículo que no debe de llegar a los nueve metros cuadrados. El policía cierra la puerta tras él y comprueba que el ruido ambiente, sin desaparecer del todo, queda lo bastante amortiguado como para mantener una conversación sin gritar. Exhibe su maletín, lo deposita en el suelo, y se sienta frente al encargado.

—Usted dirá —se ofrece este, sin renunciar al palillo de dientes que mordisquea.

Mientras repite con calma el mismo preámbulo de la comedia representada ante Saturio Peña, los ojos del policía extraen la máxima información posible del paisaje que le rodea. Delante tiene a un hombre de treinta y tantos, moreno, peinado hacia atrás, cejas pobladas, marcadas arrugas en la frente y labios como recortados a escoplo. Es fuerte y grueso, con cuello de toro, lleva gafas de pasta y un bigote del grosor de un fideo, a la moda falangista. No viste, sin embargo, distintivos ideológicos sino que se cubre con un mono azul de trabajo y su americana cuelga de una percha de pared junto a un sombrero de fieltro negro, aguardando probablemente hasta la hora de salida. El hormigueo en el espinazo de Lombardi se acentúa, porque los trocitos sueltos del rompecabezas empiezan a encajar y la tela de araña vibra con cierta euforia.

Antonio Bravo, que ha reaccionado ante la placa de la DGS con un respingo apenas disimulado, parece calmarse a medida que el visitante despliega los elementos básicos de su farsa. Aunque vuelve a inquietarse al recibir la petición del policía.

—¿Sería tan amable de mostrarme su cédula de identidad?

—Ya no existen —replica el encargado en actitud defensiva.

Y tiene razón. Desde el uno de enero de 1943, las tradicionales cédulas de identidad han quedado anuladas por decreto. Básicamente, porque se habían convertido en un descarado impuesto que cada ciudadano debía pagar según su estatus económico. Con esta decisión, y a expensas de una futura documentación identificativa, ya no hay modo alguno de justificar que uno es quien dice ser y no otra persona. Aunque bien es cierto que las extintas cédulas eran fáciles de falsificar y no ofrecían demasiadas garantías.

—Es verdad —admite él—. Pero tendrá algún documento que acredite que usted es don Antonio Bravo y no estoy encuestando a otro.

—¡Coño! Claro que lo soy. Pregunte a cualquiera.

—Lo siento. El protocolo es el protocolo.

—Como no quiera la cédula del año pasado…

—Con esa me vale.

El encargado se llega hasta la percha en busca de su americana y saca de ella una cartera de cuero atada con una goma. Se vuelve a sentar, abre el billetero y extrae una hoja doblada en cuatro.

—Ahí la tiene.

Lombardi la desdobla, la revisa, hace unos guiños y suelta un exabrupto.

—¡Mierda! Me he dejado las gafas en casa y aquí no se ve un pimiento. ¿Me permite las suyas?

—No sé si le valdrán —alega Bravo, desconcertado.

—Siempre serán mejor que nada.

Cuando el policía se las cala, confirma su presunción de que no están graduadas. Se ahorra comentarios al respecto, sin embargo,

para revisar el contenido de la cédula expedida por la Diputación de Soria, que dice pertenecer a Antonio Bravo Morales, nacido en la localidad logroñesa de Haro en agosto de mil novecientos nueve, domiciliado en Vinuesa y de estado civil soltero.

—Debemos tener parecida graduación —comenta al devolverle las gafas y la cédula—. Agradecido.

—Bueno —dice el encargado, jugueteando con la lengua y el mondadientes—, ya que tiene claro quién soy, vamos al grano si le parece, que tengo mucho trabajo.

—Encantado de hacerlo, señor Bravo. ¿Conoce usted a doña Leonor Sobrado?

—Pero… ¿no es una encuesta de los sindicatos?

—Hacemos preguntas poco convencionales, es cierto. Don Saturio las ha contestado sin pestañear.

—¿Qué demonios tiene que ver en esto don Saturio?

—Nada en absoluto. Repito la pregunta: ¿conoce a esa señora?

El encargado pestañea inquieto.

—No me suena —dice, negando también con la cabeza.

—Vive en Valencia. ¿Le ayuda eso?

—¿Valencia? Podría ser.

—Piénselo un poquito, haga un esfuerzo.

Bravo titubea. Valora sin duda si le merece la pena mantener la mentira, y a dónde le conducirá una respuesta positiva.

—¡Ah! Se refiere usted a Zita —dice al fin—. Claro, sí… Claro que la conozco. El nombre le viene de niña: de Leonorcita se quedó en Zita.

—No sé cómo la apodan, pero usted conoce su verdadero nombre y

apellidos.

—Claro, hombre. Es la viuda de un compañero, Valerio Collazo, un buen amigo que cayó en la guerra.

—Y no solo conoce su nombre, también su dirección en Valencia.

—Bueno, sé dónde vivían. No sé si ella se habrá mudado.

—Estoy seguro de que sí que lo sabe. Durante más de tres años ha estado mandándole dinero a su domicilio. De haberse mudado, no le habrían llegado los giros. Y ella los ha cobrado con puntualidad germánica.

El tipo queda boquiabierto, pero el palillo resiste adherido a su labio inferior. A estas alturas del interrogatorio es bien consciente de que las preguntas que le hacen nada tienen que ver con una puñetera encuesta.

—¿Cómo sabe usted eso? —musita, cruzando los brazos en actitud defensiva.

—Lo importante no es el cómo sino el porqué. ¿Podría explicarme el motivo de sus envíos?

—Por solidaridad —responde tras una pausa dubitativa—. Ya le digo que es la viuda de un buen amigo.

—Solidaridad muy generosa y constante, todo hay que decirlo, en un hombre que cobra trescientas y pico al mes.

—Gasto poco —afirma, y se encoge de hombros.

—¿La conoce personalmente?

—Claro, desde cuando Valerio y ella eran novios.

—Demasiado generoso, insisto. ¿Acaso tiene usted alguna esperanza con ella? Afectiva, quiero decir: usted es soltero, y su actitud puede contribuir a ganarse el cariño de una viuda. ¿Me equivoco?

—Puede ser.

Lombardi saca un pitillo, pero antes de que se lo lleve a los labios, Bravo le advierte:

—Aquí tenemos prohibido fumar. Es peligroso.

El policía asume la reprimenda con un gesto de aceptación y devuelve el cigarro a la cajetilla.

—¿Cuánto hace que no ve a la señora Sobrado?

—Desde antes de la guerra. Ella estaba en Valencia, que era zona roja.

—Sí, claro.

—Y no lo pasó bien. Los vecinos sabían que Valerio luchaba con nosotros, con los nacionales, y por lo visto le hacían la vida imposible. Antes no podía, claro, porque no teníamos comunicación con zona roja; pero cuando acabó la guerra y se liberó Valencia, decidí ayudarla.

—¿Con nosotros, dice? ¿Usted luchó con los nacionales?

—¿Yo? No señor, y no por falta de ganas —se excusa Bravo con un gesto resignado—. Es que tengo problemas de corazón y me declararon inútil para el servicio militar.

—Así que no estuvo en el frente.

—Ayudé en lo que pude. Sobre todo en Auxilio Social.

—Trabajó de ganchero hace un par de años, señor Bravo —objeta Lombardi—. No parece una labor muy propia para un corazón débil.

—¿Y qué quiere? Sufrí mucho, pero peor era morirme de hambre. En cuanto pude, me cambié a un puesto más tranquilo.

—Bien hecho. Y dígame: ¿su afición a la caza no le afecta al corazón?

Bravo recibe la pregunta con mirada atravesada, valorando cómo

diablos se habrá enterado ese polizonte de sus aficiones. Aún juguetea unos instantes con el mondadientes, haciéndolo correr de un lado a otro de la boca.

—¿Por qué? —responde al fin—. Si no me disparan a mí.

—Visto así… —acepta el inspector con un cabeceo y media sonrisa —. Usted no es de Valencia, ¿no?

—No. Como dice mi cédula, nací en Haro. Pero a los seis años mis padres se mudaron a Valencia, donde viví una buena temporada. Y allí conocí a Valerio y a Zita.

—Sí, eso lo explica casi todo. Pero hay algo que me llama la atención. Sus giros solían ser más o menos regulares, y a partir de hace un año desaparecen.

La respuesta del interrogado es un resoplido seguido de un largo silencio. Reacciona por fin con un tono tímido que quiere sonar sincero.

—Me enteré de que tonteaba con alguien —se justifica.

—Comprendo. Si ya no había esperanzas respecto a ella, carecía de sentido seguir manteniéndola. La responsabilidad corresponde al otro.

—Eso digo yo.

Lombardi hace una pausa teatral que aprovecha para sacar de su bolsillo las fotos de los cuatro desaparecidos. Selecciona la de Valerio Collazo y vuelve a guardar las otras tres.

—¿Conoce a este hombre? —pregunta al tiempo que desliza sobre la mesa ante los ojos de Bravo el positivo del sargento.

El interpelado reacciona con un gesto que le frunce el ceño y se extiende después para estirar hacia abajo las comisuras de la boca y configurar la expresión de quien ha recibido un inesperado directo en el hígado. Gotitas de sudor le perlan la frente; en el cuchitril hace calor, es cierto, pero esos reflejos húmedos no estaban allí antes de mirar la foto.

—¿Lo conoce o no? —insiste él para rescatarlo de la conmoción.

—No estoy seguro.

—Tan amigo de Valerio Collazo como dice ser, ¿y no reconoce una foto suya?

—Bueno, sí… —balbucea—. Es que la foto es muy mala.

Mientras Bravo titubea, los ojos de Lombardi han concluido un rápido examen a la mesa. Amén de unos cuantos papeles y lápices, hay un nivelador de gota de agua de madera y una larga punta de acero con base metálica y varios papeles ensartados. Dos elementos que pueden ser usados como armas. Se abre la americana para que la sobaquera quede a la vista y sirva de medida disuasoria frente a posibles tentaciones. Solo después se decide a expresar lo que hace un buen rato ha dejado de ser intuición para convertirse en evidencia.

—Pues si no fuera porque sus apellidos son distintos, porque usted lleva bigote, se peina hacia atrás en vez de con raya, usa unas gafas sin graduar que él no tenía, y por algunos kilos de más a su favor, yo diría que son hermanos gemelos. Pero usted no tiene hermanos, ¿verdad?

El interrogado niega en silencio. El rostro parece de cera y su mirada se desplaza veloz por la mesa, como si buscase una escapatoria, aunque el cuerpo permanece hundido en la silla, sin signos de reacción. El inspector recupera la iniciativa.

—Mire, señor Collazo, que sea usted desertor o no, personalmente me trae al fresco.

—No soy un desertor —replica airado, aunque sin levantar la voz—. Luché en Belchite hasta el último minuto, hasta que nos ordenaron desalojar el pueblo y tratar de romper el frente. Pero era muy difícil en la oscuridad. Pasé horas rodeado, agazapado en el campo como un conejo. Cuando pude seguir, no sabía en qué dirección caían nuestras líneas. Estuve varios días perdido, sin saber si pisaba territorio rojo o nacional. Imaginé que Zaragoza habría caído. Después de tanto tiempo dando tumbos tuve miedo de que me

fusilasen por desertor, así que decidí no presentarme.

—Entiendo. Se agenció una nueva identidad y buscó un sitio pequeño y tranquilo donde no lo conocieran. ¿Lleva por aquí desde entonces?

—Desde meses después de la batalla.

—Interesante, aunque no deja de ser un fugitivo. Pero le repito que ese es un asunto que deberá resolver usted con quien corresponda, si es que a alguien le interesa. Yo no me dedico a perseguir desertores.

—¿No? Entonces, ¿que demonios pinta aquí?

—Háble me de sus últimas visitas a Valencia en junio y septiembre del año pasado.

—Fueron viajes de trabajo.

—Sí, por supuesto, pero aprovechó para ver a su esposa, ¿verdad? Una situación difícil la suya, lo entiendo. Tantos años separados…

—Eso hice —asume con una mueca amarga.

—De ese modo se enteró de que tenía un novio.

—En junio, sí.

—¿Habló con ella entonces?

—No me atreví.

—Pero sí en septiembre. ¿De qué hablaron?

—Bueno… Pues de cómo nos iban las cosas.

—¿Y cómo les iban? ¿Podría resumírmelo?

Collazo mastica el mondadientes con nerviosa violencia hasta que se detiene, tensando la mandíbula.

—Le dije que no me parecía bien lo que estaba haciendo —farfulla

—. Que, al fin y al cabo, aunque fuera oficialmente viuda, seguía casada, y que yo me preocupaba por mandarle dinero de vez en cuando…

—Bastante dinero.

—Sí, todo lo que podía. Le pedí que viniera a Vinuesa y que nos casáramos. Volver a casarnos con mi nueva identidad y vivir juntos.

—Déjeme que adivine: ella le dijo que nones, que como le daba por muerto había rehecho su vida sentimental con otro.

—Eso dijo, pero el dinero que le mandé durante años bien que lo cobró.

—A eso se llama estar en misa y repicando —ironiza Lombardi—. ¿Qué le respondió usted?

—Pues que si quería seguir recibiendo dinero solo tenía dos posibilidades: quedarse viuda en Valencia o venirse conmigo. Pero ella se puso gallita y amenazó con denunciarme si le cortaba el grifo.

—Amenazar nunca es una buena idea.

—Ya le digo. Se lo expliqué bien clarito: si me denuncias tendrás que esperar a que me fusilen para librarte de mí y se te acabó la pasta; aunque lo mismo se conforman con meterme en chirona hasta que me haga viejo, y si pasa eso no serás viuda y se jodieron tus planes con ese imbécil.

—Bien dicho —lo anima el inspector con gesto teatral—. Hay momentos en que un hombre debe hacerse valer.

—Ya le digo.

—Así que se volvió a Vinuesa y cortó el grifo.

—Sí, señor; eso mismo hice.

—Sin miedo a que lo denuncie.

—Ya sabe cómo son algunas —alardea Bravo—. Como el perro ladrador y poco mordedor. Por mí, que se pudra con su novio. Será por mujeres…

—Me alegra saber que se lo toma con filosofía. No todos habríamos reaccionado con ese temple. Aprovechando la visita, me gustaría saber si puede ayudarme con otro asunto que tengo entre manos.

Lombardi despliega sobre la mesa las fotos de los otros tres desaparecidos. Al verlas, Valerio Collazo frena su facundia y traga saliva.

—¿Los conoce?

—No, señor —responde tras un somero vistazo a los retratos—. Nunca he visto a estos hombres.

—Fíjese un poco más en esas fotos. Apenas las ha mirado.

—No hace falta —replica muy serio—. Le repito que no los conozco.

—Pues no deja de ser chocante, porque pertenecían al mismo Tercio de Almogávares que usted. Lucharon a su lado en Belchite. Emilio Fuentes, José Irujo y Ángel Jiménez. Alférez médico, cabo y soldado raso, respectivamente. Raramente se olvida a quien vive junto a ti momentos tan duros.

—Pues no, no los recuerdo. Éramos muchos.

—Del Tercio de Almogávares apenas doscientos.

—Casi todos murieron. Lo siento, no puedo ayudarlo —dice tajante. Las venas de su cuello se tensan como tendones. Es evidente que el tipo lo está pasando mal, y que es el momento de apretar.

—Es una lástima. Y el nombre de Fermín Toledo, ¿le suena de algo? Por si puede refrescar su memoria, era un juez jubilado que vivía en Belchite en aquellas fechas.

—Tampoco lo conozco. Casi no teníamos trato con civiles.

—Era de suponer —acepta el inspector con un profundo y

decepcionado suspiro mientras recoge las fotos—. Aunque no sé si creerle, señor Collazo. Si está siendo tan sincero en esto como en la historia de Leonor Sobrado, sospecho que sí los conoció.

—¿Qué quiere decir?

—Se lo explicaré si me concede unos minutos. —El exsargento asiente, o al menos eso cree advertir Lombardi en el mohín de disgusto que ha visto enfrente—. Admitamos que su versión sobre Belchite es cierta. Ya le he dicho que no es asunto de mi incumbencia: por mí, como si se opera. El hecho es que usted obtiene una nueva identidad y, una vez acabada la guerra, escribe una carta a su esposa que deposita en un buzón de Logroño el doce de septiembre del treinta y nueve. En ella le explica que sigue vivo, aunque huido, y la conveniencia de no intercambiar cartas para no levantar sospechas; probablemente le anuncia la llegada de un giro de mil pesetas que finalmente efectúa un mes después. ¿Voy bien?

Collazo asiente con cara de mala leche, tamizada por un rictus de sorpresa. Sus manos agarrotadas sobre la mesa son puños de color magenta.

—Durante años repite usted este procedimiento, hasta que, confiado en que el tiempo haya nublado definitivamente su verdadera identidad, viaja a Valencia para proponer a su esposa que vuelvan a reunirse. Y lo único que consigue es el terrible descubrimiento de que ella tiene un novio. Vuelve decepcionado a Vinuesa y prepara su encuentro para el mes de septiembre. Y esta vez sí, esta vez se presenta la ocasión de encontrarse a solas frente a Leonor, mientras ella pasea al anochecer por la playa de Las Arenas, cerca de su casa familiar. Le reprocha su engaño y le exige que se vaya con usted. Naturalmente, lo que menos desea una mujer maltratada es volver con su maltratador, y se niega. Discuten, ella le amenaza con denunciarlo y usted la agrede, probablemente con alguna piedra que llevaba preparada por si era necesario usarla; después, conmocionada ella o ya sin sentido, la arrastra hasta la orilla y la ahoga sin resistencia alguna por su parte. Esa es la historia que yo me creo, y no la que me ha contado.

—Es mentira —masculla.

—Puede ser, pero ahora voy a esposarlo. Espero no tener que hacer uso de mi arma y verme obligado a inmovilizar a un herido.

—¿Por qué? —brama Collazo.

—Pensé que le había quedado claro. De momento, por el asesinato de su mujer. Comprendo que no es fácil asistir impasible a una traición como la de Zita. Usted la mantiene desde la distancia y ella se la pega con otro.

—Era una puta —escupe, y con el insulto el mondadientes—. Seguro que lo hizo más veces.

—Pero tuvo la mala suerte de que usted la descubriera. Y no podía dejar así las cosas, ¿verdad?

—Que fuera una puta no demuestra que yo la matara.

—No le falta razón a su argumento, pero ya tendremos tiempo de aquilatar todo eso. De momento, vamos al puesto de la Guardia Civil, su nuevo domicilio hasta que lleguen mis compañeros de Valencia para hacerse cargo de usted. Seguiremos charlando luego, después de que le eche un vistazo a su casa. Sobre Leonor y sobre otras cosas; por ejemplo, algunos detalles sobre Belchite que no me han quedado nada claros. Espero que su memoria no se haya perdido del todo con el cambio de identidad, señor Collazo.

Lombardi se incorpora con los grilletes en la mano, atento a los objetos peligrosos que el exsargento tiene ante sí. El ataque, sin embargo, no le llega desde arriba, sino desde la propia mesa, porque el potencial detenido la empuja con ambas piernas para estrellarla violentamente contra el policía. No es un golpe importante, pero el crujido en las rodillas le obliga a doblarse mientras Collazo aprovecha la sorpresa para ganar la puerta y lanzarse escaleras abajo con un estrépito metálico.

Cuando, entre maldiciones, el inspector consigue incorporarse, tiene ocasión de ver cómo el fugitivo intenta alcanzar la salida. Pero en lugar de hacerlo sorteando las sierras como dictaría la sensatez, salta de una a otra para acortar camino. En el último brinco pierde pie y se desliza peligrosamente hasta el filo sobre la superficie de

madera. Un alarido anuncia el resultado del accidente, y una hilera de sangre tiñe de rojo el serrín del suelo y persigue al huido cuando, tambaleante, alcanza el exterior.

Lombardi corre escaleras abajo para atraparlo. Atraviesa la nave entre un bosque de hombres boquiabiertos y paralizados por la sorpresa y, una vez fuera del aserradero, ve a Collazo trotar como un pollo descabezado en busca de un refugio que no parece existir. Acelera y consigue reducir distancias con el herido hasta llegar a una docena de metros de él. En ese momento, el exsargento alcanza los troncos que alfombran la superficie del río y empieza a caminar sobre ellos en dirección a la orilla opuesta. El policía no se atreve a hacer lo mismo y busca con la mirada alguna barca que pueda servirle para desplazarse hasta el mismo punto, pero lo único flotante a la vista son los maderos.

A esas alturas, varios trabajadores del aserradero han llegado también hasta la orilla; alguno de ellos llama a gritos a su encargado y no falta quien se interesa con cara de pocos amigos sobre lo sucedido. El policía muestra su placa.

—Sospechoso de asesinato —dice—. Y por su reacción, la sospecha parece más que cierta. ¿Creen que conseguirá llegar al otro lado?

—No sería la primera vez que lo hacemos —apunta uno de ellos.

—¿Y es la única manera de cruzar el río?

—Hay un puente, como un kilómetro río abajo. Pero no creo que el Antonio llegue hasta el otro lado con esa cuchillada.

—Yo pienso lo mismo —remacha Lombardi—. Se está desangrando. ¿Por qué no van ustedes a por él? Si lo intento yo acabaré en el agua.

—Detenerlo es cosa suya —le reprocha un segundo.

—Por supuesto. Pero habría que llevarlo a un médico, ¿no cree?

Sin más dilaciones, un par de ellos, que han asistido mudos al debate, saltan a la irregular balsa y con pasmosa facilidad caminan en dirección a Collazo, que se desplaza con dificultades más allá de

la mitad del cauce. Apenas los voluntarios han recorrido unos metros cuando el huido resbala y pierde pie; vuelve a incorporarse y, tras unos breves segundos de inestabilidad, desaparece de la vista.

—Mala cosa —sentencia uno de los curiosos—. De ahí no sale el Antonio.

Dos horas después, el cadáver de Collazo es entregado a la orilla en un meandro del río cercano a un puente, donde suelen acumularse los pocos troncos que escapan de la balsa. Frente al cuerpo, Lombardi reflexiona sobre lo caprichoso que es el destino, eligiendo para ese hombre el mismo tipo de muerte que él había decidido darle a su esposa. Del agua salada de Las Arenas a la dulce del Duero, aunque ambos sin poder defenderse: la una por agresión previa y el otro por una gravísima herida y un techo de madera que frenaron sus presumibles intentos de salir a flote.

Se pregunta qué motivó en realidad el terror de Collazo a ser detenido. ¿El asesinato de su esposa o la deserción? Probablemente la acumulación de ambos delitos. En el primer caso, quizá un tribunal generosamente machista le habría conmutado la pena de muerte por una de reclusión por defensa del honor: el marido cornudo sorprende a la adúltera y se la quita de encima. Con un argumento cogido por los pelos, es cierto, porque hubo premeditación; pero podría haber colado. Sin embargo, el segundo delito, el primero cronológicamente hablando, no tenía defensa posible. La deserción significaba para él una ejecución casi segura. Lombardi se maldice ahora por su charlatanería: todas esas acusaciones debería haberlas formulado con el preso a buen recaudo. Está perdiendo reflejos, se reprocha, porque es el segundo detenido que se le malogra en los últimos meses; el verano anterior ya perdió uno en Linares del Arroyo, aunque la culpa del desenlace no fue precisamente suya. Puede que los casi tres años de prisión hayan dejado huella en su capacidad profesional. En todo caso, como ser humano y como investigador, ese cadáver en la orilla es el símbolo de un fracaso que no resulta fácil de digerir.

A la espera del juez que debe llegar desde Soria para el

levantamiento del cadáver, en el lugar se ha concentrado una masa de curiosos, controlados por la pareja de la Guardia Civil avisada a instancias de Lombardi. Uno de ellos, especialmente afectado, es Saturio Peña, el propietario del aserradero, que contempla con mirada incrédula el cuerpo sin vida de quien hasta esa misma mañana era su encargado. Casi inaudible, como si masticase las palabras, refunfuña una protesta a la cara del policía.

—Me engañó. Me engañó usted con esa mandanga de los sindicatos, y mire el resultado.

—No espero que lo comprenda, señor Peña —replica él con calma —, pero el objeto de mi farsa era precisamente preservar la presunta inocencia de su empleado. No podía levantar sospechas gratuitas antes de estar seguro de que Bravo era la persona que buscaba.

—En mala hora.

—¿Habría preferido seguir dando cobijo a un criminal?

—¿Criminal? Antonio era un buen muchacho, muy querido en Vinuesa, y mírelo ahora…

Lombardi duda si contar la historia del buen muchacho, si revelar detalles del engaño que venía sufriendo el propio Peña durante años. Pero en nada va ayudar a ese hombre hablarle del sargento Collazo y sus peculiares andanzas. Basta con un par de datos generales.

—Fue él quien lo engañó a usted, don Saturio. Bravo no era quien decía ser, y aprovechó sus viajes a Valencia para cometer un repugnante asesinato. Mi propósito era detenerlo, no verlo muerto; así que compartimos el disgusto por este desenlace.

Sin más explicaciones, Lombardi da media vuelta para regresar andando al aserradero y continuar una investigación que ha quedado a medias. El sol empieza a picar, así que afloja la corbata y se cuelga al hombro la americana. Sabe que exhibe sin pudor su sobaquera sobre la sudada camisa, pero a estas alturas todo el pueblo debe conocer ya su identidad y poco importa la imagen que

ofrezca.

El paseo le permite reflexionar con algo más de calma sobre Valerio Collazo y sus motivaciones criminales. Resulta sorprendente que enviase dinero, tanto dinero, a su todavía esposa. Parece claro que esperaba rehacer su vida con ella, y una actitud como esa revela un gesto ciertamente loable por su parte que además ponía en riesgo su falsa, aunque ya relativamente cómoda, identidad. Semejante muestra de generosidad cuestionaría el testimonio ofrecido por el estibador Vicente Pons, el novio de Leonor, sobre el frecuente maltrato que ella sufría durante su matrimonio. O quizá no; es posible que Collazo aspirase simplemente a recuperar lo que consideraba suyo e hiciera todo lo necesario para conseguirlo. Entrar en la mente de un maltratador de mujeres no es trabajo fácil, y la línea que separa el afecto de la posesión a veces es demasiado tenue para apreciarla a primera vista.

El papel de la propia Leonor resulta también un tanto contradictorio: una mujer que, creyéndose viuda, reconstruye su vida sentimental y que, de repente, descubre que su detestable marido sigue vivo, aunque oculto. El disgusto que semejante noticia le produciría contrasta, sin embargo, con su gustosa aceptación del dinero que él le enviaba. ¿Simple egoísmo, o deseos de compensación por los daños sufridos durante su convivencia? En cualquier caso, probablemente no se imaginaba la posibilidad de volver a encontrarse cara a cara con Collazo; mucho menos cuando consumase su planeada huida del Cabañal. Y en su sentencia de muerte quizá no influyó tanto su negativa a volver con la odiada pareja como su amenaza de denunciarlo. Por desgracia, ni uno ni otra podrán explicar ya los entresijos de tan agusanada relación.

La noticia de la muerte ha paralizado buena parte de la vida cotidiana y el aserradero está prácticamente vacío; las máquinas se han detenido y un raro silencio sustituye al ruidoso ajetreo de las horas previas. Tan solo tres o cuatro individuos siguen trabajando en el exterior, descargando troncos de una carreta de bueyes para apilarlos en los secaderos. Lombardi sube al despacho de Collazo, recupera su maletín y rebusca en la americana colgada en la percha hasta encontrar un llavero que se guarda en el bolsillo. Echa luego un vistazo a la cartera del fallecido en busca de algún elemento de

interés, pero solo encuentra la vieja cédula, algunos billetes y el carné de una sociedad de cazadores con su foto, de modo que la reintegra a su lugar.

El domicilio de Collazo es una casita modesta, vieja y un tanto destartalada a medio camino entre el aserradero y el centro del pueblo. En su interior se revelan las carencias típicas de un hombre que vive solo: cierto desorden y descuido por los detalles, aunque en absoluto suciedad. La cocina es de estilo rural, con el hogar a ras de suelo bajo una chimenea abierta en el tejado, y tiene una despensa bien surtida de legumbres, fiambres y fruta que para sí la quisiera el policía. En el pequeño y único dormitorio, la cama está sin hacer, y la mesilla y el armario no ofrecen al curioso otra cosa que ropa humilde y en su mayoría arrugada, lo que revela que el inquilino no era aficionado a la plancha. Arrinconada al fondo del armario, una carabina de dos cañones y unas cajas de cartuchos.

El lugar más espacioso es una sala comedor que se comunica por una puerta trasera con un patio dotado de una buena reserva de leña y una garita que esconde una taza de retrete. El registro del comedor no plantea excesivas dificultades, porque al margen de una estufa, una mesa camilla, tres sillas y una astrosa butaca tan solo hay un aparador con algunos detalles decorativos, como un viejo reloj de mesa y una fotografía en la que Collazo aparece con otros tres cazadores, entre ellos el tipo que atendió a Lombardi por la mañana en el bar cercano a la plaza; las baldas del interior contienen vajilla variada y los tres cajones están casi vacíos, con instrumentos domésticos y papeles sin importancia. En uno de ellos, sin embargo, aparece una cartilla de ahorros del Banco Español de Crédito; de una sucursal de esta entidad en la capital soriana, más exactamente.

Lombardi toma asiento ante la mesa, enciende un cigarro y revisa minuciosamente una libreta cuya primera anotación corresponde a un ingreso de marzo del treinta y ocho con la admirable cifra de dos mil pesetas. Azuzado por la sorpresa, saca del bolsillo de la americana la estilográfica y un papel y elabora un minucioso balance de cuanto aparece ante sus ojos. El resultado final es un tanto sorprendente: en los últimos cinco años, Collazo ha ingresado personalmente más de cuarenta mil pesetas en su cartilla. En

aportaciones de dos mil cada trimestre, aproximadamente. Y no se trata de transferencias, sino de imposiciones en metálico realizadas por el titular en la sede del banco. El último balance, con fecha de primeros de abril, ofrece un saldo positivo de cuarenta y ocho mil trescientas doce pesetas. Toda una fortunita para un simple encargado de aserradero rural.

Valerio Collazo no solo era poco gastador, como había argumentado para justificar los generosos envíos a su esposa, sino que disponía de un capital impensable. Como término medio, entre su salario y esos llamativos ingresos, su balance mensual superaba las mil pesetas, un pico insospechado y nada desdeñable. La pregunta es de dónde demonios venían esos suplementos económicos; no, desde luego, de Maderas Peña. Si al menos el ingreso de esas cantidades se hubiera realizado por transferencia, una visita a la entidad bancaria permitiría averiguar su origen; pero el hecho de tratarse de imposiciones en metálico imposibilita esa línea de investigación.

Habrá que repetir con Collazo el mismo proceso que con su esposa, se dice Lombardi cuando cierra a sus espaldas el hogar del fallecido. En ese momento presta atención por primera vez al coche con matrícula de Soria que hay aparcado a pocos pasos de la puerta. Es un Citroën Torpedo marrón, de los años veinte, con tres asientos y capota plegable, un vehículo que raramente supera los cincuenta kilómetros por hora; tampoco lleva incorporado gasógeno, lo que hace suponer, dadas las restricciones de combustible, una muy escasa utilización. El policía prueba con una de las unidades del llavero y, efectivamente, consigue abrir el automóvil. Fisga a placer en su interior y en los dos baúles que flanquean el asiento posterior, sin resultado alguno. Al parecer, los únicos rastros que dejaba Collazo son sus secretos bancarios.

La oficina de Correos está en una de las calles adyacentes a la plaza del ayuntamiento. Lombardi entra con su americana al hombro y la sobaquera a la vista para dejar bien claro que no se trata de una visita de cortesía. Está seguro de que a esas alturas todo el mundo lo considera culpable de la muerte de un vecino respetable, de modo que es preferible explotar la imagen de tipo duro y ahorrarse preámbulos innecesarios.

El lugar es angosto, malamente iluminado y atendido por dos

hombres: el mayor de ellos en ventanilla, y el más joven en labores de oficina más allá del mostrador bajo la luz de un flexo.

—Buenos días —se presenta exhibiendo su placa—. Quiero la relación de todos los giros recibidos por Antonio Bravo desde finales del treinta y siete.

El que parece ser encargado le mira con aprensión y asiente con un cabeceo. Es un tipo flaco de poco más de cuarenta años, con una mata de rizado pelo castaño, nariz aguileña y, haciendo juego con ella, pequeños ojos de rapaz. Un rostro inconfundible que formaba parte de la foto de cazadores que había sobre el aparador de Collazo.

—Pase usted dentro, que llevará su tiempo.

Lombardi acepta la invitación y ocupa una silla ante la única mesa libre mientras el funcionario se apodera de un archivador y toma asiento frente a él sin alterar su semblante atemorizado. El más joven parece embebido en unos documentos y ni siquiera se atreve a alzar los ojos.

—Fechas, cantidades y remitentes —puntualiza cuando el tipo activa la lámpara de su mesa—. Escríbamelo todo.

Los siguientes minutos transcurren en un silencio tenso, con el funcionario repasando con el dedo las anotaciones del registro y, de tarde en tarde, apuntando en hoja aparte. El policía se incorpora, enciende un pitillo y pasea por el estrecho espacio entre las mesas y el mostrador.

—Conocía usted a Antonio Bravo, supongo —dice de repente.

—Sí, señor —acepta el interpelado sin retirar la vista de su inspección.

—Una lástima lo que le ha pasado. Ya lo sabrá, ¿no?

El funcionario asiente sin decir palabra y el policía decide no interrumpir más su quehacer; decisión que apenas dura el tiempo que el cigarro tarda en consumirse y acabar en un cenicero que hay sobre el mostrador con los restos de otros fumadores.

—¿Qué es lo que tiene hasta ahora?

—Voy por mediados del cuarenta y uno.

—Trabaja usted deprisa. Enhorabuena por su profesionalidad.

—Aquí no hay mucho movimiento de este tipo, así que la lista no es muy larga.

—Hágame un resumen, si es tan amable.

—Pues el primer giro recibido por el señor Bravo corresponde a julio del treinta y ocho por valor de dos mil pesetas —anuncia el funcionario con voz temblona—. Hasta junio del cuarenta y uno hay trece de ellos registrados, todos por idéntica cantidad.

—¿Él no hizo ningún giro desde aquí?

—No, que yo recuerde.

—¿Cuánto tiempo lleva usted en esta oficina?

El tipo se toma unos segundos de reflexión.

—Más de siete años —dice tras sus cálculos mentales.

—Desde antes de que Antonio Bravo llegara a Vinuesa.

—Sí, señor.

—Recordaría entonces si hubiera girado algún dinero.

—Y si no lo recordase, aquí estaría registrado.

—Claro. ¿Está anotando también la identidad y dirección de los remitentes?

—Sí, señor, pero solo hay uno. Don Benjamín Hernando. Y todos llegaron desde la oficina de Correos de Benavente, en Zamora.

—¿No figura el domicilio del señor Hernando?

—Ese es un dato que tendrán allí —responde, tragando saliva—,

pero aquí no consta.

—Vaya, hombre. Bueno, disculpe la interrupción. Siga, por favor, a ver si acabamos cuanto antes con este trámite.

Lombardi vuelve a sentarse dándole vueltas al nuevo personaje aparecido en escena. Todo hace indicar que habrá de enfrentarse a un proceso semejante al que ha seguido tras los pasos de Collazo, con el rastreo de esas sumas enviadas desde Benavente. Un nuevo viaje en el horizonte, una perspectiva que ahora mismo le produce una descomunal pereza. Antes tendrá que hablar con la comisaría del Grao para explicar las novedades y disculparse con ellos por haber perdido al presumible asesino de Leonor Sobrado. Aunque quizá sea preferible hacerlo desde Madrid, se dice, una vez cubierto el expediente con el comisario Amorós. Entre este cúmulo de divagaciones, la imagen de Erika brota como un relámpago en su pensamiento; es la primera vez que se acuerda de ella durante las agitadas últimas horas y se reprocha amargamente el olvido. Solo durante unos segundos, porque la voz del funcionario le rescata de sus secretas digresiones.

—Pues ya está todo —dice, tendiéndole una hoja con los datos recogidos.

El policía echa un vistazo general a las anotaciones para corroborar que no hay otro remitente que el tal Benjamín Hernando.

—Gracias, amigo. Dígame, ¿recibía mucha correspondencia el señor Bravo?

—La verdad es que no.

—Solo giros —puntualiza el hasta ahora silencioso empleado, un veinteañero moreno con gafas de miope—. No recuerdo haberle llevado una sola carta desde que vive aquí.

—Ustedes lo conocían bien, supongo. Dicen que era un vecino apreciado.

Los interpelados se encogen de hombros.

—Ya imagino que la discreción es una norma de su trabajo —insiste

él—, pero ¿nunca se interesaron por estos envíos periódicos? Son sumas importantes.

—El Antonio era muy reservado, y nosotros también —replica el más joven con un punto de altanería.

—Tenía tierras y propiedades en Zamora —apunta no obstante el encargado—. Herencia de su bisabuelo materno. Benjamín Hernando es su primo segundo y le envía trimestralmente las rentas.

—Interesante. ¿Se lo dijo él?

—Hace años, y sin que yo le preguntara.

—Confidencias de cazador, supongo.

El funcionario alza las cejas, sorprendido de que un forastero esté al tanto de semejante detalle.

—Hay una foto en el domicilio del señor Bravo —aclara Lombardi —. De un grupo de cazadores, y usted aparece en ella. Imagino que él se vería obligado a darle explicaciones sobre esos peculiares ingresos.

—Yo no se las pedí.

En un sitio tan pequeño, los rumores corren más que las noticias. Es de suponer que Collazo divulgaría esa mentira para atajarlos antes de que se convirtieran en comidilla general.

—¿Y no le resultó llamativo el hecho de que un hombre con esos medios económicos decidiera venir a trabajar en un aserradero tan apartado?

—Parece que no se llevaba bien con la familia —alega aquel frunciendo una vez más los hombros—. Pero eso no es asunto mío. Allá cada cual con su vida.

—Tiene usted razón. —Lombardi se incorpora y recoge sus cosas—. En fin, gracias por su ayuda.

—No las merece. Es nuestra obligación atender a los agentes del orden.

—Una cosa más. Junto a su casa, Bravo tiene un coche aparcado. ¿Llegó con él a Vinuesa?

—Se lo compró a poco de llegar. En Soria, de segunda o tercera mano. Es un viejo trasto que no vale dos reales.

Un trasto que, sin embargo, ha permitido a Collazo moverse con libertad por territorios cercanos y materializar sus giros a su esposa desde Salas, El Burgo y la propia Soria. Quién sabe cuántas actividades más.

El juez llegado desde la capital ha transformado el despacho del alcalde en improvisada sala de audiencias; o más bien de declaraciones. Ya han comparecido ante él testigos del suceso, el médico del lugar, vecinos y compañeros de trabajo del difunto y la mismísima pareja de la Guardia Civil. Lombardi, que aguarda fumando en la antesala, apaga su pitillo con el tacón del zapato cuando un jovenzuelo trajeado, probablemente el secretario judicial, le invita a pasar.

Su señoría, apostado tras una gran mesa de madera taraceada y dispuesta en el justo centro de las dos banderas oficiales y los retratos de rigor, se incorpora para estrechar la mano del policía, aunque omite cualquier comentario. De canoso pelo ensortijado y aspecto bovino, ronda los cincuenta y esconde una ligera panza tras su chaleco; sus ojos saltones, la papada rellena y el rostro coloradote podrían sugerir un tipo bonachón, aunque también denotar cierta pachorra o directamente pereza. En todo caso, pies de plomo, se dice Lombardi al ocupar el asiento que le ofrecen mientras el secretario se acomoda en una mesita secundaria colmada de papeles.

—Disculpe que le haya dejado para el final, inspector —apunta el juez en tono amable—, pero quería conocer primero la versión popular. Al fin y al cabo, usted también es funcionario y los funcionarios nos debemos a la obligación de ser pacientes.

—Comprendo, señoría.

—Pues ahora me gustaría escuchar su versión de los hechos, de lo acontecido hoy aquí.

—Se lo resumo en pocas palabras. Ese hombre escapó cuando yo intentaba detenerlo, sufrió un grave accidente en el aserradero y finalmente cayó al río, de donde no pudo salir.

—La Guardia Civil habla de él como un vecino ejemplar. ¿Por qué no les pidió informes antes de intervenir? O su ayuda para la detención.

—Porque cuando entré en su despacho no estaba seguro de que Antonio Bravo fuera el hombre que buscaba. Antes de acusarlo, quería confirmar unos cuantos datos en el pueblo y luego hablar con él. Y nunca he necesitado ayuda para enfrentarme a casos como este.

—Siempre hay una primera vez —apunta el magistrado en tono paternalista, jugueteando con un lápiz entre los dedos—. Y nunca está de más pedir ayuda. Si los guardias hubieran cubierto la salida del aserradero, ahora a lo mejor tendríamos un detenido, y no un cadáver.

De haberlo hecho así, se dice Lombardi, tal vez tendrían un cadáver por arma de fuego y no por ahogamiento, porque está seguro de que Collazo no se habría dejado capturar vivo. Pero de nada sirve ya polemizar sobre lo correcto o inadecuado de la operación y, en todo caso, no corresponde a un juez dictaminar al respecto, sino a sus superiores.

—Podría ser… —masculla—. El primer interesado en atraparlo vivo era yo, como comprenderá. Pero tengo la sensación de que ese hombre prefería morir antes que ser detenido.

—¿Tan grave era su delito? Sus vecinos hablan de él como una buena persona. Hasta la Benemérita lo califica de patriota.

El policía intenta ofrecer un resumen lo más ajustado posible de su presencia en Vinuesa, motivada por la investigación del presunto

asesinato de Leonor Sobrado en Valencia. No escatima detalles al respecto, aunque se reserva cuanto se refiere a los otros tres desaparecidos.

—¿Y dice usted que era su esposa? —alega, confuso, el magistrado —. Me aseguran que el difunto estaba soltero, y así consta en su cédula.

—Vivía aquí bajo una falsa identidad. Su nombre real era Valerio Collazo.

—¿Collazo, dice? Hay testigos que afirman que tiene parientes en Zamora. Parientes de Antonio Bravo, naturalmente.

—Tan falsos como su cédula de identidad, me temo. Podría usted seguir fácilmente la pista de esa cédula en la Diputación de Soria; sus renovaciones anuales y demás. Apuesto a que no existen o, en todo caso, no llegan más allá del año treinta y ocho.

—Agradezco su consejo —responde el juez con una mueca irónica —, pero eso no demostraría la falsedad de su parentela.

—Eso es lo siguiente que pienso demostrar en cuanto pueda.

—A ver, inspector. No entiendo su insistencia en que ese hombre no era quien decía ser. ¿Tiene usted pruebas al margen de cédulas y parentescos?

—Tengo aquí la foto de Collazo —responde, señalando el bolsillo de la americana—, y él lo admitió tácitamente durante el interrogatorio al verla delante. Ese era el verdadero motivo de su pánico a ser detenido. Su falsa identidad.

—¿Más miedo por falsedad documental que a una acusación de asesinato?

—Sí, señoría. Porque Collazo desertó del Ejército Nacional.

El juez alza las cejas y digiere en silencio el significado de la frase.

—Comprendo —asume por fin—. Sabía que le esperaba el paredón.

—Eso supongo.

—Lo que me llama la atención es que este asunto lo lleve la Criminal de Madrid, y no la de Valencia.

—Yo inicié la investigación a raíz de la muerte de Leonor Sobrado, y la provincia de Soria pertenece a la Jefatura Superior de Madrid. Mi cometido era confirmar la identidad del asesino y detenerlo. Para eso me enviaron. Informaré a los compañeros de Valencia del desenlace.

—En ese caso, haré llegar a mis colegas valencianos el informe del fallecimiento de Antonio Bravo para que lo incorporen al expediente de la difunta señora Sobrado si así lo consideran. Asunto resuelto.

—¿Antonio Bravo? —objeta Lombardi—. Es un nombre desconocido en Valencia, sin conexión alguna con la fallecida. Solo contribuirá a embrollar el caso.

—Bueno, si lo hago es porque usted asegura que asesinó a esa mujer.

—Como aseguro que se llamaba Collazo y no Bravo, y que esa mujer era su esposa. ¿En qué se basará para decirles a sus colegas valencianos que era un asesino?

—En su investigación, naturalmente.

—Mi investigación no dice que Bravo asesinara a nadie. —El policía reprime un exabrupto—. Por la sencilla razón de que Bravo nunca ha existido. Lo hizo Collazo bajo ese falso nombre.

—En ese caso, me ahorraré el trámite.

—¿Es que no va a hacer constar su verdadera identidad?

—A ver, inspector —dice el juez con un evidente gesto de estar armándose de paciencia—. De ser cierto lo que usted dice, no es un ejemplo edificante que convenga airear. ¿Quiere usted ensuciar la memoria de un soldado nacional?

Así que de eso se trata, se dice Lombardi, de preservar el honor del glorioso ejército vencedor. La deserción es un estigma que no puede admitirse.

—Sargento —puntualiza de mala gana—. Collazo era sargento.

—Tanto da. Sus allegados, si los tiene, no querrán sufrir esa vergüenza. Al fin y al cabo, ya ni siquiera se le puede fusilar.

—Mucho me temo que no era precisamente la vergüenza lo que preocupaba a Collazo.

—Deje de llamarlo así. Mientras no se demuestre lo contrario, el cadáver que hemos levantado en el río es el de don Antonio Bravo. Y, que yo sepa, nadie ha demostrado de forma fehaciente lo que usted sostiene.

—Hay evidencias que lo confirman.

—Intentaré explicárselo de forma nítida, inspector —alega el juez antes de un notorio carraspeo—. Su hipótesis obligaría a informar a la justicia militar y meterla en un lío de mil demonios. Entre la Causa General y los juicios por rebelión, los tribunales militares no dan abasto.

—No es una hipótesis, y lo que trabajen o dejen de trabajar es problema de ellos. El mío es averiguar la verdad, y su señoría se niega a aceptarla. La identificación de un cadáver es imprescindible para cualquier sumario. Un poco irregular me parece su actitud, pero usted sabrá.

—No lo interprete como falta de diligencia por mi parte. Me bastaría con echar una firma. Pero en tiempos difíciles como los que vivimos lo más patriótico es aportar soluciones, no crear problemas añadidos. Y total, ¿para qué? Ese hombre está muerto, y los muertos no protestan ni pueden ser juzgados. ¿Qué más da quién fuera?

—Quizá tenga familia, real y no ficticia, que le da por desaparecido. Podrían querer enterrarlo con los suyos, a pesar de esa vergüenza que usted sugiere. Hasta los muertos tienen derecho a su verdadera

identidad.

—¿Qué importancia tiene eso? Un desaparecido, un muerto… Son la misma cosa, al fin y al cabo, algo inexistente que forma parte del pasado. Hágame caso, inspector, y piense en el presente: usted tiene a su presunto asesino y yo una diligencia bien fundamentada. Ambos hemos cumplido con nuestro trabajo.

Lo importante no es tanto la verdad como el uso que se haga de ella: Lombardi lo sabe bien, porque ha sido una constante durante toda su carrera, y él mismo ha aplicado esta máxima en más de una ocasión. El juez pretende hacer lo propio con el caso Collazo, de modo que el sargento seguirá siendo un desaparecido y los sucesos de esa mañana se resumirán en el desgraciado accidente laboral de un vecino llamado Antonio Bravo. El policía sabe también que la verdad es su límite; que aspirar a la justicia bajo una dictadura podrida por la corrupción y los intereses ideológicos es una pretensión demasiado elevada. Que el juez haga su santa voluntad, pero él no piensa detenerse ahí: los vacíos que aún quedan en la investigación quizá puedan dar un giro a tan gratuita decisión.

—¿Piensa quedarse mucho por Vinuesa?

El policía recibe con sorpresa la pregunta del magistrado.

—Volveré a Madrid en cuanto pueda.

—Si quiere le acerco a Soria en mi coche —apunta el juez con gesto plácido—. Creo que por la tarde para un tren que lleva a Madrid. Suponiendo que haya carbón, claro.

Lombardi agradece sinceramente el detalle, aunque el viaje junto al chófer, con los dos representantes del mundo judicial a sus espaldas, se le antoja una buena metáfora de la España sombría que le toca vivir: rumiando maldiciones con la boca callada y la incómoda mirada de la autoridad en el cogote. Por fortuna, en Soria hay carbón suficiente como para llegar a Madrid en las primeras horas de la noche.

Malas compañías

Sábado, 15 de mayo de 1943

Erika ha estado presente durante el sueño a tenor del poso de amargura con que Lombardi se despierta; ella, o su fantasma, porque del supuesto sueño no recuerda absolutamente nada. Todavía envuelto en esa bruma corrosiva y desconcertante, toma un tazón de achicoria con leche y pan desmigado, se adecenta luego con parsimonia, y ante el espejo se ve obligado a admitir que lo que ve en él no levanta precisamente el ánimo, porque tiene una pinta lamentable, con ojeras que le llegan casi hasta la barbilla. El mundo se le antoja hoy mucho más agrisado que de costumbre, que ya es decir, y vuelve a hacerse la pregunta reiterada de las últimas semanas: ¿merece la pena lo que está haciendo, ese intento de experimentar la vida con cierta normalidad, cuando todo alrededor parece falso, como una tramoya teatral de cartón piedra destinada a evaporar cualquier esperanza? El rostro del espejo le mira inquisitivo, pero tampoco tiene una respuesta para él.

Hoy, sábado, es la festividad del santo patrón de Madrid, de modo que no piensa pasar por el Pudridero. Ya se enfrentará el lunes al comisario Amorós y a las consecuencias de la fracasada detención de un sospechoso; de momento, tiene algunos asuntos pendientes. Por ejemplo, llamar a Ignacio Mora, una de las pocas personas capaces de transmitirle, desde su juvenil ingenuidad, cierto soplo de optimismo. En la agencia Cifra le comunican que tiene el día libre; lo localiza por fin en su casa y le sugiere una cita a la que el periodista se presta gustoso.

La mañana es espléndida, y la caminata bajo un cielo limpio hasta el barrio de Chamberí ayuda a desentumecer un poco el alma vapuleada. De paso, Lombardi compra la prensa; casi siempre se

arrepiente después de hacerlo: solo contiene basura y adormecen a la gente con mentiras o babosadas que no interesan a nadie. Respecto a la guerra, parece que los aliados acentúan sus bombardeos aéreos sobre Italia; resulta estremecedor pensar en la cantidad de inocentes que estarán pagando la factura firmada por un loco como Mussolini, y tampoco consuela mucho pensar que lo mismo hicieron ellos desde el treinta y seis en las ciudades mediterráneas españolas. En el Pacífico debe suceder algo por el estilo, aunque territorios tan exóticos y lejanos no concitan similares emociones salvo en los aficionados a los mapas militares. Por supuesto, ni una sola línea sobre el suceso de Vinuesa.

Llega al bar con unos minutos de adelanto, se acoda en la barra y pide una caña de cerveza para hacer tiempo. El camarero le contempla con gesto compungido.

—Lo siento, jefe —argumenta—, pero si no trae el justificante, no puedo servirle.

—¿De qué justificante habla?

El interpelado se limita a señalar con su pulgar un cartel de buen tamaño que hay en la pared a sus espaldas y que viene a informar de la prohibición a cualquier establecimiento público como cafés, bares, teatros, cines o restaurantes de servir a aquellas personas que no hayan contribuido a la cuestación obligatoria a favor del Frente de Juventudes que se celebra en la fecha.

Lombardi reprime un juramento y da media vuelta. No piensa entregar un céntimo para los cachorros del fascismo. Regresa al exterior y enciende un pitillo mientras espera a Mora, que aparece al poco con su jovial ánimo y una sonrisa tan resplandeciente como el sol que la ilumina.

—Mejor damos un paseo —dice al estrechar la mano del periodista —. No quiero entrar ahí

—¿Por qué?

—Hay que pagar un impuesto para consumir. Ya es el colmo del cinismo. Y supongo que no servirá de mucho buscar otro bar,

porque en todos exigirán el mismo trágala.

—No servirá de nada, tiene razón —confirma Mora encogiendo los hombros—. Llevan dos días anunciándolo. Pero no se preocupe, don Carlos, que yo tengo lo que piden.

El joven saca del bolsillo de su americana un par de sellos de color verde, con el emblema del yugo y las flechas sobre el cisne representativo del Frente de Juventudes, por valor de veinticinco céntimos ca-da uno.

—Sí que es usted precavido —valora el inspector.

—Hay una mesa petitoria en la plaza de Olavide. Y como suponía que usted no iba a tragar, me he adelantado. Es el donativo más modesto. También hay sellos de peseta, pero no hay que significarse, ni por arriba ni por abajo. Vamos adentro, que convido yo.

—Pues doblemente agradecido. Le devuelvo la invitación cuando cobre, que ahora ando un poco tieso.

Ignacio Mora deposita sus sellos sobre la barra y solicita un par de cañas.

—¿Tan mal le va a la agencia?

—Dejé la agencia hace dos meses. No se lo había contado, pero hace quince días que reingresé en la Criminal.

—¡Hombre! Pues eso merece un brindis —aventura el periodista alzando su vaso.

—No estoy muy seguro de si merezco felicitaciones o pésames —objeta Lombardi mientras ataca el platillo con media docena de cacahuetes que les han servido para acompañar la bebida.

—Seguro que le irá bien.

—Ya le contaré. Lo mismo el lunes devuelvo la placa.

—Muy pesimista lo veo.

—No es fácil para alguien como yo trabajar en las actuales condiciones, Mora. Ya me entiende usted…

—Supongo —admite el joven con un leve suspiro de resignación—. ¿Ya leyó las últimas páginas del primer capítulo que le llevé?

—Debo confesarle que no. Pero no por falta de interés; es que no he parado desde que vino usted a casa.

—Pensé que quería comentarme algún detalle del manuscrito.

—Ya lo haré cuando lo complete, aunque si se parece a lo anterior, seguro que está bien. Por cierto —apunta el policía con un guiño—, sáqueme usted de una duda. ¿De verdad observa en la realidad esa atracción mutua entre los dos protagonistas?

—Bueno… Es que es una novela. Y lo escribí antes de conocer a la señorita Quirós. Hay que darle al lector alicientes de ese tipo. No todo van a ser cadáveres degollados.

—Por supuesto, por supuesto. Pensé que lo habría deducido de nuestras conversaciones sobre el caso.

—Ni mucho menos —desmiente el periodista—. Es solo fruto de la imaginación, aunque tras conocer a Alicia Quirós no me arrepiento del papel que le doy en la historia.

—Me alegro de oírlo, porque ese aspecto me dejó un poco desconcertado.

—No veo por qué. Es una mujer muy interesante.

—Claro que lo es. Pero mi llamada no tiene nada que ver con la novela —zanja Lombardi bajando el tono de voz—. De momento, mi interés en verlo es otro.

—Profesional, supongo. ¿El caso de las sotas y los caballos? Ese club de las viudas, como lo llamó.

—Más o menos —sonríe el policía ante la perspicacia de su interlocutor—. Dígame, ¿cómo se enteran ustedes en la agencia de lo sucedido en la provincia de Soria?

—¿En Soria? Por el corresponsal que tenemos allí. Nos telefonea cuando hay algo que merece la pena. O por conductos oficiales, si se trata de asuntos políticos de relevancia.

—¿Y sería usted tan amable de estar atento a la información que les llegue desde allí en los próximos tres o cuatro días?

—No será difícil, porque Soria apenas genera noticias —valora el joven—. ¿Espera alguna en especial?

—Un fallecido en la localidad de Vinuesa. Por accidente.

—¿Un fallecimiento importante?

—Para el muerto, sí. Aunque dudo que lo sea para alguien más.

Mora se rasca el cogote antes de verbalizar su deducción.

—También para usted debe de serlo, si tiene ese interés.

—Solo es una apuesta que he hecho conmigo mismo —explica Lombardi con su último trago—. Estoy seguro de que ni siquiera su corresponsal se enterará de ello.

—Puedo llamarlo para que indague —se ofrece amable el periodista.

—No, mejor no le meta usted en líos. Basta con que esté al tanto de lo que les envíe.

—Cuente con ello.

—Pues gracias; por su ayuda y por la invitación: le debo una. Y ahora, tengo que trabajar.

—Claro, el crimen no conoce festivos.

—Es usted único pariendo títulos de novela, Mora.

El metro primero y el tranvía después conducen a Lombardi hasta la Puerta del Ángel. A partir de ahí, como en ocasiones precedentes, cubre andando la cuesta del paseo de Extremadura en busca del

Cerro del Cuervo.

Llega sudoroso, con la corbata floja y desabrochado el primer botón de la camisa, pero se compone cuando tiene a la vista la casita de Andueza, con la esperanza de que la mala memoria del escritor le haya permitido cumplir su compromiso. Ya desde lejos, a unos treinta metros del edificio, observa un detalle que en primer lugar le inquieta y de inmediato le provoca un vuelco del corazón. La puerta está clausurada por una cinta con un cartel de la policía que prohíbe el paso. Dubitativo, se acerca a la única ventana que da a la calle principal, pero tiene bajada la persiana; por fin, tras un vistazo alrededor que le confirma la ausencia de curiosos, se decide a cruzar la frontera impuesta: al fin y al cabo, cuenta con una placa de la DGS y con una navajita a la que pocas cerraduras se resisten.

El panorama es desolador ya desde el penumbroso pasillo de entrada. El domicilio de Andueza no era precisamente un modelo de orden hogareño, pero ahora mismo es un desastre. Un inquietante desastre, exactamente, como si Atila se hubiera entretenido durante un buen rato con cuanto apareciera ante sus ojos. En la cocina, la modesta vajilla yace rota por el suelo, los armaritos desvencijados, la pequeña despensa, ya de por sí triste, descuajaringada hasta la última balda y el contenido de paquetes de galletas y botes de legumbres esparcidos sobre las baldosas.

El salón no presenta mejor aspecto. Los libros desperdigados por el piso, los asientos acuchillados, los cajones del aparador astillados y su contenido arrojado sin contemplaciones junto a la papelera, ahora vacía entre las docenas de hojas arrugadas que ya alfombraban el lugar durante la visita del policía. Todo ha sido arrasado, salvo la máquina de escribir, que no parece haber suscitado el interés de los asaltantes y sigue sobre la mesa, con un folio en su carro.

Lombardi se aproxima con cuidado de no alterar el escenario. Y lee:

Michael Jordan era negro como un tizón. Por eso no es de extrañar que participara en la batalla de Fort Blakely contra los confederados esclavistas, tal y como solía contar a su círculo de amistades. Lo más

llamativo del caso es que era ciego de nacimiento, pero nadie se atrevía a hacer notar este pequeño detalle cuando presumía de sus aventuras. Porque, aunque de él no podía decirse eso de que donde pone el ojo pone la bala, Jordan tenía fama de tirador infalible…

La nueva novelita de Donato Andueza. Quizá su comienzo, o una apertura de capítulo. Intento frustrado, en todo caso, por lo que tiene toda la pinta de un registro brutal. De inmediato, en la cabeza de Lombardi aparece, como escrito a fuego, el nombre de Agustín Fabra, el torturador de masones, y mascullando juramentos cumplimenta un repaso visual completo a la casa sin obtener ninguna pista que le rescate del desconcierto.

Con paso acelerado abandona el escenario, decidido a llamar a Balbino Ulloa desde el primer bar que disponga de teléfono. Un vistazo al reloj, sin embargo, lo disuade del propósito inicial, porque, conociendo como conoce al comisario, sabe que a esa hora estará en misa con la familia.

Los corredores y despachos de la Dirección General de Seguridad están casi vacíos. Apenas se ven unas cuantas secretarias y miembros de la Policía Armada en sus puestos de guardia. En los espacios de la Criminal y de la Social, a los que Lombardi se asoma de refilón, el panorama es similar, con un par de agentes aburridos charlando por teléfono o leyendo el periódico, aunque listos para movilizar al resto de la plantilla si las circunstancias lo exigen.

Como era de esperar, el Pudridero está vacío, y el inspector se acantona en su mesa dispuesto a usar libremente la línea telefónica. Las dos primeras llamadas a casa de Ulloa resultan vanas, pero una tercera, quince minutos más tarde, da en el clavo. El comisario responde entre resuellos y suelta un amortiguado juramento al descubrir la identidad de su interlocutor.

—¡Cómo no! —añade tras el exabrupto—. ¿Quién iba a ser en día festivo? ¿Qué tripa se te ha roto, Carlos? Creía que estabas de viaje.

—Demasiadas preguntas. Del viaje llegué anoche y me he encontrado con una sorpresa desagradable. ¿Sabe si ha habido algún registro y detención en los últimos tres días?

—Creo que no —duda Ulloa—, pero el lunes te lo confirmo.

—¿Seguro? En el Cerro del Cuervo, en una casita baja.

—¡Ah, eso! —reflexiona el comisario durante unos segundos—. No fue registro sino allanamiento.

—¿Allanamiento, dice? ¿Cuándo sucedió?

—El jueves, creo recordar. Anteayer.

—¿Y el propietario?

—Había fallecido.

Lombardi apenas siente cómo se le ha formado el nudo que le agarrota la garganta. De repente lo tiene ahí, encastrado, impidiéndole casi verbalizar su incredulidad.

—¿Cómo que fallecido?

—Sí, probablemente a resultas del asalto.

No es una versión creíble. Tampoco es que piense que Ulloa lo está engañando conscientemente, pero los datos que maneja el comisario tienen que estar manipulados, o mal interpretados.

—Dígame —insiste cuando consigue recuperarse de la conmoción —, ¿cuántos allanamientos ha habido en Madrid en el último año?

—Pocos, afortunadamente. Creo que podríamos contarlos con los dedos de una mano. Es un delito relativamente sencillo de rastrear. Hay que estar un poco loco o desesperado para cometerlo. Y muy seguro de que el botín merece la pena.

—Eso pienso yo. Y de esos pocos, ¿cuántos con víctimas mortales?

—Pues no sabría decirte ahora mismo, pero no es frecuente. Estos

delitos suelen producirse en ausencia de los propietarios. Es mucho más seguro y cómodo para los autores.

—Lo imaginaba, tiene su lógica.

—Pero siempre hay excepciones, claro —matiza el comisario—. Supongo que este caso es una de ellas, debido a una falta de cuidado de los asaltantes: entran en la casa creyéndola vacía, aparece el propietario y se desata el drama. ¿Qué interés tienes en ello?

—La víctima era uno de mis confidentes.

—Vaya mala pata —se lamenta Ulloa—; pues lo siento, hombre. Será un ajuste de cuentas entre maleantes.

—¡Qué maleantes ni qué ocho cuartos! La víctima era un viejo desmemoriado que no tenía dónde caerse muerto ni relación alguna con la delincuencia. No es por ahí donde hay que buscar. ¿Se sabe cómo murió?

—Como comprenderás, no me aprendo cada caso de memoria. Si quieres, el lunes te paso los datos. Además, lo lleva la Criminal, así que puedes hablar directamente con Fagoaga o Amorós.

—No puedo esperar al lunes.

—Pues, chico, ya que estás ahí, inténtalo con quien esté de guardia.

—Secretarias es lo único que hoy pulula por aquí —se queja Lombardi—. Amén de algunos agentes de la Social, que esos no descansan. Y unas cuantas de esas horribles sombras grises con gorra de plato.

—¡Un poco de respeto a la Policía Armada! Guárdate tus humoradas, hombre.

—Que tenga un feliz día familiar, comisario. El lunes me paso a verlo y le devuelvo el préstamo.

—No hay prisa, ya lo sabes.

—Las deudas, como la sed, cuanto antes las satisfagas, mejor te sientes.

Cuelga sin esperar la respuesta de Ulloa, que presume paternal, y enciende un Ideales para analizar entre espirales de humo el panorama que le rodea. En los últimos cuatro días le ronda la muerte; nada extraño en el caso de un criminalista, pero los fallecidos no suelen ser tan próximos. Primero Erika, luego Collazo y ahora el pobre Andueza. Naturalmente, no se cree en absoluto la versión oficial sobre el homicidio, o asesinato del escritor. El cabrón de Fabra tiene que estar detrás, aunque hay una pregunta que no le deja avanzar en ese proceso lógico. El asalto se ha producido inmediatamente después de su última visita. ¿Por qué no tras la primera? Repasa mentalmente lo sucedido el miércoles, justo después de enterarse de la muerte de Erika. Caminaba entre nubes, sonámbulo, ensimismado en su dolorosa incredulidad, incapaz de observar cuanto sucedía alrededor por grave que fuese. Cualquiera podría haber seguido sus pasos sin que él se percatara, primero hasta la prisión de Santa Rita, después hasta el Cerro del Cuervo. Pero por qué ese día, se repite, en que apenas estuvo unos minutos en la puerta del escritor y no tras la primera vez, cuando pasó un par de horas dentro de su casa. Es posible que Fabra desconociera aquella primera visita. Y, al margen de todos estos detalles, ¿por qué acosar de nuevo a Andueza, tantos años después? ¿Qué teme Fabra?

Lo más doloroso es pensar que su interés por el escritor haya reavivado el del torturador. Necesita con urgencia conocer al detalle las circunstancias del caso, y en ese terreno la única persona que quizá puede ayudarlo antes del lunes es Alicia Quirós, si es que estuvo presente con los compañeros del servicio de identificación en el escenario de los hechos. La auxiliar recibe su llamada con un punto de sorpresa.

—¿Pero no estaba de viaje? ¿Dio por fin con ese Antonio Bravo?

—Sí, Quirós, volví anoche, pero ya hablaremos de Bravo. Si la molesto en festivo es porque necesito su ayuda. ¿Estuvo usted en el escenario de un supuesto allanamiento en el Cerro del Cuervo? Creo que fue el jueves.

—Allí estuve, sí. Mataron a un pobre viejo.

—¿Podría contarme detalles?

—Avisó un vecino que vio la puerta abierta de par en par y observó el desorden. Entró, descubrió el cuerpo y llamó. Llegamos cerca del mediodía. Todo apunta a un asalto con intenciones de robo que acabó en homicidio. El cuerpo estaba tirado en el comedor, entre libros y papeles.

—¿Causa de la muerte?

—En apariencia, un mal golpe. Tenía también magulladuras, pero la autopsia se hizo después, claro. Estará en el expediente.

—¿Y alguna pista sobre la autoría?

—No se encontraron huellas reseñables aparte de las del propio cadáver.

—Está claro que los autores llevaban guantes —reflexiona Lombardi en voz alta—. Era imposible no dejarlas con el desbarajuste que organizaron en la casa.

—¿Ha estado allí?

—Hace un rato, sí.

—O sea, que se coló. Siempre tan cumplidor de las ordenanzas —le regaña la auxiliar.

—Nunca hay que perder las buenas costumbres —corrobora él.

—¿Por qué tanto interés?

—Donato Andueza, que así se llamaba la víctima, era mi confidente.

—¿En el caso de las viudas?

—Efectivamente. Había quedado en facilitarme cierta documentación que podría ayudar, por eso fui a su casa. Y tengo la impresión de que su muerte no es casual, mucho menos fruto de un

vulgar allanamiento. Me vendría bien ver el informe forense.

—El lunes…

—No puedo esperar al lunes —protesta el policía—. ¿Hay alguien hoy en el departamento de identificación que me lo pueda facilitar?

—Nadie. Estamos casi todos de guardia, pero en casa. Y ese informe tampoco es competencia nuestra, ya lo sabe.

—Por supuesto, pero ustedes reciben copia del expediente.

—Como lo recibe la Criminal.

—Tampoco ahí puedo contar con nadie. ¿No podría usted conseguirme una copia del expediente? Sé que le pido algo irregular, pero no soy capaz de aguantar dos días mano sobre mano.

Hay un breve silencio al otro lado de la línea. Por fin, la auxiliar ofrece una alternativa.

—Ahora imposible: mis padres me esperan a comer y ya llego tarde. Pero a eso de las siete y media iré a la verbena de San Isidro. Podemos vernos allí.

Resignado a la espera y a un escenario que no le apetece nada, Lombardi aquilata con Quirós los detalles de la cita y, tras despedirse, valora los siguientes pasos. Aún duda durante un rato, pero finalmente descuelga el teléfono y marca el número de la centralita.

—Buenos días, señorita —saluda con el tono más amable que es capaz de impostar—. Al aparato el inspector Lombardi, de Asuntos Pendientes. ¿Podría pasarme con el inspector Fabra?

—Un momento, por favor.

Tras una espera que se le hace larga, la telefonista comunica que Fabra libra hoy y que en su departamento no hay gente de guardia.

—Supongo que estarán de fiesta hasta el lunes —aventura para concluir.

—Los hay con suerte. Otros, como usted y yo, trabajando el día del santo patrón.

—Pues sí —admite ella de buen humor—, es lo que toca.

—¿Sería tan amable de facilitarme su número de teléfono particular o su domicilio?

—Es que eso… —balbucea—. Tenemos prohibido dar esos datos.

—Lo comprendo. Es una medida sensata —subraya Lombardi—. Aunque supongo que afecta al público en general. Yo soy un compañero, un compañero que necesita entrar en contacto urgentemente con el inspector Fabra, y el asunto no puede esperar.

—Ya, ya. Pero nos lo tienen prohibido.

—Entiendo que cumpla usted los protocolos, pero no le hace ningún favor a Agustín Fabra —insiste él—. Ni a mí, por supuesto.

El peso de la duda se deja sentir en el auricular.

—Mire, vamos a hacer una cosa, si le parece —sugiere al fin la telefonista para salir del paso—. Voy a llamar al inspector Fabra a su casa. Le comento su interés en hablar con él y ya le digo.

—Buena idea. Muchas gracias.

Un nuevo pitillo le proporciona la calma necesaria para la espera, y en la tercera calada el aparato de su mesa repiquetea con un timbrazo estridente. La voz femenina comunica que tiene al inspector Fabra al aparato y él agradece de nuevo la gestión antes de escuchar el clic que revela el cambio de línea.

—¿Fabra?

—¡Qué sorpresa, Lombardi! —La voz de Agustín Fabra suena más afectada, si cabe, que en persona.

—Necesito hablar con usted.

—Y con urgencia, por lo que parece. ¿Algo nuevo sobre Fuentes?

Dígame.

—Algo hay —miente para atrapar el interés de su interlocutor—. Pero prefiero que hablemos personalmente.

—Sí, mejor así. En el bulevar de Velázquez, donde la estatua de Goya. ¿Le viene bien?

—Me viene. ¿A qué hora?

—¿Qué le parece a las cinco? Así tenemos tiempo de comer tranquilos y hacer una siestecita.

—De acuerdo, allí estaré.

Lo de comer, tranquilo o no, tampoco va a resultar fácil. Con lo del impuesto falangista hay que descartar hacerlo en un bar, porque ni un mísero bocadillo le servirán sin los dichosos sellitos. Y tampoco le apetece pisar la cantina del edificio, un espacio que le provoca cierto repelús. En casa debe quedar alguna lata de sardinas en aceite y curruscos de pan sobrantes del desayuno, y hacia allí se dirige el policía sin muchas esperanzas de llenar la andorga con garantías.

Veinte minutos después de estas reflexiones, mientras rebusca ávido entre las baldas de la alacena, suena el timbre de la puerta. La expectación del rostro de Lombardi se trueca en sonrisa al descubrir quién aguarda en el umbral.

—Buenas tardes, don Carlos —saluda Ramona, que ocupa sus manos con una olla, trapo de cocina al hombro—. Le traigo esto.

—Muchas gracias. No tenía por qué preocuparse.

El policía hace ademán de recoger el recipiente, pero la vecina lo aparta con un ágil movimiento de cadera.

—Quite, quite, que igual se tizna. Se la llevo al fogón.

Lombardi sigue los pasos de la mujer, admirado de la devoción con

que ella cultiva una amistad antigua tamizada por los sinsabores de una guerra y las secuelas derivadas de la venganza de los vencedores.

—He oído la puerta cuando ha entrado usted y me he decidido a bajarle esto —explica Ramona mientras levanta la tapa del recipiente para mostrar su contenido. Un guiso de patatas con lejano aroma a bacalao.

—Pero aquí hay comida para dos o tres.

—Mejor, así le queda para la cena, que lleva usted una vida muy desordenada.

—En eso no le falta razón.

—Iba a invitarle a comer con nosotros para celebrar la fecha, aunque ya sé lo ocupado que anda y no quería ponerlo en un brete.

—Se lo agradezco, pero no me gusta molestar.

—Ninguna molestia. Para un día que comemos los cuatro juntos…

—¿Abelardo libra hoy?

—Sí, señor —confirma ella con una sonrisa satisfecha—. Y ya era hora, que no me lo dejan vivir. Hoy somos una familia completa. Hasta hemos ido juntos a misa al Oratorio del Olivar.

—¿A misa? —inquiere él sorprendido, conocedor de las costumbres laicas de sus vecinos.

—Pues sí, don Carlos. Ya sabe usted que no somos precisamente unos meapilas, pero con el inquilino que nos ha tocado arriba, mejor aparentar, no vaya a ser que pase malos informes sobre Abelardo. Ellos van a misa de doce, así que, cuando podemos, allí nos presentamos, a que nos vean.

Sí, el jefe de finca, el soplón Mateo Romera. Un peligro para alguien como Abelardo, ferroviario represaliado que malvive en libertad condicional. Y para el propio Lombardi, por mucho que ahora esté aparentemente protegido por una placa de la DGS. Ante tal grado

de represión es preciso fingir que uno es quien no es, renunciar a ser tú mismo, aceptar una segunda derrota que al menos te permita seguir vivo y mantener secretamente en pie parte de los ideales que sobrevivieron tras el primer descalabro. Engañar para seguir respirando, en definitiva.

—Bueno, cada cual con sus ideas —se desentiende el policía—; no es algo que me corresponda juzgar a mí, ni a nadie.

—A ver, no es que sean mala gente. Pero para qué arriesgarse. Si hay que ponerse un rato el velo, una se lo pone y punto. ¿Qué nos cuesta?

—Pues claro, mujer. Usted se pone el velo para disimular en este esperpento frailuno que nos han montado y yo la chapa de policía fascista para poder seguir comiendo. Qué voy a reprocharle yo —concluye con una sonrisa cariñosa.

Tras una amable despedida y a solas ya ante el guiso, Lombardi degusta mecánicamente la humilde pero sabrosa pitanza sin dejar de darle vueltas a la revelación de Ramona sobre sus debilidades litúrgicas. En realidad, concluye, lo único que sostiene a la gente bajo los bofetones, abusos y amenazas de un régimen de terror es la convicción de que resistir es vencer; y si no es posible vencer sí al menos no rendirse, que es la más honrosa forma de victoria. Todos lo intentan, al menos aquellos a quienes resta una pizca de dignidad.

Un Ideales tumbado en el sofá del comedor ayuda a digerir la realidad, a postergar reflexiones filosóficas y centrarse en el presente que de verdad interesa, que no es otra cosa que la inesperada y desconcertante muerte de Donato Andueza. Con permiso de Erika, claro, cuyo recuerdo sigue ahí clavado, como una astilla hurgando bajo la piel infectada.

La estatua de Goya mira de frente a la calle que lleva su nombre, pero su pedestal escalonado se asienta sobre una isleta en el cruce con la de su colega Velázquez, acotada por una verja de hierro de poco más de un metro de altura. A su espalda, el bulevar de variada

arboleda primaveral está salpicado de bancos, que a esas horas no parecen concitar excesivo interés porque el cielo, de intenso azul horas antes, se ha convertido en un manto lechoso que abochorna la tarde y no invita a asomar la nariz lejos de las sombras. Solo unos chiquillos juguetean bajo la indolente mirada de presuntos tutores.

Agustín Fabra, que ocupa el banco más próximo al monumento, se incorpora lentamente cuando observa la llegada de Lombardi; viste traje beis de chaqueta cruzada con un clavel blanco en la solapa, sombrero de ala ancha a juego con el traje, corbata celeste y unas gafas de cristal negro que le ocultan por completo la mirada. Parece un figurín, un figurín que fuma un cigarrillo rubio incrustado en una boquilla de nácar. Extiende la fina mano para recibir al recién llegado y su formal saludo queda interrumpido por la abrupta pregunta de este.

—Dígame, Fabra, ¿en qué consiste exactamente su trabajo?

—Vaya modales —titubea el aludido con un mohín—. ¿Y para esto me molesta en festivo? Podría haber esperado al lunes.

—No tengo tiempo hasta el lunes —objeta Lombardi, tajante—. ¿Cuál es su cometido en la Brigada?

Fabra hace una mueca e inicia un lento paseo a espaldas del pintor aragonés. El criminalista se le suma a su derecha.

—Persigo masones —dice fríamente, sin alterar el ritmo de sus cortos pasos—. Y digamos que lo hago a conciencia —añade orgulloso, alzando levemente el mentón hacia el horizonte—. Cumplo con la voluntad del Caudillo de acabar con esa lacra, principal culpable del declive de la grandeza española.

—Así que le pagan por cazar masones…

—Una forma demasiado prosaica de interpretarlo, ¿no? Es un acto patriótico. Usted persigue delincuentes comunes y nadie se atrevería a decir que le pagan por cazar criminales. ¿O sí? Imagino que algún sentimiento noble subyace en esa decisión y no el simple interés por recibir un salario. Ambos cumplimos con la obligación asignada.

—Pues sí; aunque la mía es rastrera, pedestre, ¿no? Y la suya, por lo que parece, está bendecida por las más elevadas jerarquías civiles y militares.

—Y religiosas —puntualiza Fabra—. No se olvide de la Iglesia. A veces me siento como un arcángel doblegando dragones con mi espada de fuego —apunta con una carcajada histérica.

Dos chavales de cuatro o cinco años llegan de frente conduciendo sendos triciclos, con la cabeza gacha sobre el manillar, empeñados en una carrera a tumba abierta por el bulevar. Todo indica que van a estrellarse contra los paseantes, pero en el último segundo esquivan hábilmente el obstáculo, cada bólido por un costado. Fabra resopla aliviado. Lombardi aprovecha ese momento de debilidad en su contertulio.

—Pues me temo que, con este susto, la aureola de arcángel se le ha ido a hacer puñetas —ironiza—. ¿Hace mucho que no ve a Donato Andueza?

El interpelado se detiene, todavía con palpitaciones y observando con agrio reojo a los ciclistas; por fin desliza sus gafas hasta el borde de la nariz y contempla a su interlocutor con un aire despistado en la mirada, buscando sus ojos un palmo más arriba.

—No me suena ese señor —sostiene al fin, rascándose el cogote—. ¿Algún detalle que me ayude?

—Escritor. Usted lo detuvo e interrogó tras la ocupación de Madrid.

—La liberación de Madrid, quiere usted decir —objeta con una mueca de desagrado mientras devuelve las gafas a su sitio.

—Llámelo como guste.

—Pues lo llamo liberación, y a usted le convendría denominarlo también así, si es que quiere hacer carrera. —Fabra se toma unos segundos tras su filípica y reanuda el paseo—. Sería una pena que un hombre tan…, en fin, tan resultón, tan buen mozo, acabe de mala manera por no domar su lengua.

—¿Me está amenazando?

—¿Yo? Líbreme Dios —replica, vaciando al desgaire el contenido de la boquilla sobre la acera antes de depositarla en un bolsillo de su americana.

—¿Recuerda a aquel hombre o no?

—Sí, me acuerdo de aquel tipo que dice, de ese Andueza.

—¿Por qué lo detuvieron?

—Por masón, naturalmente.

—El hecho de haber escrito una novela fantasiosa sobre los masones no parece delito suficiente —alega Lombardi—. ¿O alguien lo denunció?

—Por supuesto. Estaba en la lista del padre Tusquets.

—¿Y quién es ese fulano?

Fabra cabecea, indulgente.

—Don Juan Tusquets es un sacerdote de Barcelona —explica al fin con paciencia pedagógica— que escapó de allí tras el Alzamiento para sumarse al servicio de Prensa y Propaganda en Burgos. Traía una lista con cientos de nombres, sospechosos de masonería o de sangre judaica. Una lista que nos resultó muy útil en los primeros años de la Brigada, durante la guerra. Todavía la usamos.

—Un soplón vocacional. Parece increíble que alguien dedique su vida a una actividad tan miserable.

—Pues no era el único —sonríe Fabra—, pero las listas del padre Tusquets eran las más completas. Se tomaba muy en serio el exterminio de los masones y judíos.

—Una labor cristianísima, desde luego —ironiza Lombardi—. ¿Sigue con su obsesión purificadora?

—Lo desconozco. Por lo que sé, cuando acabó la guerra regresó a su actividad parroquial en su tierra y ahora se dedica a la pedagogía. Tampoco es un cualquiera, ¿eh? Una de sus obras la ha prologado

nada menos que Ramón Serrano Suñer.

—Una obra sobre los masones, claro.

—Por supuesto… Pues bien, aquel escritorcillo que usted dice, Andueza, formaba parte de su lista. Por eso fuimos a por él en cuanto entramos en Madrid.

—Pero Andueza nunca fue masón —objeta Lombardi.

—¿Eso cree? Era un radiado.

—¿Radiado? ¿Qué quiere decir?

—Los radiados son masones dados de baja —aclara Fabra con ínfulas didácticas—; expulsados por algún motivo, o que abandonaron la secta por propia voluntad.

—No lo creo. ¿Él admitió eso durante el interrogatorio?

—Por lo que recuerdo, no estaba en condiciones de admitir ni negar nada —comenta Fabra con una risita sofocada—. Era un pobre viejo con la cabeza perdida que no nos resultó nada útil. Lo pusimos en la calle un par de días después.

—Tras someterlo a tortura, supongo. —Lombardi se ahorra el gesto de asco que le sobreviene y evita mencionar el nombre de Santiago Trillo. Fabra le observa sorprendido.

—No exagere —responde aquel, arrugando los hombros—. Como compañero, usted sabe bien que todas las preguntas se entienden mucho mejor con un par de hostias por delante.

La garganta de Lombardi intenta protestar, rebelarse contra ese calificativo que lo unifica con un gusano como el que pasea a su lado. Pero no puede: en el bolsillo lleva una placa que dice lo contrario, la misma que tiene Fabra y los define como compañeros. Tampoco es que los abusos de autoridad y los maltratos sean cosa nueva; en la policía siempre ha habido personajes inclinados a disfrutar causando dolor a quien no puede defenderse; de hecho, la impunidad es uno de los motivos por los que algunos eligen esta profesión. No, no es cosa nueva; la diferencia es que ahora estos

individuos campan a sus anchas justificados por una demencial escala de valores.

Lombardi escucha cómo se aproxima desde atrás el chirrido creciente de unos pedales. Necesitan una manita de aceite. El de su lado lo sobrepasa a más de medio metro de distancia, pero el segundo lo hace rozando a Fabra.

—¡San Herodes bendito! —masculla este, sacudiéndose con mimo el bajo del pantalón—. Estos mocosos necesitan también un par de hostias.

Sin llegar a esos extremos, Lombardi reconoce que al menos un toque de atención sí que merecen. Pero no será él quien abra la boca para reprenderlos: esos chavales tienen la virtud de incomodar a su interlocutor, y ver nervioso a Fabra favorece el objetivo de la conversación.

—¿Qué querían de él?

—¿De qué demonios me habla? —replica aquel, desconcertado.

—De Andueza.

—¡Ah, claro! Información, naturalmente.

—¿Sobre?

—¿Sobre qué iba a ser? En su novela se citan casi dos centenares de apodos, de nombres simbólicos, como ellos los llaman. Media docena eran popularmente conocidos; el resto no. Eso es lo que queríamos: saber a quién corresponden.

—Seguramente eran tan ficticios como la propia novela.

—Es posible, pero nuestra obligación es seguir cualquier pista. Entonces y ahora.

Lombardi guarda un silencio que dura un par de pasos. Por fin, se atreve a hacer la pregunta:

—¿También ahora? ¿Ha tenido interés para ustedes recientemente?

—¿Andueza? En absoluto. ¿Por qué lo dice?

—¿Está seguro de que ninguno de sus hombres ha vuelto a interrogarlo?

—¡Que no, carajo! —rezonga Fabra—. ¿A qué viene tanta pregunta sobre ese sujeto?

—Lo mataron hace dos días, en su casa.

—Y se le ha pasado por la cabeza que yo tenga algo que ver con ese episodio.

—Ya registraron ustedes su piso de la calle Fuencarral cuando lo detuvieron —le recuerda Lombardi—. Y ese episodio, como lo llama, tiene toda la pinta de un registro. Ahora, con un cadáver en lugar de un detenido.

El interpelado se encoge de hombros.

—Pues no tenía ni idea —asegura— y, francamente, me trae al fresco.

A tenor de la seguridad con que Fabra subraya sus afirmaciones, y por mordaces que suenen, parece sincero.

—Ya supongo que no le hará llorar.

—Pierda cuidado. ¿Y podría explicarme su relación con ese Andueza?

—Lo conocía desde hace más de quince años.

—¿De qué lo conocía? No será usted también masón —sugiere apoyado en una mueca malévola—. Con sus antecedentes…

—Muy gracioso, Fabra —replica Lombardi fingiendo una carcajada —. Estoy seguro de que le encantaría demostrar una cosa así.

—Téngalo por cierto. Y no sería el primero que trinco dentro del Cuerpo. Aunque no me suena su apellido en la lista del padre Tusquets. ¿Cuánto hace que no veía a ese fulano?

Lombardi se da cuenta de que ha pasado de interrogador a interrogado, pero no le importa: también desde ese papel se pueden averiguar cosas. Por ejemplo, cuáles son los intereses de Fabra.

—Mucho tiempo —replica—. Aunque últimamente lo he visto dos veces; la última, la víspera de su muerte.

—¿Para qué?

—Sin ningún motivo en concreto. Me lo encontré por casualidad y me invitó a su casa.

—Ya, ya…

—Me contó lo de su detención y demás. No me diga que desconocía usted mis visitas.

—Y a mí qué me importa dónde pone usted los pies. A menos que guarde relación con Emilio Fuentes. ¿Tiene algo que ver?

—Nada en absoluto.

—¿Nada? —Fabra detiene el paso y se encara a su acompañante—. Y me ha sacado de casa con esa mentira…

—No exactamente. Le recuerdo que busco a cuatro hombres, no solo a uno.

—Reformulo entonces mi pregunta: ¿qué relación tiene Andueza con esos cuatro hombres que dice? O con alguno de ellos.

—Quizá alguno era masón, y Andueza podría sacarme de dudas. No puede reprocharme que intentara conseguir información; como lo intentó usted, aunque sin utilizar sus malos modos.

—No me gusta que se me falte al respeto —protesta Fabra—. Y usted lo está haciendo con sus insultos.

—Lejos de mis intenciones. ¿Está seguro de que Fuentes no era masón?

—¡Qué iba a serlo! En ese caso lo habríamos detenido en

Salamanca.

—No a todos los masones se los detuvo.

—Le aseguro que sí —objeta, ufano—: uno detrás de otro.

—No me haga reír, hombre. Fermín Toledo vivía tan campante, sin miedo alguno, en zona nacional.

Fabra tuerce el gesto.

—¿Le suena el nombre? —insiste Lombardi.

—¿Qué sabe usted de Toledo?

—Lo que le digo, que era un alto dirigente masón a quien no se atrevieron a molestar.

—Tenía buenas agarraderas.

—Ese es el quid de la cuestión, las agarraderas. Poco importa que haya cometido mil fechorías; lo decisivo es que sea de los nuestros: con eso se le perdona todo, ¿no? A Toledo no lo torturó usted como a Andueza. Pero no porque no lo mereciera según su particular código ideológico, sino porque no hubo huevos, ¿verdad, Fabra?

—Empiezo a estar harto de sus impertinencias. Y sepa que está pisando terreno peligroso. Es algo que no le concierne en absoluto.

—No me diga.

A Fabra no le da tiempo a contestar porque los dos aprendices de Julián Berrendero avanzan hacia ellos a toda velocidad. Pero el de la Antimasónica está preparado, y cuando la correspondiente rueda trasera pasa a unos dedos de su zapato, da una patada al vehículo, que derrapa y lanza a su ocupante al enlosado con un estrépito de metal y llanto.

—Pero ¿qué hace, hombre? —le reprocha Lombardi mientras ayuda a incorporarse al ciclista de rodillas arañadas. No es el único: de un banco próximo llegan acelerados dos individuos, probablemente los padres, dispuestos a pedir explicaciones—. Poca cosa —les dice

para templar gaitas—. Ha sido un accidente.

—Nada de accidentes: lo hizo a propósito —le reprocha quien se ha hecho cargo del lesionado—. Y no puede negarlo porque lo hemos visto todos.

—Menudo tiparraco. Para partirle la cara —corrobora el segundo, más interesado en hacer justicia inmediata.

Fabra saca la placa del bolsillo interior de su americana y, de paso, deja bien a la vista la pistola que guarda en la sobaquera.

—¡Atrévete, payaso! —dice con una sonrisa torcida—. Le podría haber pegado directamente a ese demonio, porque se lo ha ganado. Agradece que solo pateé la rueda. Y ahora, largo de aquí, y a educar como Dios manda a esos elementos.

Poco a poco, a la vista de los atributos policiales, se alejan los indignados padres con sus retoños y se disuelve el mínimo corrillo de curiosos que se había formado a distancia. Lombardi observa el gesto de triunfo de Agustín Fabra para corroborar que quien se atreve a hacer ese daño gratuito a un niño tiene que ser capaz de las mayores atrocidades con los adultos. Ese tipo es, definitivamente, un mal bicho.

—Escúchame bien, Fabra —dice, repiqueteando con el índice en la frente de su interlocutor, entre las gafas y el sombrero—, y ahora sí que te tuteo: si averiguo que has tenido algo que ver con lo de Andueza, te reviento.

El criminalista da media vuelta en dirección a la boca de metro, a tiempo de escuchar una despedida a media voz:

—Tus muertos, Lombardi. Que te den.

***

Si hay algo que no puede faltar en la verbena de las fiestas

patronales madrileñas es la polvareda. Miles de pies moviéndose sobre una superficie de tierra convierten el espacio entre la ermita y el río Manzanares en un velo parduzco que envuelve barracas, chiringuitos y atracciones. Bajo el inevitable barullo, guirnaldas y farolillos cuelgan de los postes de electricidad y telefónicos. Pancartas con vivas a Franco y banderitas de papel con los colores rojo y gualda y de la Falange se reparten de forma aleatoria en largas hileras sobre las cabezas de la gente, gente que asiste al protocolo festivo bajo la atenta vigilancia de numerosas dotaciones de la Policía Armada y de la Guardia Civil estratégicamente ubicadas.

El pueblo se divierte. Con media cara de fiesta y la otra media de miseria, piensa Lombardi parafraseando a Galdós mientras se sumerge en la barahúnda. El burro de las cargas, lo llamaba el escritor canario, el que lucha y muere para que otros se enriquezcan, el polichinela en cuya joroba se descargan todos los palos: el pueblo, ese eterno bobo. Y él se siente un bobo más entre tanto bobo, sorteando puestos de churros y gallinejas, quioscos, tiovivos, tómbolas, fotógrafos minuteros y algún voluntarioso organillero rodeado de críos que no consigue imponer sus chotis sobre el ruido, los gritos y músicas más potentes que todo lo dominan.

Por fin, alcanza el lugar de cita, una extensa caseta semiabierta con mesas corridas y largos asientos frente a un escenario con guirnaldas de banderas nacionales donde una orquestilla interpreta temas bailables para satisfacción de centenares de danzantes con gargantas rasposas y zapatos polvorientos. Tras una ojeada general, distingue por fin a Alicia Quirós, sentada junto al inspector Durán, su amante intermitente, y a otra pareja. Saluda a los primeros, estrecha las manos de los desconocidos que la auxiliar le presenta y toma asiento junto al cuarteto, que consume una jarra de sangría. Un quinto vaso se llena de inmediato para él.

Pasan los minutos con un intercambio de comentarios tópicos y un par de vasos consumidos. Lombardi no se atreve a abordar frente a extraños el asunto que lo ha llevado hasta allí, y Durán, responsable del departamento de identificación, no parece el testigo más indicado para hablar extraoficialmente de ello. De repente, Alicia

Quirós recupera su bolso de la mesa, se incorpora, toma a Lombardi por el brazo y tira de él hacia la pista de baile.

—Venga, jefe. No pensará marcharse sin echar un pasodoble.

—Nunca haría ese desplante al santo patrón —acepta él con socarrona complicidad.

Sin intercambiar palabra, se mezclan con los bailarines y pierden de vista a sus compañeros.

—No pensé que vendría tan acompañada —comenta él cuando la discreción está garantizada—. Esa pareja, ¿también son policías?

—¿Les está haciendo la ficha?

—Simple curiosidad.

—Mi amiga es secretaria en cervezas Mahou, y él trabaja en un concesionario industrial. Ella vive conmigo. Fue quien me ayudó a limpiar su piso cuando le soltaron de Cuelgamuros, ¿recuerda?

—Vaya, pues tendré que darle las gracias.

—Yo no lo haría. Su novio es muy celoso, y no creo que le haya contado nada de aquello.

—¡Vaya tontería!

—Desde luego, pero no soporta que ella le oculte por dónde anda, qué es lo que hace.

—Menudo mostrenco —sentencia Lombardi—. ¿Ya eran novios cuando se pasó por mi casa vacía? Hace año y medio de eso.

—Llevan saliendo desde que acabó la guerra.

—En ese caso, no creo que le convenga —masculla el policía—. Ese novio, quiero decir.

—Tiene usted razón, pero quien esté libre de pecado que tire la primera piedra. Tampoco yo soy ejemplo de sensatez en ese sentido

—asegura, y mientras lo afirma se mueve con soltura de avezada bailarina entre la polvareda.

—¿Lo dice por Durán? Bueno, el amor tiene cosas raras —sentencia él, intentando rebajar la autocrítica femenina.

—Eso se comenta entre los expertos. Y ya que hablamos de ello, ¿cómo se siente? Me refiero a lo de Erika.

Lombardi se sorprende de que la mencione por su nombre y no con los apodos que habitualmente le dedica.

Se felicita por el cambio de actitud de la auxiliar, aunque está seguro de que, de seguir viva Erika, nada habría cambiado en ese sentido.

—Ocupa mis sueños. Y también mis vigilias, aunque el exceso de trabajo le roba espacio. Y a eso he venido hasta aquí, Quirós: a trabajar, no de jarana. ¿Me ha traído ese informe?

—Pues claro. —Sin detener su ritmo, la auxiliar mete una mano en el bolso y entrega a su pareja de baile una cuartilla doblada en cuatro—. Pero no pensará leerlo aquí.

El policía guarda el documento y recupera en sus brazos a la joven.

—Ya lo leeré en casa. Podría hacerme un resumen mientras bailamos.

—Lo previsto. La víctima murió por un traumatismo craneoencefálico grave. Probablemente, tras perder el equilibrio por un puñetazo o un empujón en la cara o en el pecho. El cadáver presentaba también hematomas repartidos por el cuerpo.

—Como si lo hubieran torturado.

—O como si se hubiera resistido a una agresión —matiza Quirós.

—Ya. Y dice que murió en el comedor.

—Allí estaba, y no había huellas de arrastramiento.

—Recibió a sus agresores dentro de casa; por confianza o por amenaza —evalúa el policía—. En todo caso, nada de allanamiento por robo, como ya me temía.

—El escenario no era incompatible con esa hipótesis. Pudieron presionarlo para que hablara.

—Eso parece. Y creo que el inspector Fabra no es ajeno a ello. Acabo de tener una bronca con él por ese motivo.

—¿Haciendo amigos?

—Es un miserable —bufa Lombardi—. Detuvo a Andueza hace cuatro años, creyendo que el escritor podría tener información valiosa sobre los masones, o que él mismo podría ser masón. No le sacó nada, y ahora vuelve a intentarlo al enterarse de que yo he hablado con él.

—Una acusación muy grave. ¿Tiene pruebas, siquiera un móvil?

—Ninguna, de momento, pero ya las encontraré. En cuanto al móvil, el ansia de cumplir con su sagrada misión de descabezar heterodoxos: eso es lo que mantiene vivo a ese bellaco.

—Puede que tenga razón —objeta ella, con una mueca de desacuerdo—, pero no creo que sea buena idea abrir nuevos frentes. Bastante con lo que hay. ¿No le parece?

—Claro que me parece, en una situación ideal; pero las cartas vienen dadas, Quirós, no puedo elegirlas.

—Si usted lo dice. ¿Cómo fue su viaje?

—Bien y mal —confiesa él con un cabeceo—. Di con el asesino de Leonor Sobrado, pero murió en su intento de fuga.

—Vaya, así que no tenemos nada.

—Todo lo contrario. Hay un rastro que seguir, y me da la impresión de que es muy fiable. Ya le contaré.

—¿Quiere que nos veamos mañana? ¿Los tres?

Lombardi duda unos segundos.

—No he querido molestar a Torralba en sus días de descanso, pero quizá sea buena idea —acepta.

—Yo le aviso. ¿A media tarde en su casa?

—De acuerdo. Y ahora, si me permite, la acompaño con sus amigos y me retiro.

—¿No le gusta cómo bailo?

—¡Qué va! Si parece usted la reina del pasodoble. Es que ya me han caído un par de gotas.

—Sí, me temo que vamos a tener tormenta.

Un trueno en la lejanía subraya el augurio de Alicia Quirós. La pareja abandona, pero la fiesta continúa a pesar de la amenaza de las nubes.

Los domingos, desde primerísima hora, buena parte de los soportales de la plaza Mayor se pueblan de mesas y tenderetes. Los sellos y monedas que se exponen atraen la atención de coleccionistas y curiosos, especialmente de estos últimos. Una costumbre instaurada hace dieciséis años y que no llegó a desaparecer por completo durante los dos y medio que duró el asedio a la ciudad, aunque durante este tiempo los mostradores tuvieron que cambiar de lugar en varias ocasiones para protegerse de los bombardeos.

El rincón del que parte el arco de Cuchilleros acoge el puesto donde Lombardi conoció a Donato Andueza, mucho tiempo atrás. Allí está ahora, ojeroso y bostezante, su primo Toribio Muñoz, el librero de viejo de la calle Arenal y propietario de ese negocio filatélico-numismático. Su reacción al ver al inspector no es precisamente de alegría, y gira la cabeza para evitar el saludo.

—Siento lo de Donato, señor Muñoz. Mis sinceras condolencias.

Lombardi expresa su pésame ofreciendo la mano. Dubitativo, el librero la observa colgada del aire durante unos segundos. Finalmente la estrecha y responde mediante un silencioso movimiento de aceptación con la cabeza, sin dedicarle una mirada al policía.

—Estuve fuera de Madrid —alega este con cierto aire de excusa—. Me enteré ayer de lo sucedido.

—Por mí como si se va para no volver —masculla el librero—. Mi primo llevaba cuatro años sin molestias hasta que apareció usted.

—No he tenido nada que ver con ello, y le aseguro que haré todo lo posible por averiguar cómo sucedieron las cosas.

Muñoz refunfuña y disimula recolocando innecesariamente el contenido de una cajita con monedas del XIX.

—Necesito que me dedique un par de minutos, por favor —insiste el policía.

El primo de Andueza, justificadamente dolido, ni siquiera le mira, y Lombardi se pregunta qué decir para llenar la zanja de silencio que se abre entre ambos.

—Solo quiero hacerle una pregunta. En privado. Acompáñeme, si es tan amable. —El aludido hace oídos sordos y el policía decide apretar—. Pienso hacérsela de todos modos. ¿Prefiere que sea aquí, delante de todo el mundo, en voz alta y con la placa en sus narices?

Muñoz duda. Al fin, tras un gesto explícito a su vecino de tenderete para que le vigile el negocio, abandona lentamente la sombra de los soportales en dirección a la estatua ecuestre de Felipe III, rehabilitada poco después del bombazo que la reventó recién proclamada la República. Lombardi sigue sus pasos hasta alcanzarlo.

—Donato me iba a facilitar una documentación —explica al cabizbajo y mudo librero—, un cuaderno escolar con apuntes que, según me dijo, usted le guardó durante un tiempo. Ayer, cuando fui a su casa a recogerlo, me encontré con el desgraciado desenlace.

—Pues ya no podrá mostrarle ese puñetero cuaderno. Se lo habrán llevado quienes lo mataron.

—Es posible, pero hay algo que no me cuadra.

—Hay demasiadas cosas que no cuadran en este tiempo que nos ha tocado vivir.

—Por supuesto, aunque me refiero a un detalle concreto. Donato me dijo que guardaba ese cuaderno en el trastero. Su casa es de una planta, y sin sótano. La he recorrido entera y no he hallado nada que se parezca a un trastero.

—Ya le advertí de que se le iba la cabeza.

—Desde luego, y tuve ocasión de comprobarlo cuando hablé con él —acepta Lombardi en un ejercicio de paciencia—; pero lo del trastero no parecía ser una artimaña de la memoria. No estaba fabulando, estoy seguro. Ese documento era comprometedor, y es lógico que no lo tuviera a la vista.

—Tiene sentido lo que dice.

—Por supuesto que lo tiene. ¿Usted sabe dónde lo escondía, dónde está ese dichoso trastero?

—Podría ser.

—No se me haga el duro, Muñoz, que no estoy para bromas.

—¿Y qué ganaría yo? —protesta el interrogado—. Lo único que quiero es poner punto final, olvidarme de esta historia y dejar a Donato descansar de una maldita vez, que bien se lo merece. Y usted no para de rascar en la herida.

—Si me lo cuenta, esta será mi última visita; no volveré a molestarlo. Supongo que es suficiente premio para usted.

—¿Me lo jura?

—Nunca se puede decir de esta agua no beberé ni este cura no es mi padre, pero mi voluntad ahora mismo es cumplir con la palabra

dada. Ir más allá es futurismo.

Tras una reflexiva pausa, Toribio Muñoz se sincera y Lombardi le agradece la confidencia; el librero regresa a la sombra de los soportales y el policía decide visitar, una vez más, el Cerro del Cuervo.

Subir a pata el paseo de Extremadura resulta menos sacrificado que en ocasiones precedentes. La tormenta de anoche ha refrescado la mañana y, además, la esperanza de hallar el dichoso cuadernito concede fuerzas extraordinarias e invita a especular mentalmente sobre lo que ese hallazgo podría significar en la investigación. Quizá mucho, quizá absolutamente nada, reflexiona Lombardi; pero sea cual sea el resultado no puede dejar pasar la ocasión de averiguarlo.

La caminata le permite también repasar los hechos. El informe forense confirma, tal y como había avanzado Alicia Quirós en la verbena, que el escritor falleció como consecuencia de un fuerte golpe en la zona parietal derecha producido probablemente por un objeto compacto que bien podría ser el borde de la mesa a cuyos pies lo encontró el grupo de identificación. El cuerpo presentaba también algunas señales de violencia, producidas por impactos y cortes, prueba inequívoca de que había sido sometido a tortura por quienes acabaron siendo sus verdugos. El desorden general de la casa podría atribuirse a un registro desesperado o a un mero intento de desviar la atención sobre el suceso. Hacer creer que se trató de un robo cuando en realidad fue un cruel interrogatorio. O viceversa, quién sabe. En cualquier caso, el nombre de Agustín Fabra sobrevuela como responsable de esa muerte, si no directo sí al menos como instigador.

Cuando la cerradura de Andueza cede de nuevo ante la navaja, Lombardi se dirige directamente a la cocina y, evitando resbalar con los restos esparcidos por el suelo, alcanza la puerta que comunica con el acotado solar trasero. Oteando a un lado y otro para asegurarse de no ser observado, avanza entre la verde maleza hacia el Leyland de dos pisos que domina el territorio como un longevo elefante en medio de la sabana. A modo de mediocre blindaje, el autobús presenta oxidadas placas metálicas en frontal y laterales, alguna con visibles huellas de proyectiles. En el suelo se

distinguen algunos de esos abejorros de plomo, deformados por el impacto y olvidados por el paso del tiempo.

Con determinación y una nueva mirada preventiva al entorno, el policía sube al herrumbroso vehículo y se dirige directamente a la escalera que lleva al piso superior. Una vez allí, siguiendo las indicaciones de Toribio Muñoz, busca bajo los asientos hasta localizar un pequeño cajón de madera. El recipiente contiene un lote de cuartillas escritas a máquina. A Lombardi le basta con leer la primera para darse cuenta de que tiene entre las manos el ya póstumo tratado sobre la hijoputez que el escritor le comentó en su primera visita; sin embargo, renuncia a esa colección de párrafos deshilvanados hasta hallar al fondo del cajón un cuaderno escolar con cubiertas de papel azul y grapa al centro. Ansioso, hojea las primeras páginas para enfrentarse a un galimatías de letras y cifras, presumiblemente el código alfanumérico que le había anunciado Andueza. Hay veintitantas planillas escritas, con siete u ocho entradas en cada una. Cualquier intento de interpretación es inútil sin averiguar la clave, y el lugar no es el más apropiado para centrarse en ese esfuerzo.

Lombardi decide llevarse el cuaderno a casa y dedicarse allí a su posible descifrado, tarea que, a simple vista, se le antoja más que complicada. No obstante, mientras desciende a la planta baja del peculiar trastero de Andueza, descubre que, tras numerosas páginas en blanco, en la última de ellas aparecen dos frases a modo de dedicatoria: A Rose Dunstan, in memoriam. Cementerio británico de Carabanchel. La sorprendente inscripción, que no parece guardar vínculo alguno con el contenido previo, le hace replantearse su propósito mientras deja atrás la casa del difunto escritor, y cuando llega al paseo de Extremadura llama al primer taxi libre que aparece.

Usar un taxi es todo un dispendio del que hay que culpar a la impaciencia, se reprocha el policía, aunque en domingo el escaso tráfico se traduce en viaje rápido y el coste se limita. Además, el trayecto le permite estudiar más tranquilamente el contenido del cuaderno; sin ningún resultado, por desgracia.

El cementerio británico se levantó a mediados del XIX junto a la carretera de Carabanchel antes de que esta se convirtiera en una

calle dedicada al general Ricardos, héroe de las guerras de Sucesión y del Rosellón. Tras años de negociaciones, el ayuntamiento madrileño permitió al Gobierno victoriano adquirir un terreno donde pudieran ser enterrados dignamente los no católicos de cualquier nacionalidad, que hasta entonces tenían prohibido el descanso eterno en los camposantos de la ciudad. Lombardi nunca ha traspasado los muros de ladrillo que delimitan su modesto perímetro, aunque la víspera anduvo por los alrededores, porque el lugar se encuentra muy cerca de la pradera de San Isidro.

En la entrada hay un encargado, un vejete amable con pinta de aburrido que responde con ligero acento anglosajón a la petición de Lombardi.

—Creo que podría indicarle sin error la sepultura de la señora Dunstan, porque es de las más antiguas; pero prefiero confirmarlo. —El portero se planta frente a un cuadro que representa un plano del lugar con los distintos sectores y los apellidos de los enterramientos. Enseguida señala con el índice el emplazamiento buscado y corrobora con aire de experto—: Siga la calle central. Tras pasar el primer cruce es la cuarta tumba a la izquierda.

Las precisas indicaciones del empleado permiten localizar sin dificultades el sepulcro en un camposanto vacío. Se trata de una lápida sencilla, sin añadidos verticales, con una cruz grabada que encabeza una leyenda:

ROSE DUNSTAN

DILECTA MATER

FEB., 5, 1802

JUN., 14, 1864

Lombardi copia los datos en la cubierta posterior del cuaderno y

permanece unos minutos observando la losa, intentando asimilar su significado más allá de una simple inscripción fúnebre, preguntándose qué valor tendría para Andueza aquella querida madre fallecida hace casi ochenta años. Probablemente nada en lo personal, nada excepto los elementos que generosamente ofrece la piedra; es decir, la inscripción en sí misma. Si los apuntes del escritor esconden un sistema de cifrado, es de suponer que está ahí delante, a la vista de quien tenga la santa paciencia y la suerte de averiguarlo.

Apuntar y tachar no es la actividad más atractiva para pasar la tarde del domingo. El primer intento, basado en las fechas de nacimiento y muerte de la señora Dunstan, enseguida se muestra como inútil, pues el número de cifras y letras no se corresponde con las anotaciones del cuaderno. Tampoco el nombre y apellido de la fallecida, que contienen diez letras diferentes cuando solo son nueve las cifras empleadas en los apuntes. Finalmente, la sustitución ordenada de DILECTA MATER por los números uno al nueve ofrece un panorama coherente. En realidad, es un sistema muy simple siempre que se conozca la clave, y el propio Andueza sugiere, en esa peculiar dedicatoria póstuma, el modo de obtenerla.

Cuando Quirós y Torralba se presentan en casa, Lombardi ha desvelado unos sesenta nombres, apenas un tercio del cuaderno. La mesa del comedor está colmada de papeles arrugados, pero el policía no se molesta en retirarlos y acomoda a sus amigos en el tresillo.

—¿Jugando a los jeroglíficos? —se interesa el detective.

—Más o menos. ¿Les apetece una achicoria, una copita de anís?

—No, gracias —rechaza la auxiliar—. ¿Es la documentación de Andueza?

—La misma. Al fin pude hacerme con ella.

—Y ese Andueza, ¿qué pinta en nuestro caso?

—Directamente, nada en absoluto, Torralba: Donato Andueza era un escritor muy documentado sobre los masones españoles. Escribió una novela sobre ellos en el veintitantos que tuvo bastante éxito. Y ese viejo éxito le ha costado sañuda persecución por parte de la dictadura. Él fue quien me dio detalles sobre Fermín Toledo, y me confesó que disponía de una amplia relación de personajes vinculados a la organización; pero lo mataron el jueves pasado, antes de que pudiera facilitarme esos papeles.

—¿Quién lo hizo?

—No se sabe, pero me temo que la Antimasónica no es ajena a ello.

—¿Ese Fabra del que nos habló?

—Él o alguno de los suyos.

—Mala cosa.

—Pues sí. Esta mañana conseguí esa documentación y me he pasado parte del día intentando averiguar el código, porque está cifrada.

—Trabajo infructuoso, si nos fiamos de la cantidad de bolas de papel que ha reunido —apunta Alicia Quirós con una risita.

—¡Qué va! La clave ya está clara. Tengo buena parte del cuaderno traducida. Algunos son conocidos políticos, catedráticos o aristócratas, aunque la mayoría me resultan extraños. Sí que figura el magistrado Toledo, con su nombre simbólico, como todos los demás. Pelayo, se hacía llamar.

—Qué patriótico —matiza Torralba—. ¿Y aparece alguno de nuestros cuatro caballos?

—No, al menos por ahora. Y tampoco tengo muchas esperanzas de encontrarlos. Cuando se hizo ese listado nuestros hombres deberían tener entre doce y catorce años, demasiado jóvenes para pertenecer a la masonería.

—¿Qué objeto tiene entonces quemarse las pestañas entre esos papeles?

—Una forma como otra cualquiera de pasar un domingo —bromea Lombardi al tiempo que enciende un pitillo y ofrece otro al detective—. Pensé que podría haber algo que vinculara a Toledo con esos hombres, quizá algún apellido. Es posible que el padre de alguno de ellos fuera masón, pero nada de momento.

—Hablemos, entonces, de asuntos más concretos —sugiere Quirós —. De su viaje en busca de Antonio Bravo.

—De Valerio Collazo, en realidad.

—Así que ese Bravo es nuestro caballo de copas —concluye Torralba.

—Lo era.

—¿Ya no?

—Escapó, resultó herido y terminó ahogado, por desgracia.

—Vaya faena —se queja el detective tras una calada—. Así que la investigación quedó a medias.

—No del todo. Tuve oportunidad de interrogarlo antes. Confesó su deserción y su falsa personalidad, como admitió el asesinato de la que aún era su esposa.

—Y a la que enviaba dinero, a pesar de todo —matiza la auxiliar.

—Así es. Hasta que averiguó que ella estaba dispuesta a escapar de Valencia con un novio que no tenía ni idea de que Collazo seguía vivo.

—Un asunto pasional, entonces —sentencia ella.

—En su desenlace, sí. Pero es su vida anterior lo que nos interesa.

—Buena noticia, al fin y al cabo —admite el cordobés—. Si Collazo estaba vivo, ¿por qué no habrían de estarlo los otros tres supuestos fallecidos?

—Es una posibilidad. Aunque el viejo sargento se negó a admitir

que conociera a cualquiera de ellos. Dejémoslo en probabilidad remota.

—Pero ayer me dijo que hay un rastro muy fiable —objeta Quirós.

—Y lo hay. Del mismo modo que el dinero nos llevó de Leonor Sobrado hasta su marido, también nos llevará hasta un tal Benjamín Hernando, supuesto primo de Collazo, que le envía periódicamente jugosos giros postales. En teoría, rentas de su presunta familia.

—¿Por qué presunta?

—Porque todo lo que rodeaba a Collazo es falso, Torralba: su identidad, su pasado… —explica el policía tras apagar su pitillo a medias consumido—. Me da la impresión de que ese primo y su familia zamorana son una invención más.

—¿Desde Zamora le llegan los giros?

—Desde Benavente. Collazo utilizaba cuatro oficinas de correo distintas para sus envíos a Leonor Sobrado. En este caso el tal Hernando solo ha usado una; aunque no hay que fiarse de que lo haya hecho desde su lugar de residencia. Es posible que haya que patearse la zona para encontrarlo.

—Pues habría que empezar por Benavente.

—Por supuesto. Mañana solicitaré permiso al comisario Amorós para desplazarme hasta allí. Y se me ocurre, Torralba, que quizá podría usted acompañarme; de forma extraoficial, ya me entiende, como representante de Hermes, si es que Ortega tiene a bien asumir el coste de su viaje.

—Supongo que sí, y por mí encantado. Es una pista bastante fiable; desde luego, la más clara hasta ahora sobre Emilio Fuentes.

—¿Fuentes? —objeta Lombardi—. No lancemos las campanas al vuelo. Es posible que no tenga nada que ver con él ni con los otros dos.

—Pero hay que intentarlo —apoya Quirós—. ¿Y yo? ¿Qué hago yo mientras tanto?

—Usted no puede viajar. Se me ocurre que quizá podría guardar esta documentación e ir traduciéndola, por si hubiera alguna novedad.

—Si no hay más remedio…

***

Manadas de estrellas sobre las ruinas nocturnas de Belchite, la luminosa playa valenciana, los aromáticos bosques de Vinuesa… Y él recorriendo sin rumbo esos paisajes, descifrando acertijos e intentando responderse a preguntas sin pies ni cabeza. Esa ha sido la noche de Lombardi, o buena parte de ella, y ahora, al franquear el acceso posterior de la Dirección General de Seguridad, intenta buscar coherencia en imágenes, olores y texturas, y justificar además la desaparición de Erika de sus sueños por primera vez desde que supo de su muerte. Pero no lo consigue y apaga su primer Ideales del día antes de afrontar las escaleras que le conducen al Pudridero.

Al entrar en el despacho, solo Teresa Ochoa responde a su saludo.

—Buenos días, inspector.

La mesa de la izquierda, la de Pulido, está vacía, y la de enfrente, la propia, ocupada por un hombre que ni habla ni se mueve. De unos cincuenta y tantos años y tirando a alto, tiene cara alargada y frente baja, pelo escaso y entrecano, mentón retraído, rostro duro e inexpresivo y labios finos como cuchillas de afeitar. Por fin, el tipo se incorpora y tuerce la boca para mostrar una expresión ceñuda y ojos de sapo.

—Lo quiero en mi despacho en cinco minutos —ordena al pasar junto a Lombardi camino del patio exterior.

El inspector, todavía atónito, contempla en silencio el mutis del fulano.

—Menudo gañán —comenta a la secretaria—. ¿Y cómo voy a saber dónde está su despacho si ni siquiera ha tenido la amabilidad de presentarse?

—Es el comisario Lamela, de la Social. Ya le dije el otro día que preguntó por usted. Se ha plantado aquí hace quince minutos y no ha movido una pestaña ni ha pronunciado palabra hasta ahora.

—Ni que le fuera la vida en ello —masculla Lombardi, mientras evalúa la obligación de pisar el cubil de la Social. Siempre ha sabido, desde que volvió a ser policía, que en algún momento se verá obligado a hacerlo; aunque para su gusto, cuanto más tarde se presente la ocasión, mejor. Y la moratoria ha terminado por el capricho de ese tipo.

—Eso parece.

—Ahora vuelvo.

De forma mecánica, preguntándose qué demonios querrá de él un comisario de la Brigada de Investigación Social, Lombardi sale al patio y desciende los peldaños hasta enfrentarse a territorio hostil, a la madriguera donde habitan los discípulos aventajados de Paul Winzer, el jefe de la Gestapo en España. Sin detenerse, cruza la sala en dirección al despacho acristalado donde ha visto a Lamela. Da un par de toques en la puerta entreabierta y espera a recibir permiso para entrar.

—Pase, inspector —se escucha desde el otro lado—. Pase y siéntese.

Mientras obedece la orden, Lombardi tiene tiempo de fijarse con más detalle en lo que le rodea, un despacho presidido por los obligados retratos de Franco y José Antonio que escoltan a una bandera con los colores y el águila de la dictadura. Sobre la mesa hay un marco con una foto de Heinrich Himmler dedicada, lo que ofrece una idea bastante certera del ejemplar al que se enfrenta. Un ejemplar que lo recibe con una sonrisa tan cálida como una barra de hielo y que, desprovisto ahora de su americana, exhibe sin pudor unos gemelos de oro, grandes como huevos de codorniz, que rematan los puños de su camisa falangista.

El comisario fuma mirando al vacío y, sin dirigir la vista al visitante, suelta una pregunta que suena bronca:

—¿Intenta tocarme los cojones?

—Nada más lejos de mi propósito —balbucea Lombardi, sorprendido—. ¿Por qué piensa eso?

—Ah, ¿no? ¿Y para qué demonios fue a ver a Federico Muelas a Santa Rita?

Así que se trata de ese asunto. Está claro que Lamela debe tener en su nómina de confidentes hasta a las ratas de las alcantarillas, y Santa Rita, al fin y al cabo, no se diferencia mucho de una cloaca.

—Por el expediente de Santiago Trillo —acepta el inspector con la mayor naturalidad posible.

Lamela queda momentáneamente boquiabierto, pero reacciona con enfado.

—¿Y a usted qué carajo le importa ese expediente?

—Trillo investigó un caso que ahora mismo estoy siguiendo. Al enterarme de su atentado, quise conocer un poco más lo sucedido.

—Podría haberme preguntado a mí.

—No quise molestar. Me pareció que una charla con el testigo principal sería suficiente.

—¿Y lo ha sido?

—Desde luego —miente Lombardi con desparpajo—. Muelas ratificó punto por punto que fueron los comunistas.

—¡Faltaría más! Pues claro que fueron los comunistas. Quizá no esos dos muertos que mencionamos en el expediente; pero comunistas, seguro.

—Claro.

—A veces hay que actuar así, aunque no sea muy ortodoxo y los datos no del todo exactos —argumenta el comisario, ahora en cierto tono de camaradería—. El Estado no puede dejar impune el asesinato de un servidor público. ¿Comprende?

Ni el Nuevo Estado ni el tenaz Octavio Lamela: ambos necesitan engordar su currículum aun a costa de descaradas falsedades.

—Naturalmente que comprendo, comisario.

—¿Cómo consiguió el expediente de Trillo?

Lombardi duda, pero no tiene muchas salidas, y mentir en este caso no parece lo más recomendable.

—Me lo proporcionó mi secretaria —confiesa—, aunque ruego la libere de responsabilidad si ha vulnerado alguna norma. Solo cumplió mis órdenes.

—Ya —asume el comisario con cara de pocos amigos, pero no insiste—. ¿Y cuál es ese caso que le ocupa?

—Sigo la pista de cuatro desaparecidos en la primera batalla de Belchite. Uno de ellos fue investigado hace dos años y pico por el agente Trillo.

—¿Belchite? —Lamela suelta una carcajada que suena impostada y apaga su cigarro en un ostentoso cenicero de cristal tallado—. Eso es perder el tiempo, hombre.

—Pero si Trillo investigó, lo haría siguiendo sus órdenes, digo yo.

—En absoluto. Trillo estaba en la Antimasónica. Fue Fabra el responsable de esa indagación; infructuosa, como era de esperar.

—Pensé que estaba en la Social, y por eso investigaron ustedes su asesinato.

—El agente Trillo trabajaba aún a las órdenes del inspector Fabra —matiza el comisario—. Colaboraba de vez en cuando con nosotros, pero en aquella época nuestra brigada todavía no existía oficialmente. Éramos un grupo en formación.

Sí, aprendiendo brutalidad de la Gestapo, se dice Lombardi, aunque ese detalle mejor ni mencionarlo en aquel ambiente; es preferible aprovechar el hecho de que Lamela parezca relativamente permeable a las confidencias.

—¿Por qué asesinaron a Trillo? —cuestiona el inspector—. ¿Consiguió averiguarlo?

—Es evidente que por su actividad profesional. Estaba en la Antimasónica desde la guerra y había dado golpes importantes a los rojos. Detenciones, interrogatorios… En fin, ya sabe: cualquiera de nosotros está expuesto a venganzas por parte de esos hijos de puta.

—Nada que ver entonces con aquella investigación sobre Belchite.

—Claro que no, hombre. Por cierto, Trillo seguía la pista de un tal Fuentes, creo recordar. ¿Es este el caso que usted investiga?

Lombardi odia tener que dar explicaciones a quien no corresponde, pero el diálogo se ha alejado del inicial tono impositivo hasta hacerse razonablemente fluido, y tampoco tiene mucho sentido ocultar detalles que son casi de dominio público allí dentro.

—El alférez médico Fuentes es uno de ellos, sí. ¿Lo conocía usted?

—¿Yo? En absoluto. ¿Por qué habría de conocerlo?

—Fabra y usted trabajaron juntos en la Antimasónica desde los días de Salamanca, y él sí que lo conoció.

—Lo sé —acepta el comisario abriendo los brazos en gesto comprensivo—. Y por eso quiso ayudar a su familia poniendo a Trillo tras su pista, un gesto inútil. Tan inútil como lo es su actual investigación.

—Fuentes es solo uno de los cuatro que investigo.

—Ya, siguiendo las denuncias de sus viudas. Pero la lógica nos dice que los cuatro murieron en Belchite. Y allí quedarán sus huesos, bajo los escombros, si es que las alimañas no han acabado también con ellos.

—Es muy probable, aunque no los huesos de todos —objeta el inspector—. Al menos no los del sargento Valerio Collazo. Estuve con él hace tres días.

—¿Uno de sus desaparecidos? ¿Vivo? —Lamela se remueve en su asiento, alza las cejas y un brillo se le enciende en los ojos. No es fácil distinguir si se trata de un gesto de admiración o de incredulidad.

—Y bien vivo, aunque bajo falsa identidad.

—Eso sí que es bueno. Cuente, cuente…

—No se lo tome a mal —responde Lombardi buscando el tono más respetuoso que encuentra—, pero antes debo informar al comisario Amorós. Es mi obligación. Si tiene interés en el asunto, no hay inconveniente por mi parte. Luego le paso un informe escrito, o se lo comunico por teléfono después de hablar con mi superior inmediato.

—Descuide, que ya me enteraré.

—¿Algo más, comisario?

—Pues sí, ya que lo dice. Sobra comentar que sus antecedentes le convierten en un objetivo muy goloso para mi brigada. Espero que sepa actuar en consecuencia —advierte Lamela con una mirada desdeñosa, y amplía con un punto de sarcasmo—: Sería una lástima perder un policía tan… experimentado.

—Recibida la indirecta.

—Nada de indirectas. Es un aviso bien clarito —concluye Lamela apuntando con el índice a su interlocutor—. Así que, en adelante, si necesita saber algo, pregúntelo y no se dedique a levantar alfombras a mis espaldas.

—Eso haré, comisario.

Cayetano Pulido está mano sobre mano y saluda la entrada de

Lombardi con un «buenos días» que suena a sumiso. El inspector responde desganado, con el pensamiento intentando digerir el peculiar interrogatorio que acaba de sufrir en la guarida de la Social; enciende un cigarrillo e introduce en el carro de su máquina de escribir dos cuartillas separadas por un papel de calco.

—¿Quiere que lo haga yo, inspector? —se ofrece la secretaria.

—No es necesario, Ochoa; solo son una docena de líneas. Además, tendría que dictarle, y molestaríamos la concentración del compañero. Por cierto, Pulido, ¿en qué caso está trabajando?

—Tengo tres seleccionados —dice este, tímido, alzando unas carpetas abiertas sobre la mesa—, pero aún no lo he decidido. ¿Quiere revisarlos?

—En absoluto: ya le dije que tiene plena autonomía. Si necesita ayuda, no dude en pedirla. Y usted, Ochoa, si es tan amable, pregunte al comisario Amorós cuándo podría recibirme.

La secretaria asiente, descuelga su teléfono y hace girar el disco. Lombardi teclea el resumen de su experiencia soriana; a grandes rasgos, sin demasiados detalles: los importantes prefiere reservarlos para el vis a vis con Amorós. Teresa Ochoa se incorpora.

—El teléfono del comisario no para de comunicar.

—Normal. Después de dos días de fiesta tendrá bastante jaleo acumulado.

—Si le parece, bajo directamente a su despacho y así le pillo en cuanto cuelgue.

—Bien pensado.

Ochoa aún tarda un rato en regresar, tiempo de sobra para que el inspector concluya su informe, lo guarde en el bolsillo de la americana, encienda un nuevo pitillo y salga al patio a fumarlo, dejando a Pulido con sus dudas metódicas.

La secretaria trae el visto bueno de Amorós, y Lombardi se toma con calma la visita a su jefe inmediato. Cuando entra en su

despacho, sin embargo, se lleva una sorpresa. La mesa principal está ocupada por el comisario, pero a un lado, en una de las dos butacas destinadas a las visitas, se encuentra, repantingado, Octavio Lamela. Ya le había advertido a Lombardi de que se enteraría por su cuenta y, al fin y al cabo, ocupa un puesto más elevado en el escalafón que el comisario de la Criminal, así que no le habrá resultado difícil convencer a este de que le permita asistir a la reunión.

Extrañado aún por la presencia del comisario de la Social, Lombardi deposita su breve informe sobre la mesa antes de instalarse en la butaca vacía. Amorós emplea menos de un minuto en leerlo.

—Muy bien, inspector —dice al concluir—. Parece que su búsqueda en Vinuesa tuvo éxito. Vaya por delante mi felicitación.

—Gracias, comisario.

—Y a continuación, mi reprimenda por el trágico desenlace.

El interpelado se encoge de hombros.

—A veces suceden estas cosas —admite—, sobre todo si el detenido prefiere morir.

—Muy desesperado tiene que estar un hombre para tener esas preferencias.

—Y Collazo lo estaba al saberse descubierto, créame. Le esperaba el paredón, por asesino o por desertor; o por ambas cosas juntas. Se hirió de gravedad con una sierra mecánica, pero siguió corriendo mientras se desangraba; solo tenía dos posibilidades: ser atrapado o caer al Duero. Por desgracia para todos, le tocó la segunda.

—¿Ya ha informado a los compañeros de Valencia?

—No lo he hecho. Y no creo que merezca la pena, pero usted decide.

—¿Por qué razón?

—El juez instructor de Soria registró la muerte de Antonio Bravo, el falso nombre de Collazo —explica con calma el inspector—. Y

Bravo, naturalmente, no tiene nada que ver con Leonor Sobrado. Ni con nadie, porque no existe. En Valencia se volverían locos, tanto el juzgado al que le toque la china como la Criminal.

—¿Y el motivo de esa decisión? —se interesa Amorós, aún incrédulo—. ¿No le puso usted al tanto de la falsedad documental?

—Por supuesto; pero, según su señoría, hacer las cosas de forma correcta sería demasiado complicado. Al tratarse de un desertor, daría mucho trabajo a los tribunales militares, ya de por sí sobrecargados.

—Coño, para eso están, para trabajar; como trabajamos todos —masculla Amorós, bizqueando de reojo en busca de la aprobación de Lamela, que asiente sin palabras.

—Eso me parece a mí —abunda Lombardi—, y se lo hice saber, aunque no era cuestión de tener una bronca y que me metiera un puro por desacato. Allá él con sus decisiones.

—Ya, pero me sabe mal que los valencianos no puedan cerrar el caso de esa señora.

—A ellos no les afecta. De hecho, ya lo habían cerrado como fallecimiento accidental. No necesitan nombres complementarios.

—Entonces, asunto cerrado también por nuestra parte. Buen trabajo.

—Gracias, comisario, pero no está cerrado —objeta respetuosamente el inspector—. Hay pistas que sugieren que el sargento Collazo no fue el único de esos cuatro desaparecidos que sobrevivió.

—¿Qué pistas? En su informe no dice nada de eso.

—No me ha dado tiempo a escribirlo todo, pero las hay. Por ejemplo, Valerio Collazo recibía periódicamente jugosos giros postales.

—¿De quién?

—De un tal Benjamín Hernando, un supuesto primo zamorano. Rentas y demás, según confesó el propio Collazo a vecinos de Vinuesa. El primer giro es de junio del treinta y ocho, poco después de que se instalara en el pueblo, por valor de dos mil pesetas. De ahí en adelante, la misma cantidad cuatro veces al año.

—No está nada mal.

—¿Y qué tiene de particular que la familia te pague lo que te corresponde? —interviene el hasta ahora mudo comisario Lamela.

—Nada, si en realidad se trata de tu familia —acepta Lombardi—. Pero la vida de Collazo bajo la identidad de Bravo es tan ficticia que dudo mucho que esa familia zamorana exista.

—Tampoco significa que esos giros tengan algo que ver con su deserción, ni con los otros tres desaparecidos —insiste el de la Social.

—Por supuesto que no. Pero también recibía giros Leonor Sobrado. No sabíamos de quién, y seguir ese hilo nos llevó a Collazo. ¿Qué nos cuesta comprobar quién se los envía a este? Un simple viaje nos sacará de dudas. Si es un asunto realmente familiar, punto y final.

—Es posible —duda Amorós.

—En el improbable caso de que esas sospechas se confirmen —apunta Lamela, envarado, con un autoritario gesto de su índice—, estamos hablando de desertores, y sin duda rojos. Tiene que intervenir la Social.

—¿Rojos? —objeta Lombardi—. Esos cuatro hombres eran del Tercio de Almogávares, ¿cómo iban a ser rojos?

—¿Y qué? Se sorprendería de la cantidad de traidores que descubrimos a diario.

—Si esos hombres desertaron, no creo que fuera por motivos políticos —insiste el inspector—. Solo dispongo de indicios todavía, pero estoy seguro de que tuvieron otras razones para borrarse del mapa. No digo que los cuatro, pero sí alguno de ellos.

—¿Qué razones? —inquiere Lamela removiéndose en la butaca.

—Solo es una oscura intuición, pero creo que se vieron involucrados en algún asunto sucio.

—¿De qué tipo?

El inspector no está dispuesto a enseñar de momento todas sus cartas, así que se sale por la tangente:

—Busquemos a ese Hernando y a lo mejor lo averiguamos.

—Y no creo que sea necesaria la intervención de su brigada —tercia Amorós, que ha asistido en silencio al intercambio de pareceres de los otros dos—. Es una investigación que corresponde a la Criminal.

—No sugiero un cambio en la dirección del asunto —se excusa Lamela—. Pero sí que uno de mis hombres acompañe al inspector Lombardi; a sus órdenes, si es que él sigue siendo el encargado del caso.

—Sí, claro que sigue Lombardi con el caso, pero me parece innecesario e improcedente que se sumen ustedes. De todos modos, lo consultaré con el comisario jefe Fagoaga.

—Me parece bien. Fagoaga es un hombre inteligente y sabrá valorar mi propuesta. Sea como fuere, deberían ir al menos dos hombres, si queremos garantías de que las cosas no acaben como en Vinuesa y podamos tener un detenido al que interrogar.

—Collazo habría hecho lo mismo por muchos hombres que se hubieran interpuesto en su camino —protesta Lombardi.

—Ya, pero que vayan dos para mayor seguridad —porfía Lamela, que tuerce el gesto—. Dos de la Criminal si así lo prefieren. Por lo que sé, el inspector no es el único policía en el Pudridero.

—¿Se refiere al agente Pulido? —reflexiona Amorós—. Bien, ya le comentaré la decisión, Lombardi. Puede retirarse.

—¿Y no podías haberte pasado por mi despacho a recogerlo?

Acompañan la pregunta los ojos de Balbino Ulloa, inquietos tras el culo de botella de sus gafas. Lombardi tiene la impresión de que algo parecido a un velo de tul empieza a tomar cuerpo sobre uno de ellos clareando el azul de su iris, el inicio de una catarata que no augura un futuro agradable para el comisario destinado en la Jefatura Superior de Policía.

—Necesitaba tomar el aire, pasear —explica el inspector ojeando por encima el informe oficial sobre la muerte de Donato Andueza que hay encima de la mesa—. Llevo un día para enmarcar. Espero que no le moleste haber tenido que salir.

—Para nada. Hace un día espléndido, y no es lo mismo escuchar el relato de una operación policial sentado en el despacho que paseando hasta una tasca. El balance de tus viajes a Valencia y Vinuesa es muy interesante.

El camarero se presenta con dos cazuelitas de carne guisada con verduras e interrumpe momentáneamente el diálogo.

—Por cierto —apunta Lombardi cuando quedan de nuevo a solas, y saca del bolsillo varios billetes que dispone ordenadamente sobre la mesa ante el comisario—. Gracias por el préstamo.

—¿Diez duros? No te dejé tanto.

—Más o menos. Así me invita hoy.

—Como de costumbre —acepta Ulloa con una sonrisa resignada.

—Y gracias también por el expediente. Ya conocía más o menos su contenido.

—Y sigues pensando que no fue un simple allanamiento.

—Desde luego que no. Pero no tengo pruebas para demostrar lo contrario, ni tiempo ahora para buscarlas. Hoy viajo a Benavente.

—No paras. Parece que le has cogido gusto a ese asunto de los desaparecidos. Por lo que me has contado hay dónde rascar: si uno

de ellos estaba vivo, por qué no alguno más.

—Pues sí, aunque no me hace ninguna gracia seguir el rastro de gente que renegó del ejército faccioso.

—Quién lo diría. A ese Collazo lo has perseguido como un perro de presa.

—Era sospechoso de asesinato —puntualiza Lombardi con el primer trozo de carne humeante en el tenedor—. Quizá culpable de más de uno. Por eso lo perseguí.

—Y ahora esperas encontrar alguno más.

—Sí, eso espero, y Amorós coincide con ello. Pero me ponen carabina.

—¿Y eso?

El inspector se permite saborear antes de la respuesta.

—Me acompaña el agente Pulido —explica al cabo—. Un piernas sin experiencia ni, me temo, ganas de tenerla. Creen que así se garantizan un final distinto al de Collazo. Falta de confianza, en definitiva.

—No será el primer novato que apadrinas —desdramatiza Ulloa con la vista perdida en su intacta cazuela, como si estudiase su punto más débil para atacarla.

—Tampoco me preocupa su bisoñez profesional, pero ese tipo es un inútil y un mala sangre. Si viajara solo podría tomar decisiones en función de lo que vaya viendo, pero con un ayudante así estoy maniatado.

—No te entiendo.

Lombardi se escancia un poco más de vino en su vaso casi vacío.

—A ver, comisario, ya le he dicho antes que mi propósito no es capturar fugitivos del glorioso Ejército Nacional.

—Ese es tu cometido, lo quieras o no, si es que siguen vivos.

—De eso nada —niega el inspector, jugueteando con el vaso—. Mi trabajo es buscarlos y, de tener suerte, dar explicación a sus presuntas viudas; pero solo detendré a aquellos que hayan cometido un delito común grave. Y para mí, desertar de las filas facciosas es más un acto honorable que un delito.

—Ahora te crees juez además de policía.

—Hay que hacerlo así cuando los jueces defienden causas injustas. Si encuentro a alguno de esos hombres y están limpios, no pienso intervenir: aire para ellos, y si te he visto no me acuerdo. Pero la presencia de Pulido me complica ese propósito.

—No puedes hacer la guerra por tu cuenta. Yo no me arriesgaría, al menos.

—Siempre trabajo así, ya lo sabe. —Lombardi se interrumpe para avanzar en su cazuela, pero traga deprisa para seguir explicándose —. Lo que más me revienta es que haya sido la Social quien ha presionado para conseguirme una pareja.

—¿Cómo que la Social?

—El comisario Lamela. A primera hora me sometió a un estrecho interrogatorio y después estuvo presente en el despacho de Amorós cuando le informé y decidimos los siguientes pasos. Me temo que mis antecedentes no le gustan demasiado.

—Tienes un indulto, y la aprobación de tu reingreso en el Cuerpo — desestima Ulloa con un despectivo movimiento de mano—. Nada que temer.

—Supongo, aunque esa gente no necesita muchas excusas para dejarte seco. Creo que no le ha gustado nada que descubra sus vergüenzas.

—¿A Lamela?

—Sí.

El comisario aguarda paciente a que su interlocutor dé cuenta de un trozo de pan untado en salsa, pero su período de degustación se alarga demasiado.

—¿Vas a explicarte?

—Claro, perdone. La investigación me llevó a interesarme por el atentado contra el agente Santiago Trillo. ¿Ha oído hablar de él?

—Naturalmente. ¿Qué tiene que ver?

Lombardi echa un trago y se limpia calmoso con la servilleta, como si se pensara dos o tres veces lo que va a contar.

—Poco antes de ser asesinado, Trillo buscó sin éxito a uno de mis cuatro desaparecidos, un tal Fuentes —explica—. Yo, al fin y al cabo, iba siguiendo sus pasos, y al enterarme de su muerte, quise saber más. Empecé a atar cabos y descubrí que el comisario Lamela había investigado el atentado, y que el informe sobre su resolución es un fraude.

—¿Cómo que un fraude?

—Sí, un montaje como la copa de un pino. Mediante falsos testigos, atribuye la operación contra Trillo a dos comunistas que habían sido abatidos en un enfrentamiento con la Social en Granada. Cierra el caso con un cúmulo de falsedades y de paso engorda su expediente personal.

—No me digas.

—Tal cual.

—Eso es muy serio —masculla el comisario—. Supongo que tendrás pruebas de ello.

—Naturalmente que las tengo, pero no se me ocurriría implicar a terceros ni divulgarlas gratuitamente. Todavía no estoy loco del todo.

—Bueno —reflexiona Ulloa—, a ningún bombero le gusta que le pisen la manguera. No me extraña que te haya tomado ojeriza.

—Háblame de ese Lamela.

El comisario se lo piensa unos instantes mientras revuelve con el tenedor su intacta cazuelita.

—Por lo que he oído respecto a él —dice al cabo—, hay opiniones divididas: unos se ciscan en su padre y otros en su madre.

Lombardi suelta un gruñido que apunta a risotada.

—No me extraña, pero me refería a su currículum, a su trayectoria.

—Era abogado antes de la guerra, de una familia palentina de cierta enjundia. Su padre fue general de brigada o algo así, y tiene dos o tres hermanos, todos relacionados con el mundo del derecho. Cuando empezó la guerra se plantó en Salamanca a ofrecer sus servicios. Acabó integrado en la Brigada Antimasónica y allí prosperó hasta llegar a comisario de segunda, ya en la Social.

—Una rápida carrera basada en cazar masones y rojos —sanciona el inspector mientras planea el asedio a una nueva tajada—. Meritocracia, llaman a eso.

—Desde luego, si hay un veloz ascenso dentro del Cuerpo es el suyo. Lo cual suscita no pocas envidias, claro está.

—Ascensos basados en mentiras, me temo, si en todos los casos actúa con la misma desvergüenza que en el asunto Trillo.

—Es posible. Admito que la decencia no es una virtud que esté de moda en los tiempos que corren. Pero créeme que también hay compañeros honestos, buenos policías.

—No lo pongo en duda, aunque el hombre que me ha puesto la cruz es un rematado golfo.

—No es un buen enemigo, la verdad —cabecea Ulloa—. Y aunque creo que exageras, te recomendaría un poco de prudencia. Ya, ya sé que es una palabra fuera de tu diccionario, pero no estaría de más que la considerases.

—¿Prudencia significa sumisión, rendición?

—Que ya no hay guerra, Carlos, que lo de la rendición pasó hace cuatro años. Prudencia es actuar conforme a la realidad.

—¡Claro que la hay! —protesta enérgico Lombardi—. Seguimos oficialmente en estado de guerra; lo que pasa es que ahora todos los muertos caen del mismo lado. El proyecto de eliminación sistemática del enemigo sigue funcionando con el mismo odio con que se proyectó en el treinta y seis. Y con total impunidad, igual que entonces.

—Hay que pasar página, hombre. No puedes vivir avinagrado el resto de tu vida.

Avinagrado o no, a media tarde el mínimo equipaje de Lombardi está dispuesto en el maletín, y el policía, resignado a cargar con lo que toque. Bastante decepción fue tener que llamar a Torralba para anunciarle que había que suspender el proyectado viaje conjunto y que su puesto iba a ser ocupado por un incómodo individuo al que ha tenido que poner más o menos al tanto del caso. Y, al fin y al cabo, reflexiona, hay que agradecer la cerrada defensa corporativa del comisario Amorós, negándose a ceder la segunda plaza a un tipo de la Social, porque si viajar con Pulido puede resultar tedioso y cargante, hacerlo con uno de los hombres de Lamela habría sido tan incómodo como caminar sobre un alambre de púas.

Gabardina al hombro, comprueba los últimos detalles cuando suena el teléfono. Duda si atenderlo, porque va con el tiempo justo para llegar a la estación. Finalmente, descuelga.

—Hola, inspector.

—Vaya, Quirós. ¡Qué sorpresa! Me pilla en casa de casualidad. Me voy zumbando a Benavente.

—Ya me he enterado. No me gustaría entretenerlo, pero quería comentarle algo que quizá sea importante.

—Vamos allá.

—Por teléfono no. Prefiero en persona.

Lombardi duda.

—Va a ser imposible —asegura—. Salgo ahora mismo de casa.

—A la Estación del Norte, supongo.

—Sí, claro.

—Pues allí nos vemos, si le parece. Aguante en el bar hasta que pueda. Voy a coger un taxi. Espero llegar antes de que se vaya.

Dos paradas de metro hasta Sol y el tranvía número nueve desde allí significan media hora de viaje, de modo que Lombardi llega al punto de cita con solo unos minutos de adelanto respecto a la hora oficial de salida de su tren. El bar está hasta los topes, con un centenar y medio de soldados de la División Azul recién repatriados. En el ambiente hay emoción contenida, representada por el reencuentro con las familias o los seres queridos, pero los grandes gestos y eslóganes políticos que caracterizaban tiempo atrás estos retornos masivos parecen haber desaparecido, o al menos sus ecos quedan amortiguados por un repentino desamparo oficial. Forzada por los aliados, la dictadura toma cierta distancia formal respecto al Eje, y todos esos jóvenes excombatientes a las órdenes de Hitler, agasajados hasta hace bien poco como patrióticos héroes, empiezan a resultar un tanto incómodos para un Estado totalitario que pretende convencer al mundo de que nunca lo ha sido.

Por fin, entre la pequeña multitud se distingue la menuda figura de Alicia Quirós, que avanza acelerada.

—Menos mal que llego —dice, entre sofocos.

—Bueno, mujer, respire. ¿A qué viene tanta urgencia?

—Ayer por la noche estuve completando la lista que me dio. —La auxiliar toma aire antes de atreverse a seguir hablando—. El cuaderno de Donato Andueza, ya sabe…

—Sí, claro.

—Y esta tarde volví con ello al llegar a casa.

—Tampoco se lo tome tan a pecho —aconseja el policía—. Seguro que ya los ha transcrito todos.

—No, qué va. Es que me he encontrado una sorpresa.

—Usted dirá.

—Uno de los nombres de la lista es Rodolfo Lamela y Ossorio. Alias Viriato.

—No caigo.

—Tiene los mismos apellidos que el comisario Lamela.

—Ah, ¿sí? Vaya. Eso significa…

—Podría significar —matiza ella— que son hermanos.

—¿Y que Lamela tiene un hermano masón? —susurra el inspector.

—O lo tuvo. No sabemos nada de él.

—Estaría chusco. —Lombardi piensa deprisa mientras comprueba la hora en su reloj de pulsera—. Tengo que irme o perderé el tren. Haga una cosa: encargue a Torralba, que ahora está inactivo, que investigue ese nombre. Dígale que mañana, o en cuanto pueda, le llamo a Hermes para que me ponga al tanto. Buen trabajo, Quirós.

—Pura chiripa. Que tenga un buen viaje.

Con la inesperada noticia rondándole la cabeza, el inspector corretea hasta el andén; allí, Cayetano Pulido espera junto a la entrada de un vagón, observando a uno y otro lado con semblante nervioso; cuando lo ve llegar gesticula con la mano para que se apresure.

—Ya han dado el aviso de salida —dice, subiendo los peldaños—. Un minuto más y nos quedamos en tierra.

—Sería la primera vez que un tren sale a su hora.

La pareja de policías, con Lombardi en cabeza, se abre camino en

busca de su departamento entre los coches cama.

—Parece que esta vez se han portado con el viaje —comenta el inspector al comprobar que su reserva comprende dos asientos ya dispuestos para tumbarse—. Aunque no conviene dormirse, que en Medina del Campo hay que hacer transbordo, y como nos pasemos acabamos en Oviedo.

—¿Puedo tutearle, jefe? —pregunta el agente mientras se acomodan.

La pregunta sorprende a Lombardi por el ensayo de camaradería que significa. Probablemente un intento de borrar el violento instante en que se conocieron.

—El tuteo a un superior se consigue con el tiempo y ganándose su confianza —responde con naturalidad—. Tú de momento no cumples ninguna de las dos condiciones, Pulido. Y no me llames jefe; con inspector basta.

—A sus órdenes.

—Déjate de formulismos, que no estamos en el ejército.

—Parece que no doy una —se lamenta el agente, repeinándose los rizos con los dedos.

—Porque estás pendiente de quedar bien. Actúa con naturalidad y ya verás qué diferencia.

El convoy se ha puesto en marcha. Lombardi se sienta, enciende un pitillo y se sume en un silencio reflexivo arrullado por el traqueteo. Necesita darle vueltas a la revelación de Alicia Quirós, a la insospechada idea de que Octavio Lamela, viejo terror de los masones, participe de un pecado tan grave como el de tener un hermano manchado por semejante infamia, y evaluar qué alcance podría tener esa contradicción, de ser cierta. Todo se queda en especulaciones, sin embargo. Las piezas del engranaje son tan poco creíbles que no encajan en absoluto y chirrían al forzarlas; al menos hasta que Torralba profundice un poco más en los entresijos de tan particular familia.

Pulido ha sacado una baraja de naipes y despliega un solitario sobre su colcha. El inspector concluye para sí que mejor hacer solitarios que jugarse los cuartos en una timba como venía siendo habitual.

—¿Y qué se supone que haremos con ese Benjamín Hernando cuando lo encontremos? —pregunta de improviso el agente.

—Interrogarlo, naturalmente.

—¿Los dos?

—Ya lo veremos en su momento. Siempre hay que adaptarse a las circunstancias.

—Claro. ¿Tiene usted familia, inspector?

Abordar asuntos personales con Pulido es lo último que haría un hombre sensato, pero Lombardi acepta el reto con la curiosidad de saber adónde los llevará esa conversación.

—No me queda familia en España —confiesa—. En Argentina quizá, no estoy muy seguro.

—Mejor así —filosofa Pulido—. En esta profesión le puede pasar a uno cualquier cosa en el momento más inesperado, y es la familia la que paga las consecuencias.

—No te falta razón —aprueba Lombardi, un tanto confuso por las reflexiones del agente—. Tampoco tú la tienes, por lo que he oído.

—La perdí en la guerra —admite con una sombra de pesadumbre en la mirada.

—Lo siento. Sí, también yo perdí a gente querida. —Y aún la sigue perdiendo, piensa Lombardi con un íntimo pensamiento dirigido a Erika—. ¿Dónde te tocó luchar?

Pulido dibuja una leve sonrisa antes de entonar, a voz en grito:

Zapador minador valeroso

soy de España, mi patria inmortal,

que en vanguardia pelea orgulloso

en defensa de un santo ideal…

—¡Eh! Vale, vale, que ya me he enterado.

El agente baja el volumen de la voz, pero no parece dispuesto a abortar su solo:

Mi bandera de sangre y de oro,

vieja enseña de gloria y honor,

para mí es un precioso tesoro

por el que mi sangre daré sin temor.

Ingeniero zapador, con tu pala y tu azadón

haces puesto inexpugnable

de la nueva posición.

—En zapadores, ya.

—Sí. Trabajábamos para facilitar las cosas a los que mataban rojos. Pero no pude matar ni uno solo en toda la guerra.

—¿Y eso te remuerde?

—Me jode. Me pasé dos años y pico haciendo puentes, cavando trincheras, levantando casamatas, pero sin pegar un puto tiro.

—Deberías estar orgulloso. Volver de la guerra sin una sola muerte sobre tu conciencia es algo de lo que pueden presumir muy pocos.

Pulido lanza un bufido de desprecio.

—No me toque las narices, inspector —protesta—. Matar rojos no te pica la conciencia. Es una obligación patriótica.

—Matar nunca es una obligación, Pulido. Quítate esas ideas de la cabeza: son pensamientos fanáticos, y muy peligrosos para quien tiene un arma como herramienta de trabajo.

El agente hace una mueca, frunce los hombros y se concentra de nuevo en su solitario. El inspector aprovecha para cerrar los párpados y repasar mentalmente el peculiar interrogatorio al que acaba de ser sometido. Y la conclusión es que como no lo ate en corto, su visceral compañero de viaje puede meterlos en problemas con la misma facilidad que lo haría un chiquillo malcriado.

Dispuesto a hacer de tripas corazón, Lombardi recupera su maletín, se quita los zapatos y la americana y se acomoda con la espalda apoyada en la almohada. Saca luego un sobre de su equipaje, del que extrae varias cuartillas dobladas por la mitad. Dispuesto a relajarse, inicia la lectura de las páginas pendientes del primer capítulo de la novela de Ignacio Mora. Enseguida recupera el hilo de lo leído días atrás y, poco a poco, a medida que avanza en las peripecias del relato y de forma inconsciente, se le va dibujando una sonrisa en los labios.

—Parece que lo pasa usted bien —se interesa Pulido.

—Es divertido, sí.

—¿Es un informe?

—El texto de un amigo novelista.

—¿Novelista? —El rostro del agente muta en una mueca de alarma.

—Sí, hombre, no pongas esa cara, que he dicho novelista, no criminal. Aprendiz de novelista más exactamente.

Con continuos intentos de aproximación por parte de un Pulido cada vez más pegajoso, el convoy llega a Medina del Campo. Los policías se apean para refugiarse en la tasca de la estación a la

espera del tren que los ha de llevar hasta Benavente. Aprovechan para tomar unos bocadillos, una cena tardía. Lombardi se incomoda al comprobar que el agente se ayuda de un chato de tinto, aunque, por fortuna, elige agua para terminar su bocadillo cuando acaba con el vino. Media hora después, los viajeros con destino a Zamora, Astorga y estaciones intermedias ocupan sus plazas.

Bajo la muda y lejana vigilancia de un viejo torreón de aspecto medieval, los policías abandonan la estación en busca del centro de Benavente. El amanecer neblinoso los confunde con docenas de trabajadores que caminan cabizbajos o en bicicleta a iniciar su turno en una cercana fábrica de harinas. Entre bostezo y bostezo, Cayetano Pulido expresa su primera duda del día.

—¿Cuál es el plan, inspector?

—Localizar la oficina de Correos y después tomarnos algo parecido a un café.

El primer objetivo lo cumplen en pocos minutos. El centro social de la localidad resulta ser una gran plaza porticada que acoge al ayuntamiento y varias entidades oficiales, entre ellas la sede de Correos y Telégrafos que, a tan temprana hora, está cerrada. La pareja se refugia en un bar madrugador donde somnolientos trabajadores de la limpieza y presumibles funcionarios municipales intentan sacudirse de encima los últimos posos de la noche antes de empezar su jornada laboral. Acodados a una barra estrecha y pringosa, los policías se apuntan a unas tostadas de pan de centeno con mantequilla y una taza del puchero que humea en un fogón, un café de tercer o cuarto recuelo que, mezclado con leche, sirve al menos para templar el cuerpo y lo que quede del alma. Para mosqueo de su jefe, el agente cierra su desayuno con una copa de sol y sombra. De nuevo, el alcohol presente en los gestos cotidianos de Pulido. Y decían que lo había dejado.

—¿Falta mucho para que abra la oficina de Correos? —inquiere Lombardi a uno de los dos hombres que atienden en la barra.

—Unos quince minutos —responde aquel tras echar un vistazo al

reloj de pared que tiene enfrente.

—¿Y suelen ser puntuales?

—A saber. Algunos días sí, otros no tanto. Pregúntele al encargado. —Y de inmediato lanza un berrido hacia el interior—. ¡¡Maurooo!!

El tal Mauro, un cincuentón orondo, velludo y de grandes orejas, se gira con naturalidad, abandona el grupito de tipos con quienes confraternizaba y, taza en mano, se llega hasta donde lo reclaman.

—Estos señores preguntan cuándo vas a abrir.

—Pues cuando toque, leñe.

—No pretendemos molestarlo —interviene Lombardi y, con disimulo, le muestra su placa al funcionario—, pero necesitamos hacer unas comprobaciones en sus libros oficiales. Quizá podríamos aprovechar ahora, antes de que empiece a llegar público a la oficina. Sería más discreto y le robaremos poco tiempo.

Mauro tuerce la nariz. No le hace ninguna gracia trabajar quince minutos más de lo que marca su jornada; o tal vez es que no soporte hacerlo para unos agentes de la autoridad desconocidos. Aun así, ensaya un cabeceo de aceptación antes de mascullar.

—Vamos allá.

La lista obtenida por Lombardi en Vinuesa con los giros recibidos por Collazo permite constatar con cierta rapidez que el domicilio de su remitente, Benjamín Hernando, no es de Benavente sino de la localidad también zamorana de Puebla de Sanabria, a unos noventa kilómetros al oeste.

—¿Allí no tienen oficina de Correos? —pregunta el inspector.

—Claro que tienen.

—¿Y cómo se puede ir a Puebla?

—¿Han venido en coche?

—En tren.

—Mala cosa entonces. Hasta allí todavía no llega el tren. Hay una camioneta que sale a las tres de la tarde. Tarda más de dos horas en llegar hasta allí porque para en casi todos los pueblos y la carretera no es muy buena.

—¿Solo hay esa forma de llegar? —Mauro se encoge de hombros como respuesta—. ¿Y para volver?

—La misma camioneta hace el recorrido de vuelta. Sale de allí a eso de las cinco y media o seis, según a qué hora haya llegado.

—Una cosa más… —Lombardi le muestra las fotos militares de los desaparecidos—. ¿Alguno de estos hombres podría ser el señor Hernando?

El funcionario las repasa una tras otra entre muecas de desaprobación. El inspector suma a los positivos el de Fuentes de paisano, pero Mauro sigue negando.

—Aquí vivimos más de ocho mil almas —se justifica—, y luego hay que contar los pueblos de alrededor que, como verá, usan también esta oficina. No es fácil acordarse de todo el mundo, y menos si no te suena como vecino de Benavente.

—Lo comprendo, pero las visitas del señor Hernando a esta oficina son muy metódicas y sus giros no son precisamente modestos —objeta el inspector—. Supongo que no hay muchos clientes como él.

—Bueno, tampoco me encargo yo de atender al público durante toda la jornada, ni todos los días. Nos turnamos entre los tres compañeros, así que es posible que a ese señor lo haya atendido uno, y la vez siguiente otro. Como para acordarse.

—¿Y sería posible que sus compañeros revisen estas fotos?

—Claro, pero hoy libra uno de ellos, y el otro no entra hasta mediodía. Si quieren esperarle…

—Lo pensaremos. Gracias por su atención.

El inspector enciende un pitillo al salir a la plaza y camina con calma hasta ocupar un banco soleado.

—Como habrás visto —le dice a Pulido, que se sienta al lado—, la mayor parte de una investigación suele ser un trabajo bastante pesado. Y no siempre se obtienen resultados. Lo normal es que no los consigas.

—Tenemos la dirección de Benjamín Hernando.

—Sí, por supuesto, pero nos habría venido muy bien que lo asociaran a alguna de las fotos. En ese aspecto seguimos a ciegas.

—Porque ese Mauro no ha querido colaborar. Deberíamos haberle aplaudido un poco la cara o estirado las orejas: seguro que se le soltaba la lengua.

Al parecer, el agente Pulido pertenece a la escuela de Agustín Fabra, esa que aconseja iniciar cada interrogatorio con una buena tunda.

—¿Piensas que nos ha dado largas? No me parece que mintiera.

—Es posible, pero igual no ha dicho toda la verdad.

—Bueno, de momento tenemos a ese tal Hernando que, en lugar de mandar los giros cómodamente desde su pueblo, hace un viaje de noventa kilómetros con un buen dinero en el bolsillo. ¿Por qué crees que actúa así?

—Porque no quiere que en su pueblo se enteren de esos envíos —afirma, convencido, el agente—. Por eso corre el riesgo de que un día le den un palo o lo dejen seco.

—Exactamente. Y, como te conté ayer al ponerte al tanto del caso, ese era el modus operandi de Valerio Collazo con su mujer: actuar lejos de su domicilio. Collazo tenía motivos muy sólidos para hacerlo, así que es de suponer que también Hernando los tiene.

—Pues habrá que ir a por él, ¿no?

Lombardi da una larga calada, contempla durante unos segundos el

borde encendido de la colilla, y de una toba la lanza por fin hacia el inalcanzable centro de la plaza.

—Subir a esa puñetera camioneta significa perder aquí casi todo el día y quedarnos a dormir en Puebla —masculla, como para sí—. Y a saber lo que nos encontraremos allí.

—Si no hay más transporte…

—Podría haberlo, si la Benemérita está dispuesta a colaborar —dice, incorporándose—. A ver si encontramos el cuartelillo de la Guardia Civil y suena la flauta.

El capitán de la Guardia Civil se ha mostrado colaborador con los hombres de la Criminal a pesar del precario parque móvil destinado a su plantilla. Con la promesa de devolverlo al día siguiente, les ha prestado un vehículo requisado antes de la guerra a unos contrabandistas portugueses que, dotado de su correspondiente gasógeno, presta servicio a la Benemérita cuando no hay otra. Es un Ford negro de los primeros años veinte con matrícula de Barcelona, pero Lombardi disfruta al volante de ese trasto casi como un niño con zapatos nuevos. El bicho exige detenerse para cebar el depósito cada cierto tiempo, pero para eso está el agente Pulido, que ejerce de copiloto y fogonero, y además el tránsito por terrenos frondosos garantiza el suministro de madera para la combustión, si por desgracia se agotara la reserva del vehículo.

Puebla de Sanabria se encarama en una loma sobre la confluencia de dos ríos, con un arrabal en el llano, al otro lado del puente que cruza uno de ellos. Por su extensión, debe de acoger mil habitantes o poco más. Cuando el Ford aborda las primeras pendientes del núcleo urbano, dan las doce en algún invisible campanario.

Basta una pregunta en un bar para averiguar por dónde cae el domicilio investigado, en la parte alta de la población. Aparcan la reliquia en una de las estrechas calles y cubren el resto andando hasta presentarse ante una farmacia que exhibe el número buscado; sin embargo, no hay portal de vecinos con ese número.

—Vamos a entrar. Déjame hablar a mí —ordena el inspector—. Tú quédate cubriendo la puerta, por si alguien intenta escabullirse.

—Hecho.

La farmacia está vacía, salvo un sonriente cuarentón con bata blanca apostado tras el mostrador que se interesa por los recién llegados. Lombardi muestra su placa al tiempo que se presenta.

—Buenos días. Inspector Lombardi y agente Pulido, de la Criminal.

El rostro del presumible farmacéutico se petrifica, pero acierta a susurrar.

—Mucho gusto. Ustedes dirán.

—Venimos buscando el número siete de esta calle, que parece no existir.

—La farmacia es el número siete.

—Pero ¿no se corresponde con una casa de vecinos?

—Hay una vivienda en el piso superior. Tiene su entrada por aquí abajo.

—Eso lo explica todo. El señor Hernando será el inquilino, supongo.

—El propietario del piso y de la farmacia, efectivamente —confirma el empleado un tanto inquieto.

—¿Sería tan amable de avisarlo usted para que baje?

—Ya me gustaría, pero don Benjamín no vive aquí.

—Vaya, hombre. ¿Y dónde vive?

—En el monte. Allí pasa la mayor parte del tiempo; de vez en cuando se acerca a Puebla, pero vive en una casa que tiene en el monte.

Lombardi esboza con los labios una mueca de decepción.

—Si quiere, le explico cómo llegar —se ofrece el hombre de la bata.

—Pues sí, me temo que tendrá que explicarlo si queremos hablar con él. Aunque antes conviene que nos aseguremos para no hacer el viaje en balde. Mire, venimos desde Madrid. Un juzgado de allí nos ha pedido localizar al señor Hernando como beneficiario de una herencia para hacerle entrega de una documentación, pero en realidad no estamos seguros de quién se trata.

El inspector coloca sobre el mostrador la colección de fotos.

—Los tres se llaman Benjamín Hernando —miente con desparpajo —. ¿Podría aclararme quién de ellos es su jefe?

Sin el menor atisbo de duda, el tipo señala la foto de cuerpo entero de Emilio Fuentes.

—Este es don Benjamín. Más joven, pero es él.

Un escalofrío de emoción recorre la espalda de Lombardi, el típico hormigueo de los momentos decisivos. El esfuerzo y el trabajo bien hecho han dado resultado, y la búsqueda está punto de culminar.

—En ese caso, explíquenos, por favor, cómo llegar a él —dice, guardando de nuevo los positivos y sus ganas de cantar victoria.

—¿Viajan en coche?

—Sí.

—Tienen que ir al norte, siguiendo el río Tera hasta cruzarlo y llegar hasta Galende…

—Un momento, por favor. Toma nota, Pulido.

El inspector se gira y descubre que en la puerta no hay nadie.

—¡Leche! —maldice—. ¿Lo ha visto usted marcharse? ¿Cuánto hace que se ha ido?

—Hace un momento.

—Tendré que apuntarlo yo —asume, estilográfica en mano, rebuscando un papel en los bolsillos de la americana.

—Vamos afuera y se lo explico mejor.

El hombre sale de la farmacia, cruza la calle y se coloca ante un pretil de mampostería y cemento que hace las veces de mirador. Enfrente, abajo, queda el arrabal del llano, y más lejos la vista se pierde en un horizonte montañoso.

—Si lo prefiere, puedo hacerle un mapa.

Lombardi acepta encantado.

—Hay que cruzar ese puente —advierte mientras traza líneas y escribe nombres en el reverso de una receta usada—, luego seguir hasta Galende, unos ocho kilómetros, siempre hacia el norte. Pasado el pueblo, un par de kilómetros adelante, hay un desvío a la derecha para volver a cruzar el río en dirección a San Martín de Castañeda. Verán una señal que lo indica. Poco después de ese puente hay que tomar la primera senda a la derecha, que cruza el río Forcadura, un afluente del Tera, y todo seguido a poco más de un kilómetro se llega a la desviación hacia la finca, que está dos kilómetros más adelante junto al camino, en unas tierras que llaman La Chanera.

—Pues muy agradecido —dice el inspector, un poco turbado por tanto dato.

—Espero que esté claro.

—Sí, con esto será suficiente —valora, ya con el mapa en la mano —. Y una cosa más, por favor: no avise al señor Hernando de que vamos a verlo. Prefiero darle la buena noticia personalmente.

—¿Y cómo le voy a avisar?

—¿No tiene teléfono?

—¡Qué va! Si allí ni siquiera hay luz eléctrica.

—¿Vive como un ermitaño?

El hombre ríe el comentario.

—Más o menos. Creo que tiene un huerto, pero suele pasar por aquí cada dos semanas a firmar pedidos y albaranes de la farmacia y a por provisiones. O las compra en algún pueblo de alrededor si las necesita antes.

—Lejos del mundanal ruido.

—Eso es. ¡Ah! Otra cosa. El último desvío —señala el dibujo— es un camino muy malo, muy estrecho y en pendiente. No creo que puedan subirlo con un coche.

—¿Y cómo hace su jefe para moverse por allí? No me diga que andando.

—Tiene una moto de baja cilindrada que cabe por una rendija.

—Vale, ya le dejo en paz. Una última cosa: ¿Cuánto tiempo lleva en Puebla el señor Hernando?

El tipo alza los ojos al cielo en un ejercicio de memorización.

—Llegó en el treinta y ocho, así que… unos cinco años. Falleció el propietario de la farmacia y el piso y los compró. Tuvo a bien mantenerme en mi puesto. Es un buen hombre.

—Seguro que sí. Otro favor más: ¿la central telefónica cae muy lejos?

—A dos pasos. En una plazoleta a espaldas de esta calle. No tiene pérdida.

Lombardi camina con el corazón acelerado por la buena noticia y con el disgusto por la inesperada desaparición de Pulido. Convencido de que el agente habrá buscado una tasca empujado por su dependencia del alcohol, el inspector llega a la anunciada placita y descubre en una fachada el anuncio metálico de la Compañía Telefónica. El establecimiento, un lugar pequeño con solo dos cabinas, está atendido por una señora de edad cercana a la jubilación que entretiene los ratos muertos haciendo punto. Cuando saluda y avanza hacia ella, Lombardi observa de reojo que una de

las cabinas está ocupada por Cayetano Pulido, que no advierte su llegada. El inspector se identifica con su placa y pide comunicación con el número de la agencia Hermes.

—¿Sería tan amable de decirme con qué número está hablando ese señor?

—Para eso no estoy autorizada —duda la mujer.

—Claro que lo está. Ese señor trabaja a mis órdenes, está en su horario laboral y ha llamado sin mi permiso.

—Siendo así… La verdad es que el número no lo sé exactamente. Se identificó como policía, igual que usted, y me pidió hablar con la Dirección General de Seguridad. Me pareció de lo más normal. Llamé a la sede de la Telefónica en Madrid y ellos me pasaron.

La conferencia solicitada aún tarda un rato, el tiempo suficiente para que Pulido concluya su charla y salga de la cabina. Queda paralizado al encontrarse de frente con su superior.

—Muy bien, agente —saluda este—. Abandonas tu puesto sin avisar, me dejas en ridículo con el farmacéutico y te vienes a charlar un ratito con… ¿alguna novia?

—No, inspector —balbucea—. Llamaba al comisario Amorós para transmitirle la buena noticia de que hemos dado con ese hombre.

—¿Amorós? Aquí quien toma esas decisiones soy yo, Pulido —lo recrimina alzando la voz—. Al comisario no se le llama hasta que termina la operación, porque todavía no hemos conseguido nada. Y está muy feo que quieras apuntarte un tanto que no es solo tuyo.

—No es por eso, inspector. Pensé que era la forma correcta.

—¿Tú me hablas de corrección? Como vuelvas a puentearme te empapelo. ¿Qué te ha dicho Amorós?

—No he podido hablar con él.

—Pues te has tirado un buen rato al teléfono.

—El comisario comunicaba. Hablaba con la chica de centralita.

—Conque comunicaba… Espérame fuera, y no vuelvas a desaparecer.

Cabizbajo, como un niño tras un rapapolvo, Pulido se retira. La señora aparta la mirada, un poco avergonzada de haber asistido a semejante escena, y se sumerge silenciosa en la labor de punto. Lombardi enciende un pitillo y se sienta a esperar en un pequeño banco de madera destinado a los clientes.

Cuando, por fin, suena el timbre que anuncia la conferencia solicitada, el inspector ocupa su cabina y pide hablar con Andrés Torralba. La voz del cordobés se anima al identificar a su interlocutor.

—¿Qué tal ese viaje?

—Dígamelo usted: el caballo de oros vive —anuncia con aire triunfal.

Hay unos segundos de silencio chisporroteante en la línea.

—¡Vaya, eso sí que es bueno!

—Sí, aunque todavía no he podido verlo. Lo tengo localizado, y en cuanto cuelgue salgo en su busca. Puede avanzarle a Ortega que hay buenas noticias, aunque sin concretar; pero nada de momento para la sota de oros: yo la llamaré cuando todo quede claro.

—Bien. Esperamos entonces sus noticias.

—Las recibirán. Que tenga buen día, Torralba.

—¡Eh! Un momento, no me cuelgue aún que yo también tengo noticias. El encargo que me hizo ayer de su parte la señorita Quirós.

Completamente centrado en Emilio Fuentes, Lombardi tarda unos segundos en entender la frase del detective.

—Es verdad. ¿Algo nuevo?

—Pues sí. Nuestro hombre es abogado en Santander, el mayor de cuatro hermanos, tres de ellos varones, al menor de los cuales lo conoce usted personalmente. El varón mediano también es abogado en Madrid. Y la hermana se dedica a sus labores, casada con un industrial de Reus.

—Ya. Y el de Santander ¿se encuentra bien? Quiero decir…

—Sí, sí, tan campante. Hace un rato he hablado con su despacho y estaba en los juzgados defendiendo a un cliente.

—O sea, que son hermanos.

—De padre y madre. Al menos, oficialmente; sobre la virtud de su madre no me atrevo a poner la mano en el fuego —bromea Torralba.

—Pues habrá que ver cómo se come eso.

—Con palillo y soplando mucho, jefe. Seguro que quema.

Los primeros doce kilómetros transcurren sin novedades reseñables. Lombardi, al volante, especula mentalmente con las características de su inminente encuentro con Emilio Fuentes y elabora una lista con las preguntas imprescindibles en el correspondiente interrogatorio: el vínculo que lo unía a Valerio Collazo, el origen de un dinero que compartían, los motivos de su deserción, el abandono de sus deberes conyugales y su paso a la más absoluta clandestinidad. En realidad, esas preguntas pueden resumirse en una doble: ¿qué sucedió en Belchite y por qué? Todo parece sugerir que ese dinero circulante proviene de un robo en casa del exmagistrado Toledo; aunque de ser así, lo más sensato para ellos habría sido repartirlo de una sola vez y no sembrar el país de pequeñas, aunque bien sabrosas, porciones del botín a través de giros postales; de pistas, en definitiva. ¿Conocerá Fuentes el paradero de Jiménez e Irujo, los otros dos caballos de la baraja?

Cayetano Pulido, por su parte, viaja en un silencio enfurruñado, solo roto cuando es necesario para advertir a su jefe de las

variaciones en el trayecto anunciadas en el dibujo del mancebo de Puebla. Todo transcurre con normalidad hasta cruzar el Forcadura. A partir de allí, los datos escritos en el papel no parecen corresponderse con lo que los policías tienen delante de los ojos.

—Me da que nos hemos pasado —constata Lombardi tras frenar en medio de la nada, a los pies de una espesura vegetal que corre monte arriba—. Déjame ver ese mapa.

El inspector detiene el vehículo y se apea, papel en mano. Da unos pasos por el arenoso camino mientras estudia el documento y lo compara con el paisaje.

—Esto llevará a algún sitio, digo yo —se rinde por fin—. Sigamos un rato, a ver si llegamos a alguna aldea donde nos indiquen.

Un par de kilómetros más adelante divisan la figura de un peón caminero y su mula, que siguen su mismo trayecto. Se detienen a su altura y solicitan ayuda.

—Tienen que dar la vuelta —responde paciente el hombre—. Esa senda que dicen sale a unos tres kilómetros de aquí, a la izquierda, y enseguida se mete en el monte. Hay mucha maleza, por eso no la habrán visto. Si les sirve de ayuda, cerca del cruce hay unas colmenas abandonadas. Media docena, no más, pero aún se pueden ver.

El consejo funciona y las viejas colmenas, efectivamente, les sirven de señal. Lombardi afronta la desviación con ánimos renovados, aunque frena antes de recorrer doscientos metros pendiente arriba y recuerda la advertencia del autor del mapa sobre el último tramo del recorrido.

—Por ahí no cabemos. Es demasiado frondoso y estrecho. Vamos a devolver el coche destrozado a la Guardia Civil.

—Pues seguimos andando a partir de aquí.

Por toda repuesta, el inspector da marcha atrás para desandar lentamente el camino recorrido. Al llegar al cruce, realiza una maniobra de media vuelta y detiene el vehículo de cara al camino

principal.

—¿Por qué nos alejamos?

—¿Es que te molesta andar unos metros más? —inquiere el inspector poniendo pie a tierra para regresar a la senda—. Mejor dejamos aquí los equipajes.

—Pues ya que lo dice, no parece un terreno como para dar paseos —replica el agente tras los pasos de su jefe.

—Por eso precisamente, porque nos metemos en territorio desconocido, y los bosques no me gustan demasiado. Si me faltan calles y casas alrededor me siento un poco indefenso, sin referencias.

—¿Y qué tienen que ver sus miedos…, quiero decir sus prevenciones, con que dejemos aquí el coche en vez de allá arriba?

—Supuse que lo deducirías, Pulido, pero te lo explico. Porque no sabemos lo que nos espera, y la experiencia dice que antes de entrar en la boca del lobo hay que asegurarse la retirada.

—¿Qué boca del lobo? —se carcajea el agente—. ¿No exagera?

—No sabemos si ese tipo vive solo o no —prosigue Lombardi, como si no hubiera oído las burlas del agente—, si está armado, si se va a dejar atrapar con facilidad o plantará cara. Imagina que nos vemos obligados a salir pitando y tenemos que sacar el coche marcha atrás y dar la vuelta: un tiempo precioso que yo acabo de ganar haciéndolo ahora. Sí, claro que puedo exagerar —agrega ante el mutismo, al parecer reflexivo, del agente—, pero en situaciones en las que te juegas el cuello es mejor equivocarse por exceso de planificación que por defecto.

El día fresco y el cielo pizarroso animan a seguir adelante con la gabardina puesta, pero antes del primer medio kilómetro de subida entre densos trechos de robles y castaños, las prendas pasan a colgar del hombro de los caminantes, que guardan silencio para garantizarse el resuello. Lombardi se imagina a Emilio Fuentes circulando con su moto por esa senda irregular y pedregosa, más

propia de mulos y de fauna salvaje que de cualquier ser humano con zapatos de ciudad, y concluye que necesariamente tiene que ser un experto conductor.

De pronto, dos individuos les cierran el paso y un tercero, que el inspector apenas percibe de reojo, asoma entre la maleza del terraplén que tienen a la izquierda. Visten de paisano y van armados con subfusiles de los llamados naranjeros.

—¡Alto ahí! —grita uno de ellos—. De rodillas y manos arriba.

—Son putos rojos —masculla el agente mientras desliza su diestra hacia la sobaquera—. Son bandoleros.

—Tranquilo, Pulido —dice Lombardi cumpliendo la exigencia de los asaltantes—. Obedece y no hagas tonterías.

Pero la orden revestida de consejo llega tarde. Se escuchan dos detonaciones y el agente se retuerce con los brazos en el vientre antes de caer al suelo entre gemidos.

—¡Mierda! —jura el inspector ante un desenlace por completo inesperado y que presume trágico, aunque no le da tiempo a más, porque el trío se les echa encima, los desarma y registra sin contemplaciones.

—Polis fascistas —dice uno de ellos—. Buena pesca.

—¡Atended a mi compañero, joder!

—Tu compañero está bien atendido —ironiza otro que está revisando al herido—. Aunque de esta no se muere, por desgracia.

—Ayúdale a andar, y en marcha, que no tenemos todo el día —dictamina el tercero—. Eso, o lo dejamos aquí con una propina de plomo. Tú verás.

Lombardi se incorpora y recoge del suelo a un Pulido que ahora reprime a duras penas el dolor; de un rápido vistazo comprueba con alivio que solo ha sufrido un rasguño superficial a la altura de la cadera: la herida debe de arder, pero no sangra demasiado. Por fin, se echa al hombro el brazo izquierdo del herido y con su diestro

sujeta el peso restante antes de seguir el rumbo de sus captores, que, tras recoger las gabardinas caídas, abandonan la senda monte arriba.

Subir una cuesta resbaladiza cargado con un herido que masculla bufidos de dolor y maldiciones políticas, y sentir además en el pálpito la sombra de un naranjero clavada en la nuca no son situaciones favorables a la reflexión; mucho menos juntas. Pero la mente de Lombardi suele funcionar al margen de circunstancias como el cansancio físico y la tensión, y en situaciones de peligro trabaja más deprisa de lo habitual mientras su corazón guarda las palpitaciones excedentes hasta haber superado la crisis. Así, una vez confirmado que sus captores son gente de monte, dotados de calzado y ropa adecuados, y que sus comentarios inducen a pensar que se trata de guerrilleros, de miembros de la resistencia antifranquista, solo cabe una explicación al hecho de que no los hayan liquidado de inmediato. Si los obligan a ir con ellos es porque quieren interrogarlos, y en algún lugar no tan lejano que impida la llegada de un herido por su propio pie. Lo que pase después de esos interrogatorios no es difícil imaginarlo, porque esa gente no puede permitirse mantener prisioneros, al menos durante un tiempo prolongado.

Todas estas reflexiones, sin embargo, van teñidas de un halo paradójico que no se puede despegar del discurso interno. Porque estaría chusco, se lamenta Lombardi, que uno vaya a terminar sus días a manos de correligionarios, si no partidistas sí al menos ideológicos. Y todo por culpa de una placa y de un carné que no le representan, que solo son un puñetero salvoconducto para seguir comiendo en un país de hambrientos. Un mal regate de la conciencia, se dice de inmediato, un fallido intento de culpar de su situación a las credenciales; porque, en definitiva, la decisión de volver a ser policía a nadie sino a él corresponde, y solo a su responsabilidad el hecho de estar ahí y ahora mismo. A lo hecho, pecho, como en alguna ocasión se ha permitido decir a otros.

Durante el insufrible viaje, dos o tres hombres más se suman al grupo de guerrilleros; la presencia de los dos policías suscita su curiosidad, pero la resuelven en breves susurros sin alterar un ápice los rumores del bosque.

Lombardi yace derrengado sobre el suelo, su posición inamovible desde que llegaron a la pequeña gruta, donde esperaba algún guerrillero más. A Pulido le pusieron un poco de alcohol en la herida, les dieron agua a ambos y, bajo estricta vigilancia, les permitieron descansar. Poco tiempo para gusto del inspector: hasta que de repente le tocan la pierna con la punta de una bota y al alzar la vista sus narices se enfrentan al cañón de una pistola; quizá su propia arma, quiere adivinar.

—De pie, maleante.

Obedece a duras penas para enfrentarse a un joven, de edad indeterminada entre los veinticinco y los treinta años, estatura media, rizado pelo negro y unas gafas de concha, sucias y tan poco cuidadas que una raja divide en dos su lente izquierda. Con un gesto de la pistola, invita al preso a salir del refugio hacia el bosque exterior, caminar ante él durante un par de docenas de pasos y sentarse por fin bajo un gran roble discretamente apartado del núcleo donde descansa el resto.

—Dígame que no estoy delirando, inspector Lombardi —comenta el guerrillero, en pie frente a él y exhibiendo en la mano el carné del policía.

El aludido contempla desconcertado a quien tiene delante, a ese joven ásperamente curtido por el monte y por la vida. Algo tiene de familiar, sí. Esa convicción con la que se expresa y la forma en que sus gafas saltan sobre el caballete de la nariz cuando habla, cómo se mueve, los rizos de su cabello, un espacio urbano tan distinto al que ahora los rodea… Pero no, es imposible.

—Gálvez… Muchacho, ¿eres tú?

—Lo soy, inspector. Algo más viejo y resabiado, pero sigo siendo Carmelo Gálvez.

Lombardi intenta incorporarse, pero un gesto de la pistola le aconseja no intentarlo. En compensación, su interrogador se sienta también, a una distancia inalcanzable para cualquier intento de

ataque. El policía todavía no puede creer que esté ante el bisoño agente que tuvo a sus órdenes en los primeros días de la guerra. Durante unas semanas realmente, porque poco después de que los aviones facciosos empezaran a bombardear Madrid marchó a Francia para desde allí llegar al frente norte y alistarse para defenderlo. Nadie supo si había sido una decisión estrictamente personal o una misión encomendada por las Juventudes Socialistas Unificadas a un militante muy cualificado. Dejaron de tener noticias suyas cuando el frente se desmoronó en octubre del treinta y siete, y todos pensaron lo peor.

—Leche, cómo me alegro. —Y completa la frase con la voz un tanto velada por la emoción—. Creíamos que habías muerto.

—Las montañas nos salvaron a quienes nos negamos a capitular. Asturias, León, Zamora… Hay por aquí gente que resiste desde julio del treinta y seis. Y mientras, tú te pasaste a los fascistas —acusa Gálvez, que ha cambiado al tuteo sin transición; como muestra de poder, piensa Lombardi, o de confianza. A saber.

—Nada de eso. Estuve en Madrid hasta el final. Después, condenado a doce años, pasé un tiempo encerrado y picando piedra, primero en la cárcel que levantan en Carabanchel y después en ese engendro que Franco se ha inventado en Cuelgamuros.

—Ya. ¿Y esta placa, el carné? No me digas que los has ganado en una tómbola.

—Claro que no. ¿Recuerdas tu primera salida de los despachos de Víctor Hugo, tu primer caso callejero?

—El veinte de julio del treinta y seis, el día del asalto al Cuartel de la Montaña. Fui a recogerte a tu casa para inspeccionar la escena de un crimen.

—Un cadáver a la puerta del seminario.

—Como para olvidarlo. Menuda vomitona me pillé. Fue un debut bastante vergonzoso, la verdad. Toma, yo sigo sin fumar. —Le lanza su propia cajetilla, de la que también ha sido despojado, y después la caja de cerillas.

—Gracias —dice el beneficiado, antes de encender un pitillo con indisimulada ansiedad—. No era para menos. También a mí me revolvió aquella carnicería; con mucho más motivo a un novato como tú.

—¿Y a qué viene recordarme eso ahora?

—Porque podríamos decir que, a la larga, ese muerto me salvó el cuello, ¿sabes? Ese, y otros dos que hubo después de que te fueras al frente. Y un cuarto cuando ya estaba preso, a finales del cuarenta y uno. La similitud con los casos anteriores hizo que Ulloa me invitara a seguir aquella investigación y me devolvió provisionalmente a la calle.

—¿Ulloa se pasó a los fascistas? —duda Gálvez con una mueca de desconfianza—. Parecía un tipo leal y de fuertes convicciones republicanas.

—Y lo era. Hasta que perdimos la batalla del Ebro. A partir de ahí, su fe empezó a quebrarse. No todos tenemos el valor de echarnos al monte como tú, o la posibilidad de hacerlo. Ulloa pidió asilo en una embajada y allí esperó con su familia el final de todo.

—El final todavía no ha llegado, hombre. En la Federación de Guerrillas de León-Galicia ya somos unos cuantos. Y en otras partes hay mucha gente como nosotros que resiste, esperando el momento propicio.

—¿Propicio para qué?

—Para empezar la reconquista —asegura el guerrillero—. Miles de españoles combaten a los nazis, en el maquis francés y con las tropas aliadas. Un futuro ejército de veteranos para cuando el fascismo haya sido derrotado en Europa. Y esta vez, apoyados por las democracias. Para devolver a España la república que le robaron.

El policía da dos caladas rápidas y lanza el humo mirando a un cielo que se oculta a la vista tras el follaje.

—Ya me gustaría compartir tu esperanza —dice con una media

sonrisa triste—. Pero no olvides que esa república nos la robaron con la pasiva complicidad de esos que ahora se llaman aliados. No somos el ombligo del mundo, Gálvez. Desengáñate: esa gente solo piensa en sus intereses inmediatos. Y esos intereses solo son acabar con Hitler y Mussolini. De lo que hagan después no me fío ni un pelo.

—Créeme: Franco tiene los días contados.

A Lombardi le parece cruel insistir en su pesimismo. No tiene derecho alguno a quebrar las ilusiones de quienes llevan años con la vida pendiente de un hilo, exponiéndose a la enfermedad, al hambre y al frío por defender la idea de un país que a él ya le resulta casi utópico, inalcanzable.

—Ojalá aciertes. Te juro que me gustaría verte un día izando la tricolor en los balcones de donde ahora trabajo, como se hizo en el treinta y uno.

Lo que significaría también, piensa Lombardi al verbalizar su deseo, que ambos, o al menos él mismo, seguirían vivos entonces. Pero Gálvez parece más interesado en el presente que por el futuro.

—Así que Ulloa sigue siendo policía.

—Comisario de tercera. A él le debo en buena parte la libertad, porque además de facilitar mi salida me avaló para un indulto y para el reingreso en la Criminal.

—Y ahora eres un miembro más del aparato represor franquista.

—Oficialmente sí, pero sigo pensando y sintiendo como entonces —confiesa mientras aplasta la colilla contra el suelo—. Solo sé trabajar de investigador y tengo que comer; así que, dominando náuseas, solicité el reingreso. De hecho, hace apenas quince días que me he estrenado.

—Pues sí que has tenido mala suerte, hombre. Podrían haber elegido a otro al que dé menos pena ejecutar.

Lombardi traga saliva y se encoge de hombros, sin distinguir hasta qué punto Gálvez habla en serio o solo pretende hacerse el duro.

—A más de uno —admite por salir del paso—. Estoy seguro de que la Puerta del Sol está llena de ejemplares perfectos para lo que insinúas. Aunque me cuesta creer que yo sea el único bicho raro en la plantilla del Cuerpo. Estoy seguro de que hay unos cuantos más. Callados, a la espera del momento; si es que, como tú auguras, ese momento llega algún día.

—¿Como ese que te acompaña?

—No, no —confiesa, con un punto de pesar—, por desgracia, el agente Pulido es un franquista convencido. Un poco atravesado y sin mucho seso, todo hay que decirlo.

—Por aquí estamos acostumbrados a ver uniformes verdes, pero ¿qué pintan dos tipos de la Criminal en estos montes perdidos? Esa particularidad, por cierto, es lo que os ha salvado la vida. Mis compañeros consideraron que podíais contar algo interesante y ser más útiles vivos que muertos, al menos en las próximas horas. Y no lo tomes como nada personal; así funcionan las cosas por aquí, en un bando y en el otro.

—Pues algo perdidos estábamos, precisamente…

Arropado por un segundo cigarrillo, Lombardi narra con calma los pormenores de la investigación que lleva a cabo y qué circunstancias lo han llevado hasta aquel rincón desconocido. El guerrillero escucha sin interrumpir un relato que, por momentos, parece interesarle más allá de lo meramente inquisitivo porque el brillo de sus pupilas se salta la barrera de las polvorientas gafas.

—Ese tal Fuentes al que buscáis, el farmacéutico de Puebla, ¿es alguno de los de estas fotos? —pregunta al callar el policía, mostrándole los positivos que también han requisado.

—El de la foto grande de paisano. Pero, por lo que sé, era estudiante de Medicina, no de Farmacia. Cosas de su vida clandestina, supongo.

—¿Y dices que este tipo es sospechoso de asesinato?

—Eso creo, pero solo confirmaré la sospecha si puedo interrogarlo.

A eso hemos venido hasta aquí.

Gálvez se incorpora y da unos pasos de ida y vuelta sin alejarse mucho de su sitio; las manos enlazadas a la espalda, con la Star entre ellas.

—Aquel día —comenta por fin—, el del cadáver mutilado del seminario, te dije que, al margen de ideales políticos, mi único objetivo era convertirme en un buen policía criminalista. Las circunstancias me obligaron a renunciar a ello; más que las circunstancias, unos generales sin honor que asesinan a su propio pueblo. Quiero pedirte un favor, inspector Lombardi.

—Dudo que esté en condiciones de negarte nada.

—Pues permíteme sentirme de nuevo policía, siquiera por unas horas y para borrar la imagen de aquella mi primera vez.

—Explícate mejor.

—Que no me gusta dejar asesinos a mi espalda, así que vamos a ir a buscar a ese fugitivo y a interrogarlo. Juntos.

—¿Como aquel primer día?

—No exactamente igual —matiza Gálvez con una sonrisa—. Entonces íbamos solos. Hoy nos acompañarán dos o tres de mis hombres y tú irás desarmado.

—Pero con mi placa —replica el inspector en un alarde reivindicativo—. Necesito justificar mi posición ante el interrogado.

La sonrisa del guerrillero muta en una carcajada que suena un tanto infantil.

—¿Crees que tu placa —pregunta con ella en la mano— tiene más poder de convicción que unos cuantos naranjeros? Pero sí, puedes llevarla.

Gálvez se la lanza como antes hizo con el tabaco. Lombardi la caza al vuelo y la guarda junto a su cajetilla.

—Gracias por tu confianza y por la oportunidad que me brindas —apunta sinceramente el policía.

—El favor me lo haces tú.

—Pues favor por favor. Llevemos a Pulido y que ese hombre lo vea. Ya te digo que era alférez médico.

—Un estudiante, al fin y al cabo, y a tu compañero fascista ya le ha atendido un médico titulado y con experiencia en balazos. Basta con desinfectar y proteger su herida y una aspirina para el dolor. Ni siquiera necesita zurcido. Estas sierras no son las calles de Madrid, y llevarlo con nosotros nos retrasaría demasiado; no podemos arriesgarnos. Y ahora vas a pasar ahí adentro y convencerlo de que no haga tonterías si quiere seguir vivo porque no me fío nada de él.

Lombardi intenta cumplir su cometido y se impone a las protestas por tener que quedarse, realizadas sin embargo con la boca pequeña, de un Pulido que parece preferir el descanso a la aventura. Mientras los policías debaten, Gálvez hace lo propio con sus hombres en el exterior del refugio y tres de ellos se suman a la expedición en busca de Emilio Fuentes. El quinteto desciende en busca de la senda abandonada con tanto sigilo como emplearon para subir, si bien la ausencia del herido les permite moverse con mucha más agilidad.

—¿Cómo has convencido a tu gente de que se implique en esto?

—No supone un retraso importante para la partida porque vamos en esa dirección. Les he explicado que eres un amigo de confianza, un infiltrado en la policía de la dictadura que busca a un asesino fascista. Y no les he mentido, ¿no es cierto?

—Claro que no. Yo también soy un resistente en la medida que puedo serlo —subraya Lombardi—. Aunque Emilio Fuentes, por ahora, solo es presunto homicida.

—Legalismos, inspector, eso son legalismos. En el monte no podemos andar con tantos matices.

—Ya supongo. ¿Operáis siempre por esta zona?

—Cuanto menos sepas sobre nosotros, mejor para todos —rechaza Gálvez con un gesto de la mano—. Solo te diré que es una zona interesante, a tiro de piedra de la frontera portuguesa. Por cierto, que el resto de compañeros nos siguen detrás, con más calma, al paso de ese agente que llevas colgado de las pelotas.

—Mejor. La verdad es que prefiero enfrentarme a este interrogatorio sin su presencia.

—¿Tan poco confías en él?

—Emilio Fuentes es un desertor del ejército faccioso, pero eso a mí ni me va ni me viene; es más, si su expediente se quedara en esa falta, me limitaría a felicitarlo. Si no tiene detrás delitos de sangre le dejaría vivir su vida como pueda. La presencia de Pulido complica un poco mis planes, pero ya me las arreglaré si es que hay ocasión.

—Lo arreglaremos, descuida.

El policía imagina a qué forma de arreglo se refiere el guerrillero; no le hace ninguna gracia la sugerencia, pero le parece más sensato mantener la lengua quieta.

Por fin, tras media hora larga de descenso y bajo una luz perlada que se filtra entre nubes plomizas, alcanzan a ver un tejado junto a la senda. A partir de ahí, el grupo se despliega de forma automática, sin el menor cambio de impresiones entre sus componentes, como si se hubieran enfrentado un centenar de veces a similares maniobras militares de aproximación. Y seguramente así es. Gálvez y Lombardi forman una sola unidad, que salta la pequeña cerca de madera cuando sus compañeros ya se encuentran en el patio y revisan posibles entradas y peligros.

La casa, de planta única y no muy grande, necesita arreglos evidentes, con una sola puerta de acceso desde el patio exterior, donde un pequeño gallinero acoge media docena de cacareadores ejemplares. Ningún ruido, ningún movimiento aparte del que protagonizan las gallinas, hace suponer que la casa esté habitada. Uno de los guerrilleros fisga a través de las dos pequeñas ventanas y hace un gesto para que el grupo avance hasta la puerta. El acceso

no está atrancado y pasan de uno en uno, sigilosamente, cubriéndose las espaldas, a través de un pasillo que desemboca en un salón iluminado por ventanales abiertos a la boscosa parte trasera. Allí, sentada en una butaca, como encogida, una nerviosa silueta se recorta contra la luz vespertina. El grupo irrumpe de golpe, con gritos y advertencias, y el que parece ser único ocupante de la casa se incorpora con un grito de pánico.

Lombardi se enfrenta a un hombre siete u ocho años más joven, pero de apariencia envejecida. Tan alto como él, como anunció su falsa viuda, aunque falto de carnes, con hundidas cuencas oculares, marcadas ojeras y pelo enmarañado. Una barba rala y descuidada le oscurece el mentón y viste un jersey de punto azul oscuro de puños deshilachados, un pantalón de pana negra y botas de caña baja.

—Inspector Lombardi —se presenta el policía con su placa por delante—. Emilio Fuentes, supongo.

El hombre está aterrorizado. Temblequea y no responde. Gálvez le aproxima a la frente el cañón del subfusil.

—Si prefieres, te lo pregunto yo —dice, amenazador, después de enviar a sus hombres a registrar la casa y vigilar el exterior.

—Se han equivocado —replica de inmediato entre violentos tartamudeos—. Yo no soy ese que dicen. Me llamo Benjamín Hernando y no he hecho nada.

—Eso es lo que dirá su cédula de identidad caducada —replica el policía, que le muestra su foto de paisano—, pero esta imagen no engaña. Nos la facilitó su esposa, y se parece bastante a usted a pesar del evidente deterioro físico del original. Aunque a lo mejor se identifica más con esta otra de alférez sanitario.

—¿Quiénes son ustedes?

—Brigada Criminal, ya se lo he dicho.

—Pero estos hombres…

—Mis colaboradores. ¿Qué le parece si nos sentamos tranquilamente y empieza usted a contarnos lo sucedido en Belchite

en agosto del treinta y siete?

—¿Belchite? —Fuentes abre desmesuradamente los ojos y pone cara de terror, como si le hubieran mencionado al diablo—. Yo no sé nada de eso.

—Creo que mientes —matiza Gálvez, que de un empujón vuelve a sentar al detenido en su butaca—, y no hemos venido aquí a perder el tiempo.

Fuentes se encoge, abrazándose a sí mismo, al tiempo que se rasca con violencia, se retuerce las manos. Su respiración se acelera de forma alarmante para frenarse luego casi hasta el ahogo.

—Le va a dar un ataque —apunta el guerrillero.

—Necesito medicarme —lloriquea Fuentes.

—¿Qué medicina?

—Una muy especial, me temo —dice Lombardi, aproximándose al detenido y alzándole una manga del jersey.

—¡Joder! —exclama Gálvez al ver la colección de pinchazos y moratones que decoran el brazo desnudo.

—¿Morfina? —pregunta el policía.

Fuentes asiente con una agitación desmesurada de la cabeza. La frente se ha ido cubriendo de sudor y los ojos se le enrojecen con lágrimas de torturado.

—¿Tienes aquí morfina?

Con un estremecimiento, el detenido señala la vitrina del aparador que hay enfrente, en un rincón de la sala. Gálvez rebusca en sus baldas hasta dar con una caja metálica cuyo contenido le provoca un rechazo visceral: dos jeringas de vidrio y una decena de ampollas. Con ella en la mano, regresa ante Fuentes, que estira los brazos, suplicantes, hacia su salvación.

—De eso nada —niega el guerrillero—. Si lo quieres, habla.

Fuentes se muerde los labios hasta hacer aparecer la sangre.

—No puedo —murmura a duras penas entre muecas de dolor—. Por favor, déjenme inyectarme.

—Primero hablas, luego te pinchas —insiste Gálvez—. Ese es el acuerdo.

—Lo necesito —gimotea entre babas, arrodillándose a los pies del guerrillero como un perrillo dócil—. Les juro que después hablaré, les diré todo lo que necesitan saber.

—¡Allá cuidados! No te creo. Habla o muérete. Tú verás.

El movimiento nervioso de las piernas, los sudores y escalofríos, los amagos de vómito son un síntoma inconfundible de una profunda crisis de abstinencia. Lombardi ha presenciado más de una.

—Es inútil, Gálvez —se explica—. El calvario que está pasando no le permite hablar o hacerlo con cordura, y puede estar horas así, o empeorando. Si queremos avanzar hay que facilitarle las cosas.

El guerrillero acepta arrugando los hombros, y cuando Fuentes recibe en sus manos el objeto de su necesidad, le advierte con un toque del naranjero en el cogote.

—Pínchate; pero como no hables luego, te voy a pinchar yo con esto.

Muy nervioso, el detenido inicia el protocolo del morfinómano, con una gruesa goma atada al brazo y la jeringa extrayendo de la ampolla el soma salvador. Le basta con sentir la aguja en la vena para soltar un profundo suspiro de alivio y después, lentamente, con la mirada perdida en el techo, le llega el consuelo, la calma, y la máscara del rostro se transforma en algo parecido a un ser humano.

—Vamos, Fuentes —lo anima Gálvez—. Ya estás tardando en largar.

—Sí —acepta el aludido con una larga y profunda respiración, secándose el sudor con los dedos, inclinándose sobre la butaca—, ya va siendo hora de contarlo todo.

Tiempo de confesiones

Yo era una buena persona hasta que todo se torció. Créanme que así era. Y sí, me llamaba Emilio. Emilio Fuentes Mina.

Me largué de mi pueblo sin un céntimo en el bolsillo para perder de vista a un padre insoportablemente autoritario que me hacía la vida imposible, y para poder escapar de un destino asqueroso en cualquier negocio de mala muerte. Había sido un buen estudiante, y mis ilusiones de hacerme médico corrían el riesgo de frustrarse, porque mi padre se negaba a que abandonase el pueblo. Decía que necesitaban mi dinero en casa, como necesitaba el de mis otros dos hermanos menores y la esclavitud de mi madre: excusas para justificar su avaricia y su holgazanería. Mientras él se pasaba el día en el casino, compaginé el bachillerato con trabajos de todo tipo, de modo que le pagué los gastos de mi educación con creces.

En Madrid no me costó sobrevivir porque no le hacía ascos a cualquier empleo, por miserable que fuera, y al año y pico de llegar había conseguido matricularme en la facultad de Medicina. Con cuatro años de retraso sobre lo que me habría gustado, pero lo había conseguido. No era como otros estudiantes, y lo sabía. Y no tanto por la edad, pues la mayoría de los compañeros resultaban unos críos a mi lado, sino porque casi todos ellos pertenecían a familias acomodadas y yo vivía en una pensión; porque ellos disponían de todo su tiempo para estudiar y yo tenía que robarle horas al sueño tras mi jornada laboral. Pero en algo más me distinguía de ellos. Porque en mí había una convicción de que la vida está hecha para ser devorada, de que nada que te propongas queda fuera de tus sueños si de verdad estás dispuesto a conseguirlo.

Los dos primeros cursos fueron complicados, pero me adapté sin demasiados problemas y los saqué adelante con esfuerzo. En el tercero conseguí una plaza provisional de ayudante de laboratorio

en el hospital Provincial, un trabajo menos esclavo que los anteriores y que me permitía un contacto más directo con ese mundo que pretendía alcanzar. La cosa empezó a torcerse en mayo del treinta y cinco, cuando preparaba el último repaso para los exámenes finales; casi como un juego experimental, un vamos a ver qué pasa. Naturalmente, en el laboratorio tenía la morfina a mi disposición, al alcance de la mano, y una noche en la pensión me inyecté una ampolla antes de estudiar. Fue algo mágico, y me bastaba con leer un texto para que este quedara fijado a mi memoria como con engrudo. Todo cambió alrededor: mi sórdido cuarto me parecía un palacio, la oscura noche a través de la ventana era un paisaje de mil colores y, por primera vez en muchos años, probablemente desde algún momento ya olvidado de mi infancia, me sentía plenamente feliz. Más que eso: era feliz, poderoso, un ser de luz, no sé si me entienden.

Los efectos duraron dos o tres días, lo suficiente para aprobar los exámenes sin problemas y con buenas notas. Ninguna consecuencia negativa noté después, ni física ni psíquica, y concluí que, recibido con moderación, el cloruro mórfico resultaba un insuperable estimulante intelectual y vital en caso de necesidad.

Eso pensaba yo al acabar el tercer curso. Ese verano, sin embargo, conocí a Marta a través de unos compañeros de facultad, en una fiesta privada universitaria. Puede sonar a tópico, pero fue un flechazo. Ella tenía diecinueve, yo seis más. Quizá le atrajo mi madurez frente al resto de los asistentes, pero nos vimos a diario a partir de aquel momento, a lo largo de poco más de una semana desde la fiesta, porque ella salía de Madrid de vacaciones. Fueron días sublimes. Yo ya había estado con otras chicas, claro, pero en la piel de Marta habitaban duendes que nunca había visto antes. Hacer el amor con ella se parecía un poco a la experiencia con el alcaloide.

Tras el verano, los acontecimientos se precipitaron. Empecé el cuarto curso en fuera de juego, por así decirlo, porque en mi cabeza solo estaba Marta, y a ella dedicaba cada una de las horas que me dejaban libres las clases y el trabajo. Ella hacía lo propio, pero podía preparar su carrera de Filosofía y Letras durante mis horas laborales. Abstraído en mi personalísima burbuja amorosa,

prácticamente no abrí un libro durante el primer trimestre. Cuando faltaba una semana para los parciales, decidí apoyarme de nuevo en la morfina. Esta vez usé tres ampollas, en días alternos, y el resultado fue espectacular. Fueron las mejores notas de mi historial en la facultad.

Para mi alegría, tampoco esa dosis trajo consecuencias negativas; pero mi ritmo con Marta seguía afectando a los estudios, de modo que, de tanto en tanto, volvía a las andadas. Empezaba a crearme dependencia; de momento solo psicológica, acentuada por el hecho de que, cuando estaba con mi novia bajo los efectos de la morfina, las vivencias eran maravillosas. Y, por contraste, la ausencia de dosis vulgarizaba en cierto modo la relación.

En el mes de mayo, con los exámenes finales a la vuelta de la esquina, Marta me anunció que estaba embarazada y que teníamos que casarnos. Naturalmente, fue una conmoción. Como si la bóveda celeste se me derrumbara a plomo sobre la cabeza. No tanto por el hecho de tener un hijo como por el conflicto social que significaba semejante matrimonio. Ella pertenecía a una familia con mucho dinero y yo era un don nadie con la carrera a medias. ¿Cómo iban a aceptarme entre los suyos? Pero mis objeciones no calaban en una mujercita fuerte y valiente como Marta; de hecho, ya había hablado con sus padres y resuelto por su cuenta los pormenores del asunto. Habría boda a primeros de julio, una vez acabado mi curso; y aunque una novia embarazada de cuatro meses y pico no tiene por qué llamar la atención, se celebraría en su finca de Salamanca para evitar un posible escándalo en Madrid.

Era obligado conocer a sus padres, naturalmente. Me ahorro los detalles de la entrevista; baste con decir que me recibieron como a un delincuente corruptor de su hija única, y que su padre, el honorable don Crispín Zúñiga, me despidió con espumarajos en la boca, o algo parecido. No volví a verlos hasta el día de la boda.

Dispuesto a asumir el giro que se anunciaba en mi vida, abordé el tramo final del cuarto curso con la ayuda de mi ángel secreto, como entonces consideraba al alcaloide. No podía presentarme al casamiento con una ristra de cates en el bolsillo y sumar así el calificativo de fracasado al de delincuente. Mi consumo se incrementó, y a finales de junio, tras los exitosos exámenes finales,

decidí abandonar para siempre mi dependencia. Pero esta ya había superado el terreno psicológico para asentarse en el físico; las náuseas empezaban a hacerse frecuentes y los calambres aparecían en el momento más inoportuno, en cualquier parte del cuerpo. Marta, desconocedora por completo de la existencia de mi demonio secreto, como ya empezaba a denominarlo yo, se asustó de verme en ese estado, aunque conseguí evitar su empeño en llamar a un médico con el argumento de que era la tensión acumulada por los exámenes y el nerviosismo por la boda. Con su buen humor característico, me decía que a ver si padecía una variante de la covada, ese embarazo y parto por imitación que sufren algunos varones y que yo le había mencionado alguna vez como curiosidad médica o antropológica. Conseguí que me dejara solo y pasé dos días prácticamente encerrado en la pensión, revolviéndome de dolores en la cama o por el suelo, vomitando cada alimento que me llegaba al estómago.

Fumaba y bebía para frenar la insoportable ansiedad, pero nada conseguía devolverme la calma. Me estaba convirtiendo en un ser insociable, irascible, y ponía cualquier excusa para impedir que Marta me descubriera en semejante estado. Así que aquellos dos días de lucha acabaron en derrota con una nueva dosis. Por otra parte, el panorama inmediato me resultaba aterrador: las vacaciones y el previsto viaje a Salamanca me alejaban del hospital y de mi capacidad de suministro. Pero me las apañé para conseguir morfina o alguno de sus derivados. En aquella época, los médicos te la recetaban para cualquier dolencia y era muy fácil obtenerla en las farmacias. Todavía hoy es relativamente sencillo. De modo que, provisto de la correspondiente ayuda en la maleta, avalada por un documento oficial, viajé a convertirme en el marido de Marta.

Los detalles sobre la boda no merecen mayor atención. Sí que diré que solo asistieron docena y media de invitados, los familiares más próximos e inevitables. Y que, en lugar de celebrarse en la catedral nueva de Salamanca, deseo frustrado de mi futura suegra y que no se cansó de repetir entre pucheros a lo largo de la jornada, tuvo como escenario la capilla de la finca de los Zúñiga, rodeados de cerdos y toros bravos. Intenté por todos los medios resultar simpático a los asistentes, pero debo reconocer que pocas sonrisas conseguí suscitar en un foro donde la persona más joven no bajaba

de los cincuenta.

Don Crispín había guardado como un secreto bajo llave el destino de nuestro viaje de novios, elegido y pagado por él, naturalmente. Nos lo comunicó en privado una vez concluidos los sobrios festejos. En resumen, que no nos íbamos a mover de la finca, porque estaba a punto de suceder algo gordo y no era recomendable viajar, mucho menos lejos de España, que era su plan inicial para nosotros. Así era don Crispín, que decidía por cuantos le rodeaban, y aunque Marta se cogió un berrinche de aúpa, al cabo de una semana comprendimos las extrañas razones de mi reciente suegro.

Supongo que no es necesario recordar lo sucedido en aquellas fechas. Al poco, Salamanca se había convertido en importante plaza militar, y allí nos desplazamos los cuatro integrantes de la nueva familia, a un pisazo en la plaza Mayor. Resulta obvio destacar que mi suegro era un personaje cercano a varios de los principales elementos del Alzamiento y se movía en aquellos ambientes uniformados como pez en el agua. Tardó poco en ordenarme, digo bien, ordenarme y no recomendarme, que me alistase. Yo nunca me había interesado por los asuntos políticos, la verdad, y todo aquello me superaba, pero la presión en la ciudad era tal que inhibirte significaba poco menos que declararte enemigo y hacer exitosas oposiciones a un paseo por la ribera del Tormes con desenlace poco agradable.

Me alisté en Sanidad justificando mis estudios. En unos días me vi disfrazado de alférez médico y, para alivio de Marta, destinado al hospital militar. Finalmente, todo aquello resultó una bendición; para mi dependencia del demonio secreto, quiero decir, porque en realidad fue el inicio de una vida tenebrosa, sucia y terriblemente atormentada. Como comprenderán, mi puesto me proporcionaba un acceso fácil a la morfina, y mis dosis se fueron haciendo cada vez más frecuentes. Ya no buscaba aquel paraíso de las primeras experiencias. Ahora lo necesitaba como el agua para saciar la sed, para no vivir permanentemente en un insoportable infierno.

Mi suegro nos consiguió un principal amueblado cerca de su casa, y Marta y yo logramos cierta independencia física; la económica era imposible, sin ingresos por mi parte. Por lo demás, fueron unos meses tranquilos, porque el único indicio de guerra eran los

uniformes de todo tipo que a diario poblaban las calles de la ciudad. Yo tenía todo lo que necesitaba: mi mujer y mis dosis, que entonces eran ya casi día sí y día no.

En octubre se torcieron las cosas. Marta sufrió un parto adelantado. Un hijo sietemesino siempre es un riesgo controlable, pero el niño nació muerto. Un golpe físico, y especialmente psicológico que derrumbó a mi mujer en un grave estado de desolación. Me dio por pensar si no sería yo el culpable indirecto, si el veneno que circulaba por mi sangre durante nuestras relaciones podría haber provocado algún deterioro en el desarrollo del feto. Ninguna literatura médica sostiene semejante hipótesis y la influencia de los alcaloides tan solo se ha demostrado si es la propia embarazada quien los consume, pero esa mala conciencia me hizo intentar de nuevo una retirada. Esfuerzo vano, porque el sufrimiento fue mayor que en los ensayos previos y no podía permitirme atender a Marta en pleno síndrome de abstinencia.

No había otra salida que seguir inyectándome. Era el único modo de no revelarme ante ella como la piltrafa humana en que me había convertido, de mantener vida social, de cumplir en el trabajo hospitalario. En un intento de apartarme siquiera temporalmente del alcaloide, tuve mis primeras experiencias con la cocaína; no era raro encontrarla entre la tropa, porque en ocasiones se le proporcionaban estos suplementos anímicos antes de entrar en combate; aunque, como su tráfico era ilegal, en menor grado que el alcohol.

Así, cuando empezó el año treinta y siete, yo me sabía ya un drogadicto sin remedio. Hasta entonces, mi mente se había sublevado ante semejante idea; en los momentos de calma y lucidez me decía que era la última vez, que si no era capaz de resistir a esa poderosa llamada de mis venas no merecía llamarme hombre, no merecía vivir. En más de una ocasión estuve a punto de ponerle fin a todo con mi pistola, o arrojándome desde un puente. Pero también fui cobarde para eso.

No pretendo cansarlos con mis dramas personales. Baste lo anterior como preámbulo y vayamos a lo que de verdad parece que les interesa. Más o menos superado el primer impacto de nuestra desgracia, Marta y yo decidimos normalizar nuestra estancia en

Salamanca e iniciamos en lo posible lo que podríamos llamar vida social. Uno de nuestros lugares favoritos era el Gran Hotel, cerca de la plaza Mayor, en cuyos salones se reunía lo más granado de la ciudad. Sobra decir que don Crispín era también asiduo asistente, aunque sus compañías más habituales eran gentes de uniforme, entre los que no faltaban alemanes, italianos y portugueses bajo los retratos de Hitler y Mussolini y las banderas del Eje que adornaban el establecimiento. Para entonces, Franco ya había consolidado en la ciudad su cuartel general y por allí revoloteaban todo tipo de personajes.

Visitamos muy a menudo el Gran Hotel, y cuando Marta estaba cansada iba yo solo. No puedo decir que hiciera amistades entre aquella gente, y en estos casos de visita solitaria me limitaba a tomar una copa y jugar al ajedrez con quienes voluntariamente se animaban. Modestia aparte, siempre se me ha dado bien ese juego. Sería a finales de mayo cuando conocí a un tal Agustín Fabra; yo me encontraba solo ante el tablero y se sentó enfrente. Pensé que aceptaba una partida, pero rechazó el desafío con una mueca desdeñosa.

—Es usted demasiado bueno.

—¿Y cómo lo sabe si nunca hemos jugado?

—Les da la puntilla a todos. Llevo semanas observándolo.

—¿Y no se aburre de observar?

—Es mi profesión —aclaró, mostrándome un carné con el sello del cuartel general—. Trabajo para la Dirección General de Seguridad, cuarta sección, departamento de masonería.

Quedé muy sorprendido, la verdad, y quise seguir mi tono de broma.

—Pues insisto en que debe de aburrirse lo suyo. No creo que encuentre muchos masones por aquí.

—Los hay, los hay. O los había antes del Alzamiento. Son como la mala hierba, aparecen donde menos te lo esperas.

En mi ignorancia casi absoluta de la materia, los masones siempre habían sido para mí gente pacífica, especulativa; un poco rara, sí, pero con el mismo peligro que pueda tener una golondrina. Por lo que había oído en los últimos meses, los nacionales querían exterminarlos; pero como también querían hacer lo mismo con media España, esos rumores me parecían una exageración.

—Si usted lo dice, será cierto.

—Alférez de Sanidad, ¿no? —apuntó, señalando mis insignias.

—Provisional; todavía no he acabado la carrera.

—Estoy al tanto. Don Crispín Zúñiga cree que está infravalorado.

—¿Conoce usted a mi suegro?

—Naturalmente. Un eminente patriota, convencido de que el hospital militar es un destino desperdiciado para quien, como usted, puede prestar servicios más elevados.

Reprimí como pude la reacción que me provocó saber que el hijo de perra de mi suegro me estaba buscando la ruina a mis espaldas.

—Me sobreestima —argüí lo más calmado que pude—. Consecuencias del afecto que me tiene.

—Sí, será por eso —aceptó él incorporándose con la diestra tendida, que estreché con un escalofrío—. Ya nos veremos por aquí.

Por no preocuparla y para ahorrarle un seguro enfrentamiento con su padre, no hice el menor comentario a Marta del extraño encuentro. Pero a mí me alteró muy seriamente durante días. Estaba seguro de que mi suegro me la tenía jurada y que, a través de sus influencias, intentaba mandarme a primera línea de combate. La existencia de un nieto podría haber frenado semejantes intenciones, pero ahora no había ningún riesgo de dejar un huérfano por el camino, y prefería una hija viuda antes que aceptar a un inútil sin oficio ni beneficio en la familia. Y eso que no conocía mi problema con la morfina.

Pasaron unas semanas y Fabra volvió a la carga. Esta vez, ya

tuteándome como si nos conociéramos de toda la vida, sugirió una conversación más privada, y salimos a dar un paseo por las calles, hasta las afueras. En resumen, me propuso un plan que se me antojaba descabellado y rayano en el delito. Me destinarían al Tercio de Almogávares acantonado en Belchite. Allí debía entrar en contacto con un tal Fermín Toledo, un magistrado jubilado residente en el pueblo, y ganarme su confianza a través del ajedrez, juego al que el hombre era un gran aficionado. Al parecer, el tal Toledo era un alto grado masónico, una especie de contacto entre diferentes logias nacionales e internacionales, y había fundadas sospechas de que guardaba en su poder importante documentación sobre los principales afiliados españoles. Mi misión consistía en hacerme con ese material a toda costa y ponerlo a disposición del policía.

—Pero si saben que es un masón importante —alegué yo en un intento de quitarme de encima un compromiso que me aterraba—, ¿por qué no lo detienen sin más?

—Porque no es un cualquiera. Es afecto al Alzamiento y tiene buenas amistades entre el generalato, que no vería con buenos ojos su detención. Por si fuera poco, dos de sus hijos sirven en el Ejército Nacional; uno como capitán de artillería en el frente de Madrid, y el otro como teniente en el ejército del norte. Como comprenderás, no podemos someterlo a interrogatorio; un interrogatorio como es debido, quiero decir, de los que sueltan la lengua.

—¿Y cree que la va a soltar conmigo?

—No nos interesa lo que te pueda contar Toledo, sino lo que guarda.

—Es muy peligroso lo que me pide.

—Peligroso sería que te mandasen al frente del norte, no te jode. El aragonés está estabilizado desde hace meses, y en Belchite no se mueve ni una mosca. Vas, cumples y vuelves. En un par de meses estás otra vez en Salamanca con tu familia, en tu cómodo destinito. Y con la satisfacción de haber ayudado al Glorioso Movimiento Nacional. Quién sabe, lo mismo te dan una medalla.

—Quiero decir que me está pidiendo que cometa un delito.

—¿Delito? La policía no comete delitos en actos de servicio, chaval. Y tú actúas en mi nombre. ¿Qué más garantías quieres?

—No sé… Podría usted proporcionarme uno de esos carnés —se me ocurrió sugerir—. Me ayudaría en caso de problemas.

—¿Como miembro de la Brigada? —Fabra rumió un rato la propuesta—. Bueno, hablaré con quien corresponde, a ver qué opina. Seguimos en contacto.

Sentía el cepo alrededor mi cuello cada vez más cerrado, pero ni una palabra dije a Marta. Tenía miedo de que desaprobara lo que iba a hacer, y con motivo, porque estaba seguro de que lo censuraría. Bastante disgusto se iba a llevar cuando se enterase de mi cambio de destino. Un terror especial me empezó a dominar desde aquella entrevista, convencido de que me hundía poco a poco en una ciénaga de la que iba a resultarme imposible salir.

Pronto se confirmaron mis peores sospechas. Esta vez sucedió en el hospital. Un tipo se me presentó una mañana, dijo venir en nombre de Fabra y se identificó como Octavio Lamela; era mayor que aquel, lo menos diez años: ya tendría entonces casi los cincuenta. Yo le había visto alguna vez en el Gran Hotel en compañía de mi suegro y de al-tos cargos de la Comunión Tradicionalista; aunque desde que Franco los unificó con los falangistas esas reuniones eran menos frecuentes. El rumor general lo vinculaba al Servicio de Información y Policía Militar, o sea, el servicio secreto nacional. Me invitó a acompañarlo al exterior y, una vez fuera, me entregó un carné a mi nombre idéntico al de Fabra, pero con mi foto, la misma que figuraba en mi expediente militar.

—Ya tienes lo que querías —me tuteó desde el principio, buscando complicidad—. Pero no se te ocurra usar este carné si no es absolutamente imprescindible, porque la Brigada tiene que quedar al margen de todo. Agustín dice que te explicó claramente el plan.

Me limité a asentir con un cabeceo.

—Hay una ligera variación al respecto. Cuando consigas los

documentos, me los entregas a mí. Olvídate de Fabra.

—¿Y qué le digo a él?

—Que el viejo no tenía nada. No te preocupes, que yo respaldo tu versión. Te vuelves aquí y preparamos todo para el negocio.

—¿De qué negocio habla?

—¿Para qué crees que quiere Fabra esos datos? —preguntó entre carcajadas—. Para cazar conejos y luego aplicarles el peso de la ley. Eso es matar la gallina de los huevos de oro, hombre. ¿Imaginas lo que cualquiera de ellos estaría dispuesto a pagar por librarse del paredón o de una cárcel en la que se pudrirán durante años?

Escuché desconcertado sus argumentos y aún tardé en comprender su significado.

—¿Está hablando de chantaje?

—No seas melindres. Hablo de compensación, de gratitud a cambio de conservar la vida y la libertad. Si les preguntases a ellos, no habría duda sobre su elección. Ya lo comprobarás.

—Me niego a participar en eso.

—¿Prefieres que los liquiden?

—Lo que hagan con ellos no es responsabilidad mía, pero lo que usted me propone sí que lo es.

Lamela me dedicó una mirada dura, insultante.

—Eres un muerto de hambre, un morfinómano irrecuperable —escupió de repente, y me dejó petrificado escuchar esa verdad en labios ajenos—. Es un vicio que te va a exigir dinero, mucho dinero. Ahora lo tienes relativamente fácil en el hospital, pero ¿qué pasará después? ¿Crees que tu suegro va a seguir manteniéndote cuando se entere de tus aficiones? ¿Piensas que el bombón de tu mujer aceptará seguir junto a un excremento como tú? ¿Qué vida crees que te espera?

Dejó que su parrafada calase en mi ánimo. Yo intentaba evitar que se notara la tiritona que me recorría la espalda, el temblor de piernas, el sudor frío que me empapaba la ropa. Estuve a punto de correr al laboratorio a inyectarme una dosis. En unos segundos, se había derrumbado el muro de seguridad levantado en torno a mi vida clandestina y me sentía completamente desnudo ante aquel cabrón.

—Te estoy ofreciendo la posibilidad de ganar mucho dinero —añadió luego en tono conciliador—. Puedo hacerlo yo solo con los documentos que me traigas, pero no tengo ninguna garantía de que los consigas, no estoy nada seguro de que la oferta de Fabra te motive lo suficiente; podrías escaquearte con cualquier excusa y perderíamos la oportunidad. Prefiero a la gente comprometida en los proyectos, y ahora que sabes que en Belchite puedes solucionar tu futuro, te lo tomarás en serio. De lo contrario, solo te espera el desprecio de los tuyos y pegarte un tiro. Prepara tu petate, que dentro de una semana sales para tu nuevo destino.

Había resumido a la perfección lo que me esperaba. Lamela me tenía en sus manos. En cualquier momento, una palabra suya podría desencadenar el drama; la opinión de don Crispín y su dinero me importaban un rábano, pero pensar en el daño que sufriría Marta se me hacía insoportable. Y para pegarme un tiro siempre había tiempo, pero carecía del valor necesario. Así que acepté como mal menor la turbia senda que se me ofrecía.

Al menos, me permitieron celebrar nuestro primer aniversario de boda. Días después, salí hacia Belchite. Era un pueblo tranquilo y agradable, con una guarnición de casi cinco mil hombres, parte de ellos requetés, y una formidable fortificación, tanto interior como en su perímetro. Me destinaron a la primera compañía del Tercio de Almogávares, de unos doscientos hombres. Aparte del calor africano durante el día, la vida allí era casi plácida, y mi puesto me permitía inyectarme cuando tenía necesidad de hacerlo.

Fermín Toledo vivía en un caserón de dos plantas en el centro del pueblo, a cierta distancia del clausurado seminario, que era nuestro cuartel general. Por lo que pude averiguar, la casa era una propiedad de su difunta esposa a la que el magistrado había decidido retirarse cuando se jubiló a mediados del treinta y cuatro.

Y ninguna guerra civil le había animado a buscar acomodo más seguro en la cercana Zaragoza, convencido de que los nacionales ganarían territorio mes a mes. Enseguida pergeñé un plan de acercamiento. En mis ratos libres, si lograba convencer a algún compañero, y si no en solitario, me sentaba con las fichas y el tablero frente a su casa en una bancada de piedra protegida por la fresca sombra de un emparrado. Antes de una semana, ya había llamado su atención y el viejo me había invitado a entrar y jugar una partida. Era muy bueno, y los parejos resultados de nuestros encuentros le animaban a mantener el reto. Llegó el momento en que mis visitas se hicieron casi diarias y se entabló entre nosotros algo parecido a la amistad. Era un hombre agradable, culto e inteligente, de amena conversación, aunque de salud precaria y muy limitadas relaciones con el vecindario. Pude averiguar que vivía solo, con la asistencia de una mujer que cocinaba para él y le mantenía la casa con un par de visitas al día.

En mis incursiones apenas pasaba del salón, de modo que la posibilidad de fisgar en el resto de la casa, especialmente el piso superior, quedaba fuera de alcance. Nada podía hacer, a menos que consiguiera introducirme allí durante la ausencia del propietario. Entrar parecía un objetivo aparentemente sencillo. Desde un patio trasero, una escalera permitía el acceso directo al segundo piso, y la tapia de ese patio, relativamente accesible, daba a un solitario callejón. Pero para eso había que contar con la ausencia de Toledo, y ya digo que apenas salía de su casa para un breve paseo en torno a la manzana antes de volver a encerrarse.

Necesitaba cómplices. El primero no me fue difícil conseguirlo. A través de los comentarios cotidianos podías hacerte una idea aproximada del pie del que cojeaban los compañeros, y había uno de ellos que presumiblemente tenía tras de sí una vida poco clara en sus relaciones con la propiedad ajena. Era sargento, tenía tres o cuatro años más que yo y se llamaba Valerio Collazo. Con la debida precaución, le dejé caer la posibilidad de obtener dinero fácil y enseguida se mostró como un tipo bragado y dispuesto al riesgo; y no solo eso, sino que sugirió la colaboración de un tercero, Pepe Irujo, un cabo de la segunda compañía de edad parecida a la mía. Mejor eran dos hombres que uno para el plan que tenía entre ceja y ceja, y días después mantuvimos los tres una reunión para ponerlos

al tanto. Nada les dije de los masones, por supuesto; simplemente, que el viejo magistrado guardaba en casa documentos que, bien utilizados, proporcionarían buenos beneficios.

De este modo, después de que la asistenta se despedía, y aprovechando los días en que yo mantenía a Toledo entretenido ante el tablero en la planta baja, ellos saltaban la tapia del patio y registraban minuciosamente el piso superior. Eran tan buenos que no se oía un solo roce desde abajo, y tan cumplidores con el pacto que ningún objeto de valor desapareció de su sitio durante las tres incursiones que practicaron.

Sin embargo, la pericia de aquellos hombres no dio el menor resultado, y a mediados de agosto estábamos convencidos de que, de existir los dichosos documentos, estaban en la planta baja, presumiblemente en alguno de los muebles del salón. El acceso a ellos era imposible a menos que se aprovechara la noche, cuando el viejo dormía arriba; pero hacerlo así obligaría a forzar la puerta y rechacé ese método. Otra opción era aprovechar el breve paseo de Toledo a la caída de la tarde. Decidimos intentarlo. Vigilé durante varios días la salida y el regreso del anciano para llegar a la conclusión de que apenas disponíamos de diez minutos, doce en el mejor de los casos. Apostado en lugar conveniente, señalaba a mis cómplices el momento propicio y ellos saltaban la tapia. Pero en tan corto tiempo poco se podía hacer, y ni siquiera repitiendo la operación en una segunda fecha tuvieron éxito.

El veinticinco de agosto el panorama cambió radicalmente desde el punto de vista militar. Los rumores sobre una inminente ofensiva enemiga contra Zaragoza que veníamos oyendo en los últimos días resultaron ser ciertos y el frente activo estaba a punto de alcanzarnos. Se hablaba de cien mil hombres, que ya habían tomado algunos pueblos cercanos. Esa misma mañana los teníamos encima, sufrimos un durísimo bombardeo y a mediodía perdimos la estación de Belchite. Nuestras tropas avanzadas se replegaban a las fortificaciones interiores. De un momento a otro quedaríamos copados, y el balance de fuerzas no auguraba nada bueno. En el pueblo se desató una febril actividad defensiva, y hasta los civiles participaban en la construcción de nuevas barricadas.

Collazo aprovechó un momento de sosiego en esta labor para

llevarme a un aparte y decirme, muy nervioso, que teníamos que actuar ya en casa de Toledo y después salir pitando, porque allí no iban a sobrevivir ni las ratas. Entre confuso y aterrado, asumí sus argumentos y quedamos citados en la puerta del magistrado en cuanto yo tuviera una pausa, porque ya empezaban a llegar algunos heridos al puesto sanitario. A media tarde nos encontrábamos los tres en el lugar.

Don Fermín me abrió con sorpresa, y no poco miedo ante lo que estaba sucediendo alrededor. Sin preámbulos, le exigí la documentación sobre los masones. Reaccionó con extrema dignidad y me insultó; mientras yo intentaba convencerlo con buenas palabras, mis acompañantes se dedicaron a registrar el mobiliario del salón sin muchos miramientos y nulo resultado. Collazo, fuera de sí, zarandeó al jubilado exigiéndole respuestas, y ante su testarudo silencio se lo quitó de encima con un empujón que le lanzó contra las escaleras. Allí quedó el hombre, inconsciente, o malherido, no lo sé, porque todos estábamos muy nerviosos y nuestra única obsesión era el registro. Por fin, en el lugar más inesperado, en una hornacina bajo una imagen de la Virgen del Pilar, encontré una agenda de mesa. La hojeé con ansia, pero me resultaba incomprensible porque sus páginas estaban llenas de signos desconocidos; imaginé que sería algún tipo de cifrado, y está claro que si algo se cifra es importante. Anuncié a mis compañeros el hallazgo y salimos de allí como alma que lleva el diablo.

Las horas siguientes fueron terribles. A la artillería enemiga se sumó la aviación, y los bombarderos Katiuska nos machacaron hasta que nuestros cazas consiguieron ponerlos en fuga. Los muertos y heridos se multiplicaban y mi presencia se hizo necesaria en el improvisado hospital, como imprescindible fue para mí una dosis doble de morfina para sobreponerme a tanta ansiedad. Con la noche, impuesta una pausa en los bombardeos, silenciadas las ametralladoras, llegó el momento de intentar la machada. Nos habíamos citado en una fábrica de aceite que había junto al convento de San Agustín, y allí nos encontramos bien pasadas las doce; pero éramos cuatro en vez de tres, porque un compañero de Irujo, soldado raso, se había pegado a su espalda al enterarse de que planeaba romper el frente. Poco más sé de él que se llamaba Ángel Jiménez.

Al principio parecía que todo iba a ser fácil. El débil creciente de la luna se nos antojaba un buen aliado. Entre tinieblas salimos del centro urbano y avanzamos casi medio kilómetro sin novedad; pero, de repente, como si ambos bandos se hubieran puesto de acuerdo, cayó sobre nosotros una lluvia cruzada de plomo. Inmóviles cuerpo a tierra, resistimos el miedo y la tensión durante media hora, hasta que se tranquilizaron los gatillos y pudimos reanudar la marcha. Teníamos dos heridos: Irujo podía desplazarse a pesar de una rozadura de bala en su brazo, pero el tal Jiménez había sido alcanzado en el vientre y la herida mostraba muy mala pinta. Naturalmente, yo no había olvidado mi imprescindible botiquín, lleno hasta arriba de morfina, y practiqué a ambos una cura de urgencia.

Turnándonos de dos en dos, cargamos con Jiménez hasta alcanzar un olivar próximo y tomar resuello. Decidimos seguir en busca de la línea férrea hacia Zaragoza y, una vez allí, internarnos lo más posible en territorio nacional en dirección noroeste. Muy penosamente, por la carga que suponía el herido y por el miedo a encontrar tropas enemigas, conseguimos el primer objetivo a eso de las tres de la madrugada sin más sobresaltos. Al amanecer, sin embargo, Jiménez era cadáver. Lo enterramos al fondo de un barranco, para que nadie pudiera encontrarlo, y sobre él arrojamos nuestras placas de identificación y los fusiles, reservándonos las pistolas para un posible mal encuentro.

Caminamos de sol a sol, siempre a campo abierto por las cañadas, sin asomarnos a las alturas y aprovechando las arboledas para reponer fuerzas y comer algo. En ocasiones, la aviación nacional sobrevolaba nuestras cabezas en dirección al frente de batalla, pero, alejados de caminos, carreteras y poblaciones, no tuvimos que lamentar incidentes.

Después de varios días de marcha estábamos agotados, sedientos y sin provisiones. Desconocíamos nuestra posición, aunque la imponente presencia del Moncayo a nuestra derecha hacía suponer que el frente había quedado muy atrás. Por allí abundaban los pinares, y resolvimos acogernos a su sombra y protección para abandonar los barrancos. Cuando caía la tarde, topamos con una casa aislada junto a la arboleda. Tras un breve intercambio de

pareceres, decidimos arriesgarnos y, pistola en mano, nos dirigimos a ella.

Una adolescente que hallamos en el exterior fue la primera en llevarse el susto. La obligamos a guardar silencio y, con su cuerpo como parapeto, entramos en la casa, ocupada en aquel momento por el dueño y su familia. Era un hombre de cincuenta y tantos que, una vez superado el sobresalto inicial, se mostró comunicativo y colaborador. Explicó que los únicos presentes en el lugar eran él, su esposa y sus dos hijas, de veinte y dieciséis años; que la población más próxima, a media docena de kilómetros, era Ólvega y que, por lo tanto, nos encontrábamos en la provincia de Soria.

Nos proporcionaron agua y alimento, y aunque lo hicieron bajo la amenaza de las armas el hombre destilaba cierta simpatía hacia nosotros; incluso nos ofreció un corral anexo a la casa para descansar, oferta tentadora en nuestro estado, pero que recibimos con la lógica desconfianza. Nada de corrales, dijimos: pasaríamos la noche allí dentro, turnándonos en la vigilancia de la familia para evitar cualquier riesgo de delación; por la mañana, si se portaban bien, cargaríamos de provisiones y desapareceríamos de allí.

A lo largo de esas horas, incómodas y tensas, el tipo no dejó de hacer intentos de aproximación hasta preguntarnos directamente por nuestros planes inmediatos.

—El frente está demasiado lejos —aseguró, convencido de que nuestro propósito era cruzar las líneas para pasarnos a los rojos—. Lo primero que tenéis que hacer es vestiros de paisano y quemar esos uniformes. Si no, la Guardia Civil os detendrá tarde o temprano. O algo peor, porque a los desertores los fusilan sin más ni más.

Amplió la sugerencia con una oferta de su propia ropa y la de su hijo, que al parecer combatía en las filas de la República. Aceptamos su idea, y mientras nos turnábamos entre el cambio de ropa y la vigilancia me mostró un arrugado carné de la UGT que tenía escondido en quién sabe dónde. Explicó que era viejo militante socialista y que solo su aislamiento del pueblo le había librado de los paseos que algunos vecinos habían sufrido por parte de los falangistas. Y que podía, y quería ayudarnos.

Mientras nuestros uniformes ardían en el fogón de la cocina, el campesino nos hizo una propuesta que parecía interesante: se ofreció a conseguirnos nuevas cédulas de identidad con las que podríamos movernos con mayor soltura y, hasta el momento de obtenerlas, proporcionarnos un refugio más seguro que su casa. A lo largo de las horas transcurridas desde el asalto, la incertidumbre de aquella gente se había relajado y parecían aceptar con cierta naturalidad nuestras dudas y temores, lo que contribuyó a reducir también nuestro propio nerviosismo. Pero una cosa era aceptar su ropa y otra muy distinta ponernos alegremente en sus manos. Encerramos a la familia en una pequeña bodega o despensa sin luces exteriores mientras debatíamos la oferta. Desde luego, cabía la posibilidad de un engaño, de que el fulano nos llevase a algún sitio apartado y después nos mandara a la Guardia Civil. Collazo encontró la solución: llevarnos como rehén a algún miembro de la familia; por ejemplo, a la hija menor.

Como era de esperar, esta condición no satisfizo al padre, aunque argumenté que teníamos que guardarnos las espaldas, y que nada tenía que temer si sus intenciones eran sinceras; le juré y perjuré que trataríamos a la muchacha como si fuera nuestra hermana pequeña, y que cuanto antes diese satisfacción al plan, antes quedaría ella libre.

Al amanecer nos pusimos en camino los cinco. A través del pinar, loma abajo, llegamos hasta una línea de ferrocarril cuyo trazado seguimos durante largo rato. Para rebajar la tensión, el tipo hablaba por los codos. Así, nos explicó que en sus años mozos había sido dinamitero en las minas de hierro de la comarca, una explotación a cielo abierto que en sus mejores tiempos había dado trabajo a un centenar de hombres. Para el traslado del mineral desde Ólvega hasta la localidad navarra de Castejón de Ebro se había construido aquella vía, ya abandonada, que ahora transitábamos. Un accidente del tren con tres muertos y problemas económicos hicieron quebrar a la empresa y los pusieron a todos en la calle. De aquello hacía más de treinta años, y desde entonces se dedicaba a recoger resina y cultivar lo que podía. La casa, un asno, una vaca y media docena de gallinas eran todo su patrimonio.

Tras un par de horas de caminata, en un estrechamiento del terreno

alcanzamos un túnel, cuyo final luminoso se vislumbraba un centenar de metros más adelante. Ese iba a ser nuestro refugio provisional.

—Por aquí no pasa nadie —aseguró, entregándonos una linterna de baterías eléctricas y las mantas que llevaba en sus alforjas—. Os traeré comida a diario, pero no asoméis mucho la nariz, por si os descubre la aviación. Dentro estaréis fresquitos y protegidos. Paciencia, y en unos días tendréis vuestras cédulas.

Se despidió de su hija con mil besos y un emocionado abrazo y desapareció de allí. Ella, como si nuestra presencia le resultara indiferente, se retiró en silencio bajo la sombra a la boca del túnel, buscó acomodo y se enfrascó en una labor de punto que traía en su capazo.

Las horas de tedio me sirvieron para repasar con calma el contenido de la agenda de Toledo. Aquello era un fárrago de signos. Cuadraditos incompletos, ángulos, puntos… Imposible sacar nada en limpio.

En cuanto a nosotros, apenas intercambiamos palabra excepto para constatar que lo teníamos difícil. Si Belchite caía, nuestras posibilidades de pasar inadvertidos se multiplicaban, porque nos darían por muertos o desaparecidos. En caso contrario, la evidencia de nuestra deserción nos convertiría inmediatamente en objeto de busca y captura. Nada hablamos de nuestras vidas personales, de quiénes éramos en realidad, de nuestro origen, de los verdaderos motivos de nuestra actuación. Collazo era duro como el pedernal, agrio a veces; Pepe Irujo parecía más asequible, pero menos consistente: ese tipo de personas vulgares en que raramente depositarías una confidencia; su herida ya cicatrizaba y había dejado de ser un problema.

Organizamos turnos de guardia de tres horas para pasar la noche. Yo asumí el primero y, sin novedad, desperté a Irujo a la una de la madrugada para el relevo. Me costaba conciliar el sueño, y una hora después aún seguía en un inquieto duermevela. Un murmullo me sobresaltó; en la oscuridad sonaba a llanto reprimido, y en los límites del contorno de luz de la linterna pude distinguir dos cuerpos que forcejeaban en el suelo entre susurros.

—¡Irujo! —grité, incorporándome y cegándolos con el foco—. ¡Deja a la chica en paz!

El grito detuvo momentáneamente la agresión y, como un rayo, la muchacha clavó en la pierna de su atacante una de las agujas de punto. Este lanzó un aullido y sacó su pistola. No tuvo tiempo de usarla: a mi espalda surgió un fogonazo, el túnel retumbó y el pecho de Pepe Irujo vibró con un impacto; el segundo disparo salió de mi arma.

Mi primer impulso fue consolar a la chiquilla mientras Collazo comprobaba el efecto de las balas en el ya cadáver de nuestro compañero. Peleando con palabras contra sus lágrimas, la arropé con su manta y casi la convencí de que no tenía nada que temer y de que intentara dormir.

Pasado el trago, y en un aparte, Collazo y yo afrontamos la difícil situación.

—No vayas a pensar que lo he hecho para proteger a la mocosa —me dijo, frío e inconmovible—. Me estoy jugando el cuello y no voy a permitir que un imbécil de bragueta floja lo eche todo a perder. Si ese idiota llega a hacerle daño, el padre nos denuncia, seguro. No me cargué a aquel viejo para andar ahora con tonterías.

—Toledo no estaba muerto —repuse sin mucha certeza, probablemente porque me negaba a asumir mi intervención en un acto semejante.

—Muerto y bien muerto, hombre. Se desnucó en la escalera. Y ya que estamos, te diré algo. He visto el juego que te traes con la jeringuilla. Allá tú, pero para lo que tenemos entre manos hace falta sangre fría, y a mí lo mismo me da ocho que ochenta. Ya lo has visto. Así que vamos a dejar las cosas claras: primero escapar, después cobrar. Todo lo demás molesta.

Mi cómplice se revelaba cada vez más como un individuo duro y sin escrúpulos. A esas alturas yo ya estaba convencido de que el viejo de Belchite no había sido su primera víctima. Acepté sin réplica su velada amenaza y me perdí en el exterior con la linterna para inyectarme una dosis bajo la mirada compasiva de las estrellas. Esa

fue nuestra primera noche en aquel maldito túnel.

La visita del padre durante la mañana siguiente resultó, como era de esperar, muy violenta. Aunque la chiquilla, entre pucheros, destacó nuestro papel de defensores, no fue fácil convencerlo de que el peligro ya no existía. Mientras sepultábamos el cuerpo de Irujo en un lugar apartado de las vías, nos hizo saber su negativa a que ella siguiera con nosotros.

—Podéis pegarme cuatro tiros si queréis, pero mi hija se vuelve a casa conmigo.

Collazo y yo nos cruzamos miradas interrogantes.

—Os estoy ayudando de buen grado —insistió—. Ropa, documentación, comida… No me trato con la Guardia Civil. Huyo de ella como de la peste. Estamos en el mismo bando, coño.

Miré a Collazo y se encogió de hombros.

De vuelta al túnel, cansados y sudorosos, no hubo más palabras. El campesino abrazó a su hija y así, estrechamente unidos, pusieron camino a su hogar.

El hombre cumplió su palabra sin necesidad de rehenes, y además de visitas cotidianas para traernos comida elaborada en su cocina, cinco días después de la muerte de Irujo se presentó en el túnel con dos cédulas aparentemente legales expedidas por la Diputación de Soria. A partir de ese momento, me convertí en Benjamín Hernando, natural de Almazán, soltero, de profesión viajante de comercio y declarado inútil total para el servicio militar por enfermedad. Y a mi compinche le sucedió algo parecido.

Abrazamos agradecidos a nuestro benefactor, que intentaba ocultar su orgullo por el trabajo realizado.

—No tiene importancia. Todo sea por la República —dijo el pobre iluso.

Además de la documentación, el campesino nos hizo llegar los consistentes rumores sobre la caída de Belchite y la amenaza del Ejército Popular a Zaragoza.

—Pronto los tendremos a dos pasos de aquí y podréis pasaros —auguró, optimista—. Buscad un sitio seguro durante quince días o un mes. Nada de pueblecitos, donde todo el mundo se conoce y llamaríais la atención. La capital no es muy grande, pero allí es más fácil.

La hospitalidad de aquel hombre se extendió un par de días más. Mientras preparábamos un plan para llegar a Soria, nos alojó en su casa como si fuéramos de la familia y dormíamos en el corral que antes habíamos rechazado. Tan generoso fue que dedicó buena parte de sus escasos ahorros a dar un poco de vida a nuestras carteras casi vacías, con la promesa por nuestra parte de una pronta devolución.

Llegamos a Soria por medios distintos para evitar sospechas. Nos alojamos en pensiones diferentes, aunque en la misma calle Estudios. La ciudad, pequeña y provinciana, vivía fervor patriótico con banderas en los balcones, vítores pintados en las paredes y frecuentes paradas militares a cargo de la Falange local. Nuestro primer objetivo, amén de la seguridad, fue enterarnos de lo sucedido en Belchite, porque no era lo mismo sabernos desertores que caídos. Pero la prensa no decía nada al respecto salvo destacar el valor de quienes habían sido nuestros compañeros de armas y las victorias nacionales en la contraofensiva emprendida en el frente de Aragón.

Hubo que esperar hasta mediados de septiembre para que los comentarios periodísticos, sin ser nunca explícitos, dejaran entrever el verdadero desenlace. Se hablaba de las epopeyas de Belchite y Quinto, y esta última localidad ya había caído cuando nosotros desertamos, de modo que era lógico imaginar que ambas habían sufrido un mismo destino. Días después, se mencionaba un homenaje a los héroes anónimos de Belchite durante un acto celebrado en Zaragoza que apuntaba en el mismo sentido.

Ya podíamos considerarnos entre esos héroes anónimos desaparecidos en combate. Collazo, entre tanto, no se fiaba de mí, y exigía cobrar cuanto antes. Pero la agenda era indescifrable y resultaba imposible traducir en nombres aquellos garabatos. Mi sensación personal a esas alturas era de una culpabilidad demoledora, con dos muertes, un robo y una deserción a mis

espaldas: era un hombre perseguido, fuera de la ley, y el retorno a mi vida anterior se me antojaba imposible. Tenía el aval del carné proporcionado por Lamela, desde luego, pero no me fiaba; ni del carné ni del propio Lamela. Y, por si fuera poco, mi suministro de cloruro mórfico estaba en las últimas.

Ante la presión de mi cómplice y la necesidad perentoria de reunir fondos, tomé una de las decisiones más dolorosas de mi vida. Escribí una carta a mi suegro en la que me comprometía a seguir pasando por muerto, en no volver a entrar en contacto con Marta, a cambio de veinte mil pesetas. Le daba un plazo de una semana para reunirlas, anunciándole que le comunicaría por el mismo medio el lugar de cita para la entrega. Me cuidé de enviar tanto la primera como la segunda carta desde distintas localidades para no dejar rastros y, por fin, bajo la atenta vigilancia armada de Collazo por si se trataba de una trampa, a mediados de octubre me encontré con don Crispín en la cafetería de un hotel logroñés.

El encuentro me sirvió para confirmar que, oficialmente, era una de las muchas víctimas habidas en la heroica Belchite y que mi suegro pagaba con gusto ese dineral para perderme de vista, bajo la amenaza de denunciarme por desertor si incumplía mi palabra y volvía a dar señales de vida ante Marta.

Repartimos el infame botín de mi renuncia de forma igualitaria, pero mi socio no estaba satisfecho.

—Es un buen pico que servirá para tirar una temporada. No sé de dónde viene, pero no tiene nada que ver con esa agenda de los cojones que sigue en tu poder. Por ella me he arriesgado y no pienso renunciar a la parte que me corresponda.

Intenté explicarle que la agenda no tendría el menor valor hasta que consiguiera traducirla, y que lo más sensato para nuestra seguridad era separarnos hasta entonces. Podíamos convenir un encuentro dentro de unos meses.

—Lo que quieres es darme esquinazo, cabrón.

—¿Y arriesgarme a que me denuncies? Porque podrías hacerlo sin problemas. Conoces perfectamente mi nueva identidad, como yo

conozco la tuya. Para bien o para mal, estamos juntos en esto. Pero necesito libertad de movimientos para sacarle partido a la agenda. No podemos seguir zascandileando en pareja; bastante suerte hemos tenido hasta ahora. Búscate un acomodo discreto, un empleo, y espera mis noticias.

—No es mala idea lo de hacer vida independiente, pero ¿cómo cojones doy contigo cuando hayas volado?

—Yo me encargo de eso. Cuando tengas domicilio fijo, escríbele una carta al campesino de Ólvega con los datos y lo sabré.

—Parece que le has cogido cariño a ese tipejo.

—Bien lo merece. En cuanto nos separemos pienso ir a devolverle lo que nos prestó. Yo le avisaré de que le vamos a utilizar de contacto.

—¡Qué buen corazón! —se burló—. Pues mira, ya que lo dices, ellos pueden ser una garantía de que mantengas tu palabra. Métete esto bien en la cabeza: si dentro de seis meses no sé nada de ti, vuelvo a esa casa, me chingo a las dos chicas y después me cargo a los cuatro antes de ir a buscarte. ¿Te queda claro?

Esa fue nuestra cordial despedida, y como creía perfectamente capaz a Valerio Collazo de cumplir sus amenazas, me sentí mucho mejor después de haberle perdido de vista. Con la cartera llena, y dispuesto a cumplir mi promesa, conseguí a buen precio una motocicleta de segunda mano en el mismo Logroño y viajé hasta la casa de nuestro benefactor para devolverle con creces su préstamo y ponerle al tanto de la parte esencial de mi acuerdo con el sargento.

Aquella moto fue mi primera propiedad como Benjamín Hernando y me sirvió para construirme un presente y, pensaba yo entonces, un futuro. Alojado en una casa de huéspedes en Zamora, pude conseguir un empleo como agente comercial en una pequeña empresa de tejidos y moverme con relativa libertad por territorio nacional, que enseguida se amplió con la conquista del norte. Y adquirir de paso nuevas dosis, naturalmente.

El motivo fundamental que me había llevado a esa situación, sin embargo, seguía siendo una incógnita. La agenda era para mí un

peso muerto e inútil en el equipaje, y el supuesto negocio de Lamela, una entelequia imposible de realizar. El tiempo pasaba, y tenía la impresión de que mi pacto con Collazo amenazaba con expirar a pasos agigantados.

Me decidí, por fin, a entrar en contacto telefónico con Octavio Lamela, que seguía en Salamanca. Con las debidas precauciones, a primeros del treinta y ocho convine un encuentro con él en las calles de Valladolid. Hacía un frío de perros y me saludó con su típico cinismo por delante.

—Muy honrado de hablar con uno de los heroicos caídos de Belchite.

—Poco faltó.

—Me alegro de que sigas vivo. Por ambos. Supongo que tienes algo para mí.

—Un galimatías es lo que tengo —refunfuñé—. Los documentos de Toledo están cifrados.

—Déjame echar un vistazo y salimos de dudas.

—No pensará que soy tan incauto como para llevarlos encima. Están a buen recaudo.

Recibió mi negativa con una mueca de desagrado y sugirió buscar abrigo en algún bar cercano, apartados de la cencellada que se cernía sobre la ciudad.

—¿Qué aspecto tiene ese cifrado? —se interesó, una vez bajo techo —. ¿Números, letras, signos?

—Son cuadraditos incompletos, algunos con puntos dentro de ellos…

—El cifrado francmasón es un juego de niños —apuntó con suficiencia, y sobre un papel trazó dos rayas verticales cruzadas perpendicularmente por otras dos horizontales—. Aquí tienes de la A a la I, leyendo de izquierda a derecha y de arriba a abajo; las siguientes, de J a R, siguen el mismo orden, pero con un punto

dentro del dibujo. ¿Podría ser esto?

Asentí, sorprendido.

—Si te encuentras algún ángulo agudo, aplícale este método. —Dibujó ahora un aspa—. Leyendo en el mismo orden, de la S a la V. Y si le pones el correspondiente punto, de la W a la Z.

—Sí, podría ser —admití esperanzado.

—Pues a trabajar. Ve mandándome los datos que obtengas.

—¿Mandárselos? ¿Y que ganaría yo? Con ese material, puedo llevar adelante el proyecto por mi cuenta.

—Veo que te has vuelto ambicioso y egoísta.

—Ni una cosa ni la otra. Solo pienso en mi seguridad.

—No te fías de mí —concluyó con una carcajada áspera—. Y haces bien. En tus circunstancias no debes fiarte de nadie, absolutamente de nadie. Te diré lo que vamos a hacer.

En pocas palabras me expuso su plan, cuyas líneas principales debía de haber madurado de antemano. Yo me encargaría del aspecto operativo: traducir en personas de carne y hueso los documentos de Toledo y enviar las correspondientes cartas anónimas a los implicados con una dirección bancaria donde debían depositar generosas aportaciones trimestrales a cambio de preservar su tranquilidad. Para ello, abriríamos una cuenta común bajo el paraguas de una institución cívico-religiosa y del correspondiente secreto bancario. Él se encargaría de dar cobertura legal a todo el proceso y de vigilar atentamente, desde su puesto en la Dirección General de Seguridad franquista, cuantos inconvenientes pudieran presentarse.

Me pareció un proyecto viable, que garantizaba hasta cierto punto mi precaria seguridad, y minutos después nos encontrábamos frente a una ventanilla del Banco de Bilbao abriendo una cuenta a nombre de una imaginaria Cofradía de la Santa Expiación, cuya documentación se comprometió Lamela a completar en las próximas fechas y de la que éramos únicos administradores, con firma y

derechos individualizados para operaciones que no superasen el cincuenta por ciento de los fondos.

—Ya somos socios —comentó, satisfecho, una vez cumplido el trámite—. En tus manos queda el negocio; yo me conformo con cobrar puntualmente. Y no encontrarás a nadie más interesado en tu seguridad que yo mismo. Solo te pido un favor.

—¿Cuál es?

—Es posible que en esa lista encuentres un nombre especial. Rodolfo Lamela y Ossorio.

—¿Lamela?

—Sí, Lamela. Es mi hermano mayor. La oveja negra de la familia, podríamos decir. De joven se metió en esa maldita secta y no dejó de dar disgustos a mi padre. Es un imbécil, pero al fin y al cabo es mi hermano y no me gustaría que sufriera como los demás.

—Y que no le haga sufrir a usted, porque no creo que le beneficie que se haga pública esa noticia.

—Ningún nombre de esa lista va a hacerse público. Esa es la clave del negocio. Lo único que te digo es que él quede al margen si es que figura, ¿de acuerdo?

—Descuide.

—¿Puedo hacer algo más por ti?

La pregunta me sorprendió, pero reaccioné con audacia para expresarle una idea que tomaba forma en mi mente desde tiempo atrás.

—¿Podría conseguirme un título de farmacéutico?

Recibió mi consulta con sorpresa similar a la mía segundos antes al escuchar lo de su hermano.

—¿Farmacéutico? —masculló reflexivo—. Ya comprendo: quieres garantizarte el suministro.

—Quiero establecerme, dejar de dar tumbos por ahí.

—Claro, claro —zanjó, mordaz, mientras maduraba la respuesta—. No creo que sea muy difícil, pero dame tiempo. Nos vemos aquí mismo dentro de un mes, si te parece.

—De acuerdo.

—Pues hasta entonces. Y ojito con jugármela. No olvides que oficialmente eres un muerto, y poco me costaría darle vuelta a la farsa y que tu llorosa viudita se entere de lo que eres en realidad.

Su mención a Marta como despedida me pareció un golpe bajo innecesario, pero la prepotencia formaba parte de la personalidad de mi nuevo socio, y no dudaba de su capacidad para hacerme daño, como sucedía con Collazo. La sombra de la amenaza ya no era privilegio exclusivo del sargento desertor.

Desde mi refugio zamorano, apoyándome en las sugerencias de Lamela y a lo largo de varias semanas de incansable trabajo, conseguí desvelar lo que guardaba la agenda de Toledo. Cada entrada, en definitiva, representaba un nombre con sus apellidos, un apodo masónico, el nombre de una logia y una dirección postal más o menos completa; entre ellos, efectivamente, figuraba el tal Rodolfo Lamela y Ossorio. Muchos de ellos quedaban fuera mi alcance, porque estaban en territorio rojo, pero entre los asequibles conseguí completar una lista de más de treinta. Era muy probable que algunos de ellos ya hubieran sufrido las consecuencias de la represión o que hubieran salido del país, pero decidí escribir a todos. Para ello elaboré una carta tipo bastante explícita en la que, además de dirigirme al afectado con su nombre masónico y el de su logia, le animaba a ser generoso con aportaciones trimestrales de dos mil pesetas a la Cofradía de la Santa Expiación como purgatorio por haber incurrido en el grave pecado de la masonería. Y para darle cierta pátina de seriedad, encargué un sello de caucho con las siglas de la organización. Así, revestido de acto piadoso, dejaba también muy claras las graves consecuencias de no hacer efectiva la primera contribución correspondiente al ya pasado mes de enero.

Para evitar cualquier rastro, utilicé buzones de distintas localidades, y a mediados de febrero había concluido mi primera siembra en

veinte direcciones. Cuando se produjo la segunda cita con Lamela a finales de ese mes, ya había dieciocho mil pesetas en nuestro fondo común: nueve obedientes pagadores. El policía, aunque satisfecho, me recriminó la escasa cuantía solicitada teniendo en cuenta que la mayoría de los chantajeados eran probablemente burgueses de recursos, y que en las sucesivas remesas elevase la cantidad exigida a mil pesetas mensuales. Según sus cálculos a la vista de los primeros resultados, y por mal que se diese, con veinte clientes podíamos ingresar treinta mil pesetas trimestrales para cada uno, un verdadero dineral.

Con mi falso título de farmacéutico, supuestamente expedido por la universidad de Salamanca, y dinero fresco en el bolsillo, mi primera preocupación fue visitar al campesino de Ólvega que, efectivamente, había recibido correspondencia de Collazo. Me desplacé al lugar de residencia que indicaba en su escueta misiva y allí mismo, sin dejarme ver, deslicé bajo su puerta un sobre con dos mil pesetas y una breve carta para explicarle que, en lo sucesivo, cada trimestre recibiría esa misma cantidad por giro postal.

No volví a saber del sargento. Al parecer, quedó satisfecho con el método y la renta fijada. Y a partir de ese momento, mi único objetivo fue conseguir una posición socialmente estable para Benjamín Hernando. Abandoné mi residencia en Zamora y busqué acomodo en tierras próximas, en algún lugar más discreto. Por fin, avanzada la primavera del treinta y ocho, se me presentó la oportunidad de ocupar una farmacia y un piso en Puebla de Sanabria cuyo propietario, anciano, había fallecido. Las condiciones del traspaso eran muy asequibles, y me gané al mancebo que la venía atendiendo con una jugosa subida de sueldo, de modo que ni siquiera tenía que atender el día a día.

El lugar, sin embargo, con ser una delicia estética, un lugar tranquilísimo y una garantía de suministros, no me atraía para vivir. Mi problema con la morfina, lejos de haber desaparecido, se había agudizado hasta el ritmo de casi una dosis diaria, que se convertía en doble durante los frecuentes períodos depresivos que me imposibilitaban una vida social sana. Después de unos meses viviendo en el pueblo llegó a mis oídos la disponibilidad de una casa de campo varios kilómetros al norte, y esta ha sido mi

residencia desde entonces, dedicándome en exclusiva a ganar dinero sucio y hacérselo ganar a otros.

Las restricciones legales durante la guerra imposibilitaban sacar más de dos mil pesetas en efectivo, pero no afectaban a las transacciones bancarias, así que al principio de cada trimestre acudía a cualquier sucursal del Banco de Bilbao y pasaba a mi cuenta particular el cincuenta por ciento de la cosecha, que fue creciendo poco a poco hasta completar la cifra de global de veinticuatro pagadores y más de ochenta mil pesetas trimestrales.

A medida que las tropas nacionales conquistaban territorios, se reactivaba la lista de Toledo con nuevas cartas, y meses después de acabada la guerra el número de cotizantes a la Cofradía de la Santa Expiación alcanzó su cifra máxima, cercana a los cuarenta. De entonces acá se han producido algunas bajas, supongo que por fallecimiento, exilio o reclusión, pero he preferido no indagar en ello para no poner en riesgo el anonimato.

Mi contacto con Lamela desde nuestro segundo encuentro en Valladolid se ha limitado a una entrevista más. Fue él quien me localizó, hace un par de años, a principios del cuarenta y uno. Se presentó en Puebla, averiguó mi domicilio y apareció de improviso en mi retiro a lomos de una mula. No me sorprendió que me encontrase alguien con su puesto en la policía, comisario de la Brigada de Investigación Social según sus palabras, sino el motivo de su visita.

—¿Conservas el carné que te di en Salamanca? —preguntó sin demasiados preámbulos tras nuestro frío saludo.

—Todavía lo tengo, sí.

—Destrúyelo. Deja un rastro que no nos conviene. Porque lo has usado, ¿verdad?

Efectivamente, en un par de ocasiones después de la guerra me había visto obligado a escudarme tras ese documento para esquivar la excesiva curiosidad de la Guardia Civil hacia mi persona. Y así lo admití ante Lamela.

—Una vez en la provincia de Álava y otra en la de Burgos. Cuando iba a echar las cartas de la última remesa. No tuve otro remedio.

—Pues el tufo le ha llegado a Fabra. Y tiene la mosca detrás de la oreja, como comprenderás. Ha puesto a un perdiguero a olisquear esa pista, convencido de que lo engañaste y que sigues coleando.

—¿Un poli?

—Un agente de su brigada, sí; aunque de forma extraoficial, a cambio de una compensación económica bajo cuerda. El propio Fabra me lo ha comentado. Alguna ventaja ha de tener trabajar juntos en la Puerta del Sol. Supongo que la documentación estará en sitio seguro, ¿no?

—No la guardo en casa, si es lo que quiere saber —mentí receloso —. He aprendido a protegerme.

—Bien hecho. En todo caso, si te llegase el nombre de Santiago Trillo, cuídate de él.

—¿Así se llama el perdiguero?

—Sí. Aunque es más tonto que hecho de encargo y no creo que avance mucho —valoró Lamela—. Tampoco es tan fácil llegar hasta aquí: a mí me ha costado lo mío.

—Más le vale que no lo consiga, por su propio interés. —Y esta vez le dije la verdad—. Sepa que, si yo caigo, cae usted. Y si mi caída fuera definitiva… Ya me entiende: si yo muriese de repente, hay una declaración firmada ante notario con los detalles del caso Toledo y sus derivados, incluido nuestro negocio y lo de su hermano, que incluye una carta al Ministerio de la Gobernación.

—Ya veo que eres un pequeño miserable —rezongó entre broncas carcajadas—. Te quiero vivo, Fuentes, no muerto.

—No vuelva a llamarme Fuentes.

—Tienes razón. Lo que te quería explicar es que en ningún caso podría beneficiarme de tu parte en la Cofradía. ¿Por qué iba a desearte ningún mal?

—Se lo digo por si acaso.

—Mensaje recibido. Y olvídate de Trillo, que yo me encargo de él. Pero quema ese puñetero carné.

Y eso hice. Liquidar mi último vínculo con aquel hombre que fui antes de convertirme en delincuente, traidor y asesino. Y en un miserable Judas con mi esposa, la única persona que confiaba en mí. No por ambición sino por necesidad, siguiendo las exigencias de mi demonio secreto, de esta química que me consume cada vez más deprisa. Más tarde, por la prensa, me enteré de que el tal Trillo, un policía de la Social, había muerto en un atentado comunista, pero confieso que la noticia no contribuyó a engordar mi sentimiento de culpa; porque ningún cadáver, excepto el mío, podía cambiar ya el rumbo de mi desgracia, el falso sosiego de un muerto en vida.

Lombardi aún se toma unos segundos para calibrar la declaración que acaba de escuchar, se levanta de la silla que ha ocupado y enciende un cigarro antes de intervenir.

—¿Dónde tiene el material? Los documentos de Toledo, su traducción…

—En el mismo sitio donde estaba la caja.

El policía acude al aparador, donde, efectivamente, halla lo que ha pedido: la agenda y un cuaderno adjunto con una larga lista de nombres y direcciones y otra con apuntes bancarios. Los revisa tranquilamente, y antes de volver a su asiento los guarda en una pequeña bolsa de tela que cuelga de una percha.

—¿Lo de la declaración notarial es cierto?

—Completamente —admite Fuentes, que parece derrengado.

—Significa que su publicación pondría contra las cuerdas al comisario Lamela.

—Eso supongo, si es que hay justicia.

—De eso no andamos muy boyantes últimamente —tercia Gálvez con sarcasmo.

—¿En cuánto tiempo se activaría ese proceso?

—En unos quince días desde hoy si no doy señal de vida ante el notario.

—Pero no es necesario que usted desaparezca para denunciar a su chantajista —apunta el inspector—. ¿Por qué no lo ha hecho hasta ahora?

—Por dos motivos, al menos —confiesa cabizbajo el detenido, con la vista perdida en el bosque tras los cristales—. Primero, porque soy un cobarde. Me aterroriza la idea de quedarme sin ingresos y, por lo tanto, desabastecido. Sería vivir un infierno, y ya les he dicho que me falta valor para enfrentarme a ello. Y hay un segundo, que quizá solo utilizo como excusa. Y es que si dejo de enviar dinero al sargento Collazo es muy capaz de cumplir sus amenazas hacia los campesinos que nos ayudaron. Y ya tengo bastantes muertes sobre mi conciencia.

—De eso puede olvidarse. Collazo está muerto.

Fuentes alza las cejas y deja ir un suspiro de alivio, más sonoro si cabe que el que lanzó al sentir la aguja en su vena. Pero Lombardi se desentiende de él, se cuelga la bolsa al hombro, hace un gesto a Gálvez para abandonar el salón y cierran la puerta tras ellos. El guerrillero manda a uno de sus hombres a custodiar la parte trasera de la casa para evitar una posible fuga del detenido por los ventanales.

—¿Qué te parece? —consulta el policía.

—Menudo pájaro este Fuentes.

—Un pobre hombre, en realidad —reflexiona el inspector entre caladas—. El verdadero pájaro es el dignísimo comisario Lamela y Ossorio.

—Ese es un cabrón con pintas, por supuesto. ¿Lo conoces?

—Por desgracia. Y cuanto más lo conozco, más me repugna. Reventó al agente Trillo para preservar las huellas de su indecente negocio. Ahora entiendo su fraude al resolver el caso.

—¿Lo mató y luego investigó el asesinato?

—¿Y qué mejor manera de protegerse? Culpó a un par de inocentes después de que murieran. Y le destrozó la vida a Fuentes.

—Eres demasiado indulgente con ese fulano, inspector —le censura Gálvez—. Se destrozó la vida solo y es cómplice de unos cuantos delitos. Pudo negarse a cometerlos, y si está como está es responsabilidad suya.

—No pretendo negársela —asume Lombardi mientras pisotea la colilla con el tacón—. Pero no querría para nadie la presunta libertad de acción de un toxicómano.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Esa pregunta significa que tengo posibilidades de elegir?

—Pues claro, hombre. ¿Para qué hemos venido aquí si no?

—Si de mí dependiera —explica el policía, animado por la buena noticia— me pasaría las próximas semanas escribiendo a todos los desgraciados de esta lista para que dejen de pagar y se sepan libres de amenaza.

—¿Y qué harás con Fuentes?

—Llevármelo a Madrid es poner en peligro su vida. Lamela es muy capaz de quitárselo de encima como hizo con Trillo. Francamente, no sé lo que hacer.

—No creo que le toque un pelo —desestima el guerrillero—, porque desencadenaría automáticamente su destrucción.

—Como la desencadenará la declaración de Fuentes. ¿O crees que le va a permitir hablar?

—Intentará negociar con él una versión dulcificada. Fíjate: yo creo

que estará más interesado en lo que llevas ahí colgado, en las pruebas materiales de los hechos. Sin agenda no hay pruebas.

—Claro que las hay: esa falsa cofradía, esa cuenta bancaria, sus movimientos… No sé, vamos a ver qué opina el implicado.

La pareja regresa al interior. En la butaca sigue Fuentes, aunque no el Fuentes sereno que habían dejado sino un cuerpo desmayado con una goma atada al brazo, la jeringa colgando y varias ampollas de morfina vacías alrededor.

—¡Joder! —grita Lombardi, que se abalanza sobre el cuerpo en busca de pálpito—. Pupilas contraídas, apenas respira… Sobredosis. ¿Falta mucho para que llegue ese médico tuyo?

—Venían de camino, pero no lo sé. De todas formas, no tenemos remedios para esto, que yo sepa —asegura el guerrillero sin dejarse llevar por la alarma que domina al inspector.

El policía asiste impotente al proceso mientras intenta buscar una explicación a la repentina decisión de Fuentes. Es posible que su última frase antes de abandonar el salón abriera la espita del desenlace. Saber que Collazo ha muerto, que su amenaza a terceros ha desaparecido para siempre, puede haber infundido en el joven el coraje suficiente para dar un paso decisivo hacia el descanso y provocar así el cataclismo a los pies de quien le destrozó la vida. Sin poderlo evitar, cruza por la mente de Lombardi el recuerdo de Marta Zúñiga, y la necesidad de buscar una versión sobre el final de su esposo que no incremente el dolor de forma innecesaria. Pero de inmediato se dice que esa situación, de darse algún día, queda muy lejos, y que bastante tienen ahora con salir del aprieto en que se encuentran.

El resto del grupo llega a la casa apenas media hora después. Ni el médico ni nadie es capaz de revertir la intoxicación y el coma y reanimar al moribundo. El agente Pulido, que cojea levemente, pregunta por lo sucedido y Lombardi lo acompaña al interior para que sea testigo del desenlace.

—Llegamos tarde —miente, para preservar los datos obtenidos hasta tener la cabeza un poco más clara—. Ha preferido suicidarse

antes que hablar. Como el sargento Collazo.

—Entonces, ¿no tenemos nada?

—Poca cosa, la verdad. Admitió que estuvo en Belchite y que conocía a Collazo, pero nada sobre el origen de sus giros, del dinero. No esperábamos que hiciera esto.

—Bueno, y qué más da —susurra el agente—, si estos rojos de mierda nos van a matar.

—Confiemos en que no. De momento, nos están ayudando.

—Ya, porque usted sigue siendo tan rojo como ellos —protesta—, pero a mí me matan seguro.

—No digas sandeces, coño. Esto no va de rojos ni azules. El jefe de la partida es compañero de la Criminal. Lo fue, quiero decir, antes de la guerra. Es un policía apoyando a otros colegas en dificultades.

—Un policía que se echa al monte no es de fiar.

Lombardi está a punto de mandarlo a hacer puñetas cuando Gálvez reclama su presencia en el exterior.

—No podemos eternizarnos —dice, tajante—. ¿Qué vas a hacer con Fuentes?

—¿Y tú que crees? Dejarlo aquí, aunque me sabe mal. No es forma de morir.

—Ninguna forma de morir es buena. ¿Cómo pensáis volver?

El plural utilizado alegra el ánimo del inspector, y más el del agente Pulido, que se ha sumado al grupo y empieza a contemplar un horizonte un poco menos negro del que presumía momentos antes.

—Tenemos un coche a un par de kilómetros senda adelante, cerca de donde nos encontrasteis. Podemos usarlo hasta Benavente.

—Os acompañamos un rato entonces. Luego podréis iros. Con una condición… —Los afectados escuchan atentos—. No debéis parar en

Puebla de Sanabria. En Benavente dais parte de la muerte de Fuentes a la Guardia Civil y que se hagan cargo del cadáver. Entre que vosotros llegáis y ellos se desplazan hasta aquí, tenemos tiempo de sobra para desaparecer.

Durante el camino, los policías van recuperando sus gabardinas y su documentación. Lombardi incluso su pistola, que regresa a la sobaquera. La de Pulido, sin embargo, sigue en poder de sus captores, que no parecen confiar demasiado en su sensatez, ni siquiera rodeado de naranjeros.

—Sabes que llevas una auténtica bomba en esos papeles —comenta Gálvez, que camina en un aparte junto al inspector—. ¿Qué piensas hacer con ellos?

—Ya te he dicho: liberar en lo posible a todos los atrapados en el chantaje, y luego quemarlos.

—Si ese comisario te los descubre, ya puedes correr.

—Esperemos que no sea antes de que se active la declaración notarial de Fuentes. Quince días ha comentado, ¿no? Supongo que podré aguantarlos ese tiempo sin levantar sospechas.

—¿Confías en que le metan mano a un alto mando de la Social por la declaración de un desertor? Muy optimista te veo.

El policía admite para sí que no va a ser fácil. Ha conocido casos de corrupción en los que estaban implicados tipos de alto copete y alguno considerado héroe de la Cruzada, cuyos procesamientos se han ido al limbo por orden del dictador. Aunque el delito de Lamela parece especialmente grave porque no solo ha impedido la detención y el castigo de quienes el Nuevo Estado entiende como declarados enemigos de la Patria, sino que lo ha hecho para chuparles la sangre en beneficio propio. Sea como sea, Gálvez tiene razón en que hay que ir con cuidado.

—En todo caso —insiste el guerrillero—, más te vale mantenerlos en secreto. Que no se entere siquiera esa ladilla fascista que llevas como compañero.

—Descuida. Tampoco le he dicho nada concreto sobre la confesión de Fuentes. No me fío de que mantenga la lengua quieta.

—Deberías dejárnoslo aquí y viajar solo.

—Prefiero no sufrir más bajas durante esta investigación, si no te importa. Y gracias por perdonarle también la vida. Al fin y al cabo, os puede delatar.

—Eso no me preocupa. El verdadero peligro es para ti.

—Lo sabré llevar.

En un punto determinado, Gálvez ordena detenerse a la partida y estrecha la mano de Lombardi antes de dar media vuelta.

—Mucha suerte, inspector.

—Suerte también para vosotros, agente de tercera.

La tarde empieza a caer cuando la pareja de policías aborda el último tramo de la senda. El cielo ha abierto un poco y una brisa repentina anima a cubrirse con la gabardina.

—Vamos, Pulido —anima Lombardi cuando tienen el viejo Ford a la vista—, acelera que estoy tieso de hambre. A ver si llegamos pronto a Benavente.

—Me va a tener que ayudar a llegar —se lamenta aquel, cojeando —, porque la pierna no me da para más.

El inspector repite la operación de horas antes, aunque ahora el herido se mueve con más soltura y parece pesar menos. Cuando ambos consiguen llegar hasta el coche, el agente, en un veloz movimiento, desplaza su brazo libre hasta la sobaquera de Lombardi para apoderarse de la pistola.

—Hasta aquí hemos llegado —dice, apuntando al pecho de su superior.

Lejos de alarmarse, el inspector mira fijamente a los ojos de Pulido.

—¿Qué pretendes, idiota?

—Que me dé esa bolsa que lleva colgada.

—Vas a tener que venir a por ella.

—Igual me da matarlo antes que después.

—¿Recuerdas lo que te dije un día sobre apuntarme con un arma? —pregunta Lombardi avanzando a paso calmo hacia el agente.

La respuesta inmediata de Pulido es pulsar el gatillo, pero no hay detonación. El metálico chasquido del percutor vuelve a sonar dos veces más antes de que el puño de Lombardi se estrelle contra la nariz del agente y un rodillazo en el vientre le haga doblarse sobre sí mismo. El inspector recoge su Star del suelo al tiempo que saca un puñado de balas del bolsillo de su americana que muestra a su agresor.

—¿Tan cortito eres como para pensar que te iba a facilitar las cosas?

El agente, sentado en el suelo con la espalda apoyada en una rueda, contempla atónito a su adversario, sopesando el desenlace de su frustrado ataque mientras trata de contener la hemorragia.

—¿Qué te dije? —Es la voz de Gálvez, que ha surgido del follaje y avanza hacia ellos encabezando su partida—. Menos mal que me hiciste caso y vaciaste el peine. Si no, ahora mismo estabas seco. Ya que te he ganado la apuesta, ¿me permites intervenir?

—Con mucho gusto —acepta Lombardi, que guarda la bolsa en su maletín.

—A ver, fascista de medio pelo, ¿cuáles son tus planes?

Pulido no responde, ni siquiera al cachete que le dedica el guerrillero por su silencio.

—¡Apache! —llama Gálvez a uno de los suyos, que acude presto—. Hazle uno de esos arreglos capilares que tú sabes.

El aludido, un hombre menudo aunque fibroso, saca de su funda un brillante cuchillo de monte y se acomoda junto a Pulido, que ahora resopla entre sudores mientras el resto de la partida se despliega vigilante en torno al coche.

—Lo llamamos Apache porque te deja sin cuero cabelludo en un abrir y cerrar de ojos —explica el jefe guerrillero—. Y sin enterarte. Ya verás qué bueno es.

Cuando el canto del cuchillo se desliza lento y frío por su pómulo, el agente empieza a temblar, y al girarse el arma y notar el filo cerca de su sien, dos lagrimones escapan nerviosos hacia una boca convulsa que intenta decir algo. Las primeras palabras brotan cuando la punta dibuja un surco rojo a la altura de la patilla.

—¡Ya basta! —lloriquea Pulido—. No es cosa mía. Me ordenaron matarlo.

—No te calles —le aprieta Gálvez—. Sigue, que me cansa hacer preguntas.

—El comisario Lamela. Él me lo ordenó. Me llamó a su despacho. Dijo que el inspector no es de fiar, que es un rojo infiltrado. Me hizo vigilarlo para conocer sus planes. Lo seguí a la prisión de Santa Rita y luego a una casa en el Cerro del Cuervo.

—Un momento —interviene Lombardi—. ¿Tú entraste en casa de Donato Andueza? ¿Tú lo mataste?

—Fue un accidente —solloza—. Se cayó y se partió la crisma con una mesa.

El inspector le lanza un puntapié a la rodilla. Poco castigo para lo que merece, piensa, pero reprime su furia.

—¿Accidente, cabrón? Torturaste y mataste a un pobre viejo para nada. ¿Qué querías de él?

—El comisario me dijo que averiguara qué interés tenía usted en Andueza y que me hiciera con toda la documentación interesante de aquella casa.

—¿A cambio de qué?

—Me dio dinero para pagar mis deudas y me prometió pasar a la Social lo antes posible si tenía éxito.

—Las habituales treinta monedas de plata —interviene Gálvez—. Y para este viaje, ¿qué órdenes tenías?

—Vigilar de cerca al inspector hasta ver si encontrábamos a Fuentes. Esta mañana, cuando supimos el paradero del desertor, me dio la orden de protegerlo y matar al inspector. Y si no me era posible hacerlo, llevarme toda la documentación que pudiera encontrar.

—Esa llamada en Puebla, ¿verdad? —pregunta Lombardi con un punto de decepción en la voz.

Pulido cabecea.

—Ahí lo tienes, inspector —apunta Gálvez—. Aunque te libres de este, en Madrid te esperan para darte matarile.

—Y a este imbécil también. ¿O crees que ibas a vivir mucho después de esto, agente Pulido? Lamela no se anda con tonterías y eres un testigo muy incómodo para él. Se aprovecha de cualquier debilidad para atraparte. Lo hizo con Fuentes y ahora contigo.

—Bueno, chicos, coged a este tipo y vamos de vuelta —ordena el jefe guerrillero—. La casa de Fuentes es un buen sitio. Donde hay un cadáver caben dos.

Un par de hombres arrastran al agente hacia la espesura. Pulido se resiste berreando, pero el cuchillo de Apache le anima a cambiar de actitud. Lombardi observa la retirada del grupo con un punto de desazón: ninguna muerte es agradable, ni siquiera la del que ha buscado la tuya. Pero en este caso no parece haber alternativa a la sentencia dictada por la ley del monte.

—Bueno, yo me voy, a ver si llego a Benavente a tiempo de tomar un tren.

—Olvídate del coche —rechaza el guerrillero—. Sabes lo que te

aguarda en Madrid: no es buena idea volver allí.

—Pues ya me contarás si tienes alguna mejor.

—Tú también tienes que morir.

—No me jodas, Gálvez.

—Créeme que no hay otra salida.

Tiempo de despedidas

Miércoles, 26 de mayo de 1943

Es mediodía y el sol cae a plomo sobre la necrópolis del Este. Tres o cuatro centenares de asistentes se concentran frente a los nichos, arropando a los dos féretros cubiertos con la bandera y el escudo aguileño de la dictadura. Alicia Quirós intenta sobreponerse a la incredulidad, un estado en el que vive instalada desde que hace unos días leyó en los periódicos aquella noticia que le hizo temblar:

VÍCTIMAS DEL BANDOLERISMO

Zamora, 20 (Cifra).-

Dos policías de la Brigada Criminal de Madrid que cubrían una investigación sobre la violencia roja en la provincia han sido asesinados por una partida de bandoleros que actúa en las sierras zamoranas y limítrofes.

Los cadáveres del inspector de primera D. Carlos Lombardi y del agente de tercera D. Cayetano Pulido fueron hallados por un pastor en los alrededores de la localidad de Pedrazales. El ensañamiento de sus asesinos fue tal que, tras la ejecución, sus cuerpos fueron rociados con gasolina y prendidos fuego, y tan solo fue posible su identificación por alguna ropa y efectos personales de ambos encontrados en el vehículo que abandonaron en las inmediaciones.

La Guardia Civil sigue pistas sólidas sobre los autores y espera su detención en la mayor brevedad mientras la Dirección General de

Seguridad prepara el merecido homenaje a los dos patriotas, cuyos restos mortales saldrán hacia Madrid en fecha aún no anunciada.

Había releído cien veces la noticia sin darle crédito, y ahora, en su permanente estado de estupefacción, Quirós apenas la rememora como una pesadilla plana, sin movimiento, de colores grises; algo nunca sucedido más allá de un texto impreso. A duras penas consigue reprimir las lágrimas que le afloran y que distorsionan las caras conocidas que pululan por los alrededores: el comisario jefe Fagoaga, los comisarios Ulloa, Amorós y Lamela, los inspectores Fabra y Durán, la auxiliar Ochoa y otros muchos inquilinos habituales del edificio de la Puerta del Sol y del Ministerio de la Gobernación que se han sumado a la despedida. Y Andrés Torralba, naturalmente, que permanece firme a su lado, pendiente de cualquier posible desfallecimiento por su parte.

El viejo guardia de asalto traga amargura por la trágica desaparición del amigo, pero también sapos y culebras ante el espectáculo que se ve obligado a presenciar.

—¡Inspector Carlos Lombardi! —grita una voz anónima.

—¡Presente! —responde la masa, como una sola garganta masculina.

—¡Agente Cayetano Pulido!

—¡Presente!

—¡Arriba España!

—¡Viva Franco! ¡Arriba España!

Mientras los asistentes entonan el Cara al sol y alzan los brazos para mostrar al cielo la palma de la mano derecha, el cordobés masculla maldiciones que solo pueden ser oídas por el cuello de su camisa.

—¡Serán hijos de perra! Se apoderan de todo: de las palabras, de las personas, de la Historia… Hasta de los muertos ajenos se apropian —murmura, y concluye que también es mala leche que un hombre

como Lombardi haya tenido que caer bajo balas antifranquistas para dar satisfacción a ceremonias patrioteras como la que se desarrolla ante sus narices. Como le podría haber sucedido a él mismo, reflexiona con no poco alivio, si el tal Pulido no hubiera ocupado finalmente la plaza de acompañante del inspector.

Cuando los dos ataúdes desaparecen tras la pared de yeso y ladrillo, Torralba y Quirós se marchan sin prestar atención a la cola de pésame que, a falta de familiares, protagonizan los altos cargos presentes. En su retirada se encuentran con Ignacio Mora, que ha asistido al sepelio a suficiente distancia como para no sentirse actor del espectáculo. El joven periodista detiene su mirada en los ojos enrojecidos de Quirós, velados por una tristeza insondable, y titubea antes de atreverse a abrir la boca.

—Sé que no es buen momento, pero necesito hablar con ustedes —susurra, al tiempo que hace un sutil gesto para que sigan sus pasos.

El trío se desplaza entre las lápidas hasta apartarse de los bloques de nichos. Por fin, en una zona sombreada, el periodista saca una cuartilla de su americana.

—¿Saben lo que es esto? —pregunta, mostrando un texto en letras azules, fruto de una copia en calco hecha a máquina. Y decide explicarse ante las señales de incomprensión que recibe—. Forma parte del sobre que entregué a don Carlos en su casa. Hace unos días, cuando ustedes estaban allí. Lo que faltaba del primer capítulo de mi novela…

—Sí, ya recuerdo —admite Torralba—. ¿Qué tiene de particular?

—Pues que tengo una duda muy seria —se explica—. Ayer recibí una carta, y no sé hasta qué punto debo concederle crédito o no. Espero que ustedes me puedan ayudar.

—Explíquese.

—Esta página de mi novela venía dentro de esa carta.

—¿Y hay garantías de que es auténtica?

—Por supuesto. Es una de las páginas que entregué al inspector. La

tenía él.

—Por favor, señor Mora —suplica Alicia Quirós—, no estamos para adivinanzas. ¿Adónde quiere ir a parar?

—Solo quiero que lean esta carta. El resto lo dejo a su criterio.

El periodista saca un sobre y se lo entrega a Torralba. El detective extrae la cuartilla que contiene, se sienta sobre una lápida e invita a Quirós a hacer lo mismo para leerla juntos. Mora se mantiene en pie, vigilante de cualquier presencia molesta en los alrededores.

Estimado señor Mora:

Tengo un amigo con especial interés en comunicarse. Dice que siga usted escribiendo, que el protagonista de su novela tiene que seguir vivo.

Añade que el señor Torralba se alegrará de recibir un mensaje para la sota de oros: que puede casarse sin miedo a cometer bigamia porque es efectivamente viuda, viuda de un hombre esclavo de las circunstancias, que la amó hasta el final y que solo se apartó de ella para no hacerle daño cuando una pasión más poderosa y devastadora que el amor le torció el camino.

A la señorita Quirós le aconseja que no ceje en su empeño para que en un futuro pueda acceder al puesto y reconocimiento que se merece. Y que siga perfeccionando el pasodoble.

Y a todos, dice mi amigo como última voluntad de este particular testamento, que jamás pierdan la esperanza.

—No está firmada —objeta la auxiliar, que se enjuga con un pañuelo.

—Sí, una anomalía más —asume Mora.

—Anómala, pero parece muy explícita y con mensajes demasiado directos y privados para ser un fraude o una broma de mal gusto —

subraya Torralba repasando el sobre—. Sin remite. Matasellos de Cáceres.

—¿También ustedes creen que don Carlos sigue vivo? —pregunta Mora con un brillo feliz en las pupilas—. ¿O son imaginaciones mías?

—Es lo que viene a sugerir esta carta —admite Quirós, que no se atreve a aceptar del todo la sonrisa que quiere amanecer en su boca —. Siempre y cuando su origen sea fiable.

—Por su contenido, parece serlo. Pero, entonces, esos dos ataúdes… —se frena el periodista, girando la vista hacia los nichos.

—Sin que suene a hipótesis de trabajo… —reflexiona Torralba en voz alta—. Fuentes era tan alto como el inspector… Y el fuego borra rostros y señales… Acuérdense de la falsa muerte del seminarista Eliseo Merino a orillas del Manzanares. Quién sabe. Es posible que se haya visto obligado a morir. Oficialmente, quiero decir.

—Puede que así sea —aventura Mora.

—Ojalá viva —augura ella—; aunque se me hace muy duro pensar que no volveremos a verlo.

—Quién sabe. El futuro no está escrito, señorita Quirós —valora el joven periodista—. Lo escriben los hombres libres. Y, al parecer, Carlos Lombardi es uno de ellos.

MADRID, OCTUBRE DE 2022

Nota del autor

Uno de los aspectos más llamativos de la generalizada represión franquista es el que se refiere a la persecución de la masonería. La vesánica caza al masón impuesta por la dictadura aniquiló por completo a esta sociedad en España, con situaciones tan crueles como el hecho de que algunos juicios se celebraron cuando los reos ya habían sido fusilados. Juicios sin asistencia jurídica a los detenidos, naturalmente. Según datos de la propia masonería, unas dieciséis mil personas, mayoritariamente hombres, fueron ejecutadas durante la larga dictadura de Franco bajo la acusación de pertenecer a esta hermandad, y en los archivos se conservan más de ochenta mil fichas de represaliados por esta causa. Lo curioso, y trágico a la vez, es que cuando empezó la guerra civil el número de masones españoles no superaba los cinco o seis mil afiliados.

La pregunta de por qué Franco odiaba a los masones se la han hecho historiadores, escritores, periodistas y, naturalmente, los propios masones. Porque ese rencor parece indiscutible si analizamos los detalles de la persecución que diseñó y ejecutó sobre ellos cuando tuvo poder suficiente para hacerlo. Del origen de esta antipatía tan solo hay especulaciones. La más divulgada es la que sostiene que fue por un desengaño. O dos. El primero se produjo durante su etapa africana, cuando el entonces joven oficial fue rechazado por una logia de Larache integrada básicamente por militares. Para ingresar en las logias masónicas se exigía si no una absoluta unanimidad sí al menos el voto favorable de una amplia mayoría de sus miembros. De creer esta versión, el futuro dictador habría sido impugnado como candidato por sus propios compañeros de armas, que no se fiaban en absoluto de él. Toda una bofetada al orgullo de quien ya tenía un hermano, Ramón, en las filas masónicas y otro, Nicolás, como alto cargo de los rotarios, una sociedad elitista internacional con algunos puntos en común con los masones. Un segundo intento en Madrid durante los años republicanos desembocó también en fracaso.

La ausencia de pruebas o de alegatos verosímiles sobre los hechos mencionados invita a pensar, sin embargo, que se trata de una leyenda urbana, creada tal vez para intentar explicar el odio extremo demostrado por el dictador hacia los miembros de la histórica sociedad. Los comentarios sobre la primera intentona de Larache se basan en el testimonio del teniente coronel Joaquín Morlanes, quien, al parecer, habría participado en el debate y votación que rechazó a Franco. Testimonio que, según otras fuentes, fue desmentido posteriormente por el propio Morlanes. La tentativa madrileña está aún menos documentada y no pasa de la categoría del rumor.

Una segunda hipótesis sobre esta patológica ojeriza se sumerge directamente en el universo freudiano. El padre del futuro dictador, Nicolás Franco, abandonó el entorno familiar gallego para residir en Madrid con una amante, algo que su hijo menor nunca le perdonó. Por si fuera poco, don Nicolás despreciaba a Francisco mientras elogiaba públicamente a sus otros dos hermanos varones. Y además valoraba hasta tal punto a los masones que no sería de extrañar que hubiera pertenecido a la sociedad. De la posición paterna con respecto al general golpista hay suficientes testimonios como para sostener que, cuando llegó a Caudillo, Franco cargaba con una pesada mochila de malquerencia acumulada desde los años infantiles. Que quisiera cobrarse tantas ofensas mediante la represión de todo lo que le recordase a su padre entra dentro de lo explicable desde un punto de vista psiquiátrico.

Porque solo desde una perspectiva psiquiátrica puede explicarse el plan represivo trazado por Franco contra la masonería y otras sociedades similares. Aunque, conociendo el catolicismo imperante en su familia materna y que él abrazó como reacción ante un padre librepensador, puede entenderse su fobia a cualquier ideología extraña a la religión tradicionalista sin necesidad de traumas paterno-filiales. Llevado al extremo, como en su caso, significó marcarse como objetivo político el exterminio de cualquier asomo de disidencia o heterodoxia.

Que no se trató de una manía temporal lo demuestra la creación por parte del dictador de un alias encargado de sostener sus cavernícolas ideas a lo largo de los años. Jakim Boor se llamaba el

peculiar personaje que, entre 1946 y 1951, publicó en el diario Arriba, portavoz de Falange, medio centenar de artículos contra la masonería, artículos reeditados después en formato libro. Para dar credibilidad a su farsa, se llegó a anunciar como noticia que Boor había sido recibido en audiencia en El Pardo cuando, realmente, vivía en ese palacio casi desde el final de la guerra.

Al margen de sus inquinas personales, Franco siguió fielmente los pasos de la Italia fascista y de la Alemania nazi en sus respectivas campañas antimasónicas. Dos meses después de su intento de golpe de Estado, a mediados de septiembre de 1936, publicó el primer decreto sobre la masonería declarándola contraria a la ley, y a sus afiliados reos del crimen de rebelión. Acabada la guerra, en marzo de 1940, promulgó la Ley para la Represión de la Masonería y el Comunismo, que condenaba no solo a los masones, sino también a sus familias.

El llamado contubernio judeomasónico como principal enemigo de la patria se convirtió en lugar común de los discursos del dictador y de muchos de sus colaboradores a lo largo de casi cuarenta años. Hasta el punto de que Franco denunció la conspiración masónico-izquierdista durante su última alocución en el palacio de Oriente en 1975, solo mes y medio antes de morir.

Para la represión de la organización culpable de todos los males de España durante el último siglo (pérdida de las colonias americanas, guerras carlistas, caída de reyes, magnicidios…), Franco creó un cuerpo de policía e información específico, el llamado Servicio de Información Antimasónico o, simplemente, Brigada Antimasónica, algunos de cuyos miembros informaban directamente al dictador de sus investigaciones. En agosto de 1938, con la reorganización de la estructura policial del naciente Estado fascista, la brigada quedó integrada en la llamada Cuarta Sección de la Dirección General de Seguridad junto al departamento encargado de elaborar el Archivo Judaico, es decir, el listado de todos los judíos residentes en España.

La labor policial contó con la colaboración de voluntarios civiles o religiosos que aportaron listas de sospechosos. Entre estos delatores destacó Juan Tusquets, un sacerdote barcelonés colaborador del diario carlista El Correo Catalán, donde había vertido durante los años treinta su fobia antisemita y antimasónica. Fue uno de los

introductores en España del libelo Los protocolos de los sabios de Sion. Feroz antirrepublicano, visitó en 1933 el campo de concentración nazi de Dachau invitado por la Asociación Antimasónica Internacional para, según sus propias declaraciones, aprender lo que había que hacer en España. Semejante personaje se presentó en Burgos con ochocientos nombres de presuntos masones y judíos que entregó a las autoridades franquistas. En la capital administrativa de Franco fundó la editorial Lumen para publicar panfletos antimasónicos; editorial que, con el paso de los años, transferida al hermano de Tusquets y con el apellido familiar, dio lugar a uno de los más famosos sellos editoriales españoles. Concluida la guerra, Joan Tusquets se dedicó casi en exclusiva a la docencia. Murió en 1998, y en sus veinte últimos años, a pesar de las contundentes pruebas, negó haber participado en persecución alguna.

Con José Finat y Escrivá de Romaní como director general de Seguridad, dos personas fueron encargadas de la dirección de los departamentos represivos: Julián Mauricio Carlavilla en su aspecto antijudaico y Eduardo Comín Colomer en el antimasónico, aunque su trabajo y el de sus agentes se solapaba a menudo. Se trataba de dos policías con vocación didáctica, autores de numerosos libros sobre las materias referidas, siempre desde la perspectiva antisemita y antimasónica más radicales y un estilo basado en el bulo, la demagogia y la conspiración. (Ver DRAMATIS PERSONAE).

Durante este período se produjo una intensa colaboración militar y económica de los generales facciosos con la Alemania nazi; también en el terreno policial. La visita de Heinrich Himmler en 1940 para preparar la entrevista de Hitler y Franco sirvió para potenciar esta cooperación a través de Paul Winzer, jefe de la Gestapo en España. El kriminalkommissar Winzer se encargó de formar a las nuevas y viejas generaciones de la policía hispana en las formas y técnicas de la Gestapo, y de sus enseñanzas surgió la que pronto sería oficialmente llamada Brigada de Investigación Social o Brigada Político-Social, de triste recuerdo. Con el paso de los años, los miembros de las brigadas represivas contra masones y judíos se integraron en la Social, aunque siguieron emitiendo sus propios informes, especialmente la primera.

Al margen de estas referencias históricas, los nombres que aparecen en la novela relacionados con la DGS son absolutamente ficticios, y cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Como en cualquier otra parcela de la sociedad en aquellos años, la corrupción fue uno de los elementos característicos de un sector de la policía franquista, especialmente en su versión político-social. Más allá de la honradez que a título personal pudieran demostrar buena parte de los miembros del Cuerpo, la impunidad que otorgaba una placa en una sociedad dominada por el miedo favorecía las pequeñas corruptelas y operaciones de estraperlo, mercado negro, cohecho o extorsión a las actividades delictivas que supuestamente perseguían. Nada extraño, teniendo en cuenta que tres de cada cuatro generales del Estado Mayor franquista estaban sobornados por el Gobierno de Gran Bretaña para mantenerse al margen de la guerra en Europa, que muchos empresarios, periodistas y políticos estaban a sueldo del Tercer Reich y que el propio Franco trabajaba como una hormiguita en la sombra para su enriquecimiento personal.

Y un último asunto relacionado con la novela. Por pudor, y por convicción literaria, el autor siempre evita mezclar su vida personal con la obra, pero en este caso ambas resultan inseparables porque han llevado un camino común y parece oportuno mencionarlo.

A primeros de diciembre de 2021, cuando iniciaba el plan de promoción de Morir en noviembre, la tercera novela de la serie, me detectaron un cáncer. La noticia derivó en un mes de hospitalización y dos intervenciones quirúrgicas delicadas seguidas de un largo proceso de quimioterapia. En aquellos días, El club de las viudas estaba muy avanzado, escrito en sus dos terceras partes, con previsión de entrega a HarperCollins en el mes de febrero. Hasta el mes de junio de 2022, sin embargo, no fui capaz de reunir las fuerzas necesarias para seguir trabajando, y en agosto sufrí una tercera intervención que frenó de nuevo la escritura. Por fin, entre septiembre y octubre conseguí, aunque con meses de retraso, culminar esta tetralogía.

Mi gratitud a la paciencia de mi editora, Elena García-Aranda, y a Luis Pugni, director general de HarperCollins Ibérica, siempre

pendiente de mi evolución durante estos difíciles meses y dispuesto a facilitar el proceso editorial.

Ha sido un año muy doloroso, en el que vi despedirse a amigos, conocidos o admirados como Almudena Grandes, Fernando Marías, José Javier Abasolo o Domingo Villar, a cuyo recuerdo quiero dedicar estas páginas, fruto de un esfuerzo personal hasta hoy desconocido para mí y en el que me he visto impulsado, como siempre, por Alicia, Guillermo y Ana, la guardia pretoriana de mis ganas de vivir.

Dramatis personae

Los nombres precedidos por ** corresponden a personajes reales; el resto son ficticios. Entre paréntesis, capítulos anteriores de la serie en los que también han intervenido o son mencionados.

PERSONAJES PRINCIPALES:

CARLOS LOMBARDI: Nacido en Buenos Aires en 1901, llegó a Madrid antes de cumplir los cinco años. Policía criminalista desde los años veinte, trabajó como tal durante la monarquía de Alfonso XIII y durante la República. Su fidelidad al orden legal le costó tras la guerra civil una condena de doce años de reclusión. Desde finales de 1941 está en la calle de forma irregular y desde noviembre de 1942 disfruta de un indulto. (Vísperas de destrucción, Tiempo de siega, La Virgen de los huesos, Morir en noviembre).

ALICIA QUIRÓS: Veintiséis años. Trabaja como auxiliar de segunda (secretaria) en el departamento de identificación de la Dirección General de Seguridad. Falangista desencantada, se convierte en uno de los principales apoyos de Carlos Lombardi cuando abandona la prisión. (Tiempo de siega, La Virgen de los huesos, Morir en noviembre).

ANDRÉS TORRALBA: Cordobés de cuarenta y tres años, emigró a Madrid durante la guerra e ingresó en la Guardia de Asalto. Purgado en la posguerra, sobrevive gracias al apoyo de Carlos Lombardi y al trabajo que pueda ofrecerle la agencia de

información Hermes. (Tiempo de siega, La Virgen de los huesos, Morir en noviembre).

IGNACIO MORA: Madrileño de veintiún años. Periodista en la sección de sucesos de la agencia Cifra. Escribe una novela sobre la primera investigación de Carlos Lombardi tras salir del encierro en Cuelgamuros. (Tiempo de siega, Morir en noviembre).

POR ORDEN DE APARICIÓN O MENCIÓN:

ISIDRO ORTEGA: Comisario jubilado, dirige la agencia de investigación Hermes. (La Virgen de los huesos, Morir en noviembre).

**FERNANDO FAGOAGA ARRUABARRENA: Comisario jefe de la Brigada de Investigación Criminal. (Tiempo de siega, La Virgen de los huesos, Morir en noviembre).

BALBINO ULLOA: Comisario de tercera, inspector jefe de Carlos Lombardi desde antes del asedio a Madrid por los facciosos. Ahora, en la Jefatura Superior de Policía. (Vísperas de destrucción, Tiempo de siega, La Virgen de los huesos, Morir en noviembre).

HERIBERTO ESCANDELL: Procurador en las Cortes franquistas, conspirador y protector en la sombra de Carlos Lombardi. (Morir en noviembre).

JAIME AMORÓS: Comisario de tercera en la Brigada de

Investigación Criminal. Falangista. Jefe directo de Lombardi. (Morir en noviembre).

TERESA OCHOA: Secretaria de la DGS, comparte con Lombardi el espacio del Pudridero.

CAYETANO PULIDO: Agente de tercera en el Pudridero.

**JOSÉ DEL CASTILLO SÁENZ DE TEJADA: Teniente de la Guardia de Asalto tiroteado y muerto por pistoleros fascistas el 12 de julio de 1936. (Vísperas de destrucción).

**JOSÉ CALVO SOTELO: Líder de la oposición antirrepublicana y admirador del fascismo, secuestrado y asesinado como represalia por el atentado contra el teniente Castillo. (Vísperas de destrucción).

ERIKA BAUMGAERTNER: Amiga íntima de Carlos Lombardi. De nacionalidad suiza, forma parte del personal de la embajada alemana en Madrid. (Tiempo de siega, La Virgen de los huesos, Morir en noviembre).

BEGOÑA ARRIOLA: Exmujer de Carlos Lombardi, de la que se divorció en 1935. (Vísperas de destrucción, Tiempo de siega, La Virgen de los huesos, Morir en noviembre).

EMILIO FUENTES: Alférez médico desaparecido en la primera batalla de Belchite.

MARTA ZÚÑIGA: Viuda del alférez Fuentes.

VALERIO COLLAZO: Sargento del Tercio de Almogávares desaparecido en la primera batalla de Belchite.

JOSÉ IRUJO: Cabo del Tercio de Almogávares desaparecido en la primera batalla de Belchite.

ÁNGEL JIMÉNEZ: Soldado del Tercio de Almogávares desaparecido en la primera batalla de Belchite.

**FACUNDO VALÍAS: Jefe superior de Policía de Zaragoza.

SANTIAGO TRILLO: Agente de segunda asesinado en un atentado a primeros de 1941.

**PAUL WINZER: Jefe de la Gestapo en España, brazo derecho de Heinrich Himmler y formador de la Brigada de Investigación Social, la policía política franquista. (La Virgen de los huesos, Morir en noviembre).

BATANERO (sin nombre de pila): Funcionario a cargo del campo de prisioneros de Belchite.

VIRGILIO (sin apellido): Propietario del colmado de Belchite,

excombatiente en la Segunda Bandera de Falange de Aragón.

LUCÍA (sin apellido): Esposa de Virgilio.

GABRIELA GOTOR: Asistenta del exmagistrado Fermín Toledo en Belchite.

**MARIANO CASTILLO: Alcalde de Belchite asesinado por falangistas junto a su mujer y un hermano durante el golpe militar de 1936.

FERMÍN TOLEDO: Magistrado jubilado del Tribunal de Cuentas residente en Belchite.

MATEO ROMERA: Nuevo vecino y jefe de finca en la calle Cañizares, donde vive Carlos Lombardi. Falangista.

LEONOR SOBRADO: Viuda del sargento Valerio Collazo.

AGUSTÍN FABRA: Inspector de la Brigada Antimasónica.

**JOSÉ FINAT, conde de Mayalde: Aristócrata pronazi. Director general de Seguridad y gobernador de Madrid entre 1939 y 1941. Uno de los principales responsables de la represión franquista y de la entrega por parte de Alemania de ilustres exiliados, como los exministros Zugazagoitia y Peiró y el presidente de la Generalitat catalana, Lluis Companys, que fueron fusilados.

**JULIÁN MAURICIO CARLAVILLA: Alias Mauricio Karl. Policía y escritor de libros conspirativos antimarxistas y antisemitas. Responsable del Archivo Judaico. Se jubiló como policía en 1958.

**EDUARDO COMÍN COLOMER: En 1938 dirigía los departamentos de Masonería y Judaísmo del Servicio Nacional de Seguridad franquista. Más tarde pasó a la Comisaría Político-Social. Publicó varios libros y decenas de artículos periodísticos sobre la masonería, siempre con un contenido maniqueo y conspirativo. Se jubiló en 1973 como director de la Escuela General de Policía.

CRISPÍN ZÚÑIGA: Padre de Marta Zúñiga.

OCTAVIO LAMELA: Comisario de segunda de la Brigada de Investigación Social. Durante la guerra fue jefe de Agustín Fabra en la Antimasónica. Falangista.

DONATO ANDUEZA: Escritor de novelas populares y colaborador del diario Ahora, perseguido hoy por la dictadura.

TORIBIO MUÑOZ: Librero de viejo en la calle Arenal. Primo de Donato Andueza.

**JULIO MARTÍNEZ SANTA OLALLA: Comisario general de Excavaciones Arqueológicas. Fervoroso pronazi, promovió una quema de libros sobre Darwin y el evolucionismo y entregó a los arqueólogos del Tercer Reich el tesoro visigodo obtenido en las excavaciones de Castiltierra (Segovia). (La Virgen de los huesos).

ANA MARÍA PAZOS: Viuda del cabo Irujo.

CONCEPCIÓN RAMÍREZ: Viuda del soldado Jiménez.

FEDERICO MUELAS: Estudiante preso en Santa Rita por propaganda comunista.

MANOLO BATTIATO: Preso comunista en la cárcel de Santa Rita.

SERAFÍN MIELGO: Recién salido de la Escuela de Policía, agente de tercera en la comisaría valenciana del Grao.

ROBERTO CLARAMUNT: Inspector veterano, comisaría del Grao.

VICENTE PONS: Estibador del puerto de Valencia, novio de la viuda Leonor Sobrado.

GARRIGA (sin nombre de pila): Funcionario de la central de Correos y Telégrafos de Valencia.

DOÑA LUPE: Secretaria de la agencia Hermes. (La Virgen de los huesos, Morir en noviembre).

ANTONIO BRAVO: Ignoto valedor de Leonor Sobrado, a quien apoya económicamente.

**BERNARD MALLEY: Diplomático y agente británico. (Tiempo de siega, Morir en noviembre).

**HANS LAZAR: Agregado de prensa de la embajada alemana, el hombre de Goebbels en España. (Tiempo de siega, La Virgen de los huesos, Morir en noviembre).

RAMONA Y ABELARDO: Vecinos de Lombardi, padres de la fallecida Irene. (Vísperas de destrucción, Tiempo de siega, La Virgen de los huesos, Morir en noviembre).

SÓCRATES PEIRÓ: Médico forense de Aranda de Duero. (La Virgen de los huesos).

CECILIA GARRIDO: Secretaria del Banco Hispano Americano de Aranda de Duero (La Virgen de los huesos).

SATURIO PEÑA: Sexagenario dueño de Maderas Peña, en la localidad soriana de Vinuesa.

CLAUDIO SÁNCHEZ: Vigilante nocturno en Maderas Peña.

BENJAMÍN HERNANDO: Primo de Antonio Bravo.

**JUAN TUSQUETS TERRATS: Sacerdote de Barcelona, colaborador del diario carlista El Correo Catalán, donde publicó artículos antisemitas y antirrepublicanos. En 1933 visitó el campo de

concentración nazi de Dachau para aprender, según dijo, lo que había que hacer en España. Preparó listas de supuestos judíos y masones que entregó a los militares golpistas.

**JULIÁN BERRENDERO: Ciclista profesional entre 1935 y 1949. Dos veces ganador de la Vuelta a España, del premio de la montaña del Tour de Francia y tres veces campeón de España en ruta.

DURÁN (sin nombre de pila): Inspector responsable del departamento de identificación. Amante ocasional de Alicia Quirós. (Tiempo de siega, La Virgen de los huesos, Morir en noviembre).

RODOLFO LAMELA Y OSSORIO: Hermano mayor del comisario Lamela.

MAURO (sin apellido): Encargado de Correos y Telégrafos de Benavente.

CARMELO GÁLVEZ: Antiguo compañero de Carlos Lombardi en la Criminal durante los momentos críticos del inicio de la guerra. Militante de las Juventudes Socialistas Unificadas. (Vísperas de destrucción).

ELISEO MERINO: Seminarista desaparecido durante el asedio a Madrid, caso investigado por Carlos Lombardi. (Tiempo de siega).